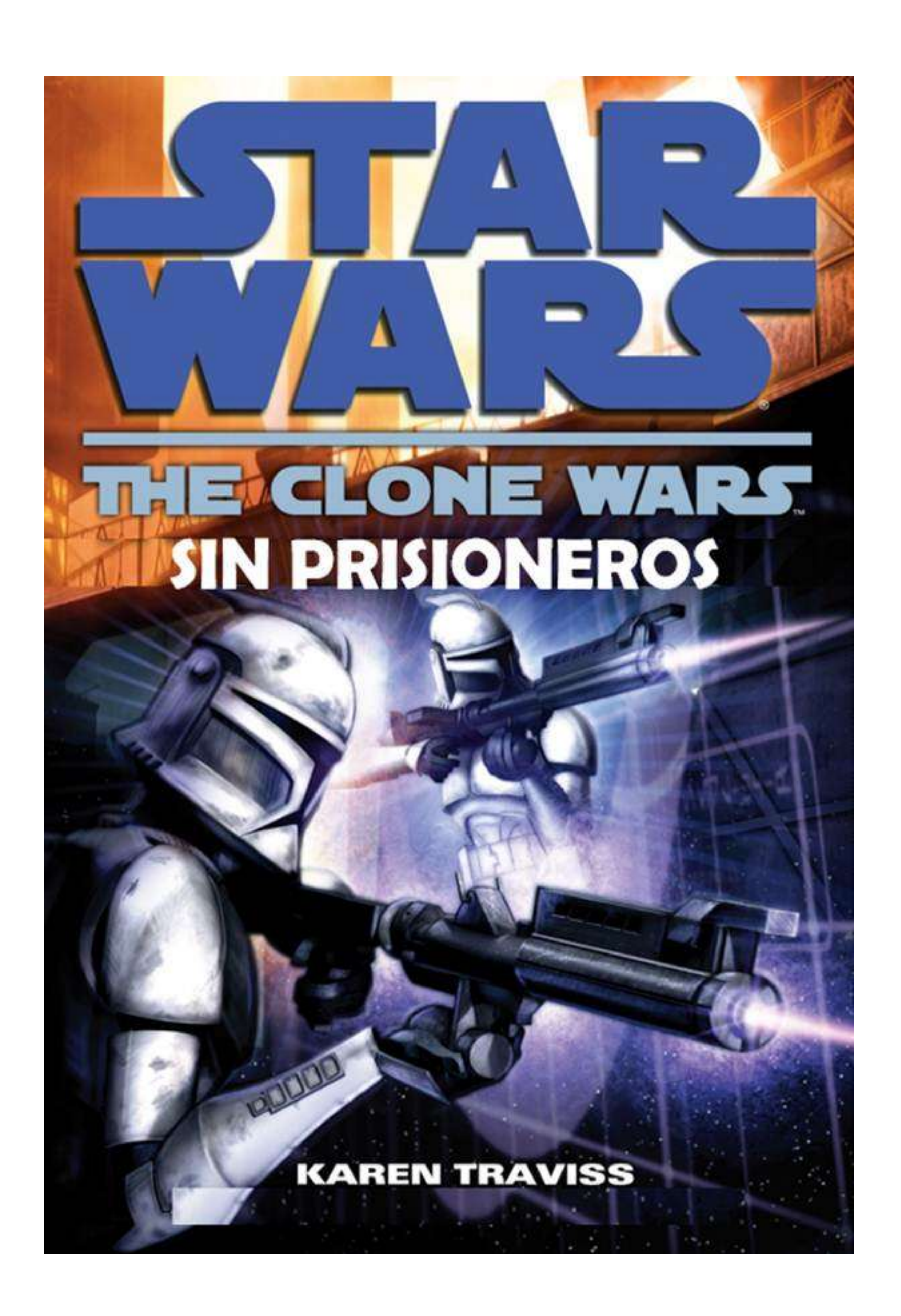

STAR WARS
THE CLONE WARS
SIN PRISIONEROS
KAREN TRAVISS

Las Guerras Clon e intensifican. A medida que los insurgentes Separatistas luchan furiosamente para arrebatar el control de la galaxia a la República, el Supremo Canciller Palpatine manipula con astucia ambos bandos en favor de sus propios propósitos siniestros.

Rex, el capitán de la compañía Torrent, accede a aligerar a Anakin Skywalker encargándose de forma temporal de Ahsoka, su ubicua —y curiosa insaciable— Padawan, llevándole en una travesía rutinaria de tres días a bordo de la recientemente remodelada nave de asalto del capitán Gilad Pellaeon. Pero el viaje de entrenamiento se convierte en una movida —y peligrosa— misión de rescate cuando la agente encubierta de la República Hallena Devis, desaparece en medio de una invasión Separatista.

Enviada a un lejano mundo para ayudar a un dictador local a hacer frente a una revolución, Hallena se ve rodeada por IRACUNDOS combatientes por la libertad que cuestionan los métodos y motivos de la República. Al encargársele el rescate de la AGENTE operativa desaparecida, quien a la vez es su amor secreto, Pellaeon —quien ha jurado, por encima de todo, proteger a la República— se debate entre el deber y sus deseos. Ahsoka, por su parte, enviada junto a Rex y seis soldados clon inexpertos a extraer a Hallena, se topa con una nueva y distinta filosofía Jedi, la cual sacude los cimientos de su propia educación desde lo más profundo. A medida que se intensifiquen el peligro y la intriga, las lealtades y las convicciones de todos los involucrados serán puestas a prueba…



The Clone Wars

Sin prisioneros



Karen Traviss



LEYENDAS

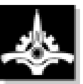
Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *The Clone Wars: No Prisoners*

Autora: Karen Traviss

Arte de portada: Craig Howell

Publicación del original: 2009

 22 años antes de la batalla de Yavin

Traducción: Darth Blindpath

Revisión: …

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

08.10.18

Base LSW v2.22

DECLARACIÓN



Para Mike, Rod y Cliff, las luces brillan intensamente al final del túnel. Yo invito las cervezas.

AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento a las editoras Shelly Shapiro (Del Rey) y Sue Rostoni (LucasBooks); a mi agente, Russ Galen; a mi coautora en la serie Karen Miller; a Jim Gilmer, por las dosis regulares de suero de la cordura; y a la doctora Farah Mendlesohn, por abordar la claridad sobre la naturaleza de la violencia.

PRÓLOGO



CABINA DEL CAPITÁN GILAD PELLAEON, NAVE DE ASALTO DE LA REPÚBLICA LEVELER[1], SECTOR DE DANTUS

«Así que de todos modos, ¿quién quiere ser Almirante?».

«Todo son galones y memorándums. ¿Es ésa la forma en que un verdadero guerrero debiera pasar sus días? Participar en interminables comités, elaborar presupuestos, dedicarse a la política. No, gracias. Yo tengo una guerra por ganar».

«De todos modos… el mando de una nave de guerra es todo lo que debería desear alguien que está metido en este juego, porque es de esto que se trata todo. No decidí unirme a la Armada para andar redactando memorándums. El ser el *Capitán Pellaeon* me acomoda bastante mejor».

«Así que pueden guardarse las recomendaciones de su comisión de ascensos, caballeros. Yo no requiero de su validación».

Observó su imagen reflejada en la pared.

«Stang[2], o este espejo tiene grietas, o están empezando a formárseme algunas arrugas. Definitivamente, esto no va a gustarle a Hallena».

—¿Señor? —el teniente Meriones dio unos golpes sobre el mamparo—. Señor, usted me pidió que le avisara cuando…

—Estoy afeitándome, teniente…

El muchacho era como uno de esos pequeños roedores hiperactivos de Ber de Val[3], con el pelo todo sarnoso, lleno de tics nerviosos, y con una nula capacidad para prestar atención a cualquier cosa.

—Necesito estar concentrado.

—¿No sería más seguro emplear una depiladora en lugar de una hoja de afeitar, señor?

---

[1] Leveler: Nivelador. N. del T.

[2] Stang: Interjección originaria de Alderaan, y que se volvió popular entre los habitantes de la galaxia. Anakin Skywalker empleaba frecuentemente la palabra durante su misión, junto con Obi-Wan Kenobi, a Lanteeb. N. del T.

[3] Ber de Val: planeta localizado en el sistema Ber de Val, dentro de la región de las Colonias. Era hogar de una especie de hiperactivos roedores no sintientes. N. del T.

«Definitivamente, Meriones y yo no procedemos de la misma Armada, aunque eso siempre ha sido bastante evidente. Pero él tiene algunas poderosas influencias. Posiblemente, ésa sea la única razón por la que pudo conseguir ser asignado a determinadas misiones. Todo ello ha provocado algunos chistes bastante amargos con respecto a la Flota de la República —*si eres lo suficientemente tonto, ya estás adentro. Prueba de agudeza visual: no la aplicamos, tan sólo los reclutamos*—. Y algunos otros más. En estos días, el comité de selección tan sólo parece requerir de una llamada de alguien importante, y que el postulante proceda del estatus social adecuado».

«Somos novatos en esto de la guerra total. Pero la República nunca ha tenido que combatir de esta forma con anterioridad. Ahora todos debemos dar lo mejor de nosotros, incluso Meriones».

«No me extraña que hayamos tenido que comprar todo un ejército de clones…».

—Muy bien, teniente, será mejor que escupa lo que te trae, antes de que termine por cortarme la yugular.

—El ingeniero en jefe reporta que ya nos encontramos listos para dar el salto, señor. Y además, tenemos un mensaje encriptado de una tal Agente Devis.

«No hay ninguna burla soterrada en su tono de voz. Él no tiene la menor idea acerca de Hallena Devis… y de mí. Realmente, a mí me agradaría que todo se mantuviera de esa manera».

—Me presentaré en el puente tan pronto como esté listo. Tomaré el mensaje cuando esté allí.

«¿Qué estará haciendo ella en este momento? ¿Por qué habrá decidido contactarme de esta manera? ¿Queriendo permanecer oculta mientras se muestra a plena vista?».

«Realmente, no hay necesidad de que me preocupe. ¿Estará en aquel lugar? Hallena es una agente de inteligencia. Una espía: un espectro. Si alguien puede cuidarse por sí misma en un lugar peligroso, ésa es Hallena, y es eso lo que hace de ella una mujer tan atractiva. Las mujeres débiles nunca me han resultado llamativas».

«Aun así… no puedo dejar de sentirme preocupado».

Sin quererlo, sus pensamientos saltaron de improviso hacia las condiciones actuales en las que se encontraba su nave.

«El *Leveler* es una nave renovada desde el reacondicionamiento que pasó en los astilleros de Kemla, con algunos trucos y capacidades adicionales. Yo siempre consigo que me asignen los nuevos prototipos. Quizás el mando de la Flota considere que yo no sería una gran pérdida, si alguno de sus juguetes experimentales terminara haciendo explosión. Por el momento, tan sólo necesitamos encontrar un punto tranquilo en el sector de Dantus, bastante alejado de cualquier tipo de problemas, y no tan lejos de los astilleros, para tomarnos algunos días y así poder evaluar y resolver cualquier problema que pudiera presentarse, tal como se supone que debemos hacer».

«Después de ello, deberemos continuar con aquel asunto de la guerra».

Un sonido apagado llamó su atención.

«La consola de la puerta de mi camarote ha chirriado para hacerme saber que el mensaje de Hallena, me ha sido transferido desde el puente».

—Aquí lo tiene, señor.

«El muchacho con cara de roedor, se ha quedado parado, como si esperara que yo fuera a leer el mensaje delante de él».

—Oh, una cosa más, señor.

—¿Si…?

—El capitán Rex le envía sus cumplidos, y pregunta si podría abordar el *Leveler* para una puesta en forma. Tiene a su cargo a algunos nuevos soldados y a una padawan en formación, a quienes quisiera poner al día, con la velocidad que se requiere en esta clase de navío.

—Claro que sí.

«Rex es un tipo cuajado, sensible. Además cuenta buenos chistes cuando no está jugando a desempeñar el papel del soldado obediente».

—¿No viene el General Skywalker?

—No, señor. Tan sólo su padawan. Una hembra togruta.

«Así que Rex va a estar libre para contarnos algunos chistes en el salón de oficiales. Correcto».

—Muy bien, hágame saber cuando hayan llegado. Puede retirarse.

«Vuelvo a prestar atención a la tarea de afeitarme de la forma antigua, y a preocuparme por Hallena, ya sea que tenga o no razón. Sí, sé que mi predilección por mujeres impresentables, efectivamente, ha truncado todas mis posibilidades de ser promovido. *Es impropio de un oficial*, dirían ellos; que yo debería ser más discreto, sentar cabeza, conseguir la esposa adecuada para ascender en mi carrera, la cual debería ser alguien cuyo estatus coincidiera con una hoja de servicios impecable. Pero tenemos poco tiempo en esta galaxia, y he jurado aprovechar ese tiempo al máximo».

«Hay una guerra en marcha. Mi tiempo podría ser… corto».

«Ahora, vamos a leer aquel mensaje. No, no dice dónde está. Ella nunca lo hace».

«Ouch».

«Después de todo, ese pequeño roedor podría haber tenido razón con respecto al uso de la hoja de afeitar».

CAPÍTULO I



JanFathal ha sido un componente leal de la República, hasta donde puedo recordar. No dejemos que un pequeño incidente como el de un conflicto interno, interfiera en medio de esa percepción. Me temo que el deseo de los fathalianos con respecto a un cambio democrático, tendrá que esperar hasta que la guerra haya finalizado, ya que en este momento, necesitamos conservar aquel planeta.

—Armand Isard, Director de Inteligencia de la República

ATHAR, CAPITAL DE JANFATHAL, BORDE EXTERIOR

El polvo que resoplaba desde las planicies, era de un color gris pálido, tan fino y con tanta capacidad de obstrucción, como la arenilla de ferrocreto.

No era demasiado sorprendente que los habitantes locales mantuvieran sus ventanas y puertas completamente cerradas en esta época del año. Hallena mantenía su pañoleta asegurada sobre su nariz y su boca, pero el polvo todavía se las ingeniaba para abrirse camino hasta dentro de sus ojos. Su visión era borrosa; parpadear no contribuía a aclararla. Se vio forzada a buscar refugio en un pasadizo en la plaza principal, mientras intentaba frotar sus párpados para despejar sus ojos.

Ahora entendía por qué los athari eran propensos a escupir en sus calles. Eran bastante buenos en ello —demasiado precisos, discretos, y con una técnica casi elegante—. Desde que había llegado, hacía algunos días, Hallena había aprendido a agacharse frente a las correntadas, e incluso a lanzar un ocasional esputo bien dirigido por parte suya.

«Debes encajar. Debes mimetizarte con la población, como si hubieras vivido aquí toda tu vida…».

Era como catar vino en una pequeña tapcaf de Coruscant, excepto porque el sabor que colmaba su boca, era el del indisimulable amargor del mineral que cubría su lengua, no el sabor frutal y delicioso del Ondo Lava…

«¿Sería tóxica esta cosa?».

«Un vendaval. Inclínate un poco. Enfócate. Escupe con fuerza».

Hallena hizo algo de fuerza para continuar andando. Algunas veces era más difícil de lo que parecía. Se encontraba al tanto de que había alguien caminando en dirección contraria hacia ella, con la cabeza agachada en contra de un ventarrón sostenido que no

parecía decaer nunca, y comprendió la razón por la cual Gilad siempre le hacía la misma advertencia —cuando ambos navegaban en su yate personal— de determinar la dirección del viento antes de derramar los líquidos sobre la cubierta.

Splat.

—¡Oh, qué asqueroso! —dijo una voz masculina—. Señora, ¿no podría escupir en línea recta?

Ella se vio obligada a cubrir su cara con la mano. Fragmentos más grandes —y cortantes— de polvo, se clavaron en sus ojos. Su mirada se elevó desde el lugar que ocupaba un parche húmedo en la pierna de un par de pantalones curtidos, al indignado rostro de su propietario.

—Lo lamento —tuvo el cuidado de emplear el acento más adecuado—. Permítame limpiarlo.

—¿Está buscando la tienda de alfombras?

«Ah».

Conocía la respuesta que debía dar. Empezó a sentirse mejor.

—Escuché que estaba cerrada a media semana.

El hombre tendría unos cuarenta años, de rostro delgado, y estaba empezando a quedarse calvo. La miró directamente a los ojos por un momento, y luego le hizo un guiño. El código bastante simple, había quedado confirmado. Aquel era su contacto.

—Galdovar —dijo ella. Probablemente no se trataba de su nombre verdadero, pero a ella no le importaba si lo era o no. Todo lo que importaba era que ése era el hombre con el que se supone que debería encontrarse; y en quien tendría que depositar su confianza. Él ya no era un extraño con el que se había cruzado al azar, y sobre el que hubiera escupido. La confianza no llegaba rápidamente en su línea de trabajo. El ser confiado hacía que pudieras terminar muerto. Ésa era la razón por la cual ella solamente confiaba en sí misma, y por la cual su mano todavía descansaba sobre el bláster oculto en los pliegues de su abrigo—. De cualquier modo, será mejor que lo seas.

—Lo soy, así que al menos, mis pantalones han sido estropeados por la mujer correcta. Ven por aquí, entremos —le señaló el extremo más alejado de un camino abandonado, con un discreto asentimiento de su cabeza, y luego observó el húmedo parche en su pierna—. ¡Qué forma tan original para identificarse, Agente Devis!

—No, realmente, yo fallé el objetivo —le respondió ella. En ese momento le preocupaba que no hubiera estado alerta con respecto a la posibilidad de que alguien pudiera haberla estado siguiendo, o vigilando. Se trataba de un protocolo básico de inteligencia, tan inconsciente como el respirar: la evaluación perceptiva de la situación—. ¿Hace cuánto que has estado vigilándome?

—Unos pocos minutos.

«Stang. Si se hubiera tratado de un francotirador…».

Pero no lo era, y ella ya estaba completamente alerta después de que hubiera pasado el momento. La edificación al final del camino, era un complejo de oficinas, con tiendas y tapcafs. A medida que ingresaban en él, el mundo cambió por completo; las desiertas

calles llenas de viento formando remolinos, que hacían que Athar luciera como un pueblo fantasma, daban paso a una rebosante vida, toda bullendo completamente por detrás de las cerradas puertas. Los ciudadanos de Athar se ocupaban de llevar a cabo sus negocios bajo cubierto, durante las ventosas semanas de la última parte del otoño.

—Sube por las escaleras —dijo Galdovar, haciendo un gesto con su pulgar—. Al segundo piso, a las oficinas de la Unión.

Hallena se mimetizó sin mayor problema en medio del bullicio de los fathalianos. Ella hablaba el Básico con un convincente acento Athari, y —como la mayoría de ellos—, su piel era oscura, y su cabello estaba recogido en unas trenzas en espiral bien definidas. Nadie tendría ninguna razón para sospechar que se trataba de una espía de la República, enviada hasta allí para infiltrarse entre ellos.

Había estado en Athar menos de una semana. El lugar no se correspondía completamente con el cuadro que los informes de inteligencia le habían pintado. Las localizaciones en las que había estado, raramente lo hacían.

—¿Allí adentro? —Hallena hizo un gesto, con una mano todavía bien resguardada en el interior de su bolsillo.

—Ahí mismo —dijo Galdovar.

—Después de ti.

No, después de todo, no era tan tonta.

Las puertas se separaron, y ella lo siguió al interior de una oficina corriente deteriorada por el paso del tiempo, con escritorios y estantería hechos de madera de árboles pleek[4], que seguramente habían conocido mejores tiempos. Sin embargo, las puertas interiores lucían como si hubieran sido arrancadas y después reparadas; dos de los paneles estaban completamente brillantes debido a la madera nueva, desprovistos de cualquier patina, o de huellas de termitas.

—¿Ladrones? —preguntó ella—. ¿O simplemente ustedes son flojos con respecto al mantenimiento de su edificio?

—Tendrías que verlo todo por completo —dijo Galdovar—. Y nosotros ya sabemos cómo debe quedar una oficina de la Unión, después de que las autoridades hayamos podido incursionar en ellas, ¿no es verdad?

Aquello quería decir que, normalmente, él era uno de los que realizaban dichas incursiones. Tenía que concederle ese punto. El sonido de algo que se movía detrás de la reparada puerta, hizo que ella, de manera automática, buscara una salida por si es que ésta no resultaba ser la reunión que había pactado. El único lugar en donde ella se podía sentir segura en aquellos días, era en una nave de guerra de la República, y no sólo debido a Gilad; la galaxia entera estaba convulsionada. La línea del frente no acababa en los límites planetarios, ni siquiera incluso dentro de una misma familia.

Hallena caminó hacia el interior de una pequeña oficina posterior, ocupada principalmente por una mesa abollada. Si no hubiera sido por los dos hombres

[4] Árboles pleek: árboles cuya madera sirvió para revestir el interior de los pasillos del Senado de la Alianza Galáctica en Coruscant. N. del T.

fuertemente armados sentados en uno de sus costados —podía distinguir claramente las siluetas de sus armas, como lo haría cualquier otra persona—, ella incluso habría podido tragarse el anzuelo de aquella historia de tapadera, acerca de que este lugar era una oficina administrativa de la Unión de Fabricantes, Modeladores de Plastoide, y Oficios Afines, Local 61.

—Bueno, bueno —dijo ella. Los ojos de ambos se quedaron enganchados con los de ella, como si no estuvieran seguros por completo que se trataba de la persona a la cual estaban esperando—. La Unidad está conformada por gente fuerte, «poder para los trabajadores», y todo eso. Así que, ¿qué es lo que tienen para mí?

El más joven de los dos hombres levantó una ceja de color rubio blanquecino. No hizo ningún tipo de presentaciones.

—Me siento complacido de que demuestre semejante carácter —dijo de manera amargada—. Creemos que estas dos son las personas a las que debe andar buscando.

Empezó a proyectar una holo-imagen por encima de la mesa, golpeteando con el pulgar sobre los controles, para seleccionar una en particular. Se trataba del retrato de un hombre y de una mujer, cuyos rostros habían sido capturados a mitad de camino, mientras se apresuraban para escapar en dirección hacia un deslizador estacionado; quizás serían de unos treinta años, con las cabezas cubiertas por los gorros que solían emplear los trabajadores de las fábricas, como otros cientos de obreros que habitaban la ciudad.

—Ella es Merish Hath, y su pareja, Shil Kaval —le señaló—. La variedad usual de alborotadores descontentos.

Hallena estudió la imagen. La policía JanFathal no había podido capturarlos y hacerlos desaparecer, como usualmente solían hacer. El Regente había mantenido el poder absoluto por unos treinta años; y no iba a tener necesidad de pasar un mal momento con sus jueces, ya que los había encarcelado a todos hacía algunos años atrás. Pero faltaban algunas piezas en este rompecabezas en particular.

Encontrarlas, era su trabajo.

—Nos gustaría que este asunto fuera resuelto por completo —dijo el hombre joven. El nítido contraste de sus cejas con su piel de ébano, era hipnóticamente subyugante; y obviamente, era más importante en la jerarquía de lo que parecía, o quizás simplemente se tratase de que era tremendamente arrogante—. No queremos ver llegar sin invitación a algunos pocos millones de droides, aterrizando en nuestro patio trasero. Los alborotadores, a los que hemos estado monitorizando, se han vuelto bastante más activos en las últimas semanas, como si estuvieran preparándose para algo.

—Quizás su Regente debería concentrarse en montar un ejército regular en lugar de desperdiciar su presupuesto en operaciones de seguridad interna —Hallena se acercó al proyector de holo-imágenes, y transfirió la imagen a su propio dispositivo. Mientras más llegaba a conocer de cerca a algunos de los aliados de la República, más se daba cuenta de que su valor estratégico, era casi nulo—. ¿Entonces, ustedes podrían facilitarme el ingreso en su círculo de conocidos, no es verdad? ¿Cuál es mi identidad de tapadera?

—Bueno, Hermana Devis…

—Díganme que no han empleado ese nombre…

Cejas Rubias chupó su diente, claramente irritado por la interrupción.

—Quizás podamos estar bastante alejados de Coruscant, *ma'am*, pero no somos unos palurdos campechanos. Su ID[5] dice Orla Taman. Usted es una asociada de la Unión, procedente de Nuth, el cual está lo suficientemente lejos como para explicar la razón por la cual usted no ha formado parte de su pequeña camarilla, y ha permanecido en prisión por algunos pocos años, debido a sus actividades anti-patrióticas. Ahora, usted está libre, y buscando sembrar el disenso, para acelerar la gloriosa revolución.

Cejas Rubias le hizo entrega de un identichip y de unas pocas posesiones personales maltratadas, pertenecientes a la clase de cosas que podrían estar en posesión de una prisionera recientemente liberada: un comlink de diseño antiguo, unas pocas hojas plegadas de un andrajoso plastifino[6] que se miraban como si fuesen parte de una preciosa carta que hubiera permanecido oculta, y que hubiese sido leída y releída durante años, y una holo-revista acerca de las virtudes de la obediencia ciudadana, de la misma clase que era entregada a todos los sujetos que eran liberados, para que se mantuvieran en el camino recto y adecuado.

Hallena las observó cuidadosamente.

—Comprendido.

—De acuerdo, entonces vamos a introducirte en la fábrica de armamento mañana por la mañana, y te pondremos en lista para un trabajo. Ellos suelen tomar trabajadores contingenciales por el día, o por la semana.

—¿Acaso tengo un currículum impresionante?

—Usted es completamente competente para retirar viruta de metal de los pisos de la fábrica. Es toda una genio con la escoba.

Aquello ciertamente la golpeó, atravesándola por completo como lo hubiera hecho un cirujano cerebral. No existía ningún conocimiento profesional arcano del cual pudiera presumir mientras estuviera esgrimiendo una escoba. Ni siquiera tendría que pretender que ya lo había hecho antes.

—Muy bien, me dirigiré de nuevo hacia mi modesta choza, y empezaré a mendigar trabajo el día de mañana.

El hombre mayor sentado al lado de Cejas Rubias habló por primera vez. Se veía como un trozo de granito que hubiera sido arrastrado por una avalancha, con una solidez encuadrada y una grisácea apariencia rocosa, la clase de hombre que permanecería inconmovible, dejando que el tiempo fluyera a su alrededor.

—Si llega a ser capturada —le advirtió—, ellos la matarán y la harán desaparecer, y tendríamos que empezar todo una vez más. Y quizás no tengamos el tiempo para poder hacerlo.

Era la más llana de todas las afirmaciones, deslumbrante por su propia simpleza.

---

[5] ID: documento de identidad. N. del T.

[6] Flimsi: plastifino. Papel muy delgado. N. del T.

—Se parece a todos los trabajos que he tenido que realizar.

Hallena se levantó para retirarse. Todavía mantenía una de sus manos sobre su bláster.

—Me pondré nuevamente en contacto cuando consiga algo que sea de utilidad para ustedes.

«Quizás. Primero veré cómo marchan las cosas. Hago todo esto por la República».

La pareja conformada por el granítico y el rubio, no se movió mientras ella daba un paso —o dos— hacia atrás, sin darse vuelta. Por alguna razón, sentía que debía ser más cautelosa en el interior de este edificio —entre alienígenas nominales—, que en la parte externa del mismo, en donde estaría rodeada solamente por asesinos potenciales.

Si es que decidieran aventurarse hacia afuera en medio de este ventarrón, por supuesto…

*****

De regreso a su alojamiento, una habitación pequeña y estrecha que estaba localizada por encima de una tienda de comestibles, el ubicuo polvo se había deslizado a través de cada resquicio, y había dejado un conveniente sistema de alarma anti-intrusos encima de todas las superficies planas. Hallena cerró las puertas frontales por detrás de ella, y permaneció escuchando por un instante, evaluando la presencia de cualquiera que pudiera estar oculto allí. Después de estudiar la fina capa de polvo, notó que las huellas de ciertas pisadas y algunos rasguños, habían dibujado un claro camino entre las puertas laterales hacia la tienda, y hacia las habitaciones del propietario, a través del pasaje. Sin embargo, la capa que cubría las gradas, permanecía estando inalterada. Nadie había subido a su habitación desde el momento en que la había dejado.

En realidad, no tenía ninguna razón para andar realizando tales verificaciones. Tan sólo se trataba de la costumbre; de un hábito cuidadoso y cauteloso.

Las puertas de la tienda se separaron, y la vieja propietaria asomó su cabeza a través de dicho agujero, sonriendo al tiempo que mostraba más agujeros que dientes.

—No durará mucho más tiempo, querida —le hizo el comentario—. Tan preciso como lo es el ocaso, ese ventarrón también lo es. Se alejará como a esta hora el día de mañana, y entonces dará inicio la lluvia.

—Puedo recordarlo —mintió Hallena. Parecía como si la mujer pensara que ella no era una habitante local—. Solía visitar Athar de niña.

«No presiones, no te arriesgues en medio de una conversación que no vas a poder controlar».

—Conseguiré un trabajo mañana. Voy a estar fuera todo el día.

—Eres un poco recelosa, en verdad lo eres.

«Stang, ¿es esta mujer sensible a la Fuerza, o algo por el estilo?».

Esa posibilidad nunca había representado mayor problema para Hallena con anterioridad, pero la guerra la había vuelto suspicaz con respecto al riesgo de encontrarse

con seres que pudieran andar por allí, percibiendo sus sentimientos, o incluso tratando de moldear sus pensamientos. A los espías les gustaba ser quienes realizasen la percepción y concretasen el modelamiento. Era el orden natural del espionaje.

—Acabo de ser liberada de prisión —dijo finalmente Hallena, decididamente incómoda—. No es algo que me enorgullezca. No se preocupe, no fue por nada violento ni deshonesto.

—Nunca lo es —dijo la mujer, repentinamente seria—. Siempre se trata de cuestiones políticas en estos días.

Hallena no permitió que el asunto llegara más lejos. Se retiró a su habitación, y pasó el resto del día jugueteando con su diminuto equipo de comunicaciones oculto dentro del viejo comlink, dándose cuenta de que la haría ver demasiado bien equipada en aquel mundo austero, observando la actividad en la calle que discurría por debajo, a través de un pequeño parche despejado en medio del mugriento panel de transpariacero. Sí, el viento parecía estar decayendo; unas pocas personas se encontraban en las afueras, caminando sobre las pasarelas; algunas portaban visores, otras tenían sus bocas cubiertas por chalinas, pero todas parecían saber que la calma estaba por llegar.

«¿Cuánto tiempo tendré que quedarme aquí?».

Hallena estaba contenta de no haber sido categorizada nunca como una agente subrepticia, teniendo que vivir una vida encubierta por toda una eternidad, hasta que un controlador al que ella nunca hubiera visto, finalmente la llamase un día y le asignara una misión dentro de una organización dentro de la cual, ella bien podría haberse desarrollado de manera sobresaliente, tanto, que los demás realmente pudieran pensar que era parte de ella desde un inicio. Los cortos estallidos de fingir ser alguien, y luego desaparecer, eran mucho más manejables.

«Sólo puedo vivir siendo una gran mentira».

Gil Pellaeon sabía exactamente lo que era ella, y la aceptaba como tal. Ésa era una rara fuente de honesta estabilidad en su línea de trabajo. Ella ni siquiera guardaba una holo-imagen de él: era demasiado riesgoso, así como cualquier genuina posesión personal que pudiera identificarla, si es que llegaba a ser capturada. Pero Gil entendía la naturaleza de su relación —momentos arrebatados, negaciones, ningún prospecto real de vida rutinaria, ni de dicha doméstica, diaria, y confortable como la de otras parejas—, ya que su trabajo, tampoco era tan diferente al suyo.

«¿Alguno de nosotros llegará sobrevivir el tiempo suficiente como para salir de todo esto, como para retirarnos? Gil… no, él ama su nave. Algún día, seré yo quien tendré que renunciar para unirme con él».

*****

Aquella noche, Hallena durmió a intervalos, con su bláster al alcance en su mesita de noche. En las primeras horas del amanecer, el ruido de la calle terminó de despertarla; su adormitado cerebro le decía que se trataba de algunos beodos allá afuera, algo típico de la

vida nocturna de Coruscant; pero estando en Athar, en JanFathal, se despertó completamente de inmediato, ya que allí, un jolgorio salvaje, no era algo rutinario.

La voz era un grito, una protesta, no los chillidos propios de unos borrachos. Las luces se encendieron sobre los edificios que estaban en el lado opuesto de la calle. El crujido y el ruido sordo de algunas puertas que estaban siendo forzadas, les abrieron camino a los deslizadores de los incursores, que en ese momento, hacían revivir sus motores. Cuando Hallena logró dar una mirada a lo que estaba sucediendo más allá de su ventana, observó a un hombre y a una mujer que estaban siendo subidos a trompicones a bordo de un vehículo provisto de las marcas de la no-tan-secreta policía de Athar. Un oficial enmascarado golpeó con una cachiporra la cabeza del hombre, con un movimiento acostumbrado, mientras el prisionero era subido en el deslizador de la policía. De improviso, el arresto concluyó. Las luces dieron la vuelta: todos los vehículos aceleraron. Todo lo que quedó, fueron las puertas entreabiertas de la casa opuesta, dejando pasar la luz amarillenta que iluminada débilmente el pavimento, y la completa ausencia de cualquier vecino saliendo afuera para averiguar qué era lo que estaba ocurriendo.

«Pero con seguridad deben haberlo oído todo».

Aquello debería ser algo bastante común en Athar, para que las luces no hubieran sido encendidas, y las cortinas no hubieran sido descorridas para observar lo que estaba sucediendo.

Bastante común para cualquiera que tuviera en mente sus propios negocios.

Hallena meditó un poco acerca de la ironía de todo aquello al ver actuar así a los gobiernos amistosos para con la República, pero decidió recordarse a sí misma que estaba allí para ganar la guerra, y no la batalla, y entonces —de alguna manera— consiguió volver a dormirse.

LANZADERA DE LA REPÚBLICA, ENTRANDO A LA NAVE DE ASALTO *LEVELER*

Por supuesto, el General Skywalker podría haber hecho de aquello una orden. Pero no había considerado prudente el hacerlo; se trataba tan sólo de una petición. De una mera sugerencia.

El capitán clon Rex añadió el *leer-entre-líneas*, a la lista de cosas que realmente nunca habían llegado a enseñarle en Kamino.

«De acuerdo, señor. Entiendo. Comprendido. Usted desea que su padawan se desprenda de sus faldas por algunos pocos días. Hecho».

Las órdenes eran órdenes, y las órdenes dadas de manera tan sutil, parecían tener incluso un mayor peso. De cualquier modo, lo tenían si es que provenían directamente de Anakin Skywalker.

—¿Acaso le estoy destrozando sus nervios? —le preguntó Ahsoka.

—¿Así lo crees? —Rex pudo apreciar un pequeño ceño arrugando su pequeña nariz—. Bueno, ¿por qué tendría él que pensar de esa manera?

Por un omento, ella le dirigió una estrecha mirada, casi histriónica, examinando cuidadosamente el visor en forma de T, como estuviera tratando de atravesarlo para mirarlo directamente a los ojos, y luego sonrió.

—A veces, es difícil de interpretar lo que piensas.

—Todos necesitan apartarse del combate, *pequeñita*[7]. Incluso los Jedi. Incluso si tan sólo se trata de entrenar a alguien. Eso es todo.

Era cierto. Rex creía en lo que estaba diciendo —bueno, de cualquier modo, lo creía de manera general—, así que si Ahsoka deseaba investigar cómo se sentía él acerca de ello por medio de la Fuerza, no podría notar que se tratase de una mentira. Pero también decidió que no necesitaba conocer la razón por la cual Skywalker deseaba deshacerse de ella por algún tiempo, y si ella deseaba saberlo, bueno, tal vez sería el momento para que ella aprendiera un poco acerca de la prudencia de contener sus *necesidades-de-saber-algo*. Probablemente, ella tendría algunos pequeños problemas para dominar esa habilidad.

Él estaba más preocupado por los nuevos seis soldados clon que habían sido asignados a la Compañía Torrent.

En verdad, eran bastante novatos.

Mientras Ahsoka observaba hacia afuera del ventanal, ellos se sentaron en las dos banquetas, tres hombres a cada lado, mirándose el uno al otro en medio de una tensa espera, y con un estudiado silencio. El sargento Coric, uno de los cinco únicos hombres de la Compañía Torrent original que habían sobrevivido al ataque en Teth, se sentó en uno de los lados, pareciendo estar absorto con su datapad.

En teoría, los nuevos muchachos habían aprendido todo lo que necesitaban saber acerca de cada categoría de naves de guerra; en la práctica, sólo habían tenido un entrenamiento relámpago en Kamino, el cual había sido bastante exhaustivo, pero que en modo alguno podía reemplazar a la experiencia directa. Y cualquier carne fresca recién salida de Tipoca City, nunca podría estar completamente preparada para el mundo real que estaba más allá de su enclaustrada vida de entrenamiento: una desordenada galaxia conteniendo cientos de nuevas especies que no tenían nada en común ni con los seres humanos, ni con los kaminoanos.

«Me pregunto cuánto de todo ello podrán lograr apreciar antes de que resulten muertos».

Se trataba de un pensamiento que se había vuelto bastante persistente en los rezagos posteriores de su mente, no lo suficiente como para consumirlo, pero se trataba de un sentimiento incómodo que no alcanzaba a borrarse por completo.

Rex los evaluó cuidadosamente, escuchando los reveladores clics, y las delicadas respiraciones que le harían saber qué era lo que estaba ocurriendo al interior de sus

[7] Littl'un: pequeñita. Apelativo cariñoso con el que Rex suele referirse a Ahsoka. N. del T.

cascos. Pudo apreciar lo que ellos aparentaban estar mirando; todos los íconos que proyectaban el punto-de-vista de los soldados, y que aparecían en la pantalla frontal de su casco, mostraban al hombre que estaba sentado delante, en el lugar opuesto a cada uno de ellos.

«Bueno, de cualquier modo, ésa es la dirección en la que están orientados sus cascos».

«Toma un largo tiempo volver a reconstituir una compañía a partir de cinco sobrevivientes. Además, toma mucho más tiempo que el que demandó su entrenamiento básico. ¿Qué es lo que saben los kaminoanos acerca de hacer que se sientan unidos como si fueran uno solo? Considero que menos de lo que piensan. Bastante menos».

Ahsoka interrumpió sus meditaciones.

—¿Qué es eso tan especial acerca del *Leveler*? —observó a través del ventanal a medida que la lanzadera se aproximaba al costado de la nave de guerra—. Se ve igual a las otras naves de su misma clase.

—Todas las naves de guerra tienen sus propias peculiaridades —Rex hizo aparecer los planos del *Leveler* sobre su HUD[8] con par de rápidos parpadeos—. Incluso aquellas que se ven iguales. Pero el Leveler acaba de pasar por un reacondicionamiento, así que le han provisto de algunos novedosos juguetes experimentales, para que seamos nosotros los que los probemos.

—¿Juguetes destructivos?

—Misiles de concusión avanzados. Prototipos diseñados para bombardeo orbital y destrucción de naves. Así que si no son lo suficientemente destructivos, será mejor que Pellaeon pida que le devuelvan su dinero.

Los seis nuevos clones —Ross, Boro, Joc, Hil, Vere, e Ince— no movieron un músculo. Rex conmutó el comlink interno de su casco, a fin de que Ahsoka no pudiera escuchar lo que estaba por decir.

—Caballeros, demuestren algún signo de vida, antes de que mande que les hagan CPR[9]…

—Recibido, señor —dijo Ince—. Tan sólo… estamos esperando órdenes.

—Pueden moverse, ya lo saben. Y también hablar.

—Sí, señor.

Rex decidió que tendría que programar algún tiempo de socialización en medio del entrenamiento. Sus nuevos muchachos tendrían que soltarse. Quizás tan sólo estaban nerviosos por pertenecer a la Legión 501 debido a la gran reputación —la cual también implicaba una cierta responsabilidad—, que llegaba junto con aquella gorra-insignia.

Y si ellos no empezaban a hablar, y a darle todas las pequeñas claves de su propia individualidad que ayudaban a un soldado clon a reconocer al otro, en medio de un mar de caras y armaduras casi idénticas, tendría que verse obligado a verificar quién era quién

---

[8] HUD: Heads-up display. Proyección de una pantalla visual que funcionaba en forma de una ayuda visual. N. del T.

[9] CPR: resurrección cardio-pulmonar. N. del T.

enfocando su sensor de lectura sobre cada uno de sus respectivos rótulos. Y eso era algo desalentador —como el tener que leer el nombre de un oficial de su gafete todo el tiempo— y admitir ese hecho para un comandante como Rex, significaba que no conocía bien a sus hombres.

—Permiso para hacer bromas ingeniosas; cuando gusten, procedan.

—Cargando bromas ingeniosas, señor… permanezca a la espera.

Así que, después de todo, Ince tenía sentido del humor. Rex se sonrió a sí mismo, y les dejó que fueran embebiéndose del hecho de que ya no se encontraban en Kamino.

La lanzadera se alineó con la bahía posterior de la nave, y se asentó sobre sus amortiguadores con un ligero estremecimiento. Mientras la rampa descendía, Ahsoka brincó hacia adelante en primer lugar, por delante de Rex. Al tiempo que él ponía sus botas sobre la cubierta, Gil Pellaeon caminó a través de la superficie de dura-acero vestido con su gris atuendo de trabajo, e hizo un alto a pocos metros de él. Su postura decía bien a las claras, que éste era su mundo, su nave; y que el capitán, aquí era la ley.

Bajó la mirada, enfilando su nariz hacia la diminuta Jedi togruta, que avanzaba de manera desconsiderada, pero no vio la necesidad de tener que serlo también. Ahsoka era bajita. Ella bien podría actuar como si tuviera el tamaño de un wookiee, pero nada cambiaría el hecho de que era una persona pequeña… y una niña. Unos pocos tripulantes se detuvieron a observar, algunos clones, otros no clones. Rex permanecía sin moverse, pero se notaba que deseaba intervenir.

—*Ma'am* —Pellaeon asintió formalmente, taconeando con sus bien lustradas botas—. Bienvenida a bordo. Lo primero que debemos hacer, es conseguirle un atuendo apropiado.

Miró por encima de su hombro.

—¿Jefe? Jefe, consígale a la padawan Tano un uniforme de faena, y botas de seguridad. De la talla más pequeña que pueda encontrar. Corte el excedente, si fuera necesario.

En verdad, Rex no había pensado en proveer a Ahsoka de una indumentaria adecuada para la misión. Se trataba de un asunto delicado, el tener que decirle a una mujer qué era lo que debía vestir, especialmente a una Jedi, aun cuando se tratase de una niña de catorce años. Además Pellaeon era mucho más encantador en su trato con las damas. El capitán mantenía sus ojos fijos sobre los de ella.

—No tuve necesidad de usar ningún traje de faena en ninguna otra nave —dijo Ahsoka con cierta tirantez.

—Usted no está vestida adecuadamente, querida —su tono se hizo paternal por un momento—. No exponemos nuestras carnes en esta nave, no sólo porque es algo inconveniente, indisciplinado y distrayente, sino porque una nave es un lugar peligroso. Bordes cortantes, químicos nocivos, escapes de calor, chispazos de las armas. La seguridad primero, padawan. Deberá cubrirse.

—Pero yo lucho de esta forma.

De improviso, Ahsoka aparentaba ser aún mucho más joven, como una niña defendiendo su derecho a vestirse como quisiera frente a un riguroso padre, sin parecer en absoluto una Jedi. Bajó la mirada hacia su diafragma y a sus piernas desnudas, como si de improviso, se diera cuenta de que estaban descubiertos.

—Y nunca he recibido ninguna herida. El Almirante Yularen me permitió…

—El Almirante Yularen puede hacer lo que desee en su propia nave. Este navío es mi dominio. Por favor, deberá cubrirse, padawan Tano.

—Pero yo siempre…

—No en mi Armada.

A Rex no le quedaba más elección que permanecer en posición de atención, y esperar que finalizara aquella confrontación de voluntades. Los nuevos soldados permanecían encomiablemente inmóviles en una línea bien formada a su derecha; Coric se balanceaba hacia adelante y hacia atrás sobre sus talones de manera muy discreta, produciendo un ligero crujido con sus botas. Pellaeon aguardaba, y luego extendió un brazo hacia un lado, al tiempo que el Jefe de la Flota llegada dando resonantes pisotadas hacia él, con un par de sólidas botas, y un sobretodo de color azul oscuro plegado sobre su brazo.

Pellaeon tomó las cosas sin siquiera desviar la mirada, y se las extendió a Ahsoka.

—Gracias —dijo ella, bajando el mentón.

Acto seguido, trotó de regreso en dirección hacia la rampa.

Los hombros de Pellaeon se relajaron de manera notoria.

—Qué tal encargo, Rex, ¿acaso Skywalker no les ordena a sus subordinados que se vistan adecuadamente? ¿Qué piensa que es esto, un crucero de línea?

Era en momentos como éste, que Rex saboreaba el valor real del casco en que estaba enfundado. Silenció su audio por un momento con un rápido movimiento ocular, soltó una risotada, y luego volvió a encender su altavoz.

—¿Desea que se lo pregunte, señor?

—Rex, realmente estás disfrutando de todo esto…

—¿Yo, señor? Nunca, señor.

—Ambos somos capitanes, Rex… trátame de Gil. Olvida el «señor».

—Un capitán de la Armada tiene mayor rango que un capitán del ejército, señor. Estrictamente hablando.

—Por todos los cielos, cállate, y vamos a tomar un trago.

El viejo y bueno de Pellaeon. Él no le prestaba al protocolo, mayor atención que la que le brindaba al trasero de un bantha. Ambos desempeñaban su trabajo sin hacer tantos aspavientos. Eventualmente, Ahsoka bajó dando zancadas por la rampa de la lanzadera, con el traje de faena de color azul fuertemente ajustado en la cintura, con el excedente de las largas mangas doblado hasta dejar ver sus muñecas, y se presentó frente a Pellaeon.

—¿Esto servirá?

Pobre muchacha, lucía avergonzada. Las franjas intensamente coloreadas en las tres colas de su cabeza, se veían más vívidas que nunca —casi como un sonrojo—, lo cual

Rex había aprendido que algunas veces revelaba incomodidad, y otras, ira. En esta oportunidad, adivinaba que se trataba de un poco de ambas cosas.

—Tan sólo quiero que sepa que me queda tan holgado, que voy a tropezarme con él, y voy a quebrarme el cuello, es todo. No es algo que brinde demasiada seguridad.

—Querida, vas a poder crecer dentro de ese traje —dijo Pellaeon, mirándose satisfecho—. Y los Jedi no son especialmente quisquillosos al momento de viajar ¿no es verdad? El Jefe Massin le mostrará su cabina.

Pellaeon esperó a que Ahsoka se perdiera a través de las puertas de la bahía por detrás del Jefe, y volvió a dirigirse a Rex.

—¿Cuánto tiempo de respiro necesita el general?

—Me dijo que de dos a tres días.

—Ah, entonces, es muy poco; pero bueno, dime cuáles son las obligaciones que lo fuerzan a separarse de sus hombres.

—No será necesario —Rex decidió que debía ser cauteloso—. El General Skywalker tiene sus razones para operar en solitario durante ese tiempo, cualesquiera que ellas sean, y su padawan todavía está en un estado de sobre-curiosidad descontrolada. Realmente apreciaría su ayuda, capitán.

—Será un placer —Pellaeon le hizo una señal a uno de los soldados; Coric siguió las indicaciones como si fuera un perro faldero—. Además, tú podrías ser capaz de ayudarme a poner a algunos de mis tripulantes en forma. Ah, y con respecto a lo de estos días, un oficial al mando debería poder ser capaz de lanzar a cualquier palurdo inútil por fuera de la compuerta de aire, sin tener que preocuparse por tener que llenar las formas…

—Eso sería algo muy antideportivo, señor —dijo Coric—. A menos que usted le hubiera concedido unos cincuenta metros de ventaja.

Pellaeon se rió. Pero como todo el humor en medio de esta guerra, se trataba de un desgastado barniz que ocultaba una ansiedad permanente, y la tripulación en verdad terminaba muriendo en medio de un duro vacío; la única forma en que la mayoría del personal parecía ser capaz de sobreponerse, era bromear en formas que parecerían inapropiadas para seres acostumbrados a la paz y a la seguridad.

Rex contuvo su risa lo mejor que pudo. Esto era lo más cercano a un descanso que jamás podría conseguir: se encontraba entre otros soldados que podían entenderlo, y suficientemente lejos de los civiles en Coruscant, quienes jamás podrían hacerlo; un limbo seguro entre ambos extremos de esta guerra.

—Va a ser algo aburrido, señor —le dijo Coric, mientras bajaban por el pasaje hacia la desordenada cubierta—. Y se lo digo de la mejor manera.

—Aprovéchalo al máximo —dijo Rex—. Recupera algo de sueño. Todos ustedes.

Dos o tres días de un descanso sin hacer nada, era todo lo que necesitaban. Todo lo que él tenía que hacer, era mantener ocupada a Ahsoka. ¿Y cuán difícil podría ser eso?

Una diminuta figura llegó dando grandes zancadas a través del pasaje hacia ellos, acomodándose bastante bien con el par de botas de seguridad cubiertas con una capa de dura-acero. Las colas de la cabeza de Ahsoka rebotaban como si fueran trenzas.

—Estoy lista, Rex —sonrió alegremente—. Muéstrame la bahía de misiles cónicos.

ATHAR: A LA MAÑANA SIGUIENTE

—¡Tú! —gritó el supervisor en las puertas de la fábrica. Estaba extremadamente pálido, y por un momento, Hallena pensé que se trataba de un albino. Pero tan sólo era demasiado rubio, una rareza en Athar—. ¡Tú, la de la bufanda roja! ¿Acaso quieres que te consiga un trabajo en el taller?

Ella comprendió que la estaba señalando. Había permanecía quieta en medio de la harapienta línea de trabajadores que estaba afuera de la fábrica de municiones, tan sólo una más en medio de una multitud que esperaba que le fuera asignado un trabajo por el día.

Una gran manera de evadir los controles de seguridad. Algunas dictaduras eran sorprendentemente estúpidas.

—No, señor —ésa era siempre la parte más difícil de la actuación para ella: el pretender ser indiferente—. Sólo sé barrer. ¿Tendrá algún trabajo de ese tipo para mí?

El grisáceo polvo se había depositado en todos lados, como una fina nieve de apariencia sucia. Al menos, el viento había terminado por disiparse.

—Siempre tenemos trabajo para algunas cuantas barrenderas —dijo el supervisor, pateando una pila de polvo por los aires, a manera de demostración—. Especialmente en este momento. Vamos, entra. ¿Dónde está tu ID?

Hallena se abrió paso hacia el frente de la línea, despertando miradas hoscas y envidiosas como si le estuviera siendo concedido, alguna clase de privilegio. Cuando se volvió hacia un costado para pasar entre dos hombres —modula tu lenguaje corporal, piensa que eres una persona pasiva, piensa que eres una persona humilde—, logró captar la mirada en el interior de uno de ellos, y aquel fue un momento de descubrimiento, de revelación. Ella había logrado ver hacia adentro de los ojos de un hombre hambriento; no de manera literal, ya que parecía estar sólidamente constituido, pero sí se trataba de la mirada de un hombre que estaba desesperado por conseguir un trabajo de un día, y quizás ella había terminado por arrebatárselo. El hombre le devolvió la mirada. Tan sólo duró el tiempo que toma un latido del corazón, ni siquiera un segundo completo.

Ella nunca había apreciado ese tipo de mirada en Coruscant, al menos, no tan de cerca. Súbitamente, llegó a comprender el corazón del enemigo al cual estaba enfrentándose; e hizo que se sintiera intimidada, más aún que la amenaza de las naves de guerra y las invasiones, ya que no podría ser abatido, bombardeado, o llevado a una mesa de negociaciones. Era el rostro de la desesperación, de un miedo y de una necesidad tan primarios, que podría ser llevado a realizar cualquier acto.

«Hemos escogido aliarnos con un perdedor en este lugar».

«Este lugar está maduro para una revolución. No es de extrañar que los seps[10] deseen infiltrarse aquí. Tan sólo un pequeño empujón, una pequeña sacudida…».

—¿Qué kriffing estás esperando entonces? —gritó el supervisor—. ¿Quieres o no que te dé el trabajo? Tengo a cientos dispuestos a tomar tu lugar, corazoncito.

—Lo lamento, señor.

«Condenado arrogante. Tengo la esperanza de que sea yo quien pueda provocar tu caída…».

—De inmediato, señor.

Hallena apartó la mirada y se obligó a avanzar a través de la fila. No había comprendido lo que era tan obvio. Al dar una segunda mirada, pudo distinguir claramente la separación de clases. Tendría que ser mucho más cuidadosa en una sociedad en donde cada quien, estaba claramente predispuesto a vigilar y a denunciar a su vecino, con tal de poder sobrevivir.

Le entregó su falso identichip al supervisor. Él lo tomó, lo deslizó en una lectora de chips, y se quedó contemplando la pantalla. No era la primera vez que ella se encontraba sobre el filo del cuchillo, en una situación entre la vida y la muerte, con la esperanza de que su tapadera no fuera descubierta, pero…

«Hey, todavía no estoy detrás de las líneas enemigas. Estoy aquí con el conocimiento y con la anuencia del Regente. ¿Por qué me estoy sintiendo de esta manera?».

El supervisor dejó ver una sonrisa afectada, mientras observaba la lectura de la pantalla. Seguramente debía haberle mostrado su registro en la prisión.

—Y entonces, ¿aprendiste tu lección, alborotadora?

—Tan sólo quiero mantener la cabeza gacha, y llevar algo de comida a mi mesa —dijo ella.

—Si tan sólo llego a sospechar que estás deseando agitar el cotarro aquí, personalmente te cortaré el pescuezo.

Sí, ésa era la parte más dura del trabajo encubierto. No se trataba del tener que bajar la mirada frente al cañón de un bláster; ni tampoco del temor de ser descubierta y estar sola, y de tener que sufrir una muerte anónima que no pudiera ser descubierta, y muy lejos de casa. El momento más insoportable para Hallena Devis, era el tener que morderse el labio inferior mientras un pedazo de escoria como ésta, insultaba su inteligencia, y el no poder hacer caer sobre su cabeza, la instantánea justicia que merecía largamente.

Pero bien podría hacer para encontrar algún momento posteriormente, en su sobrecargada agenda; de eso estaba segura.

—Como acabo de decir —murmuró, bajando la mirada, odiándose a sí misma por ser capaz todavía de poder fingir una postura sumisa—, quiero tener qué comer. Eso es todo.

El supervisor pareció sentir que había logrado su objetivo.

—Repórtate a la oficina de personal —dijo, y dio un paso atrás para permitirle ingresar en el complejo.

---

[10] Seps: separatistas. N. del T.

Las polvorientas puertas se abrieron para dejarla entrar, y los sonidos metálicos, siseantes y palpitantes de una atareada fábrica, se desparramaron en forma de una oleada ensordecedora. Aquello lastimó sus oídos mientras caminaba con la cabeza gacha, a través del cavernoso hangar, atravesando la línea de ensamblaje, en donde escuadrillas de trabajadores estaban sellando pequeños frascos, o comparando los componentes de dura-acero contra bastones de medición, pero a nadie pareció importarle mucho su presencia. Un hombre levantó la mirada, sonrió, y luego regresó a remachar una lámina de dura-acero alrededor de la curva de lo que parecía un escape. Para el momento en que Hallena llegó hasta la oficina de personal —un lamentable cubículo en el extremo distal del piso de la fábrica—, un desaliñado androide, que parecía estar en peor forma que el metal que estaba siendo martillado en los alrededores, permanecía observándola atentamente.

Mientras que con uno de sus brazos continuaba amontonando las hojas de plastifino, y con el otro golpeteaba sobre las teclas de un pad de contabilidad, logró alcanzar algo que estaba situado detrás de su posición, con un artilugio montado sobre su espalda. Una escoba describió un arco, siendo despedida de aquella tercera mano, y casi le golpeó las piernas. Si alguien estuviera realizando un estudio de eficiencia, el droide habría obtenido un perfecto cien en todas las cosas que hacía. Hallena se preguntó qué sería lo que estaría haciendo con sus piernas colocadas debajo del escritorio. Ninguna de sus extremidades estaba ociosa, de eso estaba segura.

—Una escoba —dijo el droide—. Rómpela o piérdela, y tendrás que pagar por ella. Tienes que barrer todo el piso del área de producción, además de los baños y los corredores. Tendrás un receso de diez minutos para comer cuando suene el claxon. Podrás irte a casa cuando el lugar sea inspeccionado y aprobado por el supervisor. Si él aprueba tu trabajo, recibirás tu pago, y podrás regresar en la mañana. Si no lo hace, no obtendrás nada, y no te molestes en regresar. ¿Alguna pregunta?

Hallena se sentía tentada a hacerlo, pero en aquel momento, su disciplina estaba enfocada al cien por ciento. Ni siquiera pensó en dejar escapar una réplica cortante.

—No —dijo, y tomó la escoba con ambas manos, como si se tratara de una barreta—. No creo que vaya a darme un esquema de la planta para orientarme, ¿no es verdad?

El droide era incapaz de parecer burlón o despectivo, pero se las ingenió para transmitirle su desdén bastante bien, de una manera simple, con pausas estudiadas que hubieran hecho que cualquier actor de teatro se sintiera envidioso.

—¿En qué necesitas orientarte? —dijo finalmente— Los ojos sobre el suelo, encuentra el polvo, usa la escoba. Detente cuando logres ver el color original de los azulejos. Cualquier cosa que encuentres sucia, pues límpiala.

Después de eso, Hallena se las ingenió para desaparecer de forma instantánea en medio de la anodina existencia de la fuerza laboral. Hasta ese momento, todo había marchado bien. Se dirigió hacia los baños, y se concentró en parecer una auténtica trabajadora.

«Stang, apestan».

Si alguna vez necesitara una excusa para escabullirse del piso de la fábrica, un balde de desinfectante y un cepillo serían la tapadera perfecta para salir de allí. Tenía que trabajar. Un rápido y discreto barrido con el sensor de dispositivos que tenía en el chrono de su muñeca, le mostró que allí había cámaras de vigilancia que se aseguraban de que los trabajadores no se entretuviesen demasiado allí con la copia de una holo-revista.

«¿Será el resto del planeta tan vil como este lugar?».

Los de Inteligencia de la República le había advertido que sí. Pero eso no era lo que le importaba a la República. Todo lo que le importaba, era detener a los separatistas en su intento de derrocar al Regente, e invadir el planeta.

«Quizás puedan derrocar al régimen cuando la guerra haya terminado. Éste no es un aliado que me agrade mucho…».

Sin embargo, la única cosa buena de vivir en una dictadura como la de JanFathal, era que el inframundo informativo, el intercambio de noticias susurradas y de chismes, era mucho más rápido y más concreto que en las complacientes pasarelas de Coruscant, en donde todos andaban más preocupados por los resultados del smashball, y por los escándalos de las actrices de los holo-videos. Eso era la democracia para ellos: nunca se darían cuenta de lo que tenían, hasta que lo hubieran perdido. Aquí, la información era preciosa. Los secretos realmente importaban.

Después de una hora de faena, Hallena retrocedía del cubículo de uno de los baños, sólo para encontrarse con que el camino de su escoba, estaba siendo bloqueado por dos trabajadores vestidos con sobretodos de color gris oscuro.

Sus trajes de faena, probablemente habían sido de otro color en algún momento, pero el polvo de color gris terminaba por impregnarlo todo.

Hallena hizo una pausa, y se reclinó sobre su escoba.

—Mi madre solía decir que los hombres deberían levantar los pies cuando una dama está realizando la limpieza…

Ambas caras le resultaban familiares. Deberían serlo. Había estudiado sus holo-imágenes durante bastante tiempo.

—Hermana Taman —dijo el trabajador, extendiéndole la mano—. Me parece que te encuentras entre amigos nuevamente. Soy Merish Hath, y éste es mi camarada Shil Kaval. Ambos pertenecemos a la Unión.

—La Unión —dijo lentamente Hallena—, hizo que me ganara algunos años de cárcel.

—Los tiempos están cambiando —dijo Shil—. Pero no con la rapidez necesaria.

Hallena volvió a dedicarse a barrer.

—No esperen que yo los ayude a acelerarlos…

Merish había bloqueado efectivamente la salida. Todo estaba caminando mejor de lo que Hallena hubiera esperado.

—Se dice que fuiste una activista comprometida en Nuth, antes de que el Regente arrasase todo el lugar, hasta dejar sólo escombros.

«Oh, qué grandiosa información se encargaron de entregarme los del Servicio de Inteligencia. ¿Qué? ¿Arrasado? ¿Cuándo?».

—No deseo hablar acerca de eso.

—Y nosotros ahora tenemos más amigos apoyándonos, a los que podremos llamar ahora que la guerra se ha desatado.

Hallena hizo una pausa y se enderezó, pero manteniendo una expresión escéptica. La gente desesperada, en verdad hacía cosas desesperadas. Ésta era, tal como le habían dicho los de Inteligencia, la ruta para infiltrarse en las filas de los separatistas. Iba a tratarse de un trabajo mucho más directo de lo que había llegado a imaginar.

«Quizás me tome tan sólo algunas semanas. Quizás después… pueda disponer de algún tiempo para Gil».

«Quizás no me sentiré tan mal, después de todo, cuando pueda mirar atrás y recuerde cómo logré evitar que toda esta gentuza pusiera la cabeza del Regente sobre una estaca bien afilada».

—Será mejor que lo que me dicen sea cierto —les dijo—. No tengo intenciones de pasar más tiempo encerrada.

—No tendrás que hacerlo —dijo Merish—. Todo eso va a cambiar.

Hallena se las ingenió para dar la impresión de que estaba tomándose un momento de dubitativa reflexión para considerar sus palabras, y luego estrechó la mano de la mujer. Shil le dio algunos golpecitos en la espalda.

En aquel momento —lo sabía—, ya se encontraba detrás de las líneas enemigas.

CAPÍTULO II



¿En verdad creen que la mitad de la galaxia se alinearía con Nute Gunray porque todos aquellos planetas y sus habitantes son malvados? De cualquier modo, ¿qué significa ser malvado? ¿Cómo es que tantos seres podrían ser simplemente… malvados? Por cada político intrigante de la Federación de Comercio que anhela con aplastar la República, existen trillones de seres que tienen razones reales para odiar el régimen de Coruscant. Todo lo que estaban esperando, era un líder que los guiase, una excusa para hacer algo acerca de toda esta situación.

—Cormen A'Lanti, analista político, HNE[11]

BLOQUE DE APARTAMENTOS DE LA SENADORA AMIDALA, DISTRITO DEL SENADO, CORUSCANT

Padmé adoraba las sorpresas. Ciertamente, iba a recibir una en aquel momento.

Anakin Skywalker se balanceaba sobre el parapeto que estaba dos pisos arriba por encima del balcón de Padmé, calculando el impulso que necesitaría para poder aterrizar en el carril de abajo, y luego deslizarse a través de las puertas de transpariacero que no eran distinguibles. Allí debería estar la cámara de seguridad que tendría que borrar, por supuesto —un pequeño borrón por medio de la Fuerza, aplicada de manera ligera y discreta—, pero él ya se había vuelto bastante bueno en eso. Entendía que necesitaba de la protección de los políticos en una guerra como ésta. Sin embargo, su propia esposa no necesitaba tener que protegerse de él.

«Esto era una locura. Las cosas no deberían ser de esta manera».

Echó una mirada por encima de Galactic City. De noche, se trataba de algo mágico, un campo de estrellas en todo su esplendor; cabezas de alfiler de todos los colores que componían el espectro, diseminadas por todos lados, conglomerados de luz intensa, efectos similares a los de una nebulosa procedentes del letrero de una tapcaf, atravesando el velo de una ventila de vapor. Y en medio de toda aquella iluminación, para todas las formas vitales que se encontraban por encima, por debajo, y alrededor suyo, él continuaba siendo completamente invisible. Nadie podría notar a un hombre vestido con

[11] HNE: Holonet News and Entertainment. N. del T.

un insípido manto hecho de lana de bantha de color marrón, el cual se mimetizaba con las sombras y los contrastes de un edificio que se elevaba unos cien metros en medio del cielo nocturno.

«Hermoso».

Anakin realizó una inspiración, contuvo el aire, y saltó.

El viento atrapó su manto e hizo que su caída fuera ralentizada, pero de cualquier modo, él ya estaba frenando su caída por medio de la Fuerza. La sensación que aquello le estaba produciendo, no era la de una caída, sino la del mundo acelerando a medida que él lo estaba atravesando. Cuando sus botas se asentaron sobre el permacreto, quince metros por debajo, el efecto de amortiguación hizo que se preguntara qué sería lo que les ocurriría a los seres comunes y corrientes si cayeran desde aquella altura.

Sería algo doloroso, letal.

«¿En verdad puedo entender cómo se siente el peligro para las otras personas?».

No, no lo sabía, y eso hacía de él alguien maravilloso en comparación con los hombres ordinarios, sus soldados, los cuales lo seguirían en medio de situaciones que él podría superar fácilmente con ayuda de la Fuerza, mientras que ellos no. Se hizo la promesa de tratar de no olvidarlo.

Abrió la puerta lateral cuidadosamente, y se deslizó hacia el interior, completamente listo para hacer rebotar la descarga de un bláster, en caso de que hubiera conseguido asustar a la mujer que habitaba el departamento.

—Ya estoy en casa —la llamó—. ¿Padmé?

Las puertas de la habitación se separaron de manera brusca, y ella dio un paso hacia el vestíbulo, con la cara cubierta por una pasta blanca, y con una toalla envuelta alrededor de su cabello.

—Podrías haber llamado primero… —susurró ella.

Sus labios apenas se movieron. Se escuchaba como una de aquellas voces… las de los espectáculos circenses, en los que un sujeto realizaba un acto en el que parecía que un perro akk[12] estuviera hablando.

—No hagas que me quite esto. Debe permanecer sobre mi cara al menos por una hora.

Anakin intentó abrazarla lo mejor que pudo, sin acercarse a lo que fuera que fuese aquella masa viscosa que estaba colocada sobre su rostro. Parecía haberse solidificado, como si fuera plaster[13].

—No necesitas nada de eso. Eres suficientemente bella sin necesidad de esa cosa.

—Incluso una senadora tiene derecho a disponer de una noche de chicas, con una máscara de belleza y una holo-revista.

—Puedo regresar al Borde Exterior, si así lo prefieres…

[12] Perro Akk: especie nativa de Anoat, cuadrúpedos, con una rojiza piel escamosa, cuatro cuernos, ojos azules, y filas de dientes triangulares. Cuando eran atrapados desde pequeños, en verdad eran una muy buena compañía, además de buenos guardianes. N. del T.

[13] Plaster: material empleado para la construcción. N. del T.

—No te atrevas.

—¿Has escuchado el chiste acerca del trandoshano que entró en una tapcaf?

—No me hagas reír.

—Bueno, pues el *trando* se dirige al camarero y le dice…

—No sigas.

—Y le dice, «¿podría darme cuatro jarras de…?».

—No lo hagas.

Padmé se quedó congelada por un momento, y luego estalló en pequeñas risitas sofocadas, al tiempo que sus manos presionaban fuertemente contra su cara. Cuando las retiró, pedazos de la máscara cayeron como si se tratara de la fachada de un edificio que estuviera derrumbándose.

—Oh, se ha cuarteado… grandioso. Todo ese tiempo que pasé esperando, y ahora tendré que aplicármela nuevamente.

—No, no lo harás —le dijo él, tomado su mano—. Vamos, me he tomado un par de días de descanso, y no vamos a desperdiciarlos en tratamientos de belleza…

Padmé lo siguió hacia la puerta del lavabo.

—¿Dos días? Y entonces, ¿dónde está Ahsoka?

—La dejé con Rex —Anakin la hizo pasar delicadamente hacia la habitación—. Enjuágate toda esa cosa. Vamos.

Padmé giró hacia el grifo, y salpicó su rostro con el agua.

—En verdad depositas demasiadas responsabilidades sobre Rex, Ani. Mucho más allá de lo que le compete.

—Él bien puede hacerse cargo de ellas.

Anakin observaba mientras la extraña con el rostro blanco se transformaba nuevamente en su esposa. Siempre tenía muy poco tiempo para estar con ella, y además, era de manera furtiva, un tiempo robado, así que incluso esos momentos aparentemente bobos, eran intensos y preciosos.

—Puede ser que Ahsoka se exprese como si fuera el Gran Almirante de la Flota, pero respeta a Rex. Y sospecho que algunas lecciones le resultan más fáciles cuando las aprende de él, en lugar mío.

—Rex puede ser un tipo encantador, cuando quiere serlo.

Instintivamente, a Anakin se le pusieron los pelos de punta, pero de inmediato se sintió estúpido por sentirse así.

—Pero también puede hacerle volver a pisar tierra bastante rápido, cuando es necesario.

—Así que tenemos un par de días.

—Y no vamos a poder salir afuera y ser vistos juntos, ¿de acuerdo?

—Ya entendí el mensaje.

Dejó ver una sonrisa mientras se secaba el rostro, y luego desenvolvió la toalla que estaba sujetando su cabello.

—Discreción… mira, esta ciudad vive de los chismes, y nunca seremos lo suficientemente cuidadosos. Prepara algo de café, querido, ¿no te importaría, no es verdad? Yo voy a terminar de arreglarme.

«Nunca seremos lo suficientemente cuidadosos».

Ella ya se lo había dicho con anterioridad; él lo sabía bastante bien, incluso cuando sentía que todo aquello se le hacía una carga cada vez más pesada a medida que transcurrían los días. El tan sólo no poder caminar por los alrededores de Coruscant —de cualquier mundo en realidad—, le recordaba que ellos no podían hacer las cosas triviales que las parejas ordinarias dan por sentado; dar un paseo por el parque, tomar una bebida en una tapcaf, una salida al teatro. Algunas veces, no le quedaba más que luchar contra esa hirviente ira que lo estaba consumiendo a fuego lento, y que lo envolvía todo, y se preguntaba cómo podrían hacer los demás para tomar de manera seria a este Jedi que terminaría por decepcionar no sólo al Concejo Jedi, sino también a Obi-Wan.

«Si no estoy de acuerdo con que la Orden tiene la razón acerca del compromiso… ¿qué otras cosas voy a terminar por rechazar? ¿En dónde va a parar todo esto?».

Esta guerra era la única cosa que tenía clara en su vida, además de Padmé; tenía a un enemigo real, tangible, tratando de matarlo, y amaba a Padmé hasta el punto de tener un temor enfermizo a que alguna vez fuera apartada de él. Ésas eran las únicas certezas de su vida. Así que luchaba, y también amaba, ya que sabía cómo hacer ambas cosas.

Pero la filosofía era mucho más difícil de aferrar entre sus manos, que un sable de luz.

—Ani, ¿te has ido hasta Charra para cultivar por ti mismo ese café?

Anakin levantó la mirada, y desechó sus pensamientos, mientras aún permanecía con el contenedor colgando de una de sus manos, y con la lata de café casi vacía en la otra. Padmé se deslizó hacia adentro de la cocina, vestida con uno de sus elegantes vestidos, hecho de un satín de intenso color azul eléctrico, el cual provocaba un reflejo turquesa sobre los lustrosos anaqueles de color blanco.

—Tan sólo estaba reflexionando —le dijo.

Padmé dejó escapar un suspiro teatral.

—No se puede conseguir buenos ayudantes en estos días.

Tomó el contenedor de café de sus manos, y empezó a preparar un poco por sí misma.

«Ya lo ves, éste es un momento ordinario. Una senadora, una reina, una mujer que podría cambiar la galaxia, preparando café como cualquier ama de casa en Coruscant. ¿Por qué no? ¿Acaso no es de esto de lo que se trata la vida misma?».

Anakin no estaba seguro de cuánto tiempo podría mantener toda esta farsa. Se preguntaba el porqué Obi-Wan no llegaba a percibir lo que estaba ocurriendo. ¿Cómo era posible que no pudiera percatarse de la confusión y de la pasión que estaban distorsionando la Fuerza, justo por debajo de sus narices?

—¿Has oído las últimas noticias acerca del senador Herbin? —Padmé sostenía el dispositivo para preparar café debajo de su nariz, e inhalaba profundamente. No se trataba de un intento de distracción. Anakin sabía reconocer cuando ella hacía un esfuerzo para parecer despreocupada—. Están por toda la HNE. Sosteniendo un

encuentro con esa detestable actriz de holo-videos en el Centro Médico de la República. Con aquella que protesta contra la guerra.

—No conozco a Herbin —dijo Anakin—. No me preocupan los chismes. Hay una guerra en curso.

—Me refiero a que los políticos somos vulnerables a ser fisgoneados.

—¿Así que cuál es la esencia del escándalo? —Anakin sacó las tazas, hechas de un porce-plático translúcido de Naboo, y que todavía conservaban una cresta real sobre ellas—. ¿Que él es un hombre casado, que tenía una cita con una protestante, o que obviamente tiene un gusto detestable por los holo-videos?

—Sabes a lo que me refiero. Debemos ser más cuidadosos. Debemos estar al tanto de que la gente se da cuenta de las cosas. De la forma en que me miras en público, de la forma en que hablamos. Todas esas pequeñas cosas.

Aquella no sonaba como *su* Padmé. Debía sentirse bastante nerviosa como para haber empezado a hablar de algo así.

—¿Alguien te ha dicho algo?

—No, no en absoluto. Sólo que siento que estoy al borde de un precipicio. Veo a Herbin siendo perseguido, y pienso, ¿qué sería lo que llegaría a ocurrirte, si el Concejo Jedi terminara por descubrir lo nuestro?

Anakin realmente no había llegado a pensar en lo que dicho descubrimiento le haría a la reputación de Padmé. No lo había considerado bajo esos términos; lo que ella tenía, no era tanto como una carrera, sino más bien, algo como un deber inacabable, así que no podía llegar a imaginar las implicancias que significarían para ella el tener que verse resignada a dimitir. Por el contrario, si todo esto se trataba del desafuero del Concejo Jedi, ésa era una cosa completamente diferente. Él ya se encargaría de ello en el momento adecuado.

Pero en definitiva, esto no iba a poder continuar de la misma manera para siempre.

—Pero nosotros no somos como Herbin y como ella, cualquiera que sea su nombre —le respondió—. Nosotros estamos casados. Nosotros no estamos engañando a nuestros esposos. No hay ninguna deshonra en todo esto.

—De acuerdo, déjame ponerlo de esta forma —en aquel momento, el café ya estaba hirviendo, desprendiendo sus vapores por todo el ambiente, y empañando completamente las ventanas. Padmé apagó la fuente de calor, y vertió el contenedor—. ¿Qué harías si el Maestro Yoda descubriera que estamos casados y te dijera…? Bueno, ¿qué piensas que te diría él que hicieras? ¿Que te divorciases de mí?

—Me daría a escoger entre tú y la Orden Jedi.

«¿En verdad lo haría?».

Anakin realmente no lo sabía. Ahora que se había detenido a considerarlo, en su imaginación no había llegado más allá de los argumentos inmediatos, y de las terribles advertencias acerca de hacia donde en verdad conducía el tener otros lazos. No había hecho lo que cualquier general hubiera hecho, lo que él mismo habría hecho si esto se

tratara de una batalla real, más que de una guerra de ideologías Jedi: no se había preguntado cuál sería el peor de los escenarios que podrían presentársele.

—Y yo jamás te abandonaría. Jamás.

Aquello no era una respuesta. Anakin lo sabía. Lo que deseaba decir, era que le diría a Yoda que se rehusaba a obedecer, pero no estaba seguro de que el Maestro le permitiría seguir siendo un Jedi. ¿Podría seguir siéndolo? Por supuesto que podría. No era algo como el senado y sus alianzas entre partidos, en donde los políticos solían ser expulsados de sus partidos si no emitían sus votos de la manera correcta. Él no poseía una tarjeta de membresía del partido Jedi. La naturaleza de su habilidad para emplear la Fuerza, estaba en su sangre, en el interior de sus mismas células.

Padmé tomó las tazas y lo condujo hacia la sala de estar.

—Yo tampoco te abandonaría nunca, Ani. Pero no debemos arriesgarnos a una confrontación con el Concejo Jedi. Al menos, todavía no.

Anakin sintió que el resentimiento, la duda y el ofuscamiento empezaban a bullir nuevamente en su interior. Se desparramó sobre el sofá, con su cabeza descansando sobre el regazo de Padmé, y pensó específicamente en uno de los miembros del Concejo Jedi.

Ki-Adi-Mundi tenía esposas. No sólo una. Cinco de ellas. Y montones de hijas. Lo usual para un cereano. ¿Pero para un Jedi?

El cereano no se veía como si hubiese sido corrompido por aquellos lazos. Nadie hacía mención de ello; entonces, era cierto que los Jedi podían casarse, y la galaxia no hacía implosión por ese hecho. Aquel hecho era como tener a un bantha en el comedor, la gran, silente y amenazante cosa que todos podían apreciar, pero de la cual no hablaba nadie, como si no estuviera allí en absoluto, y tuviera que ser ignorada sin importar el costo.

Debido a que los cereanos tenían una baja tasas de nacimientos, y también pocos machos, se veían obligados a tomar varias esposas. De esa manera, Ki-Adi-Mundi podía permanecer siendo un Jedi, servir al Concejo, y al mismo tiempo, tener una familia. Repentinamente, nada de todo aquello parecía tener sentido para Anakin. Las necesidades del planeta Cerea eran el soporte más adecuado frente a toda aquella situación. Ya sea que el tener compromisos fuera una mala idea para un Jedi, como si no.

«Correcto. Hazlo a tu manera, Maestro Yoda. No me siento culpable por tener que cambiar las reglas para que se adecúen a lo que siente mi corazón, si tú también has modificado las reglas de acuerdo a las especies. O a la conveniencia. O a lo que sea».

—Ellos dicen que el amor hace proclive a un Jedi hacia el Lado Oscuro —dijo él, finalmente—. No veo la forma en que el amor puede hacer tal cosa. Pero el tener que verse forzado a esconderse detrás de una mentira, ésa sí es una receta para que se dé nacimiento a los problemas. Ahora, mira, si Ki-Adi…

—No estarás pensando en ventilar todo esto con el Maestro Yoda, ¿no es verdad, Ani? —Padmé acarició sus cabellos—. ¿Por favor?

Anakin la miró fijamente a los ojos, antes de responder.

—No. Te lo prometo.

—Bueno. Aprovechemos al máximo estos pocos días.

—¿Estás segura de que nadie te ha dicho nada? Realmente estás muy inquieta.

Padmé se estiró para alcanzar su taza, y él se encontró a sí mismo observando la parte inferior de la exquisita y antigua taza, tan fina y delicada, que la luz se filtraba a través de ella.

—Tan sólo estoy confundida por todo este asunto de Herbin —dijo ella—. Di algo que me haga reír…

Anakin haría cualquier cosa que ella le pidiera. Se encontraba anonadado por ella, y siempre lo estaría, bien lo sabía. No se sentía, de ninguna manera, menos Jedi por sentir que la amaba tanto.

—Lo haré —le dijo.

NAVE DE ASALTO DE LA REPÚBLICA LEVELER, EN PERÍODO DE PRUEBA DESPUÉS DE SU REACONDICIONAMIENTO, SECTOR DANTUS

Pellaeon se deslizó los últimos metros de la escalera hacia la cubierta inferior de los motores, con las botas haciendo de freno contra los pulidos carriles, convocando la presencia de algunos de los oficiales menores, a medida que descendía. Fue saludado por ellos, al igual que por el olor de la pintura chamuscada que llenaba sus fosas nasales, y que llegaba hasta la parte posterior de su garganta. Había algunos buenos y nuevos olores provenientes de una nave que acababa de ser reacondicionada, así como otros que podían ser preocupantes; éste se encontraba en esa última categoría.

—Lammin, ¿qué stang está ocurriendo con esos amortiguadores?

Él nunca solía desplazarse corriendo, a menos que la nave se encontrara en un estado de combate inminente, pero podía caminar a una velocidad extraordinaria a lo largo de los pasadizos. Atravesó la escotilla hasta llegar a la sección principal de dirección de la nave.

—¿Lammin? Está dando bandazos como un borracho, cada vez que saltamos al hiperespacio.

—Creo que todavía tenemos un problema de presión baja, señor.

Lammin, el ingeniero en jefe, estaba acuñado en el pequeño espacio entre dos mamparos, intentando remover un obstinado perno. Maldijo de manera elocuente, y le extendió la mano al ingeniero que estaba aguardando allí de manera paciente, con su estuche de herramientas, como si se tratara de un cirujano requiriendo un escalpelo por parte de una enfermera.

—Ollo, alcánzame el servoconductor weequay, ¿serías tan amable? Se requiere algo de trabajo de precisión.

Ollo seleccionó el martillo más grande que tenía en el estuche, se lo alcanzó a Lammin, y colocó sus dedos en sus oídos. Lammin se reclinó hacia atrás, tanto como pudo, y le dio un fuerte golpe a algo que Pellaeon no alcanzaba a ver. El estruendo metálico resultante fue tan sonoro, que realmente lastimaba los oídos.

Lammin aporreó el desafiante perno —o lo que fuera de lo que se tratase— unas cuantas veces más para asegurarse. Era como estar parado dentro de la campana de un monasterio andoano, cuando los monjes estaban haciéndola repiquetear. Pellaeon sintió que sus dientes oscilaban claramente, transmitiendo la vibración hasta las cavidades sinusales de su cráneo.

—Ah, y con eso, hemos terminado de liberarlo… —dijo Lammin, sonando contento.

—Me siento aliviado de que no seas un cirujano, Jefe.

—Bueno, si lo fuera, mis pacientes no sufrirían dolor por mucho tiempo, señor.

Lammin se impulsó para salir de la delgada brecha, y observó los calibradores sobre el mamparo.

—Parece que he logrado liberar algunos de éstos. Será mejor que verifique exactamente cuáles. Detesto los misterios.

—Continúe —dijo Pellaeon. Abrió su comlink y llamó a su primer teniente. Cada uno de los fallos había estado siendo cotejado y reportado al astillero para que fuera transmitido a los supervisores de los proveedores, y sin duda, a los contables para permitirles regatear acerca del precio—. Número Uno, ¿te importaría hacer otra anotación para el registro? Las válvulas de liberación de presión de los amortiguadores…

—Señor, lamento interrumpirlo, pero los sensores de largo alcance acaban de registrar algo de actividad en el sector adyacente, fuera de Tangar. Una flotilla de los seps, acaba de salir del hiperespacio, y han vuelto a saltar.

Pellaeon se imaginó una cartilla mental tridimensional de la región, calculando los tiempos de las trayectorias. Si algo acababa de comenzar, necesitaba saber si el *Leveler* estaría en condiciones de responder, y cuán rápidamente.

—No le quite la vista de encima, Rumahn —dijo. ¿Algunas fuerzas aliadas que se encuentren por las cercanías?

—Sólo nosotros, señor. Realizando un trabajo anodino y solitario por aquí.

El trabajo de reacondicionamiento tenía que ser realizado en lugares remotos, o en su defecto, en lugares bastante bien defendidos, ya que en aquellos días, nada invitaba más a sufrir un ataque, que una nave que no tenía operativas todas sus capacidades de combate. Y no se ganaba nada con atacar a cada casco de cualquier nave separatista que se hiciera presente. Algunos comandantes podrían sentirse obligados a hacerlo, en virtud de algún bizarro machismo bastante fuera de lugar, pero Pellaeon prefería la prudencia sobre cualquier entusiasmo mediático. Sabía que tendría que esperar a que llegara su momento.

—Pues entonces, esperemos que no se presenten ante nosotros como un blanco inevitable —dijo—. Quiero que la nave esté lista para el combate. Todavía tenemos algunos problemas aquí abajo.

Dejó a los tripulantes de ingeniería terminando sus tareas, y continuó con su inspección de las cubiertas inferiores, verificando la lista de pendientes en su datapad, al tiempo que visitaba cada sección para ver en qué condiciones se encontraba el *Leveler*. Podría haber convocado a la cabeza de cada sección a una junta, y dedicarse tan sólo a escuchar sus reportes. Pero ésa no era manera en que Gil Pellaeon hacía las cosas. Él necesitaba *verlas*. Necesitaba sentirlas. Necesitaba escuchar los sonidos de la nave. Y necesitaba ver a los hombres y mujeres que trabajaban para mantener su nave espacial navegable, y lista para combatir.

No había ningún substituto para una evaluación de primera mano de los múltiples y pequeños sistemas que componían esta vasta y compleja isla de dura-acero, y que se encargaban de transformarla en una máquina de pelea.

Y que asimismo, era su hogar. Era su comunidad. Posiblemente, quizás ningún civil pudiera entender el significado emocional de una nave para los que servían en ella. Sin importar si se tratase de clones o no, ésta era una compañía unida al interior de la nave, y se rehusaba a permitir que fuera de cualquier otra manera.

«Tan sólo desearía poder distinguirlos de manera más sencilla…».

Sin embargo, tenía sus técnicas.

Un grupo de clones pasó por su lado, todos enfundados en sus cascos.

—Señor —dijo uno de ellos, asintiendo respetuosamente después de reconocerlo.

Pellaeon se había retirado la gorra de la cabeza, así que no procedían los saludos formales. Verificó su lectora electrónica para que escaneara el rótulo de aquella armadura del soldado clon, con el fin de identificarlo, y una lista de nombres apareció sobre la diminuta pantalla.

—Oficial Menor Bren —dijo—. La distribución de sus hombres en todas las cubiertas ¿ha sido llevada a cabo con entera satisfacción para todos?

—Ha habido un pequeño problema con la presión de agua en los lavabos de la A-siete-dos, señor, pero el problema ya ha sido resuelto.

—Espléndido —Pellaeon realizó otra pequeña y rápida anotación, golpeteando sobre su datapad—. Continúe.

«Necesito un adjunto para que tome notas. Todos los comandantes de una nave de este tamaño, requieren uno. Lo que importa, es que cada miembro de la tripulación sepa que él o ella, de verdad importan».

Dio algunos pasos, distraído por un momento con el pensamiento de *en dónde podría encontrarse Hallena en aquel momento*, y de lo que estaría pensando acerca del *Leveler*. Por supuesto, él la había traído a bordo, y se lo había mostrado. Los chismes no hacían mella en él. En aquel momento, ya no tenía nada que perder, excepto quizás algunas batallas.

Por encima de todo, el astillero había realizado un típico trabajo apresurado; para las expectativas de Pellaeon, resultaba ser inadecuado, pero para las de alguna otra persona, podían resultar ser hasta razonables. Siempre estaban presentándose algunos problemas persistentes que terminaban por irritarlo, a menudo pequeños, pero que potencialmente podrían conducir a equivocaciones fatales, como el hecho de que la pintura fresca bloqueara las válvulas, o algunas fallas ocultas en el cableado, o junturas pellizcadas que no terminaban por asentarse, listas para permitir una filtración a cualquier momento. Ésas eran las cosas que él andaba buscando. Cualquier idiota podría distinguir los defectos mayores a diez klicks[14]; él también podría hacerlo, pero aquello no era lo que más le interesaba.

Hasta el momento, todo lo que había encontrado, era el problema con los amortiguadores, y algunos defectos en el sistema de dirección. Se trataba del software, le decían los técnicos, y podrían ser reacomodados.

—Si es así, demuéstrenmelo.

Subiendo por la escalera hacia uno de las bahías de los misiles de concusión, al levantar la mirada, se encontró con la de Rex, al tiempo que el comandante de los clones se inclinaba desde arriba, por la entrada superior que daba acceso a aquel portal. Rex, incluso sin su distintiva armadura azul y blanco de la Legión 501, era fácil de distinguir entre el resto de tripulantes de la nave. Tenía su casco colgado de su cinturón, y estaba luciendo un nuevo peinado. En lugar de estar completamente afeitado, dejando ver una delgada pelusa, como la última vez en que Pellaeon lo había visto, su cuero cabelludo ahora estaba cubierto por un corto pelaje de cabello teñido de color azul, cortado de manera simétrica revelando cuatro franjas longitudinales.

—Se ve bastante… diferente, Rex —le dijo Pellaeon.

Ahsoka se inclinó sobre la corredera al lado de Rex, aunque ella debía sostenerse sobre las puntas de sus pies para poder hacerlo. Las coloreadas colas de su cabeza empezaron a retorcerse.

—No hay nada malo con respecto a esas franjas, señor.

—La final de bolo-ball —dijo Rex—. De alguna manera, puedo considerar que soy un fanático. Del Bylluran Athletic.

Pellaeon no tenía idea de cómo había llegado a ser criado Rex en Kamino, pues había llegado a poseer algunos de los usuales sentidos de tribalismo geográfico o de especie, que inducían a una persona a apoyar a un determinado equipo. El Bylluran era un equipo sullustano. Pero la mayoría de equipos tenía fanáticos que nunca habían estado, ni siquiera a diez parsecs de distancia de su suelo natal, y algunos ni siquiera podían respirar la misma atmósfera, por lo que quizás esto pudiera ser considerado como algo… normal.

«Stang, él es como cualquier otro ser. Un macho humano normal. Eso está forjado en el interior de todos nosotros, la necesidad de aliarse y de pertenecer a algo».

—Así que, Rex, ¿qué piensas de las modificaciones introducidas en la nave?

Rex volvió a colocarse su casco.

---

[14] Klicks: mil metros, o un kilómetro. N. del T.

—No puedo juzgar los nuevos misiles de concusión hasta que los haya visto destruir una ciudad o una nave capital, pero no estoy muy convencido de que el mejorado tiempo de recarga de los láseres, haya valido tamaño desembolso.

—Ése es problema de los de Finanzas.

—Quizás sea así, pero…

Rex se detuvo. Pellaeon escuchó la alerta transmitida por los comunicadores al mismo tiempo que lo hacía el comandante clon, un tono nasal procedente del pequeño transmisor en el comlink que había sido anexado a su cinturón.

—Operaciones tácticas a Pellaeon, tenemos naves enemigas saliendo del hiperespacio en el sistema Fath. Por el momento, se encuentran manteniendo sus posiciones.

—Eso queda a unas dos horas de distancia —dijo Ahsoka—. ¿Qué es lo que estarán haciendo allí?

Pellaeon subió por la escalera y se dirigió hacia la estación más cercana de operaciones tácticas, para ver lo que estaban detectando sus sensores. Fath estaba cerca de un carril hiperespacial; aparte de eso, formaba parte del desaliñado patio trasero del Borde Exterior, nada que valiera la pena en realidad. ¿Estarían los seps emergiendo del hiperespacio, tan sólo para recibir instrucciones esenciales, antes de saltar nuevamente hacia otro destino, o en verdad tendrían algún objetivo local?

—¿Cuántas naves? —preguntó Rex—. No puedo conectar mi HUD a la pantalla de operaciones tácticas. Una falla más para añadir a la lista.

—Seis.

Pellaeon decidió que no sería superfluo el mantener vigilada a aquella flotilla.

—Comunicaciones, ¿logran interceptar alguna señal?

—Estamos fuera del alcance máximo —intervino Rumahn—. Ése es otro problema que hemos detectado.

—Muy bien, asumiendo que todavía tenemos propulsión, Número Uno, ¿podemos acercarnos al rango adecuado?

—Preferiría no saltar hasta que los amortiguadores fueran reparados, señor.

—Entonces, avance a velocidad subluz en dirección hacia ellos.

Pellaeon confiaba en sus instintos como pudiera hacerlo con cualquiera de los sensores, y sus alarmas internas estaban empezando a resonar. La tripulación lo sabía. Sabían que mientras más relajado era su tono de voz, pues más preocupado se encontraba. Rex permanecía a su lado y observaba la pantalla junto con él… o al menos, parecía estar mirándola. Una vez que Rex se había colocado su casco, no había forma de decir si se encontraba mirando lo que estaba delante de él, o estaba ocupado con algo que estaba siendo proyectado en su HUD. Ahsoka se estiraba al lado de ellos.

—Puedo sentirlo —dijo con ciertas dudas.

—¿Qué cosa, querida? —preguntó Pellaeon.

—Una distorsión en la Fuerza.

Extendió su mano y la sostuvo cerca de la pantalla repetidora, sin llegar a tocarla.

—Mucho… sufrimiento, en ebullición, hasta terminar transformado en ira.

Pellaeon nunca rechazaba ninguna información de inteligencia que pudiera serle útil. Definitivamente, prefería los hechos concretos, las coordenadas y distancias, y los Jedi siempre lo enervaban; y eran los jóvenes los que más lo ponían en dificultades, como esta pequeña togruta, una niña desmañada argumentando en un momento sobre la longitud de su falda, y después transformándose ante sus ojos en una criatura ancestral y primitiva, con algún tipo de conexión a algo que él nunca llegaría a ver. El tener consigo a semejante niña, parecía ser un gran regalo otorgado por parte del universo.

—¿Puedes afirmarlo sin necesidad de tocar la pantalla?

—No, capitán; eso tan sólo me ayuda a concentrarme, si me enfoco en una imagen.

—¿Así que puedes concluir que se trata de una apreciación de amenaza?

—La última vez que ella dijo algo así —musitó Rex— la siguiente frase fue «ya están llegando».

Pellaeon se convenció de que sus instintos trabajaban casi tan bien como los sentidos de los Jedi.

—Entonces, tomaré esto como una sólida alarma temprana.

—Reuniré a mis hombres —dijo Rex.

Siempre cabía la posibilidad de que se tratara de una falsa alarma; había una gran cantidad de hirviente ira por todos lados en la galaxia en aquellos días, y el predecir problemas, era considerado una apuesta segura. Pero Pellaeon sabía que en esta ocasión no tendría tanta suerte.

Abrió su comlink.

—Lammin —le dijo—. Hazme saber en el momento en que hayas concluido con esos amortiguadores.

UNA TAPCAF EN LOS ALOJAMIENTOS DE LOS TRABAJADORES DE METAL, ATHAR, JURISDICCIÓN DE JANFATHAL: MÁS TARDE, AQUELLA MISMA NOCHE

Hallena estaba segura de que nunca podría volver a levantar sus brazos una vez más.

Doce horas. Doce horas de barrer y restregar aquella sentina de fábrica. No había muchas cosas que barrer antes de quedarse sin hacer nada de manera bastante evidente, por lo que terminó limpiando todos los lavabos, y el olor del desinfectante se quedó impregnado en su cuerpo.

Abrazó sus codos por encima de la mesa de la tapcaf, y observó sus manos, con el pulpejo de los dedos todavía arrugados por la humedad constante a la que habían estado sometidos.

—Programaste esto de manera muy precisa —dijo Merish. Shil colocó dos jarras de cerveza ale delante de ellas, sobre la mesa, y trajo una silla más—. ¿Quién te delató?

Hallena ahora se encontraba en el limbo de abrirse paso a través de una conversación que podría terminar en una victoria, o en su muerte. Al menos, estaba suficientemente exhausta como para verse convincentemente malhumorada.

—No es necesario que lo sepan.

—Eso es cierto —la mujer se mantenía con los ojos fijos sobre las puertas. Parecía sentirse más triunfante que nerviosa—. Pues entonces, puede ser que encuentres algunas caras familiares que se reúnan con nosotros esta noche.

«Espero que no, porque no hay ninguna».

—Así que, ¿qué es lo que desean de mí? —les preguntó Hallena.

Las preguntas abiertas debían ser siempre contestadas con suspicacia. Pero era todo lo que podía hacer. La inteligencia local no había podido llenar todos los vacíos que había en ella, evidentemente. No era de sorprender que realmente necesitaran de todo el apoyo por parte de los de Inteligencia de la República; tan sólo eran buenos para espiar a algunos ciudadanos sospechosos de crímenes menores, como el estar descontentos, y que lo dejaran saber.

—Cuando las cosas cambien, necesitaremos a gente en la que podamos confiar —dijo Merish—. Gente que sepamos que no está contaminada por sus conexiones con el viejo régimen.

—Y yo califico.

El haber sido considerada como una prisionera política recién liberada, disipaba todas las dudas y las sospechas que pudieran recaer sobre ella. Continuó de manera cortante, como si estuviera dispuesta a levantarse.

—Pues bien, gracias.

—Eres de la Unión. Sabes cómo organizar a las personas. Vamos a necesitar de ello muy pronto.

—Olvídenlo —respondió Hallena.

«No, vamos. Sigan hablando».

—Ya he tenido suficiente de todo esto. No puedo tolerar la alternativa de tener que golpear mi cabeza, año tras año contra una pared, y ver que nada cambia.

—Oh, correcto, el cambio está en camino, hermana. Más pronto de lo que tú piensas.

—Sí. Como sea.

Merish se veía beatífica. Ésa era la única forma en que Hallena podría describirla. A medida que una mayor cantidad de personas ingresaban en la tapcaf por una cerveza para terminar el día, y el nivel del ruido se incrementaba, ella mantenía un ojo fijo sobre las puertas. El lugar hedía a sudor y a especias mohosas. Canciones exóticas —discordantes medios tonos, no del todo desagradables, tan sólo poco conocidos—, crujían provenientes

de un viejo aparato de radio empotrado en la pared que estaba a su derecha. Las conversaciones que eran sostenidas en sus alrededores, todas las cuales mantenían en general un alto nivel de ruido, eran, de algún modo, difíciles de espiar, como si todos en aquella tapcaf, hubieran crecido empleando un tono para hablar que no atraería mucho la atención de las autoridades.

Casi no había detectado la presencia de droides en aquel lugar, desde que había llegado al planeta, siendo la notable excepción, el droide en la oficina de la fábrica. Cuando giró el cuello para observar a través de las abiertas puertas hacia la cocina de la tapcaf, observó que tampoco había droides allí adentro, el único lugar en donde habría esperado que necesitarían de ayuda mecánica.

No podía arriesgarse a preguntar la razón. Se suponía que era oriunda de este lugar.

—No hay kriffing droides —dijo de manera llana. Aquello podría significar cualquier cosa.

«Espero que alguien me dé pie para continuar con mis averiguaciones».

—No, al menos eso todavía no ha ocurrido —dijo Merish—. Aquí, la carne y la sangre siguen siendo más baratas. Y la mayoría de las personas son incluso más dóciles cuando se les mantiene ocupadas todo el día.

«Gracias, Merish».

Había toda clase de cosas que los de resúmenes de inteligencia jamás le decían a un agente. Pero ésas eran las cosas que a ella le agradaba conocer: le gustaba saber acerca de las actitudes. A ella le agradaba el saber por qué.

Pero todo lo que le habían dicho, era que los disidentes en Athar mantenían un contacto regular con los agentes separatistas. Su única tarea, consistía en elaborar un mapa de esa red, identificar a tantos individuos como pudiera, y volcar esa información a alguien más, quien se encargaría de…

¿De qué? Observar. Intervenir. Arrestar. Quizás incluso infiltrar la red con informaciones falsas y agentes dobles.

Shil estaba tan tranquilo, que Hallena se preguntó si es que a él le estaba permitido hablar cuando Merish estaba por allí. Se mantenía observándolo con el rabillo del ojo, e intentaba no verse demasiado curiosa acerca de la razón por la cual él seguía halando su manga derecha por encima de la muñeca. Al inicio, pensó que se trataba de un tic nervioso, y después se preguntó si no se trataría de que simplemente estaba escondiendo un arma. Solamente cuando se aproximó para tomar su cerveza, y derribó un posavasos mojando todo el piso, es que entendió lo que él realmente estaba ocultando. Al momento en que se inclinaba y estiraba su mano para recuperar el posavasos, su manga se deslizó hacia atrás, y Hallena pudo apreciar las cicatrices.

Definitivamente, no habían sido producidas por un accidente.

Se trataba de cortes que provenían de una larga data; no eran marcas irregulares producidas al azar, ni tampoco las limpias incisiones de una cirugía, sino más bien, de una cuidadosa red de incisiones de corte sobre corte sobre corte, como si alguien hubiera intentado decorarlo como si se tratara de una pieza de trabajo en cuero Emori. Sus ojos

quedaron congelados sobre las notorias cicatrices por un largo segundo. Supo, sin necesidad de preguntarlo, que no se trataba de ninguna forma de arte corporal, ni de nada voluntario. Un par de líneas tenían ramificaciones producidas al azar, como si él se hubiese movido durante el proceso, y alguien hubiera tenido que repetirlo todo.

Era sorprendente la manera en que algo que había percibido tan brevemente, podía haber dejado una imagen tan indeleble en su mente. Nunca podría olvidar semejantes cicatrices. Al tiempo que Shil se enderezaba, se encontró con su mirada por un instante, y luego volvió a colocar su manga en su lugar.

—Fue para dar un ejemplo a todos los demás —dijo Shil de manera delicada—. El miedo necesita dejar sus advertencias, como cualquier otra mercancía, sino ¿quién iría a comprarla?

Y ésa era la razón por la cual, andaba escondiéndolas. No se trataba de un tema de vergüenza, ni de un sentimiento de deshonra. Él ni siquiera necesitaba hacer ostentación de que había sido torturado, ya que lo demostraba al seguir caminando libre todavía, y en sus actitudes permanecía siendo un sujeto desafiante. Simplemente le estaba afirmando a quienes fueran los que lo hubiesen lastimado, que no habían podido conseguir el resultado que esperaban. Él no iba a permitir que nadie más viera lo que había significado recibir dicho castigo, ni dejar que nadie fuera acobardado después de constatar las cicatrices que perduraban en su antebrazo.

—Entiendo —dijo Hallena.

«En verdad lo entiendo. Y no debería hacerlo».

Merish, distraída por un momento, se estiró para acariciar el suave cabello de Shil, y luego volvió a observar la puerta, al tiempo que sorbía su cerveza ale. Su otra mano descansaba sobre el muslo de Shil, por debajo de la mesa.

Hallena había sido entrenada para realizar trabajos sucios. Una de sus primeras lecciones, había sido que no existía una línea completamente definida entre enemigos y aliados, y si andaba es busca de una clara demarcación, tan sólo terminaría por olvidar lo que había sido enviada a hacer en aquel lugar. Ella se encontraría —le había dicho su instructor en el arte del espionaje—, con enemigos que serían agradables para ella, y con aliados a los que terminaría odiando. No sería su trabajo el tener que decidir a quién debía apoyarse. Su única tarea era servir a la República, ya que ella era incapaz de ver el panorama completo en medio del cual, tan sólo podía llegar a evaluar algunas pequeñas porciones.

«Algunas veces, eso va a ser bastante difícil, Hallena».

En aquel momento, estaba escuchando nuevamente la voz de su instructor, a pesar de todo el bullicio que dominaba la tapcaf.

«Tú no eres inmune al bien o al mal. Tú no estás en el lado equivocado. Tan sólo debes ignorar algunas pequeñas complicaciones que se presentarán en el camino de lograr un objetivo mucho mayor».

Gil Pellaeon lo denominaba daños colaterales. Algunas veces, Hallena deseaba preguntarle acerca de cómo hacía él para manejar todas las muertes y el dolor que

provocaba en quienes se cruzaban en el camino de su nave, en la búsqueda de objetivos mayores. Pero nunca había encontrado el momento correcto para explicarle la razón, y para revelarle todas las cosas que se había visto obligada a hacer.

«¿Es que acaso soy una mala persona? ¿Por qué no puedo responder a esa simple pregunta?».

—Así que, ¿qué fue lo que te hicieron? —le preguntó Merish finalmente.

Hallena no se atrevió a devolverle la mirada.

—¿Qué es lo que podría volverme loca más rápidamente? Mantenerme aislada, recluida en solitario.

Ella no podía aseverar que aquello se tratara de violencia. Estaba sentada con personas que tenían cicatrices reales, y si alguna cosa iba mal, la historia de su tapadera sería fácilmente descartada si es que llegaban a examinarla. Pero la locura… la locura era invisible. Ella podría fingir que estaba loca. No tenía idea de cuánto tiempo podría mantenerla en pie, pero estaba segura de que podría arreglárselas para hacerla durar un largo, largo tiempo.

—No vas a confiar en nosotros hasta que te lo demostremos, ¿no es verdad?

Se trataba de un juego cruelmente sencillo. Primero estaba la culpabilidad, y después, cuando un agente encontraba placer en ser más listo que los demás, llegaba la insensible autosuficiencia. Luego, cuando la edad y la amarga experiencia llegaban a corroer esa capa, la culpabilidad y el disgusto reptaban para apoderarse nuevamente de uno.

—No —dijo Hallena, empezando a plantear el juego de establecer una mentira para crear una verdad—. Miren, yo no conozco nada acerca de ustedes, y ustedes no conocen nada acerca de mí. ¿Por qué debería cualquiera de los que estamos reunidos aquí, confiar el uno en el otro?

—Oh, nosotros lo sabemos todo acerca de ti. El droide de la oficina puede ser muy colaborador con respecto a compartir los datos de tu identichip, si es que sabes pedírselo de la manera correcta.

La persona cuyas características estaba reseñadas en el chip fraudulento, le había parecido a Hallena, ser alguien demasiado blandengue —una persona olvidada hacía bastante tiempo, proveniente de un lugar que había sido barrido del mapa—, pero que parecía ser de la mayor importancia para Merish y Shil.

—Entonces tienen que demostrarme que —a diferencia de ellos—, no están tan sólo intentando hacerme hablar, antes de meterme dentro una vez más.

—¿Por qué querrían ellos hacer algo así?

—Por que son escoria —dijo Hallena—, y eso es lo que suele hacer la gente pequeña con demasiado poder.

Merish miró fijamente su rostro por algunos momentos, como si estuviera buscando algún resquicio de falsedad en su historia.

—De cualquier modo, en un día o dos, eso ya no importará.

«Ah. Así que hay un cronograma. ¿Para qué?».

Las puertas de la tapcaf sisearon mientras eran apartadas nuevamente, dando paso a otros tres trabajadores de la fábrica enfundados en raídas vestimentas, dejando que se filtrara una ráfaga de húmedo aire nocturno, cargado de las humaredas de los escapes de los obsoletos deslizadores terrestres. Allí estaba la vieja mujer que había visto anunciando el pronóstico de la lluvia. Hallena no preguntó el porqué un día o dos, harían la diferencia. Decidió que debía esperar a que se lo dijeran.

—Varti —dijo Merish de improviso, inclinando su cuello—. Miren, se trata de Varti.

Un hombre pequeño, calvo, y que parecía estar cercano al retiro, se abrió paso en medio de los bebedores, y se dirigió hacia su mesa. Hallena había pensado que su cuero cabelludo era simplemente brillante, pero a medida que se movía por debajo de las luces que iluminaban el establecimiento, pudo apreciar que su morena piel estaba tatuada con diseños de color blanco, partiendo desde las orejas hasta lo que había sido la línea de su cabello. Si había una impresión duradera que ella se llevaría de aquel lugar, más allá de su mugriento aspecto y de su casual brutalidad, era la sensación de que todo estaba invertido, la sensación del negativo de una holo-imagen, con la inversión esperable de las áreas de luz y oscuridad.

«Bueno, eso es algo tremendamente apropiado… ya que realmente no logro distinguir lo negro de lo blanco en toda esta situación».

Varti le sonrió, y se veía algo desconcertado. Inclinó su cabeza ligeramente hacia uno de los lados. En la calle que corría por las afueras del local, los cláxones resonaban más que un deslizador de la policía queriendo pasar. Muchos de los hombre sentados en la barra hicieron una pausa en sus actividades para echar una mirada hacia afuera, a través de las ventanas.

—No logro recordarte, Orla —le dijo él, extendiendo una delgada mano recubierta de grandes venas a Hallena—. Pero incluso Nuth ha sido reducida a meros recuerdos en la actualidad, y los recuerdos son cosas muy frágiles.

—Oh stang… no continúes con eso. Vas a espantarla.

—De haberlo conocido, con seguridad yo también lo habría recordado —dijo ella, señalando sus intrincados tatuajes de color blanco.

—En ese tiempo, yo tenía cabello.

El estruendo del tráfico por fuera estaba volviéndose ensordecedor, y Hallena encontró que era difícil de escuchar al hombre. Merish se limitó a darle otro sorbo a su cerveza. Shil giró lentamente su cabeza para mirarla, y sonrió, como si se tratara de algún comentario divertido que estuvieran a punto de compartir, y que excluía a todos las demás personas que estaban en el lugar; pero para Hallena, el gesto le pareció ser algo romántico, y nada más.

—Y yo solía ser un poco más tranquila.

Hallena ya estaba dando logrando algunos avances mostrándose malhumorada, una Orla Taman bastante molesta, haciendo preguntas a diestra y siniestra para conseguir respuestas.

—¿A dónde se dirigen todos esos vehículos?

Shil le quitó la mirada a Merish, y la observó fijamente.

—Hacia el cambio —le dijo él—. Debemos asumir que están dirigiéndose hacia la planta de energía, si es que todo está ocurriendo de acuerdo con lo planeado.

Sacudió la cabeza.

—¿No es un estruendo adorable?

Y en ese preciso instante, todas las luces se apagaron. El bar quedó sumido en medio de la oscuridad.

La mano de Hallena ya estaba sobre su bláster de muñeca, aun antes de que lo pensara conscientemente. Una sonora aclamación brotó de la multitud congregada en la tapcaf: en el primero o los dos segundos iniciales que le tomaron a sus ojos el poder acostumbrarse a la escasa luz que provenía de par de quemadores de aceite —que ardían delicadamente para espantar a los bichos—; pudo percatarse de un movimiento metálico brillante, y pudo escuchar el shunk-shunk de las cadenas de seguridad que estaban siendo arrancadas. Una constelación de luces originadas por las cargas de energía que estaban siendo colocadas en el interior de los blásters, se hizo presente; de color rojo, azul, verde, ámbar.

«Es una emboscada».

Shil rió entre dientes.

Más cláxones de una mayor cantidad de vehículos empezaron a berrear por fuera de las puertas, mientras que el estruendo que producían, caía de tono a medida que aceleraban para perderse en la distancia. Hallena pudo percibir la vibración de las menguantes correntadas de vehículos que sacudían las paredes.

Emboscada…

La tapcaf se inundó de luces nuevamente, esta vez, con el verdor fantasmal de las luces alimentadas por un generador de energía de emergencia.

Cada parroquiano de la cantina tenía esgrimido un rifle bláster, y algunos tenían además, otras armas adicionales. No se veían asustados. Se les veía exaltados. Toda la tapcaf se encontraba en silencio, como si se tratara de un ejército aguardando sus órdenes.

Emboscada…

—Revolución —gritó Shil. En aquel momento, portaba un rifle bláster en una de sus manos, al igual que Merish—. Éste es el comienzo, éste es el comienzo, hermanos y hermanas. Ahora volveremos a tomar todo lo que nos pertenece.

La aclamación fue ensordecedora. Llegó hasta a ahogar el convoy de deslizadores de emergencia que atravesaban toda la ciudad. Hallena esgrimió su bláster de manera automática, y no tuvo más elección que seguir al mar de gente.

Los revolucionarios de Athar habían sido movilizados.

Ella acababa de aterrizar en medio de un golpe de estado.

A medida que se reunía con la muchedumbre que se abría paso a través de las puertas de la tapcaf, en dirección hacia la noche, empezó a experimentar un cierto regocijo, aunque no estaba segura de que fuera por las razones correctas.

CAPÍTULO III



Pero el Maestro Altis no suscribe esos puntos de vista con respecto a la familia. ¿Acaso eso lo coloca en el Lado Oscuro? ¿Qué hay acerca de los Jedi que fundaron nuestra Orden? Ellos no prohibían el tener compromisos. ¿Acaso eso significa que todo lo que somos el día de hoy, ha sido construido sobre una base hecha de oscuridad? ¿Por qué tan súbitamente tuvimos que decidir que se trataba de una cosa mala? ¿Y existen además otros usuarios del Lado Luminoso de la Fuerza a los que no conozcamos? Nunca he conocido a ninguno. ¿Están seguros de que existen?

—Padawan Bagar Nei-Leit, haciendo preguntas en la clase de filosofía en el Templo Jedi

CUBIERTA DE LA NAVE DE CARGA *WOOKIEE GUNNER*[15], BORDE EXTERIOR

—¿Maestro Altis?

—Sí, también puedo sentirlo, querida.

El Maestro Jedi Djinn Altis permanecía de pie frente a la consola de mando, con los ojos cerrados para concentrarse en el torbellino de sensaciones confusas emanadas de la Fuerza. En algunos momentos, sentía la Luz muriendo en algún lugar por detrás de sus ojos, unos diminutos destellos de corta vida, como si se tratara de partículas sub-atómicas; en otras ocasiones, las luces duraban mayor cantidad de tiempo, convirtiéndose en enormes cintas brillantes de colores que ondeaban y se entrelazaban hasta llegar al infinito. En aquel momento, la sensación era como la de microscópicos copos de granizo golpeando su cuero cabelludo, justo por debajo de la piel, derritiéndose para formar una correntada de agua fría que descendía a lo largo de su médula espinal.

Logró reconocerlo como la angustia y la ira de un mundo que empezaba a volcarse en medio de un conflicto. Aquella era la forma en que le hablaba la Fuerza, su única voz, con un tono diferente para cada uno de los iniciados en la Fuerza que estaban escuchándola.

El efecto del granizo derritiéndose, había empezado a volverse una sensación común en esta guerra.

—No podemos sentarnos a contemplar esta guerra.

[15] Wookiee Gunner: Artillero Wookiee. N. del T.

Callista Masana se deslizó en el asiento del navegante, y verificó la pantalla que estaba frente a ella, como si algo de la crisis pudiera verse a través de los gráficos. Colocó ambas manos sobre la placa, con los ojos cerrados, como si pudiera comunicarse con el sistema de las computadoras. Parecía sentirse tan sintonizada con los objetos inanimados, como lo había estado con los tsaelkes[16] allá en la granja de sus padres.

—¿No hay nada que podamos hacer?

—Lo estamos haciendo, Calli. Brindamos apoyo humanitario.

Había cientos de toneladas para el suministro —alimentos, medicamentos, purificadores de agua, tiendas—, en las bodegas de la nave, con destino a Yarille. Altis continuó:

—Alguien tiene que hacerlo, Una guerra no sólo se trata de combatir.

—Nunca me ha dicho si es que piensa que deberíamos tomar o no las armas, Maestro. En algún día muy cercano, quizás nos veamos obligados a tener que hacerlo.

—No soy un pacifista. Enfrento la Fuerza con la Fuerza cuando debo hacerlo.

—La definición de un pacifista —dijo Callista, deslizándose fuera del asiento—, es alguien que conoce la intensidad de la violencia dentro de sí mismo, que comprende que no hay camino de retorno una vez que ha sido desencadenada, y que escoge nunca permitir que ésta sea liberada.

—Nunca he dicho que los pacifistas carecieran de valor o de capacidad de agresión. En verdad, acabas de definir la filosofía de muchos militaristas —el hecho de que su fuerza no está allí para ser empleada.

—Pero, ¿de qué sirve un poder disuasorio si uno sabe que nunca podrá ser liberado?

—Y allí está, querida, la línea de demarcación. Los pacifistas dicen: yo no pienso añadir más combustible a todo este fuego, aun cuando pueda pensar que es algo necesario, porque esto podría llegar a consumir el mundo, y alguien tiene que decir ¡alto! —Altis golpeteó el sable de luz que colgaba de su cinturón—. Un pacifista no desea asumir con toda esta carga, porque no desea tener la tentación de poder utilizarla. Los Jedi… los Jedi, en cambio, no son pacifistas, ya que ellos deciden detener el fuego a través de la violencia, sobre la base de que, de esa manera, serán menos los que sufrirán las consecuencias. La diferencia es bastante amplia, pero ¿el fin justifica los medios? Ése es nuestro constante dilema.

—Pero estamos en guerra. En este momento no se trata de problemas teóricos.

—Nunca lo ha sido. La elección siempre ha estado de nuestra parte, demandando ser tomada con cada acción que realizamos, incluso en tiempos de paz.

Unas botas resonaron a través del pasadizo, y Geith asomó su cabeza a través de la compuerta.

—Olvídense de las perturbaciones en la Fuerza por un momento, y vayamos a conseguir algo para comer. Ya tendremos suficientes tareas frente a nosotros, cuando lleguemos a Yarille.

---

[16] Tsaelkes: especie de graciosos cetáceos de cuello largo de Chad. Callista Ming diseñó el mangode su sable de luz con incrustaciones de bronce de dichas criaturas para recordar su mundo natal. N. del T.

Geith atravesó el puente y colocó un brazo sobre los hombros de Callista. Los dos hacían una pareja encantadora. El hecho de que ambos fueran pareja, un hecho para nada remarcable entre los integrantes de esta secta de los Jedi, constituía una situación vergonzosa —pero a la vez, no demasiado escandalosa—, que sin embargo, el resto de la Orden Jedi trataba de ignorar por todos los medios.

El compromiso conducía al sufrimiento. El sufrimiento conducía al miedo. El miedo conducía a la ira…

La trampa de la pasión. El camino más rápido hacia el Lado Oscuro.

«Muy bien Maestro Yoda. ¿Qué hay acerca de la trampa de la abstracción? La compasión… la compasión es un acto, no una idea».

—Creo que me acabo de perder un gran debate, Maestro.

No, Geith tan sólo era un joven decente con poderes de la Fuerza, que había llegado a amar a una muchacha de la misma manera en que ella lo amaba a él. No había ni el más leve indicio de Oscuridad en su interior, tan sólo aquella confortable sensación de un orbe emitiendo una cálida luz, como la del ocaso al final de un día que todavía no llegaba a terminar.

—Creo que si los medios son moralmente inaceptables, entonces los fines deben ser considerados injustificables.

—¿Y qué significa eso en términos reales? ¿Podrás saber cuándo dicha decisión deba ser tomada? —Altis sentía temor de la desconexión con la realidad que había llegado a percibir en la Orden Jedi. La teoría era encomiable, la lección era repetida como acto de fe, pero tenía que ser aplicada en cada respiro, a cada paso; aplastar a un insecto sin siquiera fijarse en ello, o dar un paso al costado, devolver el fuego o solicitar conversaciones de paz. Hacerlo. No quedarse tan sólo en la mera palabrería—. Demuéstramelo la próxima vez que tengas que enfrentarte a semejante decisión. Llámame para poder atestiguarlo.

Callista y Geith se inclinaron el uno hacia el otro, como árboles que hubieran crecido juntos a lo largo de los años, extrañamente viejos y perdurables en aquel momento.

—¿Piensa que entonces deberíamos derrocar a la República? —preguntó Geith—. Sí Maestro, en realidad, deberíamos hacerlo. ¿No es verdad?

—Explícate.

—La excusa de que «ellos lo iniciaron todo» puede ser correcta para las mentes infantiles, y la auto-defensa puede ser algo razonable, pero…

—Continúa.

—El ejército. Cualquiera con un ápice de honestidad, puede darse cuenta de que está equivocado el que nosotros nos dediquemos a *criar* seres humanos, y a hacerlos combatir. No tenemos la autoridad moral. Hemos perdido la razón por la cual se supone que estamos peleando esta guerra. Incluso si la República logra la victoria.

Geith, al igual que Callista, había llegado a conocer a sus padres antes de que se convirtiera en Jedi. Había sido rescatado de un orfanato, pero podía recordarlos, y aquel lazo —llamémosle amor, como debe ser, cualquier clase de amor sin importar el

nombre—, era algo que se sentía cálido y seguro. Con respecto a Callista, ella había sido una adulta trabajando en la granja de sus padres cuando se convirtió en la segunda padawan de Altis. Se trataba de una situación inaudita, al menos para los que habitaban en el Templo Jedi. Ella tenía su propio punto de vista.

«Prefiero que mis padawans ingresen en la Orden con los ojos bien abiertos. Como un acto de elección voluntaria, no por hábito o por coerción, o como producto de la decisión de alguien más».

No había forma —incluso si deseara hacerlo— de que Altis pudiera hacer creer a Callista y a Geith, de que el compromiso era la semilla de una Oscuridad que terminaría por engullirlos.

Y ésa era la razón por la que los Jedi ortodoxos solían empezar con los padawans de niños. No conocían una forma mejor.

—Así que… ¿cómo hacemos para encarar una guerra que no podemos evitar? —le preguntó Altis finalmente.

—Escogiendo nuestras batallas —dijo Geith—. Combatiendo, pero bajo nuestros propios términos. De cualquier modo, no creo que el resto de la Orden esté requiriendo de nuestra ayuda.

Altis se había ofrecido a contribuir al esfuerzo de guerra. Pero había sido… poco específico. Yoda se había mostrado evasivo… y distante.

«Pero esto no se trata de mis relaciones para con la Orden Jedi. Se trata de mi deber para con los seres vivos. No necesito el permiso de nadie para asumirlo».

—Podría ser que se trate de una decisión que ustedes no deban tomar —dijo Altis—. Ahora, váyanse a comer.

Los mandó a volar.

—Por favor, tráiganme algo de pan para comer cuando regresen.

Altis sintió el goteo de un chorro de agua congelada recorriendo nuevamente su espina dorsal. Se acomodó en el asiento del piloto, cruzó los brazos, y dejó que la pantalla de navegación se difuminara con un ligero desenfoque de sus ojos, mientras comenzaba a meditar. Yarille era una mota de color amarillo en la esquina superior izquierda de la pantalla en aquella perspectiva, y en el margen que estaba a su mano derecha, el sistema de Fath apenas era visible.

En algunas ocasiones, cuando se sumía en dicho estado, no podía tenerse la inmediata seguridad de que estuviera observando algo en particular —como las propias líneas de su pantalla—; pero tampoco dejaba ver alguna otra manifestación que revelara que estaba en trance. Se permitía ir a la deriva por un momento, a aquel punto intermedio entre la perfecta percepción de todo lo que le rodeaba, y el despegamiento completo del mundo físico. A todo lo largo de la nave, los integrantes de la secta —varones y mujeres, adultos y niños, Jedi y no Jedi por igual—, parecían también estar haciendo una pausa en sus actividades.

La gélida sensación no dejaba de estar presente.

Las luces bailoteaban.

Altis salió de su trance y aferró el control de alcance en el escáner. La región espacial cubierta por los sensores, magnificó todas las cosas en el rango de un centenar de veces, permitiéndole apreciar todo aquello con mucho mayor detalle, por lo que pudo percatarse de una pequeña nube de rastros de los transpondedores del enemigo, apareciendo justo por encima del sistema de Fath. Realizó un nuevo ajuste, y las naves separatistas se hicieron evidentes, desplazándose justo en trayectoria directa hacia JanFathal.

Altis supo, con la certeza que sólo podía otorgarle la Fuerza, que el *Wookiee Gunner* tendría necesidad de estar allí, y pronto.

Golpeó la alarma de peligro sobre la consola. Una tripulación compuesta de Jedi, no requeriría de dicha alerta.

Pero de cualquier modo, Altis decidió que debía hacerla sonar.

SALA DE OPERACIONES TÁCTICAS, NAVE DE ASALTO DE LA REPÚBLICA *LEVELER*

—¿Capitán? ¡Señor!

El teniente se dio vuelta rápidamente en su asiento. Casi colisionó con Rex mientras intentaba sobrepasar a un técnico cuyas piernas estaban asomándose desde debajo de una consola de sensores desmantelada parcialmente.

MERIONES.

Rex pudo leer el nombre en el gafete que estaba sobre su traje de faena de color gris.

—¿Cuál es el problema, teniente?

La sala de operaciones tácticas estaba atiborrada de técnicos intentando rastrear un cable defectuoso, que había dejado completamente muertas seis pantallas sensoras de un total de quince. La tapa de la consola estaba vuelta hacia arriba, desatornillada y apoyada en posición vertical sobre la cubierta, descansando contra el panel.

—Me refería al capitán Pellaeon, señor —Meriones hizo una pausa para recobrar el aliento—. Pero, échele una mirada al escáner. Hay un montón de naves de los seps, señor. Estoy seguro de eso.

Rex se inclinó sobre la parpadeante pantalla, y le propinó un golpe seco con el talón de su mano. La imagen se estabilizó después de un momento; sí, ahora podía apreciarse un agrupamiento de íconos de naves en la región de Fath, pero no podían distinguirse las IDs de los respectivos transpondedores. El sensor debería haber generado un código que identificaría como propio del enemigo, y debería haberlo colocado por encima de cada una de las señales.

—Basura —musitó Rex, golpeando la carcasa de la pantalla una vez más.

El técnico civil sullustano que trabajaba en la parte posterior de la consola, musitó una leve expresión de asombro, y Rex le dirigió una sonrisa como para disculparse.

Cuando los contratistas civiles entraban al espacio —junto con una nave recién salida del reacondicionamiento para solucionar los problemas que pudieran presentarse—, sabían que ya no se encontraban a salvo en sus astilleros; estaban en la línea del frente, recibiendo también los regaños. Rex admiraba su voluntad de vivir —o morir— por la calidad del trabajo de su hechura.

—Ya iba a encargarme de eso por mí mismo —el sullustano colocó el cableado de prueba. Luego extrajo un pequeño mazo con una pequeña cabeza de látex—. Tengo una herramienta especial para hacerlo…

—¿Pero se trata de los seps? —preguntó Meriones.

Pellaeon ingresó en la sala de operaciones tácticas, y le lanzó una mirada al aparato.

—Sí —dijo él—. Lo son.

—Estarán a unas pocas horas de camino —dijo Rex—. Una vez que hayamos descubierto lo que pretenden hacer.

—Ahora, haz el resto del cálculo —los ojos de Pellaeon parpadearon como si estuviera leyendo la pantalla. La imagen se veía temblorosa y distorsionada—. Uno de nosotros, siete de ellos, y todavía no tenemos plena potencia en todos los impulsores.

La voz del sullustano emergió desde detrás de la consola.

—Los impulsores están bien…

—Estaba hablando de manera figurativa.

—Todavía no puedo calcular con precisión los datos de la pantalla táctica —dijo Rex—, pero creo que estamos un día más cercanos al sistema Fath que cualquier otra nave, si es que el HQ[17] necesite que mantengamos sobre ellos un poco de vigilancia.

Pellaeon dio unos pasos para acercarse a la consola de comunicaciones más cercana, la observó como deseando que estuviera en mejores condiciones que el resto del equipamiento que había en la habitación, y golpeó una tecla.

—*Leveler* a la Flota —dijo—. Flota, aquí Pellaeon.

—Le recibo, señor.

—Estamos detectando naves de los seps en el sector de Fath. Se encuentran fuera de nuestro alcance, pero continuaremos vigilando.

—Copiado, *Leveler*. ¿Se encuentran completamente operacionales?

—No, Flota, me temo que no. Permaneceremos en contacto, fuera.

El destacamento de clones de Rex, era el único contingente de tropas en la nave, aparte de la tripulación del *Leveler*. No tenían embarcadas tropas de superficie; esto tan sólo se trataba de una tarea de re-acondicionamiento, de una salida para evaluar el estado de preparación de la nave, de una prueba de manejo. No se suponía que el *Leveler* fuera a combatir, al menos no por el momento.

Todo lo que podía hacer, era tan sólo limitarse a mantener la vigilancia.

Pellaeon parecía estar rumiando algo. Llevó su comlink personal hasta sus labios.

[17] HQ: Head quarters. Cuartel General. N. del T.

—Número Uno, llévenos un poco más cerca de Fath, hasta que lleguemos al alcance de lectura de los transpondedores. Cuando ello ocurra, ellos seguramente desplegarán un droide de observación. Mantengamos una conducta tranquila y expectante.

—Muy bien, señor.

De cualquier modo, Rex decidió prepararse para algo más que un simple acercamiento para ir a observar. Si la aproximación provocaba alguna reacción, el *Leveler* tenía una carga de misiles de concusión operacionales… aunque no hubieran sido probados en combate. La nave no estaba diseñada para poder aterrizar bajo ninguna circunstancia, su objetivo era bombardear blancos desde la órbita, o desplegar dispositivos de aterrizajes que transportaran a las tropas de superficie. Ni él ni sus hombres iban a necesitar repartir golpes de la manera clásica en que lo haría la infantería.

Aun así, a Rex le gustaba estar preparado.

—Tan sólo estoy yendo hacia el comedor, capitán —dijo, dirigiéndose hacia el pasadizo.

*****

Coric se encontraba mostrando a los nuevos muchachos los planos de las nuevas matrices de orientación de blancos, cuando Rex entró en el compartimento. Todos los soldados se encontraban con los cascos retirados, luciendo serios, con el negro cabello meticulosamente recortado. De improviso, Rex se arrepintió de su nuevo corte de cabello, y decidió que debería afeitárselo apenas tuviera la oportunidad. No deseaba verse tan diferente con respecto a sus subordinados. De cualquier modo, se trataba de una tontería de la moda, algo poco digno para un oficial. Y todos ellos pertenecían a la Compañía Torrent, Legión 501, la élite dentro de la élite, la columna vertebral de la infantería… las mismísimas tropas reclutadas por Anakin Skywalker.

Ahsoka se encontraba sentada en una de las literas arrimadas contra el mamparo de babor, con las rodillas sosteniendo su mentón, y los brazos arropando sus piernas. Tenía nuevamente esa mirada perdida; la que revelaba que estaba en sintonía con algo distante que sólo los seres sensitivos a la Fuerza podían lograr percibir. Bueno, al menos ella no tenía un cableado funcionando mal. Eso era algo. Rex desplegó uno de los asientos, y se unió a sus soldados. Todos empezaron a observarlo.

—Naves de los seps reuniéndose alrededor de Fath —dijo Rex—. Vamos a permanecer en modo de espera, sin quitarles un ojo de encima. No hay mucho que podamos hacer en este momento. Algunos sistemas críticos están caídos, y de cualquier modo, sólo tenemos una nave de nuestro bando.

—Eso nunca nos había detenido antes —replicó Coric.

—Si hubiera una pelea que valiese la pena, Pellaeon ya estaría metido en medio de ella, puedes creerme.

Joc miró a Hil.

—¿Es cierto que él está sin poder ser considerado para un ascenso, debido a que le gustan demasiado las damas?

—Estás metido en esta bañera cinco minutos, y ya estás prestando atención a los chismes.

—Lo lamento, señor —Joc hizo una pausa—. ¿Pero por qué los asuntos personales de un oficial, tienen que ver con sus posibilidades de ascenso? A menos que le gusten las mujeres de los seps, por supuesto. Hasta donde logro ver, no creo que eso pudiera representar ningún problema.

A Rex le provocó admiración la persistencia de Joc. Y el que aquella ingenuidad sin pestañear que demostraba, bien pudiera ser parte de un emergente y cáustico sentido del humor.

—Es una conducta que no es la más apropiada para un oficial —dijo Rex—. Se supone que deben ser inmaculadamente limpios e intachables.

—Él no está casado.

Joc debería haber sido asignado a los servicios de Inteligencia. Este muchacho tenía un talento natural.

—Pero quizás las damas que son sus amigas sí lo sean —dijo Rex.

Ahsoka decidió intervenir.

—El compromiso conduce al Lado Oscuro. Ya que conduce al miedo, a los celos, y a la ira.

—Sí, pero eso es para los Jedi —dijo Coric, pareciendo darse por vencido con respecto a su charla cuidadosamente preparada acerca de los dispositivos electrónicos de guerra—. Para nadie más.

Nadie le preguntó lo que era obvio… si los soldados clon eran «nadie más» o no. Joc desvió su mirada de Ahsoka a Rex, y luego volvió a mirarla.

—¿Qué hay de malo con el compromiso? —le preguntó—. ¿Por qué razón tú no puedes tener compromisos? Te refieres al amor, ¿no es verdad?

Ahsoka observó a los clones, con los ojos saltones, pero ligeramente desenfocados, como si estuviera tratando de recordar algo.

—El amor es algo que puede ser aceptable —dijo finalmente—. Pero no el compromiso.

—Pero ¿qué es el amor, si no hay de por medio un compromiso?

—El compromiso es… poner por delante las relaciones personales, preocuparte tanto por las personas a las que amas, que las pones por delante de la forma en que deberías actuar. —Ahsoka parecía estar escogiendo sus palabras cuidadosamente. Coric volvió a mirarla fijamente—. Ya sabes, afecta tu capacidad de juicio.

—Pero el *vie'o* Pellaeon aparentemente está teniendo un demérito debido a aquel romance, si sabes a lo que me refiero. Pero no es como que estuviera comprometiéndose con nadie, ¿no es verdad? ¿Está permitido el romance? ¿Puedes tener un romance verdadero si es que eso no conlleva al compromiso?

Las franjas de la cabeza de Ahsoka se volvieron de un color más vívido, mientras empezaba a sentirse avergonzada. Sí, ella obviamente sabía a lo que estaba refiriéndose Coric cuando hablaba de *romance*. No era la palabra que solía emplear para ello, pero Ahsoka tan sólo era una chiquilla, y Rex había decidido desde el inicio, que hablar acerca de esa clase de cosas con ella, era algo que mejor debería dejar en manos de sus maestros Jedi.

«Sí, General Skywalker, creo que ésa es una tarea para usted, señor. No se trata en absoluto del deber de un clon».

—El romance —dijo Ahsoka con rigidez—, es algo aceptable. Los Jedi no son… célibes. Tan sólo… no asumen compromisos.

Ince logró adoptar la expresión de un maravilloso fruncimiento de ceño, como si se tratara de un auténtico desconcierto.

—Eso es un poco frío, *ma'am*. ¿Ámalas y déjalas?

No se trataba de que él fuera un gran conocedor de lo que todo ello significaba, siendo un pobre subordinado, pero…

—¿Qué hay acerca de todas las cosas negativas que los Jedi podrían sentir al no tener compromisos? —preguntó Boro. En aquel momento, todos le estaban haciendo un cargamontón—. Ya sabes… amargura. Resentimiento. Celos. Soledad. Ira.

—Sí —dijo Ross—. Eso no es algo normal. No puede ser algo saludable.

Ahsoka se encontraba bajo asedio. Rex se debatía interiormente acerca de si debía detener el hostigamiento, o si debía permanecer callado, observando hasta dónde conduciría todo aquello. Todos ellos eran tan sólo unos muchachos. Si Ahsoka deseaba asumir el mando —y era claro que lo deseaba—, entonces tendría que aprender que los oficiales jóvenes debían recorrer un largo camino por delante. Sus jóvenes clones, a pesar del entrenamiento constante que les habían inculcado —acerca de que los Jedi eran invencibles y omniscientes—, la veían como una novata tan igual como ellos, la cual no proyectaba una autoridad real.

«No recuerdo haber sido como ninguno de ellos. Y eso que quizás tan sólo sea un año mayor que estos muchachos, cuando mucho».

«Y pensar que tan sólo han transcurrido algunos meses desde la batalla de Geonosis, ni siquiera un año. Pero se siente como si hubiera pasado toda una vida».

Ahsoka abandonó la postura de fiera sujeción defensiva que mantenía alrededor de sus piernas, y se sentó de manera enhiesta, con las botas sobre el suelo.

—Yo no hago las reglas —dijo finalmente. Su voz sonaba muy diferente; había un leve tono áspero y oculto, como el eco del gruñido de una pantera de arena, y eso a Rex le recordó una vez más que los ancestros primitivos de los togrutas, eran depredadores—. Pero puedo aceptar que seres más sabios que yo son las que las elaboraron, así que me limito a seguirlas.

—Nosotros también seguimos órdenes —dijo Hil—. Lo entendemos. Excepto porque usualmente nosotros podemos ver cuán mal se ponen las cosas cuando no las seguimos.

—Sí, uno termina siendo herido —dijo Ross—. O peor.

—Yo tengo que entendérmelas con aquello que no puede ser visto —dijo Ahsoka calmadamente.

Coric se veía como si estuviera a punto de decir algo, y luego se lo pensó mejor. Regresó a su datapad. Rex decidió que la argumentación había llegado a su fin, y que Ahsoka finalmente había logrado mantener su dignidad.

—De acuerdo, quiero que todos ustedes se preparen para entrar en contacto con el enemigo —les dijo—. Y éste no es un simulacro.

Se trataba de una señal para que Ahsoka se retirara, si es que eso era lo que realmente deseaba hacer. A aquellas alturas, él ya la conocía demasiado bien, como para poder darse cuenta del flujo y del reflujo de su estado de ánimo, y adivinaba que probablemente se sentía sobrepasada en número; quizás necesitara encontrar un espacio en blanco para poder meditar.

—¿Quizás debería ir a verificar la sala de operaciones tácticas, Rex? —le preguntó.

—Sí, esa es una buena idea.

Cuando se conocieron por primera vez, ella había intentado imponer su estatus de Jedi por encima de él. Ahora, había madurado lo suficiente como para comprender que conseguiría ser respetada mucho más, si es que lograba emplear un poco de moderación.

—Probablemente, el teniente Meriones vaya a necesitar algo de apoyo. Creo que en ese ambiente, él es el paria de todo el salón. Yo no soy tan bueno en esa clase de cosas, pero tú eres…

Ahsoka le dirigió una sonrisa que revelaba que sabía perfectamente lo que estaba haciendo y el por qué. Acababan de llegar a un buen entendimiento. Después de que ella estuviera fuera del alcance del oído —del alcance del oído de una togruta quien además era una Jedi, el cual era mucho mayor que el alcance de cualquier ser normal—, Rex cruzó los brazos y se inclinó sobre la delgada mesa que estaba asegurada con pernos a la cubierta entre las literas.

—De acuerdo, ¿por qué están metiéndose en sus asuntos? —les preguntó—. ¿Ince? ¿Vere?

Vere no había dicho mucho desde que había llegado a las barracas de la 501.

—Tan sólo estábamos haciéndola sentir parte del grupo, señor. A ella le agrada tomar parte en todo.

—Y es un poco sabelotodo —dijo Ince—. Incluso para ser una oficial. E incluso para ser una Jedi.

—Creo que ella ya lo sabe. Con ella, tómense las cosas con calma. Nosotros no tenemos forma de saber cuán quisquillosos podrían ser algunos Jedi con respecto a sus regulaciones.

Rex comprendió que había recibido un grupo de soldados nuevos bastante bien compenetrados, y que se habían adecuado de una mejor manera de lo que incluso hubiera podido esperar. En el futuro, no tendría necesidad de preocuparse por ellos.

—Lo que ella dice es correcto. Los Jedi nunca fueron entrenados para dirigir tropas.

—Bueno, pero al menos, sabe cumplir las órdenes —dijo Joc—. Incluso si se encuentra sola.

—Sí, ella sabe hacerlo.

Rex pensó una vez más en la expresión del rostro de Skywalker cuando éste observaba a la senadora Amidala en las noticias de la HNE, o cuando escuchaba mencionar su nombre. Allí, había un hombre luchando contra el compromiso. Nada demasiado evidente, tan sólo las pequeñas revelaciones involuntarias que cualquier otro hombre podría notar si llegaba a pasar un tiempo suficiente con su jefe: la forma en que Skywalker no quitaba la vista a tiempo de la imagen de la senadora, la forma en que siempre parecía ponerse alerta de inmediato, apenas escuchaba mencionar su nombre.

Debía de ser difícil para él saber que nunca podría hacer nada a ese respecto.

Rex desterró el pensamiento de su mente. Los chismes debían quedar reservados para los grados superiores, y el entrometerse en las restricciones de la vida de alguien, no era algo que pudiera mejor la moral de nadie.

—Vamos —dijo, poniéndose de pie—. Van a bajar a la cubierta de los hangares. Quiero que den quince vueltas completas a la cubierta, en impecable orden de batalla, voy a tomarles tiempo, y luego nos familiarizaremos con todos los planetas que componen el sistema Fath. Pronto llegaremos a sus inmediaciones. En marcha.

«Ocuparse en algo. Ésa era la mejor manera de hacerle frente a cualquier cosa. Mantente ocupado. Y a los clones, nunca nos han faltado tareas por completar».

ATHAR, JANFATHAL: UNA HORA DESPUÉS DEL LEVANTAMIENTO DE LOS TRABAJADORES

Hallena sólo tenía una alternativa, y decidió tomarla.

Alguien había colocado un obsoleto rifle bláster entre sus manos, y fue empujada junto con la creciente multitud que se aglomeraba en las calles alrededor del centro de Athar. Estaba produciéndose una cortina subyacente de sonidos persistentes, el zumbido de miles de voces que no estaban gritando ni chillando, sino tan sólo hablando.

Toda la iluminación de las calles había sido apagada, y las casas, tiendas y fábricas, estaban sumidas en la oscuridad. Un brillo rojizo, señalaba el corazón de la ciudad.

—Vamos a quemarlos, escorias —Varti sonaba casi como si estuviera conversando calmadamente. Se encontraba mirando hacia las llamas, con una sonrisa beatífica reflejada sobre su rostro—. Ha sido un largo tiempo de espera, ¿no es verdad, hermanos y hermanas?

Nuevamente, se levantó una aclamación.

—¡Es verdad!

—¡Sí, es el momento de hacerles pagar por ello!

Muchedumbre no, muchedumbre no era la palabra correcta. Había un sólido sentimiento de propósito. Para ser una multitud armada sin un plan aparente, era demasiado ordenada. Nadie se encontraba cometiendo saqueos. Nadie le estaba prendiendo fuego a nada… excepto en el centro de la ciudad. Se había llegado a una decisión colectiva, como una bandada de aves migratorias decidiendo que la nieve estaba llegando, y que era tiempo de emigrar.

Si podía parecerse a algo, era a un abarrotado centro comercial en Coruscant, en el Día de la República, cuando se ofrecían liquidaciones de mercaderías a mitad de precio; atestado, un poco agobiante, pero en general, de una naturaleza correcta.

Sí, pero esta gente se encontraba armada. No con chips de créditos, sino, con rifles.

«Y mi labor es encargarme de que el Regente permanezca en el poder el tiempo necesario para que pueda ayudar a la República».

Hallena se encontraba sola, y no había nada que pudiera hacer para detener una revuelta. Había fallado.

«Hey, vamos. Yo no he fallado. Son los de Inteligencia los que no anticiparon todo esto. Y mi trabajo tendrá que ser reevaluar la situación, reagrupar nuestras fuerzas, y elaborar un nuevo plan».

La única cosa que podría hacer para detener los disturbios, podría ser gritar a lo largo de una sección elevada de la autopista que discurría por encima de la multitud que iba avanzando, la cual, en aquel momento, contaba con la fuerza de miles de seres. Allí se encontraba una escolta de vehículos blindados del gobierno; sus luces de búsqueda se batían salvajemente de un lado al otro. El convoy estaba dirigiéndose por el puente que conducía hacia los cuarteles de la fábrica.

—¡Barricadas! —chilló una voz.

Una columna de disparos se elevó en el aire, a unos cien metros de distancia, no lejos de la fábrica de municiones en donde Hallena había pasado el día realizando labores de limpieza. De las gargantas brotó una aclamación ensordecedora. Algo estaba empezando a quemarse. Ella logró adivinar que se trataba de una señal convenida previamente, para que se prendiera fuego a las barricadas que habían sido levantadas alrededor de la ciudad, pero no estaba segura por completo. La sensación de desamparo era sobrecogedora.

Tomó a Varti por el brazo. A unos pasos por delante, pudo ver a Merish y a Shil caminando de manera imperturbable, en medio de un pequeño espacio que se había formado alrededor de ellos, como si fueran una cabeza de lanza en mitad de aquella masa aparentemente sin liderazgo. Principalmente estaba compuesta por hombres, la mayoría de ellos en trajes de faena que los cubrían casi por completo, pero algunos con vestimentas relativamente limpias, y otros con botas a prueba de agua, que sugerían que estaban llegando de un barco o de la fábrica de un muelle.

—¿Vas a decirme qué es lo que está sucediendo, Hermano Varti? —le preguntó Hallena—. Estoy preparada para la acción, pero he estado lejos de todo esto por un buen tiempo. ¿Alguien podría explicarme mejor las cosas?

—Vamos a derrocar al Regente. Vamos a incendiar la Casa de Gobierno. Y vamos a establecer un parlamento de ciudadanos.

El cerebro de Hallena estaba tratando de procesar una docena de preguntas a la vez. ¿En dónde estaban los agentes de Inteligencia de Athari con los que había hecho contacto el día anterior? Si el Regente estuviera fuera de su despacho, colgando de una cuerda en algún lugar del ardiente centro de la ciudad, ¿debería intentar atraer al nuevo régimen al lado de la República? ¿Acaso no importaba en aquel momento la conexión que pudieran tener con los separatistas?

«¿Cuántas veces hemos intentado hacer lo mismo con anterioridad?».

Intentó recordar el resumen de la información que había recibido acerca de la situación en JanFathal. Los revoltosos del pasado habían sido brutalmente aplastados.

«Y eso nunca había llegado a funcionar».

—Esta vez —dijo Varti—, las cosas van a ser diferentes.

Se encontraba caminando al lado de ella con un paso sostenido, volteando ocasionalmente para observarla.

—Realmente debería poder recordarte. Lo lamento. Es algo que me perturba.

—No es algo importante en este momento —le dijo ella. El comlink en su bolsillo vibraba silenciosamente. O su contacto en Athari estaba tratando de localizarla, o los de Inteligencia de la República la estaban llamando. No podría contestar a ninguno de ellos sin ponerse en evidencia—. ¿Qué es lo que necesitas que haga? Quiero decir, en este momento.

—Prepárate para pelear —le contestó—. Se ve como si supieras manejar ese rifle. ¿En dónde aprendiste a hacerlo?

Por supuesto; esto no era Coruscant, y en una dictadura como ésta, debía haber un control mucho más estricto de aquellos que portaban armas de fuego. Ningún tirano que se preciase de serlo, querría tener a una enfadada muchedumbre provista de armas acechando por allí, aunque eso parecía ser exactamente a lo que el Regente estaba enfrentándose en ese mismo momento.

Ella había sido entrenada en el manejo de las armas, era una calificada francotiradora, capaz de disparar las armas más comúnmente empleadas y que estaban disponibles a todo lo largo de la galaxia. Las habilidades de su ser interior que estaba habituado a actuar como un espía: la cosa —la única cosa— que ella casi siempre hacía sin necesidad de pensarlo.

Varti había logrado percatarse del hecho.

—Me agrada estar preparada —le dijo Hallena de manera misteriosa. ¿Quién podría aseverar que ella no había adoptado sus malos hábitos durante la estancia en una prisión en la cual no había estado, recibiendo las enseñanzas de los chicos malos a los cuales nunca había conocido? Varti no podría asegurarlo—. Y aprendo rápido.

Pero continuaba sintiendo la vibración del comlink en su bolsillo, con el timbre silenciado. Había muy pocas personas que podían contactarla de esa forma, y ninguna de ellas le haría una llamada social. No podría tratarse de Gil. Él jamás empleaba los

comlinks del Servicio de Inteligencia. Tendría que tratarse de su contacto en la Inteligencia de Athari, o de su superior jerárquico. De cualquier modo, ninguno de ellos estaría llamando sólo para saber cómo se encontraba.

«Stang…».

Tendría que verificar el mensaje que había llegado. Introdujo la mano en su bolsillo de manera casual, y extrajo el comlink. Mientras más sospechosa se viera, mayor sería el interés de Varti por hacerle preguntas. En el momento en que miró la diminuta pantalla, la ID de quien las estaba llamando, quedó clara: Coruscant, su superior jerárquico ocasional, el ser —ella no tenía idea de su género ni de su especie en ningún momento—, que le hacía llegar sus instrucciones.

NAVES SEPARATISTAS INGRESANDO A TU LOCALIZACIÓN. CONTESTA. SI NO PUEDE HABLAR, DIGITA 555.

«¿Contestar? De acuerdo. Bien».

Digitó con fuerza el 555, intentando verse como si estuviera estallando de frustración frente a un panel de control que no estaba operativo. ¿Estarían las naves de guerra de la República llegando también? ¿Estaría por producirse alguna batalla por el control de JanFathal? No podría asegurarlo. No podía atreverse a hacer una llamada de voz por el comlink. Ella estaba —todos los espías a menudo lo estaban— completamente sola por su cuenta, y sin posibilidades de contar con ningún respaldo.

Y el problema más inmediato era permanecer con vida, ya que como podía escuchar, la escolta de vehículos blindados estaba descendiendo por la rampa, en un franco curso de interceptación del camino de la multitud.

—Demasiado tarde para llamar a casa —dijo Varti, aferrando su rifle y sacándolo de su portafusil—. Acabamos de volar la antena transmisora.

Una mujer que estaba en el lado más alejado de Varti, también intentaba hacer funcionar su comlink.

—Sí, la red se ha caído.

—Pero el mío todavía no, Hermano…

—Justo a tiempo —dijo Varti.

—De cualquier modo, no hay nadie en casa —dijo Hallena, manteniendo su actuación—. Ya no queda ninguna casa a la cual pueda regresar.

Destellos de luz blanquecina atravesaron el cielo nocturno, a medida que los vehículos giraban hacia la derecha, y dirigían sus luces de búsqueda sobre el camino. Ella ignoró los disparos que se desencadenaron desde detrás de donde estaba. En aquel momento, todo lo que le importaba, era no morir cuando las fuerzas de seguridad abriesen fuego sobre la multitud.

No se hacía muchas ilusiones. Estaba segura de que lo harían.

«Stang, yo lo haría si fuera ellos».

En aquel momento, no se trataba de clarificar quiénes eran los chicos malos o quiénes eran los chicos buenos, tan sólo se trataba de algunos pueblerinos intentando mantenerse con vida… confusos, asustados, y reducidos tan sólo a instintos y reflejos.

Verificó la carga de su rifle, y supo que tendría que hacer lo que sus instintos le decían que hiciera; o aquellos que se amontonaban delante de ella serían abatidos, en cuyo caso podría disponer de un escudo, o la multitud, de hecho, constituía un ejército ordenado que tenía un plan predeterminado.

En algunos pocos segundos, llegaría a averiguarlo.

Sí, se encontraba asustada. Su estómago estaba hecho nudos. Se encontró a sí misma preocupada por semejante panorama instantáneo, por aquella forma en la que terminaría su vida —en la cual no estaba segura de si Gil llegaría a descubrir lo que le había ocurrido—, por no saber quién terminaría llevándose el tapiz khomri[18] de la pared de su departamento, y por no saber si sería enterrada, o dejada allí para terminar pudriéndose.

Todos se encontraban enfrentados a tal disyuntiva, en la cual cada quien, empezaba a pensar en lo que de verdad le importaba.

Una salva de disparos de cañón fue desencadenada como si se tratara de una descarga continua por encima de sus cabezas. La multitud que estaba por delante de ella se dividió como el grano, al tiempo que todos se zambullían buscando la cobertura de los edificios, o de cualquiera de los lados del camino, y luego devolvieron el fuego.

Hallena —quien todavía permanecía parada allí, idiota, idiota, idiota—, pudo ver los cuerpos aplastados contra el pavimento, con sus contornos resaltados por la deslumbrante luz de las armas de fuego. Los perfiles rectangulares de los guardias antidisturbios que estaban en frente de los vehículos de seguridad, corrieron en dirección hacia ella. La oscuridad, y la relativa quietud característica de los segundos anteriores a los disparos, se habían transformado en una cegadora iluminación blanquecina, y en el ensordecedor bdapp-bdapp-bdapp de los disparos de bláster; instantáneamente, el aire adoptó el sabor de las descargas de los blásters, y de los cabellos chamuscados.

Y allí se encontraba ella, parada en medio del camino, preguntándose por qué todo estaba demorando tanto.

Cuando las luces de búsqueda la cegaron, simplemente empezó a disparar, y rodó hacia uno de sus costados, O quizás se había derrumbado. No lo sabía. Tan sólo sintió que su codo impactaba sobre el pavimento, y que el dolor atravesaba quemando todo su cuerpo, hasta llegar a las raíces de sus dientes.

Alguien la aferró por los hombros, y la empujó para hacer que se moviera. Lo que fuera que representara la llegada de la flota de los separatistas, era el último y menos importante de sus problemas.

[18] El sistema Khomr era un sistema estelar localizado dentro del sector Corelliano, en la región de los Mundos del Núcleo de la galaxia. N. del T.

CAPÍTULO IV



Los militares deben hacer todo aquel teatro de nadie-se-queda-atrás, *porque es parte de mantener unido a un equipo. Pero nosotros, corazoncito, estamos solos. Y algún día, quizás necesitaremos dejarte atrás. Debes estar segura de que puedes asumir esa perspectiva. Hay una cápsula especial para ti, ya que cuando decimos* sin prisioneros, *realmente queremos decir* sin prisioneros.

Reclutador del Servicio de Inteligencia de la República, cuyo nombre es mantenido en el anonimato por razones de seguridad, explicándole a Hallena Devis —aspirante al trabajo—, las realidades de la vida de un agente.

DEPARTAMENTO DE LA SENADORA AMIDALA, CORUSCANT

Anakin despertó ante el persistente chirrido de su comlink, y lo aferró sin siquiera abrir los ojos. Padmé ni siquiera se movió.

—Skywalker —contestó todavía adormilado.

—Señor, necesito hacerle un resumen de lo delicado de nuestra situación.

—Oh, Rex…

—¿Es un mal momento, señor?

—No. Continúa.

—El *Leveler* ha sido enviado hasta el sistema de Fath. Hay actividad de los seps por estos lares, y nosotros somos la única nave lo suficientemente cerca como para mantener la vigilancia sobre ellos. Lo mantendré informado.

Rex era leal; no tan sólo con la clase de lealtad profesional propia de los soldados, sino con una lealtad de tipo personal. Él sabía lo que ocurriría si su general era atrapado estando fuera de una misión… una misión en la que se suponía que debería estar presente. Anakin tan sólo tenía la esperanza de que Rex no supiese la razón.

«Sin embargo, ¿acaso incluso yo lo sé? Creo que Rex podría entenderlo. Él es uno de los pocos seres a los cuales siento que les debo una explicación acerca de todo este subterfugio».

—Bien pensado, Rex.

—El capitán Pellaeon ha alertado a la Flota, así que a usted bien podrían hacerle algunas preguntas acerca de ello.

—Voy a tener que añadir la diplomacia a tu lista de habilidades, Rex.

—Y usted debería estar al tanto de que el reacondicionamiento, ha revelado algunas fallas en la nave, y que además su padawan, se las está teniendo que ver con la nueva remesa de soldados que acaban de llegarnos.

Anakin podría haberlo dejado todo en las manos de Rex, pero sentía que Fuerza estaba importunándolo. Algo no estaba yendo bien. Lo sabía. Y allí estaba él, tomándose una licencia no autorizada, mientras sus tropas estaban enfrentando una posible acción de armas. No importaba que el resto de la Compañía Torrent estuviera en las barracas. Allí había siete hombres que le habían sido asignados. Y él se encontraba en las líneas de retaguardia.

—Rex, voy a reunirme con el *Leveler*. Continúa enviándome su posición actual y sus posibles desplazamientos, y llegaré allí tan pronto como pueda.

—No hay necesidad, señor.

—Sí la hay. Skywalker fuera.

En aquel momento, Anakin ya se encontraba despierto por completo. Se dirigió hacia el sanitario, dejó correr el agua fría, y sintió que estaba siendo confrontado por la Fuerza debido a su falta de honestidad. El mentir acerca de su matrimonio era algo equivocado en muchos niveles; pero el dejar abandonados a tus hombres por su cuenta, eso era algo mucho peor. Él había jurado que jamás dejaría a nadie abandonado a su destino una vez más. Él ya había dejado atrás a Rex una vez en Teth, y fue debido a la propia valentía del hombre, que éste había logrado salir de allí con vida.

«Con casi la kriffing compañía entera aniquilada. Y yo le había dicho a Rex que volvería por ellos».

Y también estaba el asunto de su madre.

Anakin no podía mantener la incómoda sensación de culpa, alejada de su mente por mucho tiempo. Algunas veces, trataba de disimularla con el argumento lógico de que ni siquiera su viejo Maestro, ni incluso Yoda podrían haber salvado a su madre de la esclavitud. Pero su muerte había sido sólo culpa suya. Él no había regresado por ella, sino hasta que fue demasiado tarde.

Aquello no ocurriría nunca más.

Nunca más confiaría en otros para que hicieran lo que era una obligación para consigo mismo.

—¿Ani? ¿Algo anda mal?

Padmé estaba parada en la puerta del sanitario, ajustando el cinturón su bata alrededor de su cuerpo.

—Lo lamento, voy a tener que irme —le dijo él, frotando con una toalla su cabello para dejarlo seco—. El *Leveler* podría estar en problemas. Rex acaba de comunicarse conmigo. No te enfades con él; tan sólo no quiere que yo quede en evidencia si es que algo sale mal.

Padmé ni siquiera se veía decepcionada. Aquello lo aguijoneaba un poco. Había estado preparándose para, cuando menos, algunas protestas descorazonadas, pero bien

sabía en lo profundo de su ser, que Padmé no era aquella clase de esposa. Ella podía darlo todo cuando se trataba de las responsabilidades.

—No, no estoy enfadada con Rex —le dijo—. El deber es duro. Además, está preocupándose por ti. Sé que debo apreciar tal dedicación.

Ni siquiera tenía que empacar nada para él. Un Jedi no poseía casi ninguna cosa, y todo lo que pudiera acarrear, bien cabría en un pequeño morral. Cuando terminó de vestirse, Padmé estaba esperando cerca de las puertas del balcón con una bolsa entre sus manos.

—Es algo divertido —le dijo ella—. Nunca te pregunto qué es lo que vas a utilizar como transporte. Tan sólo dices que debes ir al Borde Exterior, y yo asiento y digo «sí, querido, te veré cuando se pueda».

—¿Cómo sabes el destino al que me dirijo?

—Soy una senadora. Tengo formas de averiguar en dónde están emplazadas las naves de guerra.

Colgó el morral sobre uno de sus hombros.

—Y no me encontraba dormida. De cualquier modo, no después de que el comlink hubiera dejado de timbrar.

Anakin intentó sonreír, pero una pequeña punzada de inquietud atravesó su corazón. La sensación se desvaneció tan pronto como había llegado. La besó, se deslizó por en medio de las puertas, y se dirigió de regreso hacia el hangar para persuadir a los encargados de superficie, que lo dejaran despegar con un caza Torrent.

Así como necesitaba salir hacia el Borde Exterior de manera rápida, también debía asegurarse de tener la potencia de fuego necesaria. El Borde Exterior era un lugar inestable y peligroso.

Y a Anakin le agradaba que fuera de esa manera.

EN ALGÚN LUGAR EN ATHAR: ALGÚN TIEMPO DESPUÉS DEL INICIO DEL LEVANTAMIENTO

Hallena pudo escuchar el golpeteo sobre su cabeza.

Por un momento, pensó que estaba dentro de su cráneo. Pero cuando logró salir de su estupor, comprendió que se trataba del sonido del disparo de los cañones a la distancia, y que ella se encontraba tendida a lo largo de una sucia superficie de permacreto, con un abrigo plegado, colocado por debajo de su cabeza.

—No tienes ninguna herida de consideración —le dijo Merish—. Sólo debes haber recibido algunos bastonazos de las cachiporras. A pesar de ello, por supuesto que debe doler.

Sí, era cierto. Era la primera vez que Hallena no se había dado cuenta de que había sido golpeada por algo. Cada vez que intentaba moverse, se sentía como si su cerebro estuviese siendo arrancado de las membranas que lo envolvían.

«El cerebro no tiene sensores de dolor. No seas estúpida. Debes reponerte. Piensa».

Levantó sus manos de manera instintiva, intentando descubrir la fuente del palpitante dolor en su cabeza. No tenía vendajes. Eventualmente, encontró un chichón adolorido bajo la línea de su pelo.

—Están disparándole a cualquier cosa que se les ponga en frente —dijo Shil—. Blásters, armas para control de disturbios; seguramente, algo de eso fue lo que te golpeó.

—Sé lo que es una cachiporra, gracias.

—Ellos no suelen ser tan considerados, ni tampoco emplean armas no letales, hermana. Usualmente disparan a boca de jarro, de tal manera que fracturan el cráneo. Fuiste bastante afortunada.

Hallena pudo percibir el ruido de la lucha que estaba teniendo lugar en las afueras, aunque no parecía estar demasiado cerca: blásters, chillidos, descargas balísticas impactando sobre las paredes.

—¿Cuánto tiempo he estado aquí?

—Un par de minutos.

Se había imaginado que se trataría de varias horas.

—Entonces, vamos. Es tiempo de involucrarnos en la lucha.

—Aguarda, estamos esperando una mejor oportunidad para intervenir allí afuera. Si esos *barbas* empiezan a utilizar lanzallamas, ya sabes.

Merish la ayudó a incorporarse.

—Los seps van a estar desembarcando sus tropas dentro de poco, así que todo lo que tenemos que hacer, es mantener ocupadas a las fuerzas de seguridad por toda la ciudad, y así facilitarles la cosa.

Hallena trató de enfocarse en desarrollar un plan para no volver a ser impactada en la cabeza una vez más. Todo lo que había sido enviada a hacer, había sido echado por la borda; era demasiado tarde para preocuparse por infiltrarse en medio de los simpatizantes de los separatistas. Ella no podía detener una invasión con una sola mano. Pero podría conseguir mucha información bastante útil, tanta como le fuera posible, y asegurarse de que llegase a las fuerzas de la República.

—Y entonces, ¿qué es lo que debo hacer?

Se trataba de una labor de reconocimiento en primer plano, sería los ojos y los oídos de la República sobre la superficie del planeta. Sí, podría encargarse de ello.

—¿En dónde van a aterrizar los seps? —preguntó.

Empezó a palparse los bolsillos, queriendo dar la impresión de que estaba buscando su bláster, pero en realidad andaba buscando su comlink. Si lo configuraba en modo de transmisión libre, registraría cada sonido que se produjese alrededor de ella, y entonces, todo lo que tendría que hacer, sería asegurarse de soltar las preguntas correctas, para

extraer las respuestas que el Gran Ejército y la Flota de la República andaban necesitando.

El rifle que le habían puesto en sus manos más temprano, había desaparecido. Quizás todavía estuviera tirado en el camino, en las afueras. Pero sus dedos encontraron el comlink, revolotearon encima de los controles, y tuvo que confiar en sus pulpejos y en su memoria para digitar la secuencia adecuada.

Hallena ya se encontraba transmitiendo en aquel momento, y con una encriptación segura, hasta donde podía saber. Pero todavía no podía arriesgarse a afirmar que estaba haciéndolo, hasta que recibiese una confirmación de mensaje recibido.

—En primer lugar, van a encargarse de tomar las estaciones de comunicaciones en tierra, y las barracas de la guardia estatal.

Shil le devolvió su rifle. Después de todo, él había logrado recuperarlo. A continuación añadió:

—Primero van a apoderarse del centro de la ciudad, y desde allí van a desplazarse en forma centrífuga. No es lo que pensé que harían, pero ellos son los expertos.

—Son droides —dijo Hallena.

—Normalmente, yo sólo miraría a un droide como una cosa que estuviera quitándole a un honesto trabajador, el jornal con el que podría comprar su comida —dijo Shil—. Pero ahora prefiero verlos peleando las guerras en lugar de los seres de carne y sangre.

—¿Así que tan sólo debemos encargarnos de mantener ocupadas a las fuerzas de seguridad?

Merish la condujo hacia las puertas.

—El Regente se ha pasado los últimos treinta años gastando el dinero en palacios para sí mismo, y en pagar una policía secreta para evitar que nosotros los incendiásemos —dijo ella—. Así que nunca se ha preocupado demasiado por formar un ejército que pudiera contener una invasión. Todo esto va a concluir bastante pronto.

Shil colocó una de sus manos por debajo de su codo, para sostenerla mientras ella trastabillaba por encima de los escombros que se habían formado en las calles. Se sintió algo disgustada consigo misma por haber sido tan poco cuidadosa delante de él; no conocía muchas cosas acerca de Shil, pero sabía que había pasado una temporada con acontecimientos terribles que no habían logrado quebrantarlo. Ella se encontraba allí, haciendo su mejor esfuerzo para finalizar su trabajo, mientras que él sólo estaba preocupándose de que ella se encontrara bien.

«Se trata de un trabajo sucio. Si me digo que no debería haberlo aceptado, después de todo lo que he pasado a lo largo de todos estos años, tan sólo me estaría mintiendo a mí misma».

—Tú crees que las cosas nos van a ir mejor bajo el gobierno de los seps, ¿no es verdad? —le preguntó agriamente.

—No podría ser peor, Orla —le contestó Merish.

El empleo de su nombre falso, la sacudió un poco.

—No veo ninguna nave de los seps aterrizando.

Hallena miró hacia arriba, al cielo nocturno, sin llegar a apreciar nada, excepto el reflejo de los disparos sobre las nubes más bajas.

—¿Estás seguro de que no nos han traicionado?

—Ellos van a venir aquí.

«¿Están registrando esto, Control? ¿Pueden oír todo esto? Tan pronto como consiga un momento para mí, voy a necesitar verificar si ellos saben en dónde estoy, y qué datos específicos requieren que averigüe mi persona».

—¿Y si deciden darse por vencidos?

—No lo harán. Pero si es que enfrentan alguna demora en patearle el trasero a la guardia estatal para mandarla hasta el sistema más cercano, pues entonces nos uniremos a las fuerzas separatistas y lucharemos. Vamos a derrotarlos. Tan sólo es cuestión de si lo haremos ahora, o quizás un poco más tarde.

La lucha continuaba desplazándose. Shil, Merish, y Varti rompieron a lanzarse en un trote corto para alcanzar a la retaguardia de la guardia estatal, como para darle a Hallena la oportunidad de seguirles el paso. A ella no le agradaba mucho el tener que correr en semejante momento. Su cabeza palpitaba cada vez que sus talones golpeaban el piso; se preguntó si acaso iría a colapsar y morir allí mismo. Había perdido el sentido. Los golpes en la cabeza como aquel, podrían hacer que estuvieras inoperativo por varias horas, antes de que te recuperases.

«Ésa es la última de mis preocupaciones en este momento. Realmente es así».

En ese momento, su comlink chirrió.

«Pero si yo apagué el sonido. Deben ser los de Control tratando de llamar mi atención».

Hallena pretendió ignorarlo, pero incluso en medio del ruido envolvente de los disparos de bláster, y de las explosiones, sus acompañantes se detuvieron en medio de su marcha, para escuchar si eran los comlinks de ellos los que estaban sonando.

Shil aferró su propio comlink, y le clavó la mirada.

—Todavía no tengo la kriffing señal —dijo lentamente—. Nuestra milicia debe haberse encargado de la estación de transmisiones. ¿Quién podría estarte llamando, Hermana Taman?

Merish y Shil hicieron una pausa momentánea, y luego arremetieron contra ella, apuntándole con sus armas. Hallena ya lo había visto antes; el congelado momento de la revelación. Tenían a una espía entre ellos. Tenía que decidir entre luchar —y casi seguramente morir—, o jugársela para ganar tiempo, y esperar una oportunidad de escapar.

«Si de cualquier modo, no deciden matarme aquí mismo».

Merish y Shil la hicieron arrodillarse, con los rifles apuntados contra su cabeza, mientras que Varti tomaba el bláster de su cinturón. Incluso si no hubiera estado lastimada, no habría tenido ninguna oportunidad.

Varti, pareciendo olvidarse de la lucha que se desarrollaba en los alrededores, permanecía mirándola fijamente.

—Tú eres una agente del Regente…

«Eso seguramente haría que me maten. Por una vez, tal vez decir la verdad podría serme de ayuda».

—No, estoy con la República —dijo ella, con pleno conocimiento del juego que estaba revelando.

—Entonces, nos serás de gran utilidad. Nuestros nuevos aliados separatistas estarán complacidos de que te entreguemos a ellos. Realmente, deberíamos permitirnos la cortesía de llamarlos por lo que son: la Confederación de Sistemas Independientes. Me gusta el nombre.

El viejo hombre le extendió la mano, con la palma vuelta hacia arriba.

—Ahora, entrégame el comlink.

No se produjo ninguna conducta abusiva, ni patadas, ni estallidos de ira. Hallena había sido entrenada para esperar el peor de los tratamientos si es que era capturada. Ésa era la razón por la cual, a los agentes, se les facilitaba un veneno de acción rápida, un acto final de misericordia contenido en una diminuta cápsula escondida en un contenedor de metal de un bolsillo secreto en sus pantalones. No se hacía ninguna ilusión con respecto a que fuese a perdurar el trato contenido y profesional que estaba recibiendo por parte de aquellos revolucionarios. Todos ellos habían sufrido demasiadas cosas.

Y sabía lo que los seps estarían pensando en hacerle.

«Es algo divertido, me siento más cómoda con todo esto de la revolución, incluso aunque pretendan volarme la cabeza. Los de Control siempre me habían advertido acerca de ello. La identificación con tu blanco. Es un riesgo ocupacional».

—No digo que ustedes no tengan razones para odiar al Regente —dijo ella—. Pero si los separatistas ganan esta guerra, ustedes no tienen ni idea de lo mal que van a ponerse las cosas.

—¿Estás segura de eso?

«No. En realidad, no. No lo estoy».

Hallena odiaba las cosas que la hacían querer detenerse, y pensarlo todo una vez más, como en aquella ocasión.

—Ya lo verán —les dijo ella.

—Shil, quítale el comlink.

Era su última oportunidad para enviar una señal de auxilio. Tenía pocas garantías de ser rescatada, pero a los agentes siempre se les decía que, cuando menos, deberían estar preparados para esa posibilidad. Para ello, debería mantener consigo el comlink el tiempo necesario para que pudiera intentarse dicha alternativa.

—De acuerdo —dijo ella—. Aquí lo tengo.

Introdujo su mano dentro de su abrigo lentamente, con precaución, para dar a entender que no andaba en busca de un arma oculta. Habían parecido bastante profesionales, pero sin embargo, los rebeldes de Varti no la habían rebuscado. Cuando extrajo su mano —lenta, muy lentamente—, el comlink estaba alojado en su palma, con la señalización amarilla de su batería, parpadeando.

A Hallena tan sólo le quedaba un segundo. Y decidió aprovecharlo.

Al momento de entregarle el comlink a Varti, apretó la tecla de envío para mandar un mensaje de emergencia, justo lo que toma un latido antes de que Shil le pateara la mano con su bota, y acabase con sus esperanzas de salir de JanFathal con vida. El comlink patinó sobre la superficie del piso.

Pero ella ya sabía cómo eran las cosas desde el momento en que había firmado para inscribirse.

Gil, al menos, llegaría a saber lo que le había pasado.

PUENTE DE LA NAVE DE ASALTO DE LA REPÚBLICA *LEVELER*

—El estado de salvaguarda, desde este momento, se encuentran en pleno vigor. Repito, el estado de salvaguarda, desde este momento, se encuentran en pleno vigor.

Pellaeon percibió la variación en el estado de ánimo a través de toda la nave. No tenía que ser un Jedi para sentir la adrenalina fluyendo alrededor de él. Dentro de un momento, el *Leveler* tendría que prepararse para estar completamente operativo, como había sido planeado, pero el anuncio por el sistema de comunicaciones de la nave, hacía que las circunstancias variasen de un estatus de acondicionamiento y maniobras, a uno de preparación para lidiar con amenazas reales. Si el *Leveler* llegaba a estar amenazado, cualquier anuncio por el canal de comunicaciones —cualquier advertencia— sería precedido por la palabra *salvaguarda*, repetida tres veces, de tal manera que todos supieran que no se trataba más de un ensayo.

Pellaeon era un convencido de los procedimientos ya establecidos y comprobados de la nave. Si otros capitanes deseaban andar perdiendo el tiempo con sistemas de verificación de alta tecnología, ése era asunto suyo. Él todavía tenía que vérselas —la mayoría de veces—, con una tripulación compuesta de seres humanos, y los seres humanos no habían cambiado en mucho tiempo.

Ahsoka lo observaba fijamente. Él pudo sentir sus ojos fijos sobre sí, y cuando giró su cabeza para mirarla, parecía estar hipnotizada. Aquello lo enervaba. Rex andaba dando vueltas por el puente, con el casco colgando de una de sus manos, y con unas sondas en la otra, todavía intentando que su HUD lograse comunicarse con el sistema de estatus de la nave. Nuevamente, se había afeitado la cabeza. Pellaeon tendría que preguntarle la razón, una vez que el presente estado de tensión hubiera sido superado.

—Señor —dijo la voz del controlador de la sala de operaciones tácticas—, un carguero acaba de salir del hiperespacio.

Pellaeon reinició el transpondedor que, en ese momento, se encontraba rastrando la zona con el repetidor de sensores. En momentos como ése, tenía sentido el asumir que todas las naves eran potencialmente hostiles, hasta que se demostrara lo contrario; un

transpondedor falso, que pudiera confundir hasta a los sensores fabricados por la República, no era difícil de conseguir. Y los técnicos, todavía se encontraban arreglando problemas técnicos en los sistemas.

Pellaeon golpeteó los controles con su mano derecha.

—Operaciones tácticas, ¿pueden identificar el casco a esta distancia, y lograr una confirmación?

—No necesita hacerlo, señor —dijo Ahsoka—. La nave está tripulada por los Jedi. Puedo sentirlos.

El comandante de la sala de operaciones tácticas hizo una pausa.

—Señor, se trata de un carguero de clase Vernal, registrado como el *Wookiee Gunner*, y la base de datos de la República, lo tiene identificado como «contratado para deberes de alivio de situaciones de desastre, por…».

Pellaeon logró escuchar el golpeteo de las teclas.

—Por el Maestro Djinn Altis. No pertenece al Concejo Jedi.

Pellaeon se giró, y le dirigió una sonrisa a Ahsoka. No podía rebajarse a llamarla Comandante, incluso tomando en cuenta que algunos oficiales Jedi que no eran generales, ostentaban ese cargo. Técnicamente.

«Pero no en mi nave. Tiene catorce años, por todos los cielos».

Se rehusaba a seguir con ese juego. El comité de ascensos, bien podría añadir ésta a la lista de sus faltas: muestra una inadecuada deferencia hacia los niños padawans. Aquello estaba bien para él.

—Tienes un buen radar —dijo Pellaeon—. Así que, ¿quién es este Maestro Altis?

Ahsoka pareció estar rebuscando en su cerebro en busca de una respuesta. Miró hacia uno de sus costados, parpadeando.

—No estoy segura —dijo ella—. Nunca he oído de él… pero definitivamente, es poderoso en la Fuerza. Al igual que muchos de sus acompañantes.

—No existe la posibilidad de que se trate de uno de vuestros primos Sith, ¿no es verdad?

—No son nuestros primos. No, no puedo detectar ninguna oscuridad en absoluto. De cualquier modo, ¿qué es lo que sabe usted acerca de los Sith?

Los iniciados en la Fuerza no solían revelar mucho acerca de ellos a la población en general, pero Pellaeon había hecho de su negocio, el llegar a conocer todo cuanto podía. Y los Jedi no podían silenciar los anales de la historia galáctica, ni reclamar un monopolio con respecto a sus conocimientos. Tan sólo se trataba de un lugar en el que pocos seres se atrevían incluso a echar una mirada.

—Tan sólo hazme saber si debo volarlo fuera del espacio que tengo en frente, eso es todo.

—No. No, en absoluto, capitán.

Ahsoka todavía se miraba intranquila. O había algo que podía percibir acerca del carguero —y que la mantenía incómoda—, o estaba preocupada por no poder decir nada más acerca del tal Altis.

—Nada está mal.

Pellaeon mantuvo la mirada fija sobre la pantalla de los sensores. Ahora podía detectar más naves separatistas reuniéndose alrededor de JanFathal, y había poco que el *Leveler* pudiera hacer, excepto enviar una mayor cantidad de información, hasta que la Flota decidiera si tenía las naves disponibles.

—Señor, el carguero se dirige hacia nosotros en un curso directo de interceptación —dijo el comandante de operaciones tácticas.

Quizás la nave estuviera en busca de refugio. Eso, al menos, era algo que Pellaeon todavía podía ofrecer.

—Comunicaciones, pónganme en contacto con el patrón de la nave —dijo—. Deseo preguntarle qué es lo que está haciendo, y si es que sabe que tiene a toda una flotilla de los separatistas dentro de un rango poco aconsejable…

—Claro que lo sabe —dijo Ahsoka, casi como si lo estuviera diciendo a sí misma—. Se trata de un Jedi.

—Pero apuesto que incluso él utiliza los sensores de su nave, mi omnisciente padawan.

Pellaeon conmutó su comlink para enlazarse con el circuito de la nave.

—Carguero *Wookiee Gunner*, ésta es la nave de guerra *Leveler*, por favor, consignen la trayectoria que tienen prevista. Se encuentran en peligro, repito, se encuentran en peligro, cambio.

Se puso a esperar. La voz que llegó de regreso, era informal y no seguía los procedimientos de comunicaciones de la Flota.

—Nave de guerra *Leveler*, aquí el Maestro Altis, a bordo del *Wookiee Gunner*. Quizás podríamos requerir de su asistencia.

—Maestro Altis, aquí el capitán Gilad Pellaeon. ¿Cómo podríamos ayudarlos?

—Hemos recibido la llamada de auxilio de una agente de la República en JanFathal, y como parece que ustedes y nosotros somos las únicas naves de la República dentro de un rango de respuesta razonable, creo que deberíamos intentar sacar a dicha agente antes de que se produzca la invasión de los separatistas.

Pellaeon hizo una pausa, y conmutó su dispositivo para silenciar la comunicación que estaba sosteniendo.

—Rumahn, ¿por qué nosotros no hemos recibido esa señal?

—No hemos recibido nada, señor —dijo el primer oficial—. El canal dieciséis se encuentra funcionando normalmente.

Pellaeon se preguntó si acaso un Jedi podría ser probablemente confundido por un mensaje falso. Nuevamente, abrió la comunicación con el *Wookiee Gunner*.

—No hemos recibido tal llamada de auxilio, Maestro Altis. Antes de comprometer mi nave, me gustaría estar completamente seguro de que no estamos siendo conducidos hacia una emboscada.

—Nosotros logramos detectar una perturbación en la Fuerza mucho antes de que lográsemos interceptar la señal, capitán, y la recibimos en una frecuencia que no esperábamos. En un canal de navegación que raramente suele ser empleado.

Pellaeon estaba intentando ser paciente.

—Oh, entonces, ¿ustedes han viajado aquí desde lejos?

—Sí, nuestra comunidad se encuentra constantemente en movimiento, y nos hemos pasado más de cuarenta años buscando el conocimiento en distintos lugares lejanos.

«Bueno, quizás él conozca algo que nosotros no…».

—¿Qué es lo que decía el mensaje?

—Intentamos hacer contacto con el comlink que lo transmitía, pero perdimos la conexión poco después de eso. La agente pensaba que estaba transmitiendo a la Inteligencia de la República. Creemos que su nombre es Orla Taman.

El nombre no le decía nada a Pellaeon. Se imaginaba que ni siquiera Hallena podría reconocerlo; los agentes no solían conocer nada que no les fuera estrictamente necesario, como una medida de precaución.

—Espere un momento, Maestro Altis.

Pellaeon se volvió hacia Rumahn.

—Número Uno, contacta con los de Inteligencia de la República en este mismo momento. Haz que te confirmen el nombre de Orla Taman, explícales la razón, y pregúntales si es que esa agente se encuentra operando en esta zona.

Rumahn se escabulló hacia otra de las estaciones de comunicaciones para hacer una llamada. No había ninguna garantía de que los de Inteligencia les dijeran, incluso a ellos, a quiénes tenían desplegados por allí, pero se trataría de algo suicida el ni siquiera intentar verificar el mensaje. Si los de Inteligencia se ponían a jugar su acostumbrado juego tonto de necesito-saber-la-razón, Pellaeon tendría que hacer la llamada en persona: para decidir si debía tratar dicha transmisión de manera seria y arriesgar a su tripulación, o para ignorarla y quizás dejar que muriera una agente.

«Una agente como mi Hallena. Si ella fuera quien se encontrase en esa situación, ¿acaso no querría yo tener a otra nave para hacer todo lo que estuviera en mis manos?».

Rumahn caminó de regreso hacia el asiento de Pellaeon y se inclinó para acercarse a su oreja. Ahsoka lo observaba con la marcada curiosidad de una niña que sabía que los mayores estaban sosteniendo una conversación privada; Rex dio un par de pasos lentos para interponerse entre ella y Pellaeon, con la intención de distraer su atención.

«Rex, eres un buen hombre».

—Señor —dijo Rumahn en voz muy baja—. Los de Inteligencia piensan que se trata de una información verdadera. Ellos no recibieron la señal tampoco, pero nos pueden decir que Orla Taman es un alias operativo para su agente que llegó a Athar, más precisamente a JanFathal, hace un par de días. Dicen que si nos encontramos operacionalmente habilitados, apreciarían nuestra ayuda para sacar a la agente, ya que en este momento, estamos a un día o algo menos de distancia que cualquier otra nave.

—Muy bien, realicen una RV[19] de la nave de los Jedi, traigan aquí a Altis y a sus principales colaboradores, y nos encargaremos de desarrollar un plan todos juntos. Rex, ¿estás preparado para hacerlo?

Rex se dio vuelta.

—Bueno, usted no tiene más tropas embarcadas que nosotros, así que sí, podemos hacerlo.

—Excelente —dijo Pellaeon—. No nos encontramos equipados para esto en absoluto, pero me agradan los desafíos. Será bueno para la moral de la nave cuando logremos rescatar a esa agente.

«Será bueno también para esa pobre mujer que se encuentra allí abajo».

—¿Por casualidad te dieron el verdadero nombre de la agente, Rumahn? Espero que sí. De esa forma, ella sabrá que nosotros somos quienes afirmamos ser.

—Sí, señor.

Rumahn se tomó un momento para echar una mirada a su datapad.

—Se trata de Hallena Devis.

Pellaeon sintió que su corazón se quedaba congelado. Todavía continuaba latiendo, bien lo sabía, pero una extraña sensación de tener algo en carne viva, corrió desde la bóveda de su paladar hasta su pecho, y tuvo que controlarse al máximo para no dejar escapar una sonora imprecación.

Rumahn no tenía la más mínima idea acerca de quién era Hallena, por supuesto. Pellaeon, al menos, había sido bastante discreto acerca de ello. Pero Ahsoka asomó su cabeza para observarlo, siendo capaz sin lugar a dudas, de percibir toda su conmoción y también todo su miedo. Rex, quien parecía emplear a Ahsoka como una especie de detector de humo, dejó de juguetear con los circuitos de su casco.

«Tengo que salvarla».

«Pero estoy demasiado involucrado en todo esto».

«Y si voy a pedirles a mis hombres que arriesguen sus vidas…».

«Tengo que decírselos. Es la única forma de ser completamente leal con ellos».

—Tengo que declararles un conflicto de intereses —dijo Pellaeon calladamente—. No quiero que haya ningún malentendido con respecto a la razón por la que me encuentro haciendo esto. Ustedes deben saber que Hallena Devis es… una amiga mía.

Realizó una profunda inspiración.

—En verdad, una muy buena amiga mía.

[19] RV: remote viewing. Acción de averiguar todo lo que se puede acerca de un objeto, persona, lugar o circunstancia. N. del T.

CAPÍTULO V



Un prisionero es una carga para su captor, y un lastre para sus camaradas. Nunca tomen prisioneros, ni permitan ser convertidos en uno de ellos.

—Antigua doctrina militar irmenu, que se dice que aún es practicada en nuestros días

SALÓN DE CONFERENCIAS, NAVE DE ASALTO DE LA REPÚBLICA *LEVELER*

Callista nunca había estado con anterioridad en una nave del tamaño del *Leveler*, y se sentía fascinada.

Se sentía como si estuviera… viva.

Recorrió el pasadizo por detrás del Maestro Altis, distraída por la sensación de percibir nervios y vasos sanguíneos que estaban circundándola. Ésa era la única forma en que podía describirlo; había percibido la misma sensación en otras naves, pero en un grado algo menor, pero esta nave, esta ciudad auto-contenida, toda ella era de otro orden de magnitud.

—¿Qué es lo que anda mal? —le preguntó Geith, dándole un leve codazo en la parte baja de la espalda, para mantenerla en movimiento—. ¿Qué es lo que estás mirando?

—¿Acaso no puedes sentirlo? —le preguntó ella—. ¿El poder contenido en esta cosa? Es como un latido. Como la actividad del cerebro.

—Tú y tus máquinas…

Él se mantenía observando a los miembros de la tripulación, a medida que estos continuaban dedicados a sus labores, un conglomerado de seres enfundados en uniformes de color gris, así como al personal de clones metidos dentro de sus blancas armaduras, y con los cascos puestos.

—Lo siguiente que vas a hacer, es empezar a comunicarte con los droides.

—¿Estás seguro que no puedes sentir lo que emana de esta nave? ¿La atmósfera eléctrica?

—No, pero ese zumbido persistente está destrozándome los nervios —Geith le propinó un juguetón golpe sonoro en el trasero—. Pienso que eres hipersensible a los artefactos electrónicos porque creciste en una granja marítima. Montones de peces y criaturas marinas dependen de su detección de las cargas y campos eléctricos, ¿no es verdad?

—Es cierto.

—Si alguna vez necesitamos dinero, tú serías una gran electricista…

Ella se giró para replicar con un comentario cortante —después de todo, se encontraban en una misión delicada, y él todavía hacía gala de su díscolo estado de ánimo—, pero al mirarlo, descubrió a una pequeña hembra togruta caminando detrás de ellos, observándolos completamente aturdida.

Vestía un conjunto de uniforme de faena de color azul, varias tallas más grande de lo que le hubiera correspondido. Un sable de luz colgaba de su cinturón.

—Oh —dijo Callista—. No sabía que el *Leveler* tuviera una Jedi a bordo.

Se detuvo para permitir que la togruta los alcanzara.

—Soy Callista. Éste es Geith.

—Ahsoka Tano —dijo la togruta, de una manera incongruentemente adulta en aquel momento—. Soy la padawan del General Skywalker. ¿En realidad ustedes dos son Jedi? ¿No son únicamente seres sensibles a la Fuerza?

Se quedó observando a Geith con suspicacia. Callista percibió una fuerte sensación de conmoción por parte de ella, y de… ¿Culpabilidad? ¿Miedo? ¿Desaprobación? Por supuesto. Ella acababa de ver cómo Geith abiertamente le demostraba su *afecto*. Ahsoka era una padawan educada en la vertiente principal de los Jedi, criada con las espeluznantes historias acerca de cómo el compromiso conducía al Lado Oscuro, así que la pequeña de seguro pensaba que estaba observando cómo ambos estaban cayendo despeñados para convertirse en unos Sith, o alguna tontería por el estilo. Fue sólo cuando Callista logró apreciar la reacción de Ahsoka, que comprendió el gran abismo que existía entre ambas escuelas de creencias.

—Sí, ambos somos Jedi.

El tono de voz de Geith estaba cargado con el más tenue tinte de impaciencia. Raramente había estado en contacto con Jedi ortodoxos, y Callista esperaba que su vehemencia por aseverar la veracidad de sus creencias, no mostrara una faceta suya poco favorable, ahora que tenía a alguien a quien demostrárselo.

—Existe más de una forma de emplear la Fuerza para el bien.

Ahsoka no dijo ni una palabra más. Simplemente empezó a caminar delante de ellos en silencio, pero la impresión que había dejado en la Fuerza, era más elocuente que cualquier comentario: se encontraba confundida. Callista esperó hasta que hubiera desaparecido por la puerta que había al final del pasadizo, y luego tomó a Geith por la manga.

—Sabes bien lo que ocurre —le dijo—. Los otros Jedi nos ven, y se sienten intimidados. No tiene sentido discutir acerca de eso.

—De acuerdo, de acuerdo…

—Prométemelo.

—Tampoco tiene sentido debatir con una niña. Pero todo esto va más allá del hecho que nosotros podemos casarnos y ellos no. Oh, y de cuántos padawans puede tener un solo Maestro. Como si ello importara. No, todo esto se trata del dogma. Y del control.

—Como acabo de decir, nosotros los hacemos sentir incómodos, y lo mejor que podemos hacer, es permitirles seguir con su camino, mientras nosotros continuamos con el nuestro.

Ella le dedicó una mirada de en-verdad-estoy hablando-en-serio. Él suspiró, luego sonrió y asintió. Había un momento y un lugar para el debate ideológico, y éste no era el más adecuado.

Pero entonces ingresaron dentro del salón de conferencias, y sintió que Geith empezaba a reaccionar nuevamente. No frente a una conmocionada y pequeña padawan en esta ocasión; sino, frente a los soldados clon sentados en grupo cerca de las holo-cartas, con los cascos retirados, completamente sumidos en sus conversaciones. No se trataba tanto de sus rostros idénticos lo que les llamaba la atención, sino, lo jóvenes que se veían, incluso el que tenía la cabeza afeitada, aquel que portaba la insignia de capitán sobre su armadura.

«Más jóvenes que yo. Más jóvenes que Geith. Pero, por otro lado, tan similares a nosotros».

Ninguno de los Jedi de Altis había entrado en contacto con clones antes de que pusieran sus pies en el interior de esta nave. Todos en aquella comunidad tenían sus puntos de vista con respecto a la ética de *criar* tropas de combate, pero los puntos de vista se basaban en teorías vacías, pero ahora, los sujetos de semejantes puntos de vista, se encontraron sentados allí mismo, delante de ellos. Callista podía haber predicho lo que iba a ocurrir sin ninguna asistencia de la Fuerza. Geith se dirigió directamente hacia los clones, y extendió un brazo para estrecharles la mano. Luego se sentó junto con ellos. Fue una declaración —no sólo para él, sino también todos los que estaban con aquellos hombres—, de que ellos no eran tan sólo un medio para alcanzar un fin.

«Por eso lo amo. Vive de acuerdo con lo que predica».

Pellaeon activó la holo-carta, y de inmediato concitó una masiva atención general sin siquiera pronunciar una palabra. Algunos de sus oficiales se sentaron a la mesa, observándolo atentamente. Callista se fijó en los nombres de sus gafetes.

—Damas… caballeros.

Pellaeon no empleaba ninguna de aquellas frases que la gente de los holo-videos que ella solía ver, gustaban de emplear. A pesar de lucir como una persona de unos treinta años, Pellaeon parecía ser un hombre moldeado a la antigua. Y también parecía ser un hombre que estaba ansioso.

—Se nos ha encomendado la labor de rescatar a una de nuestros agentes de detrás de donde quiera que estén ahora las líneas enemigas. No sabemos si se encuentra viva o muerta, ni siquiera en qué lugar se encuentra. Eso nos coloca en una situación con algo de desventaja —hizo una pausa—. Y soy sincero al decirles que se trata de una amiga mía muy íntima. Les menciono todo esto, no para hacer que intenten dar su mayor esfuerzo, sino para que ustedes me digan al momento —si es que mi criterio se encontrase nublado—, que mis emociones están poniendo a esta nave y a todos ustedes, en una situación de peligro poco razonable.

A Callista le agradó Pellaeon de manera instantánea. Se trataba de un hombre decoroso, decente. Pudo ver que Altis también lo había percibido; estaba sonriendo para sí mismo.

—Somos voluntarios —dijo Altis—. La agente Devis no debería albergar menores expectativas de rescate, simplemente porque su amante sea el primer comandante en responder. Si no permitimos que aquellos a los que amamos nos ayuden, piensen en la escasa fe que podríamos depositar en aquellos a los que nos les agradamos.

Pellaeon todavía se veía afligido, pero las líneas del ceño de su frente, se relajaron ligeramente.

—Eso es verdad —dijo—. Y eso significa que debo afrontar los riesgos que conlleva este rescate.

—Usted no estará pretendiendo ir en esta misión, ¿no es verdad capitán?

El clon con la cabeza rapada y la insignia de capitán, cruzó los brazos sobre el pecho.

—Realmente no se trata de una tarea suya. Es mía, en ausencia de otras tropas embarcadas en la nave. Y ya hemos realizado rescates con anterioridad. Con la excepción de que llevaremos a cabo éste a mi manera, y con algo de suerte, no volverá a ocurrirnos lo de Teth.

Se había producido una confrontación no verbal entre ambos.

«Debe ser el comandante directamente encargado de la misión», pensó Callista. «No desea dar la impresión de que vaya a permitir que otros hagan el trabajo sucio».

Ahsoka la observaba, con los ojos sin parpadear, todavía claramente incómoda por la presencia de los nuevos Jedi.

—Por supuesto, Rex —dijo Pellaeon finalmente—. Tan sólo estoy haciendo patente mi voluntad de afrontar los riesgos, y de hacer lo que requieras de esta nave. ¿Tienes algún plan?

—Va a estar basado por completo en algunas conjeturas. Localizarla, confirmar que se encuentra con vida, preparar un equipo para montar una distracción, mientras el otro realiza el rescate, y luego, salir de allí.

Ahsoka intervino.

—¿Qué hay con respecto a las otras naves? ¿Acaso el General Yoda no piensa mandar refuerzos para repeler la invasión?

Rex levantó una pestaña.

—Es demasiado tarde para eso, *pequeñita*. El Maestro Skywalker se encuentra en camino, pero lo demás es asunto de ustedes. Todo lo que nosotros podemos hacer, es sacar a esa agente, y reagruparnos para poder pelear otro día más. Asumiendo que no haya otro centenar de mundos que se encuentren en un estado más crítico que JanFathal.

—Me ofrezco de voluntario para la labor de reconocimiento —dijo Geith—. Nadie como un Jedi para localizar a cualquier persona. Y nosotros sabemos un poco más acerca de lo sucedió antes de que ella perdiera el contacto, ya que tenemos la grabación de los sonidos ambientales que logró enviar desde su comlink. Ha sido retenida por personas a las cuales podemos identificar en el medio local.

—Los de Inteligencia de la República fueron lo suficientemente delicados como para revelarnos lo que estaban pensando hacer en Athar —dijo Pellaeon de manera agria—. Hallena recibió una tapadera como si fuese una agitadora de la Unión. Si pudiéramos ponernos en contacto con la gente de Inteligencia de JanFathal, entonces podríamos corroborarlo, pero las comunicaciones con Athar se encuentran bloqueadas.

Había empleado el nombre de pila de ella. Eso súbitamente hacía que todo fuera muy personal, pero para Callista ello no representaba ningún problema.

—Pregúnteles si saben quiénes son Merish, Varti, y Shil —dijo Altis—. Esos fueron los nombres que logramos identificar.

Pellaeon asintió en dirección hacia su primer teniente, Rumahn.

—Encárgate de eso, Número Uno. Y no vayas a aceptar ninguna tontería inter-departamental como esas de *necesitamos-saber-el-porqué*.

—Así que ¿ése es nuestro plan? —preguntó Ahsoka.

—No podemos planificar nada más hasta que hagamos un reconocimiento del terreno —dijo Rex.

Estaba señalando la holo-carta que se encontraba delante de él. Cuando se agrandaba las imágenes que estaban suspendidas en el aire, éstas mostraban los planos de las calles y los diseños de los edificios principales.

—Ésa es la razón por la cual debemos familiarizarnos con las delicias del centro de Athar. Una vez que identifiquemos una localización probable, entonces recién podremos aplicar un determinado plan.

—Entonces resulta que tan sólo tienes estas cartas para orientarte —le dijo Callista.

—No, alguien pensó que sería una buena idea el cotejar los mapas principales con los planos de los edificios de tantos de los aliados de la República como fuese posible, tan sólo por si acaso —le respondió Rex—. No son exactamente exhaustivos. Pero tenemos acceso a ellos a través de nuestros HUDs, y cualquier pequeña información que podamos obtener, es mejor que ir allí a ciegas.

—Ésa es la razón por la que nosotros debemos hacerlo —dijo Geith—. Sin ofender, capitán, pero nosotros tenemos nuestras habilidades especiales. Podemos hacer cosas por nosotros mismos, que para poder replicarlas, ustedes tendrían necesidad de un montón de equipamiento.

Rex exudaba una cautelosa suspicacia acerca de la Fuerza. Le dirigió a Geith una mirada como queriendo evaluar sus propuestas.

—De improviso, todos quieren que nos tomemos el día libre.

—Ninguno de ustedes puede ofrecer mejores opciones —contestó Geith—. Pero yo sí. Así que mejor me dicen lo que debe hacerse, y yo…

—Nosotros lo haremos —le interrumpió Callista.

—Eso es muy amable de su parte, pero éste es mi trabajo.

A pesar de su expresión aparentemente relajada, Rex se encontraba profundamente perturbado por el cariz que iba tomando la conversación. Quizás se encontraba ofendido por el hecho de que Geith, en alguna medida, pensara que necesitaría algo de protección.

—He sido entrenado tan sólo para hacer esta clase de cosas. Es evidente que nunca podría ganarme la vida trabajando en una peluquería.

—Hemos entrenado todas nuestras vidas para esto, *ma'am* —dijo uno de ellos. Callista ansiaba saber su nombre, pero los clones no tenían IDs visibles como los oficiales presentes del *Leveler*, ninguno de los cuales era un clon—. Queremos participar en una misión real ahora.

Se escuchaba como si nunca hubiera estado en una situación de combate con anterioridad. Geith se veía afligido. Altis simplemente se limitaba a observar, sin decir ni una palabra, al igual que Pellaeon; dada la urgencia de la situación comprometida de la agente Devis, Callista se preguntaba si los oficiales se daban cuenta de que este debate constituía una irresponsable pérdida de tiempo. Pero sabía que esto era el meollo del asunto. Era la forma en que Altis la había entrenado. No había atajos éticos para ser utilizados, no debía agitarse la mano y hacer promesas de hacer algo desagradable tan sólo por esta vez, ya que las circunstancias eran apremiantes. Porque nunca sería *tan sólo esta vez*. Todo aquello terminaría por convertirse en una costumbre.

—Ustedes no van a sentirse bien si no les dejamos participar en esto, ¿no es verdad? —les preguntó Geith.

—No, señor.

Rex parecía estar catalizando las expresiones de asentimiento por parte de los otros clones.

—Yo, definitivamente, no. Nosotros, definitivamente, no.

Pellaeon golpeó con la palma sobre la mesa.

—Muy bien, hagámonos cargo de esto. ¿Qué hay acerca de su misión original, Maestro Altis?

—Puede continuar sin nosotros —respondió Altis—. Y volveremos a sumarnos a ella cuando hayamos finalizado con nuestra labor aquí.

La reunión se disolvió tan rápidamente, que Callista casi sintió que todo el mundo estaba prefiriendo escapar antes de enfrentar una andanada de argumentos por parte de Geith. Probablemente sólo estaba imaginándoselo; tan sólo se trataba de lo urgente de la situación. Ahsoka salió disparada por las puertas detrás de Rex, haciendo una pausa por una fracción de segundo para volver a mirar a Geith y a Callista, mucho menos como una niña, y —súbitamente—, mucho más como un animal enjaulado buscando una ruta de escape.

—Y es así, como acabas de demostrarme todo lo que vales —dijo Altis.

Le dedicó a Geith aquella maravillosa sonrisa, con las arrugadas líneas de la edad y de la sabiduría revelando toda una vida de descubrimiento. No era la sonrisa de un profesor que había tenido éxito en lograr que una lección calara hondo en la mente de un estudiante, sino, la de un hombre que acababa de aprender una cosa preciosa.

—Gracias, Geith. Te hago hincapié en ello, porque quiero estar seguro de que sepas que he sido testigo del momento en que tuviste que tomar una decisión moral.

Geith no parecía estar muy contento.

—Y no tuve que hacerlo. Tan sólo me dejé llevar por las circunstancias. De la misma forma en que usted lo hizo, Maestro.

Miró a Callista de manera acusatoria.

—Y también tú. Todos lo hicimos. Así de resbaladiza es la pendiente. ¿Por qué Rex y sus hombres son prescindibles, con el objetivo de salvar a alguien que no tiene mayor derecho a vivir que el que ellos mismos tienen?

—Eso es verdad para cualquier soldado, no sólo para estos hombres. ¿Piensas que tu decisión tuvo que ver con ello?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué les permitiste ir? ¿Y qué hubieras hecho en lugar de ello? ¿Rehusarte a ir en la misión, y dejar que esos hombres luchasen solos?

—Tuve que darles mi respaldo porque estaba bastante claro que deseaban ir —dijo Geith—. Si hubiese estado en mis manos hacer que tomasen otra decisión, entonces me habría sentido tan culpable como el Concejo Jedi, por denegarles el llevar a cabo las decisiones que ya habían tomado.

—Exactamente. Todo esto es por la salud mental de esos soldados, no por la tuya. Tomar decisiones no es tan simple como parece, ¿no es verdad?

—Eso me hará sentir mucho mejor si ellos llegan a morir en la batalla.

—Ahora puedes lograr ver la verdadera naturaleza de tomar malas decisiones —dijo Altis—. Incluso si no somos nosotros quienes las tomamos, si son suficientemente malas, nos fuerzan a tomar algunas otras malas decisiones, pero son ellos quienes, al final, son los afectados en realidad. Pero no podemos aislarnos de ellos, rehusándonos a formar parte del mundo que han creado. Eso sería algo irresponsable.

Se volvió hacia Callista.

—Por una vez, te noto demasiado callada.

—Me encuentro avergonzada, Maestro.

Y lo estaba; ella estaba segura de que asumiría una posición basada en sus principios, pero cuando llegó el momento, no logró tomar la posición que debía haber asumido. Era mucho más fácil hacer las cosas correctas cuando podía distinguirse cuáles eran.

—Y no se me ocurre ninguna alternativa.

—Entonces, dedícate a hacer todo el bien que puedas en esta situación en particular, de la misma forma en que pienso hacerlo yo, porque me siento tan comprometido en ella como también lo estás tú.

Altis se retiró. Callista nunca le había llegado a preguntar cuántos años tenía, pero todavía se encontraba en forma, y se alejó con un paso seguro, dejándolos en medio de la semi-oscuridad de la desierta sala. Se preguntó si el Maestro Yoda alguna vez les había llegado a decir a sus acólitos que no tenía idea de cuál era el siguiente paso que debía dar, y que se encontraba sumido en la ignorancia y en la indecisión de la misma manera en que lo estaban ellos.

No se trataba de algo que la mayoría de seres desearían en un líder. Aún así, a pesar de su aparente falta de claridad, Djinn Altis los lideraba de una manera segura.

—Intenta hacer lo mejor que puedas a partir de una mala decisión —dijo Callista—. Intenta no lastimar a nadie. Ése es nuestro dilema. Ya veo por qué el punto de vista de la vertiente principal de los Jedi ha demostrado ser el más popular. Es por su claridad.

—Debes someterte, olvidar esos sentimientos problemáticos, y no realizar preguntas incómodas. Así es, no debes buscar problemas angustiantes en medio de la situación.

—En verdad te encuentras con un estado de ánimo bastante ágil con respecto a todo esto, ¿no es verdad?

—Un día, quizás se nos pregunte la razón por la que permitimos que ocurriera todo esto, o el porqué no hicimos nada para detenerlo. Y, ¿cuál deberá ser nuestra respuesta?

Callista no tenía ninguna, al igual que él. Eso era lo que hacía que Geith se sintiera frustrado. Había asumido la responsabilidad con gran agrado, pero no tenía nada a lo que aferrarse en medio de aquella situación.

—En primer lugar, debemos concentrarnos en rescatar a la agente Devis —concluyó.

Geith se veía como si, nuevamente, estuviese a punto de argüir alguna otra cosa, pero entonces, se limitó a tomarla de la mano, y ambos se dirigieron caminando juntos por el pasadizo, hacia la cubierta en donde estaban los hangares. Alrededor de ella, la nave respiraba y latía, con sus sistemas casi palpables para su particular forma de percibir la Fuerza, en la cual, podía sentirlos como si fueran partes de un organismo vivo. Todo lo que cualquier ser podía aspirar a hacer, era tomar una decisión después de la otra, momento a momento, y esforzarse por llevar a cabo la elección más adecuada.

Desafortunadamente, algunas opciones parecían idénticas miradas desde sus diferentes ángulos.

—Levanten ese ánimo —dijo una voz por detrás de ellos. Uno de los hombres de Rex, el que portaba la insignia de sargento, llegó hasta donde estaban ellos—. Cuando tienes que cumplir una misión como ésta, es el mejor sentimiento del mundo. Nos tomaremos unas cervezas después de que todo haya concluido, ¿de acuerdo, señor? ¿*Ma'am*?

Continuó caminando, silbando, con el casco debajo de uno de sus brazos.

Callista decidió darse por vencida con respecto a aquello de la claridad, y simplemente decidió hacer todo lo que estuviera en sus manos para mantener con vida a todos los implicados… clones, agentes y Jedi.

BLOQUE DE OFICINAS VACÍO, EN ALGÚN LUGAR AL SUR DE LA BARRICADA, EN ATHAR

—¿Qué es lo que está ocurriendo? —preguntó Merish.

Shil se asomó por la ventana. El resplandor iluminaba su rostro, la única luz aparte del amarillento brillo mortecino de una vara de luz en el piso, cerca de los pies de Hallena.

—Ése es el problema de haber derribado el transmisor de comunicaciones —le respondió Shil—. No sabemos qué kriffing está pasando. Tenemos que esperar a que venga un correo a decírnoslo. Todo lo que se ve es… sí, todo el avance ha sido contenido en el puente. Nos han bloqueado.

—En tanto los mantengamos ocupados… —les dijo Merish.

—¿Por qué los seps no han hecho aterrizar sus fuerzas?

—Quizás lo hayan hecho. Quizás nunca lo sabremos.

Hallena, se encontraba esposada, sentada sobre el piso, con la espalda apoyada contra la pared. Para cualquiera que fuera el negocio que se desarrollara en aquella oficina durante un día normal, pues, nadie había hecho una buena limpieza por un buen tiempo. Un hedor a leche agria, bastante parecido al de un vómito, le llegaba de manera bastante notoria.

«Qué divertido. Voy a morir —si tengo suerte— y es un mal olor lo que más me está molestando».

Nunca había sido una buena idea que uno se mofase de sus captores, pero al menos, ahora estaba haciéndose a la idea de que los rebeldes no estaban sintiéndose tan tranquilos y seguros como le habían parecido con anterioridad. Se encontraban frustrados por la falta de comunicaciones. No podían recibir ni enviar mensajes a través de la ciudad, excepto si enviaban a alguien como correo.

«Una hubiera pensado que los seps les entregarían algunos comlinks que funcionarían conectados a la red de sus naves…».

Pero incluso los ejércitos profesionales en verdad hacían cosas más tontas que aquella.

Shil no apartaba la vista de la ventana.

—No eres de gran utilidad para nosotros, Orla, o cualquiera que sea tu nombre, así que la única razón por la que permaneces con vida en este momento, es para que podamos entregarte a la CIS[20].

—¿Oh, en verdad lo crees?

Cuando no podía dormir, Hallena algunas veces se había pasado las sombrías horas pensando en lo que debería hacer en la peor de las situaciones. Lo que le venía a la mente con más frecuencia, inevitablemente, era el terminar con todo, e ingerir la cápsula. De manera contraria a los mitos populares, la toxina de acción rápida no se encontraba alojada en un compartimiento especial de sus dientes. Ella tendría que retirarla de la costura de su equipo de escape, una pequeña colección de herramientas de supervivencia localizado en una pequeño bolsillo secreto en la parte posterior de sus pantalones. Bajo las actuales circunstancias, decidió que el truco del diente, era definitivamente algo mucho más fácil.

[20] CIS: Confederation of Independent Systems. Confederación de Sistemas Independientes. N. del T.

«¿Cómo sabré si he pasado del punto de no-retorno?».

Y ése era el predicamento.

Se forzó a sí misma a dejar de preguntarse su alguien habría recibido su llamada de emergencia para ser rescatada. Esa clase pensamientos no iba a ayudarle. Tendría que confiar en sus propios recursos para lograr salir de allí. Luego podría preocuparse por conseguir una manera de abandonar el planeta… de cualquier modo sería más fácil escapar por tierra en un mundo envuelto en el caos de una guerra.

«¿Lo puedes ver? Todo tu entrenamiento está regresando a ti. Continúa planificando una forma de escapar. Utiliza cada segundo. No le des ninguna oportunidad a la desesperación para que logre paralizarte, ni para que les haga el trabajo a tus enemigos. Toma el control de tu situación. Ellos no pueden introducirse en tu cabeza, a menos que tú se los permitas».

Todavía se encontraba trabajando en el pensamiento de hasta qué tan lejos podría llegar si no llegaba a liberar sus manos, cuando el piso se sacudió por debajo de ella. El ruido que se produjo, era un sonido sordo; lo que fuera que lo hubiera detonado, era algo grande, pero no estaba tan cerca. Artillería. ¿Acaso el Regente tendría almacenada una gran cantidad de armas pesadas? No, él poseía la clase de fuerzas necesarias para mantener alineada a una población civil, pero no de la clase que se necesitaba para luchar una guerra en contra de un enemigo convencional con naves de guerra y cañones láser.

—Sonó como si los seps hubieran arribado —exclamó—. ¿Cómo piensan hacerles saber en dónde se encuentran vuestras posiciones, de tal manera que no los conviertan en picadillo de nerf junto con los de la guardia estatal?

—El trato fue que permanecerían fuera del centro de la ciudad una vez que se hubieran presentado —Merish le alcanzó a Varti algo que se veía como un bocadillo hecho de harina de pan—. Así que eso es lo que vamos a hacer en este momento.

Estos sujetos estaban demasiado organizados como para no haber hecho la pregunta obvia a su contacto con los seps: ¿cómo nos harán saber cuando todo haya terminado? Ése era el problema con las guerras civiles… y con cualquier guerra en general. No se trataba de situaciones limitadas, no eran fáciles de controlar —inclusive teniendo un buen sistema de comunicaciones—, y no finalizaban con el silbatazo final como en un partido de bolo-ball. Hallena estaba empezando a elucubrar que Merish se encontraba a la espera de algún contacto que no se había presentado, y que en aquel momento, estaba poniéndose cada vez más nerviosa.

Y todo aquello era mucho más difícil de hacer en medio de la noche. Hacerse una idea de lo que estaba ocurriendo, simplemente observando a través de una ventana, era algo imposible. Y Merish tan sólo podía observar el mundo desde la perspectiva de la altura de una niña, apreciando el movimiento de las piernas que se desplazaban delante de ella, y sin mayor panorama que el que permitía ver el marco de aquella ventana.

Merish, Shil, y Varti se encontraban tan asustados y desvalidos como lo estaba ella.

Quizás consiguiera alguna forma de explotar dicha situación.

«Desvalidos excepto por el hecho de que ellos tienen a su disposición sus blásters, y que yo no los tengo, y que tan sólo le tomaría a uno de ellos, el hacer un disparo a mi cabeza para acabar con todo».

Sacudió su cabeza para dejar de volver a derivar, pensando insistentemente en que alguien pudiera estar viniendo por ella. Esa clase de cosas sólo sucedía en los holo-videos. No existía un equipo de fuerzas especiales para el rescate de rehenes viniendo por ella. Las escuadras de comandos eran pocas, y estaban bastante dispersas, y ya tenían un trabajo enorme para poder cubrir la galaxia, como para que fueran sustraídas para realizar trabajos como aquel: de hacer de niñeras de agentes que habían sido lo suficientemente tontos como para dejarse capturar.

«Nuevamente, estás hablando contigo misma…».

«Voy a salir de aquí. Voy a encontrar algún lugar en donde poder refugiarme. Ellos van a estar demasiado ocupados luchando entre ellos, o aguijoneando a sus vecinos en busca de una pizca de reconocimiento, como para que se preocupen demasiado por mí».

—¿Qué stang es eso? —preguntó Shil.

Whoomp.

Otra explosión, esta vez más cerca, y luego otra. A juzgar por la forma en que Shil estaba intentando asomarse por la ventana, podía colegirse que él tampoco se encontraba seguro de la dirección de la cual provenía. Pero el descomunal sonido estaba haciéndose cada vez más frecuente, y cada vez más cercano.

—¡Sssh, sssh! —Merish rebuscaba frenéticamente en su bolsillo. Como si el hecho de acallar un bombardeo pudiera hacer que el ruido cesase; la gente hacía las cosas más alocadas bajo condiciones de estrés—. Mi comlink…

El dispositivo se encontraba chirriando. Incluso Hallena logró escucharlo. Merish oprimió la tecla, y escuchó con el comlink bien pegado contra su oreja, y con su mano presionada contra la otra. Incluso en aquella penumbra, Hallena pudo notar que la expresión de su rostro empezaba a relajarse, como si acabase de recibir las noticias que hubiera estado esperando.

—Los primeros droides de los separatistas han aterrizado —les informó, con el comlink todavía presionado fuertemente contra su oreja—. Su comandante ha instalado una estación de transmisión portátil, así que nuevamente disponemos de comunicaciones. El comandante dice que nos mantengamos quietos mientras aseguran la sede del gobierno.

Hallena no podía empezar a calcular cuánto tiempo les tomaría hacerlo, pero estaba segura que no sería cuestión de minutos. Tenía que enfocarse en lo suyo. Pero los disparos de los cañones estaban ahora tan cercanos, que empezaba a percibir el polvo que se desprendía del techo en cada una de las explosiones, salpicando su rostro.

—Espero que sepan que nos encontramos aquí —declaró Hallena nuevamente—. Si yo fuera ustedes, no pondría toda mi fe en la precisión de los droides.

—Ya nos hemos ocupado de eso.

Merish se apartó de ella, moviendo los labios, y caminó en dirección hacia el corredor de tinte negruzco que salía de la oficina. En aquel momento, Hallena ya no podía escuchar lo que la mujer estaba diciendo, pero parecía estar dictando varios códigos, y hablando como si estuviera verificando las localizaciones de su gente.

Cada cierto tiempo, maldecía en voz alta, lo suficiente como para que Hallena y los otros pudieran escucharla, como si algo no hubiese ido de acuerdo a lo planificado, o como si alguien hubiera sido muerto, pero su lenguaje corporal sugería que en aquel momento, estaba sintiéndose cada vez más confiada.

Varti parecía estar relajado, aun cuando ellos probablemente se encontraban en mayor riesgo de sufrir el impacto directo de un cañonazo que antes, cuando estaban enfrentándose a la milicia estatal, en la línea del frente del levantamiento.

—Es difícil de creer, pero finalmente lo hemos conseguido —declaró, más para sí mismo que para nadie más.

Merish volvió a regresar al ambiente.

—Esto todavía no se ha terminado. Jarlio dice que está produciéndose una fuerte confrontación alrededor de las barracas de los guardias. ¿Quién habría pensado que tendrían las agallas para eso?

Era mucho más difícil tomar un planeta que simplemente sitiar su capital, pero Hallena pensó que no era el momento adecuado para darles su opinión acerca de la mejor manera de desestabilizar a un enemigo.

—¿Está muerto el Regente? —inquirió.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Acaso ésa era tu misión, poner a salvo a la escoria antes de que pudiéramos lincharlo?

—¿Podrían creer —les dijo Hallena—, que no habíamos comprendido que las cosas habían llegado hasta este extremo?

Shil dio un paso atrás desde la ventana.

—No. Pero entonces es que tú no tienes ni idea acerca de cuánto odio ha despertado la República a través de toda la galaxia, en razón del apoyo que brinda a este tipo de regímenes, por lo que no debería causarte sorpresa. Vivir en Coruscant hace que piensen que llevan una existencia idílica, ¿no es verdad?

«Sí».

—¿Acaso piensas que no lo sé?

«¿Acaso no crees que mis dudas se despiertan cuando termino en lugares como éste, y veo cómo es que vive su gente?».

Si llegaba a sobrevivir a ésta, se prometió a sí misma que se saldría del negocio. Quince años eran demasiado para cualquiera. Se trataba de algo más que simplemente entregar su renuncia, ya que los agentes nunca se retiraban por completo, hasta que morían por causas naturales, o finalizaban su carrera de otra manera. Incluso a edades mayores, podían ser llamados para realizar algún trabajo ocasional, o para analizar datos de inteligencia. Los agentes podían saber muchas cosas. Pero ella deseaba renunciar, realmente abandonar el trabajo, y largarse a donde nadie pudiera encontrarla.

Sin embargo, primero, debía conseguir escapar de Athar.

NAVE DE ASALTO DE LA REPÚBLICA *LEVELER*, EN EL ESPACIO DE JANFATHAL

El sistema de dirección de la nave, estaba atronando.

—Salvaguarda, salvaguarda, salvaguarda, la nave ahora se encuentra en situación de vigilancia preventiva.

Bueno, al menos aquello se encontraba funcionando. El técnico sullustano se arrastró para salir de debajo de la consola de la pantalla de sensores, y volvió a colocar los pernos para asegurar las placas de cobertura.

—¿Está hecho? —le preguntó Pellaeon.

—Está hecho —le respondió el técnico. Se arrodilló y abarcó con sus manos toda la cubierta—. Y calibrado también. En primer lugar, debe digitar el reinicio de la pantalla.

El teniente Meriones se apresuró a obedecer. Pellaeon tenía que admitir que el pequeño roedor estaba haciendo su mejor esfuerzo, pero tampoco era tan meritorio el tener que hacerlo cuando te encuentras embarcado en una nave que se encuentra menos que preparada para el combate, y dentro del alcance de los disparos del enemigo.

—Diez naves enemigas orbitando JanFathal —informó Meriones, con los dedos bailoteando sobre los controles—. Todos se encuentran sobre el hemisferio norte, congregándose sobre Athar… ocho de ellos parecen ser transportes de tropas.

—Bueno, Rex, ¿qué es lo que piensas? —le preguntó Pellaeon.

El capitán de los clones pasó su palma por encima de su cuero cabelludo.

—La vía más rápida, es seguir la trayectoria de sus naves de desembarque. Nuestros pequeños transportes no pueden ser divisados en modo visual. De cualquier modo, esas cajas no disponen de pantallas de visualización. Si nos decidimos por enviarles cualquier código de transpondedor, ellos seguramente van a poder leerlo, y descubrir que es falso, y allí acabará todo. —Hizo un gesto de barrido con la mano—. De cualquier modo, probablemente también sea así. Debemos colocarnos justo detrás de ellos, aterrizar, hacer el trabajo, y salir corriendo.

—Esperemos que nuestros amigos Jedi hayan podido ubicar su localización.

Le resultaba difícil pronunciar el nombre de Hallena. Pellaeon se sentía culpable de no estar seguro de la razón por la cual todo esto le resultaba tan doloroso; debería haber sido algo simple, un temor honesto por la mujer a la que amaba, pero ahora se encontraba preocupado por la vergüenza que lo había empañado todo, al tener que admitir que tenía un conflicto de intereses, y de que se encontraba allí comprometiendo una nave de guerra y las vidas de otros seres para poder rescatarla. Había tenido la certeza de haberse estado comportando de una manera más transparente, algo mejor que aquellos pequeños y

monótonos oficiales de escritorio que se sentían con derecho a juzgar su carrera, y que no consideraban que una relación saludable, pudiera ser considerada como parte de todo aquello. A Pellaeon le disgustaba el no poder reconocer su propia forma de pensar. Se trataba de un raro dilema.

«Creo que empiezo a entender el porqué los Jedi le temen tanto al compromiso».

—¿Se encuentra bien tu joven padawan? —preguntó Pellaeon—. Parecía estar muy perturbada por la gente de Altis. A mí tampoco me agrada mucho ese hombre.

—Dice que son herejes. Hay algo con respecto a sus creencias que es diferente de las de la Orden Jedi —dijo Rex cuidadosamente—. Sin embargo, Skywalker tiene un comportamiento mucho más militarizado que los otros. Y a él yo sí puedo entenderlo por completo.

—Me informé un poco acerca de los Jedi, antes de que fueran desplegados junto con las fuerzas del ejército. Se trata de la forma en que son educados.

—Encuentro que algo que nos puede ayudar, es pensar en ellos como si fueran unos sensores muy complejos, cuya tecnología está muy por encima de una sencilla autorización de acceso, la cual le permitiría a usted simplemente presionar el botón y lograr que funcionen.

—¿Y en serio estás pensando en llevar contigo a esa niña para la misión?

—Es mucho más competente de lo que parece —Rex verificó su chrono—. Será mejor que nos pongamos en camino. Veamos en qué condiciones está la lanzadera.

Le hizo una señal al sullustano.

—Ven aquí y haz ese truco del transpondedor, compañero.

Sobre la cubierta de los hangares, la tripulación de tierra se encontraba bastante atareada llenando de combustible uno de las naves de reaprovisionamiento. Se trataba de unas naves de apariencia anónima, no muy diferentes de los millones de transportes ligeros civiles que podían ser encontrados en cualquier lugar de la galaxia, excepto porque la del *Leveler*, disponía de un discreto código señalizador de la República impreso sobre el fuselaje, además de algunos cañones de defensa. Lo que le faltaba de armamento, era compensado por su sencillez; éste podría atraer mucha menos atención que una cañonera LAAT/i[21].

—¿Estás seguro de que no requieren de indumentaria civil? —Pellaeon intentaba imaginarse un escuadrón de clones pretendiendo no ser identificados en aquella lustrosa armadura de color blanco. Sería completamente de día para el momento en que empezaran a moverse por los alrededores de la ciudad—. Ustedes son bastante notorios.

—Prefiero no cambiar las ventajas de la armadura por las del sigilo —replicó Rex—. Y no vamos a andar dando vueltas por allí demasiado tiempo.

Los Jedi se encontraban sentados sobre unas cajas vueltas de revés cerca de la rampa del transporte aérea, la cual era recorrida de arriba a abajo por los soldados de la compañía Torrent en sus desplazamientos entre ambas cubiertas. Todos ellos tenían la

[21] Cañonera del tipo LAAT/i (Low Altitude Assault Transport/infantry). N. del T.

cabeza apoyada sobre sus manos, inclusive Ahsoka, y se veían como si hubieran estuvieran envueltos en un acto comunal de desesperación.

—Espero que estén desplegando sus juegos de radar, o alguna cosa por el estilo —comentó Pellaeon—. O quizás simplemente se trate de que su equipo de smashball no ganó su partido.

Rex le propinó una palmadita en la espalda, como para reconfortarlo.

—Vamos a encontrarla. No se preocupe.

—¿En verdad soy tan transparente?

—Hay que tener algo de sentido del humor. Bien puede ser empleado de muy diversas maneras.

—Es verdad.

Callista levantó la mirada, a medida que iban aproximándose. Ella no parecía pertenecer al tipo místico en absoluto; ni siquiera vestía la usual indumentaria de los Jedi, tan sólo un traje de vuelo normal bastante ceñido, al igual que el muchacho que se encontraba junto con ella. El Maestro Altis parecía más como si fuera un académico, vistiendo unas desaliñadas ropas que le quedaban bastante sueltas, y lo que todos parecían tener en común con Ahsoka, era el sable de luz que permanecía suspendido de sus cinturones. En una circunstancia menos apremiante, Pellaeon se hubiera sentido fascinado por poder examinar el abismo que existía entre ambas sectas, pero ello sería visto como una distracción en aquel momento. Tan sólo mantenía la esperanza de que pudieran trabajar en armonía.

También mantenía la esperanza de no se le hubiera pasado la mano al arriesgar a una nave poco menos que operacional en una zona de guerra.

«¿Habría hecho todo esto si no se hubiese tratado de ella?».

«Sí. Yo ya estaba comprometido antes de saber que se trataba de Hallena. Eso me queda claro».

—Capitán, ¿tiene en su poder alguna posesión personal de la agente Devis, algo que ella hubiera tenido entre sus manos? —le preguntó Callista—. Eso podría sernos de gran utilidad.

Pellaeon pensó que esa era la clase de cosas que los rastreadores de la policía se encargarían de solicitarle. Pero en la breve temporada en que había estado trabajando con los Jedi, había aprendido que valía la pena intentar cualquier cosa. Cada uno de ellos parecía tener un manual técnico diferente del de los otros.

«Nuevamente tienes razón, Rex».

Rebuscó en sus bolsillos. Hallena le había prestado una estilográfica, y él nunca se la había devuelto, tonto sentimental como lo era.

—Me agradaría que me la devolviesen, de ser posible.

Altis sostuvo la estilográfica en una de sus manos, y cerró sus dedos alrededor de ella.

—No se trata de una prueba invasiva —le dijo, cerrando los ojos—. Piensa en esto como si se tratase de una calibración.

Pellaeon nunca había estado seguro de hacia dónde debería mirar cuando los Jedi hacían esa clase de cosas. A él siempre le había parecido que se trataba de un truco de conjuros, y se encontró estando de nuevo en Corellia, siendo mucho más joven, mientras observaba un espectáculo de carnavales, y haciéndose la promesa de que haría exactamente lo mismo que había hecho el muchacho vestido con el traje rojo de lentejuelas con el truco de los aros. No había nada como esa cosa llamada magia.

Quizás simplemente había escogido la palabra inadecuada para ello.

Altis abrió sus ojos nuevamente. Y entonces le entregó la estilográfica a Callista, quien la sostuvo por un instante antes de que sus ojos se cerraran, y a su vez se la entregara a Geith. Cuando Geith hubo finalizado su meditación referida al objeto, se lo ofreció a Ahsoka.

Ahsoka lo aferró y cerró sus ojos, pero claramente se notaba que se encontraba incómoda. Pellaeon se quedó maravillado por el poder que tenían los tabúes sobre seres que, de otra forma, podían considerarse completamente cuerdos. ¿Qué era lo que había hecho la secta de Altis que era considerado tan inaceptable?

«Tan sólo encuentren a Hallena. No dejen que muera sola allí abajo».

Ahsoka, finalmente, le regresó la estilográfica a Altis.

—Ha sido de gran ayuda, capitán —le dijo Altis—. Se lo agradecemos. Usted desea preguntar algo, ¿no es verdad?

Pellaeon se encogió de hombros y guardó la estilográfica en su bolsillo nuevamente.

«Y aquí estoy yo, pensando que tengo la cara de algunos jugadores de sabacc enfocadas sobre mí».

—Soy un hombre lógico.

—De la misma manera que sus sensores andan escaneando en busca de perfiles térmicos, o sus frecuencias de direccionamiento buscan identificar las naves, yo trato de encontrar algo similar en la Fuerza viva.

«Eso no era lo que yo quería preguntar».

—¿Incluso tratándose de una persona que no comparte las habilidades de los Jedi?

—Es un poco más difícil de detectar, pero a menudo puedo encontrarla. Ahora tenemos, como ustedes suelen decir, un blanco fijo.

—¿Pero ella se encuentra viva? Y si lo está, ¿me pueden decir en qué condiciones se encuentra?

—Aún se encuentra viva —dijo Altis—. Y percibo que está fuerte.

El técnico de sensores sullustano escaló la carlinga de la lanzadera.

—Está hecho —dijo, y se quedó observando el conciliábulo de los Jedi. Era difícil poder leer las expresiones en el rostro de los sullustanos, pero en aquella ocasión, el significado quedaba muy claro—. No estarán pensando en despedirme, ¿no es cierto?

Benb. Su distintivo de seguridad decía Benb. Pellaeon intentó expresarse en un tono conciliador. Necesitaba de aquellos trabajadores, y ellos ciertamente no habían firmado para participar en obligaciones de batalla.

—Veré que se te asigne un bono —le dijo.

«Incluso si tengo que pagarlo de mi bolsillo».

—Considero tu dedicación como un favor personal.

Aquello siempre funcionaba. Además, tenía todas las intenciones de hacerlo. Benb se encogió de hombros.

—Será mejor que empiece a encargarme de los misiles de concusión, y luego…

El sargento de Rex, y los seis nuevos soldados se abalanzaron hacia adentro de la lanzadera, seguidos por los Jedi. Altis era mucho más ágil que lo que sugería su cabello blanquecino. Logró dar un salto hacia la bahía de tripulantes.

«Espero seguir estando así de activo cuando llegue a su edad. De cualquier modo, no creo que la jubilación me vaya a sentar demasiado bien».

—Vamos, Ahsoka —Callista hizo pasar a la togruta por delante de ella—. Tú y yo vamos necesitamos tener una charla entre chicas.

Rex se inclinó hacia afuera de la escotilla nuevamente.

—Estén atentos a la llegada del General Skywalker, ¿lo harán? Él se encuentra siguiendo el rastro de mi comlink privado.

La escotilla se cerró. Pellaeon enlazó su comlink con el puente.

—Número Uno, llévenos al alcance de la distancia óptima para el lanzamiento de la lanzadera hacia JanFathal. Mantengan los protocolos de sigilo tanto como puedan.

Una nave silente con poca energía, todavía podía ser detectada, más temprano o más tarde. Pero los seps no estaban esperando ninguna compañía, y algo que había aprendido acerca de ellos en los últimos meses, era que ellos permitían que su confianza fuera algo excesiva.

La oportunidad que tenían, era que ellos no llegarían a ver al *Leveler* a sus espaldas, hasta que fuera demasiado tarde.

CAPÍTULO VI



Sáquenle el mayor provecho a la oportunidad. Los cambios en la encriptación de sus mensajes, son realizados por la República de manera irregular, de tal manera que no hay forma de saber cuándo serán ininteligibles nuevamente las transmisiones para nosotros. Deseo saber todo lo que tenga que saberse acerca de las nuevas capacidades de esa nave… y si pueden apoderarse de la misma, pues mucho mejor. La pacificación de JanFathal bien puede esperar un poco.

—Comandante de la Federación de Comercio, al capitán de la CIS que empezaba a apartarse de Fath, después de romper los códigos actualizados de la Flota de la República

LANZADERA DE REABASTECIMIENTO, EN CURSO HACIA ATHAR

Rex se aferró a las barandas de contención de la carga, en la bahía de la lanzadera, y se dijo a sí mismo que al menos en esta oportunidad, no estaban intentando apoderarse de una colina baja fuertemente defendida desde la planicie.

Esta misión era tan sólo la mitad de suicida que la otra.

—¿Está seguro de que ella sigue con vida? —preguntó.

Altis mantenía sus ojos cerrados como si estuviera dormitando, al igual que Callista y Geith. Ahsoka parecía estar manteniendo una mirada cautelosa sobre ellos, como si estuviera buscando hallar alguna cosa. Rex, quien nunca le había dedicado mucho de su tiempo al hecho de que pudiera haber diferencias de creencias entre los diferentes rangos de los propios Jedi, se encontraba fascinado y a la espera de una explicación, pero definitivamente, aquello no parecía ser una muy buena idea.

Coric se mantenía mirando sobre el hombro, desde el asiento del piloto, al abigarrado escuadrón, a medida que todos aguardaban a que una nave de los seps que se encontraba a algunos pocos klicks[22] de distancia, empezara a desplegar sus embarcaciones de transporte de tropas.

—Sí, está viva, y todavía se encuentra en Athar —dijo finalmente Altis, sin molestarse en abrir los ojos.

Coric se conectó al circuito interno de comunicaciones de los cascos del escuadrón de clones.

[22] Klick: kilómetro. N. del T.

—¿Capitán, no sería bueno que reconviniera a Ahsoka antes de que aterricemos? Debería recordarle que debe mantener su vigilancia sobre los separatistas, no sobre Altis. Vamos a necesitar que todos los Jedi nos brinden su apoyo.

Rex se preguntó si Skywalker la hubiese llevado hacia un costado para sostener una pequeña charla para levantarle el ánimo, ya que él no tenía la más mínima idea de lo que debería decirle… él no era muy experto acerca de los argumentos con respecto al compromiso, pero conocía lo suficiente como para saber que se trataba de un campo minado que sería preferible evitar. Los soldados ARC parecían no tener problemas con hacerles saber a los Jedi todo lo que pensaban; Rex prefería hacer las cosas de manera más diplomática. Por otra parte, él no podía limitarse simplemente a respaldar cualquier tipo de orden, al menos no cuando se encontraban en situaciones de vida o muerte.

—Ahsoka —dijo. Pensó que no sería adecuado llamarla *pequeñita* delante de los demás—. ¿Te encuentras bien?

Ella pareció interiorizar la insinuación, y lo miró directamente.

—Estoy bien, Rex.

—Tan sólo lo estaba verificando —hizo un gesto de asentimiento hacia Altis—. Si es que se me permite usurpar su estatus en este lugar, señor.

—No capitán, la conducción de este espectáculo es toda suya —Altis también asintió como respuesta, y luego extendió su mano de manera educada, con un gesto de *después-de-usted*—. Debe recordarle que no soy un soldado. Tan sólo voy a limitarme a ayudarlos cuando ustedes se encuentren ocupados.

—Lamentamos mucho si es que por nuestra culpa, usted se encuentra en una posición comprometida, capitán —dijo Callista de manera delicada. Ella consideraba a Rex como un ser sensible, de una calidad subestimada. Mientras hablaba, jugueteaba con su comlink—. La política de los Jedi. Nosotros no somos como los otros Jedi, como ya deben haberlo notado. Algunas de las costumbres que practicamos, son las que la mayoría de los Jedi han advertido que deben ser evitadas, ya que conducen al camino del Lado Oscuro. Nosotros solemos mantenernos aislados, porque podemos ser algo perturbadores cuando nos mostramos delante de otros.

«Ah, todo esto no va terminar de buena manera…».

—Disonancia cognitiva —dijo Altis, con los ojos cerrados una vez más.

—¿Se trata de algo contagioso? —preguntó Ince—. Porque todavía no me he vacunado.

—Y nosotros permitimos que un Maestro pueda tener tantos padawans como él o ella, consideren apropiado —continuó Callista, reprimiendo visiblemente una mueca—. No sólo uno.

—Suena como algo bastante oneroso —dijo Rex, sin revelar ninguna expresión sobre su rostro. Un chiste, usualmente, podía apaciguar cualquier situación—. Pero debe poder ser deducido de los impuestos.

Altis dejó escapar una risita.

—Estoy aprendiendo muchas cosas de ti, jovencito.

Ahsoka se incorporó, con los labios apretados en una delgada línea, y se volvió hacia Rex. De inmediato, él se sintió culpable.

—Intenta imaginar lo que sentirías si entrases en batalla, y encontrases que nadie está siguiendo los protocolos operativos, o las maniobras adecuadas que te han sido enseñadas desde la infancia —dijo ella—. Al menos te preguntarías *«¿qué es lo que está pasando?»*, ¿no es verdad?

Todo se estaba poniendo demasiado extraño para Rex. Era tiempo de detenerlo por completo. Sabía cuál era el problema, pero no había nada que pudiera hacer para resolverlo; todo lo que podía hacer, era dejarlo en suspenso por el tiempo que durase la misión.

—De acuerdo —dijo—. Sé que todos ustedes pueden poner sus diferencias ideológicas de lado, hasta que el trabajo haya sido hecho, ¿no es verdad? Coric, ¿cómo estamos?

—Estoy detectando un movimiento en los sensores pasivos, señor. Manténganse a la espera.

Se produjo un click comunitario a medida que todos los clones cambiaban la señal a su circuito privado al mismo tiempo.

—Señor, ¿todos los Jedi se comportan de la misma manera todo el tiempo? —le preguntó Boro.

Ross suspiró.

—Durante el entrenamiento, se nos dijo que todos los Jedi tenían las ideas bien claras.

—No hay esos problemas con Skywalker —le dijo Rex.

Pobres muchachos: llegados directamente desde Kamino, no habían tenido contacto todavía con ningún comandante, excepto con él y con el Escuadrón Torpe aquí. Si alguien iba a ser golpeado por la metralla de las expectativas cuando éstas chocasen contra la realidad, ésos iban a ser ellos.

—Y creo que todos esos otros sujetos también están bien. Y Ahsoka es todavía una niña, pero no hay que preocuparse por ella. Ella ya se ha enfrentado con este tipo de cosas con anterioridad.

Vere verificó la carga de su DC-15.

—Listo cuando usted lo esté, señor.

Coric se aclaró la garganta significativamente. Rex tomó los comentarios que acababa de escuchar menos como una crítica, que como la saludable queja de unos hombres a punto de entrar en combate, uno de aquellos rituales propios de la camaradería. Era, cuando no escuchaba reclamaciones, que empezaba a sentirse preocupado.

Por supuesto, nadie fuera de sus filas en absoluto, sabía que se producían ese tipo de reclamaciones. Los kaminoanos no perdonaban las aberraciones. Un clon sabía que debía mantener la boca bien cerrada fuera de su círculo inmediato.

—De acuerdo, gente, aquí vamos —dijo Coric.

La lanzadera empezó a acelerar. Sin ventanales, Rex no podía saber en dónde se encontraban, y no se estaba produciendo ninguna sensación real de velocidad o de

cambio de dirección. Todo lo que tenía, era el ícono del punto-de-vista de Coric, proyectado sobre su propio HUD, y aquello le brindaba una perspectiva muy restringida del espacio de batalla que estaba frente a él.

La bahía de tripulantes quedó sumida en el silencio. Todo lo que podía escuchar, era el nervioso chirriar de los dientes, y los suspiros contenidos en su circuito de comunicación. Los íconos de los POV[23] en su propio HUD, le mostraban que sus soldados se encontraban mirando hacia abajo, hacia sus respectivos rifles, o directamente al frente, al mamparo que estaba en la parte opuesta.

Por supuesto, podría ser que tuvieran los ojos cerrados. No había forma de saberlo. Las cámaras en miniatura de los cascos, solamente registraban lo que estaba potencialmente en el campo de visión del soldado, en realidad, no lo que estaba siendo captado por su retina.

—Estoy justo por detrás del tubo de escape de aquel sujeto —dijo Coric—. Si llega a detectar algún blip en sus sensores, pensará que se trata de alguna falla en el sistema.

Rex asimiló la información, y volvió a redimensionar los datos a partir del HUD de Coric con un par de rápidos parpadeos. Él siempre hallaba desconcertante aquella situación; era como estar sentado en el asiento del piloto, sin tener posibilidad de aferrarse a los controles. Coric no estaba bromeando. Se encontraba justo por fuera del rango de seguridad de las ventilas de escape de la lancha de desembarque de los separatistas. Hacia los bordes de la imagen, Rex tan sólo podía distinguir algunos puntos de dispersión de la luz a medida que la estrella que presidía el sistema de Fath, reflejaba sus rayos sobre las otras naves que componían el escuadrón, mientras éstas se desplazaban hacia el borde iluminado de JanFathal, una línea siempre en movimiento entre el día y la noche. No era fácil distinguir pequeños objetos en el espacio si no se disponía de un buen contraste como marco de fondo. Y todo aquello estaba funcionando, porque se estaba aprovechando ambas situaciones.

«Ahora me ven… ahora no me ven».

—Permanezcan atentos ante un rápido quiebre para salir de la formación, apenas necesite desprenderme para encaminarnos hacia Athar —dijo Coric.

Nuevamente, Rex minimizó el ícono del HUD de Coric.

—Probablemente, ellos también vayan en nuestra dirección.

—Sí, señor, pero yo estoy pensando en separarme más antes, y volar en una trayectoria baja sobre el plano costero. A través de los suburbios.

—¿Cuán bajo? —preguntó Geith.

—Lo suficientemente bajo como para recoger una o dos holo-revistas en el camino…

—Buen muchacho.

—En cualquier instante, a partir de este momento… vamos a entrar en la atmósfera… ¡owww!

Coric se desprendió antes de que los separatistas ni siquiera hubieran notado que había estado allí, y el descenso fue tan abrupto como Rex había estado esperando. Las

[23] POV: Point of View. Punto de Visión. N. del T.

mallas de sujeción, a duras penas pudieron contenerlo; no las había asegurado tan fuertemente como debería haberlo hecho. El ícono del HUD de Coric, por un momento, proyectó una llama brillante de color rojo intenso al momento de producirse la re-entrada en el planeta, antes de que el filtro protector corrigiera la intensidad del color para proteger sus ojos. A la lanzadera le tomó lo que parecía un largo tiempo para lograr estabilizarse, y toda su estructura comenzó a temblar hasta que consiguió compensarse. Habían transcurrido tan sólo algunos minutos.

—Nos encontramos sobre el mar —dijo Coric—. Maestro Altis, a partir de este momento, usted es el navegante.

—¿Deseas que me siente allí, al frente —le preguntó Altis—, o deseas que dirija un poco la nave desde aquí?

—No me haga asustar, señor. Yo soy tan sólo un crío.

Altis subió hasta colocarse por detrás del asiento de Coric.

—Ahora, enfoquémonos todos sobre la agente Devis —dijo, como si los Jedi estuvieran haciendo alguna clase de mística potenciación de búsqueda de señales—. Cielos, éste es un mundo muy poco feliz.

Rex había estado más preocupado de que pudiera tratarse de un mundo poco feliz con más defensas antiaéreas de lo que le habían dicho los de Inteligencia de la República, pero nada parecía estar apareciendo en los sistemas de alarma. A medida que cambiaba de posición para echar una mirada a través del ventanal de la carlinga, pudo divisar una línea costera de muelles poco agradables, y edificios en decadencia que parecían estar aproximándose hacia la posición en donde se encontraban. El sol, que estaba inclinándose en medio de algunas nubes de tormenta, hacía poco para mejorar esa impresión general, pero había algo dorado que brillaba de manera marcada, y que hacía que la luz del sol que incidía sobre su superficie, devolviera la reflectividad en dirección hacia ellos.

—El Palacio del Regente —dijo Coric—. O uno de los tantos, qué más da. Apuesto que debe ser un gobernante muy amado por su gente…

Coric cambiaba de rumbo frecuentemente para evitar que la mira de cualquier arma pudiera tenerlo fijado. Pero Athar no parecía contar con las defensas apropiadas para repeler un ataque aéreo. La lanzadera recorrió una trayectoria baja por encima de las fábricas y sobre las cuadradas piscinas de líquido que transportaban el agua desde las plantas de tratamiento, hacia las pisci-granjas.

—Creo que va a llover una vez más —dijo Coric de manera casual—. Observen el agua almacenada en todas partes. Debe haber estado lloviendo toda la noche.

Rex se encontraba en el ángulo inadecuado para poder observar a la gente o a los vehículos en las calles, pero podía apreciar cortinas de humo negro a la distancia, y ocasionales bocanadas de humo y llamas recientes, iluminando el cielo por encima de la ciudad, como si alguien en tierra, pudiera disponer de algunas defensas anti-aéreas.

Altis mantenía su mano sobre el hombro de Coric, mientras murmuraba algunas directrices a su oído, y la lanzadera empezó a perder tanta altitud, que Rex empezaba a

estar convencido de que Coric terminaría por estrellarse de narices contra algún transporte terrestre.

—Estamos cerca —dijo Altis—. Muy cerca.

—¿Quiere que nos arriesguemos sobrevolando el blanco, señor? —le preguntó Coric, inclinando su cabeza en dirección de Rex—. Podríamos evaluar la disposición general del terreno, pero también ellos podrían divisarnos.

—No, encontremos un punto de observación elevado, y de algún modo, pongamos fuera de vista esta cafetera.

No era muy probable que pudieran encontrar algunos convenientes hangares vacíos por las vecindades, pero una lanzadera como aquella, probablemente podría pasar desapercibida anidándola en la pista delantera de una cinta de parqueo aéreo, o en algo por el estilo. Se trataría tan sólo de otra nave de transporte vista desde el exterior.

—Luego podríamos enviar un dron para reconocer el edificio.

—De acuerdo —Coric disminuyó la velocidad—. La holo-carta dice que hay una fábrica de camiones repulsores en desuso al otro lado de ese canal. Veamos si hay algún espacio para el parqueo.

El lugar se encontraba tan destrozado, que la erupción de un cráter no lo habría hecho lucir peor. Los enormes baches que había en el área de andamiaje, se encontraban cubiertos de agua. Coric hizo aterrizar la lanzadera al lado de una pared de ladrillos que estaba desmoronándose, y Boro y Joc saltaron hacia afuera para asumir posiciones defensivas en la periferia, mientras los otros corrían para ponerse a cubierto bajo un cobertizo.

«Se trata de su primera operación verdadera. Es la primera vez que hacen esto en una situación real».

Sería mejor que Rex no lo olvidase.

Como en cualquier otra ciudad en la que hubiese sido infiltrado, la ausencia de gente era una situación enervante. Debía tratarse de que la población se encontraba oculta, o que había sido desplazada a lugares más seguros. Era algo difícil de decir. Tan sólo se percibía una sensación de suspenso. La vida no estaba discurriendo de la forma normal.

—¿Ahsoka? —la llamó calladamente—. ¿Está todo bien por allí?

Ella señaló hacia el edificio, sacudió la cabeza, y le hizo una señal de pulgares-arriba. Una vez dentro, Ross extrajo un dron. El techo tenía grietas; todos ellos se encontraban de cuclillas sobre los charcos.

—¿A dónde vamos a dirigirlo, señor?

—¿Podremos ver lo que esté registrando? —le preguntó Altis.

—Sí. Las imágenes son enviadas a nuestros HUDs.

El Maestro Jedi le extendió una mano.

—Entonces, ¿podrías prestarme tu casco por un momento? Puedo dirigir el dispositivo empleando la Fuerza.

—De acuerdo. La hebilla está un poco desgastada, pero…

—Prográmalo para que la imagen se proyecte en toda la pantalla, y deja que el Maestro Altis le dé una mirada —dijo Rex—. Él no va a necesitar hacer ningún cambio en la configuración.

—Gracias, joven hombre.

Altis colocó cautelosamente el casco sobre su cabeza, como si acabase de recibir un hermoso homenaje, y estuviese sorprendido por el honor.

—Oh, mi…

Geith se rio entre dientes. Rex saboreó el incongruente espectáculo de observar a un desaliñado Maestro Jedi con la cabeza de un soldado clon. Ross deslizó el dron hacia afuera, sobre el destrozado permacreto, para que pudiera despegar y dirigirse a donde quiera que Altis lo enviase. Al hacerlo, levantó una pequeña ola sobre la superficie del agua por algunos momentos.

—Ahhh…, —dijo Altis, con la voz distorsionada por la gruesa capa de plastoide y dispositivos electrónicos—. ¡Ahhh!

A UNA CUADRA DE LA LOCALIZACIÓN DE HALLENA DEVIS, AL SUR DE ATHAR

Callista colgó el comlink de su collar y escuchó las confusas voces que se entrecruzaban, intentando distinguir los mensajes que necesitaba escuchar.

Con el objetivo de superar la encriptación implantada por los separatistas, ella había dejado abiertos todos sus canales de comunicación, y *todo* era casi tan malo como *nada en absoluto*; intentó pensar en la forma para filtrarlos, tratando distinguirlos puramente a través del oído. Definitivamente, estaban propalándose algunas transmisiones entre el edificio que Altis les había señalado como la prisión temporal de la agente Devis, y una estación retransmisora de los separatistas.

Ahsoka se agachó al lado de ella, al refugio de un portal, con el sable de luz en la mano. Había pocas personas en los edificios de los alrededores, pero ella podía percibir su miedo, y que no estaban dispuestos a tomar el riesgo de aventurarse hacia afuera mientras todavía estuviesen escuchando el sonido de las luchas, proveniente del centro de la ciudad. Hacia la parte norte, el humo permanecía suspendido sobre el aire, los latidos acompasados de los disparos de artillería, aporreaban el piso sobre el que se encontraban. El dron estaba dando vueltas por toda el área, por encima de los edificios. Rex se lanzó a través de la calle, con el fin de quedar protegido junto a ellos, y luego apuntó con su rifle.

—Los seps han logrado cruzar el río —les informó—. Acaban de arrollar a la guardia estatal sobre el puente, y se dirigen hacia aquí. Los rebeldes locales parecen haberse desplazado hacia otra parte. Tenemos diez, quizás quince minutos.

Callista permanecía concentrada sobre el amasijo de voces, tratando de encontrar un cabo suelto al que pudiera seguir.

—Así que, ¿cuál es el plan ahora?

—Asegurar la salida del edificio, colocar un equipo sobre el tejado para cubrir toda la manzana desde arriba, y realizar una extracción estándar de rehenes.

Ahsoka escaneó la línea del horizonte.

—Yo me haré cargo del tejado.

—Tengo una mejor idea. Tú puedes lanzar volando las cosas con la Fuerza, ¿no es verdad? Pues bueno, eso hace de ti nuestra mejor cobertura de fuego. Si alguna cosa llega bajando la calle, mientras nos encontramos dentro del edificio, crémalo, ¿entendido?

Ahsoka frunció el ceño.

—Sí, Rex.

—Y no me mires de esa manera, *pequeñita*. No se trata de dejarte al margen de todo. *Necesito* que hagas eso. Si aquellos droides eliminan a una cantidad suficiente de milicianos, ellos simplemente se limitarán a caminar sobre los cuerpos como si se tratara de una alfombra, y se darán un paseo por aquí.

Callista asintió.

—De acuerdo —ella no estaba segura de si era correcto llamar a Rex de la forma familiar en que lo hacía Ahsoka—. Nosotras dos nos encargaremos de eso.

—Muévanse a mi señal, y mantengan abierto un canal de comunicaciones específico, para que puedan recibir mis instrucciones.

Rex lanzó una mirada para verificar la situación en los alrededores, y se lanzó de regreso hacia el otro lado de la calle. El bloque de oficinas —compuesto tan sólo por tres pisos—, se encontraba a un centenar de metros más adelante. Rex les indicó que se prepararan, y Callista se puso en alerta.

Tres segundos.

Los segundos de los Jedi no eran completamente iguales a los de los demás, pero ella supo apreciar la advertencia. Ése era el tiempo que le tomaba a un francotirador para fijar la mira sobre un blanco móvil. Ella pudo escuchar un distante ruido continuo, de tono elevado, más sonoro que el fuego de artillería, metálico y regular, como si alguien estuviera martillando una caja de remaches, y pudo apreciar la reacción en el rostro de Ahsoka.

—Ya vienen —dijo ella.

Callista se lanzó a la carrera. Para el momento en que ella alcanzó la intersección, Altis, Geith, y los clones ya habían encontrado refugio en otro portal.

Rex hizo un gesto. Callista cambió al canal de comunicación convenido.

—¿Preparadas?

—Sí. ¿Puedes conmutar el dron para que nos envíe sus imágenes también a nuestros datapads?

—Hecho. Permanezcan a la espera.

Callista se desentendió de lo que estaba pasando en el edificio, ya que Altis y Geith eran más que capaces para mantener la vigilancia sobre el mismo. Pero aún tenía una sensación como que el darles la espalda era algo parecido a una traición. Ahsoka observó su rostro nuevamente. Quizás se trataba de una costumbre de los togrutas, no completamente desprovista de una falta de cortesía, pero Callista empezó a pensar que ya era momento de que la padawan comprendiera que ambas se encontraban en el mismo bando, especialmente ahora que tenían un problema de los grandes avanzando en dirección hacia ellas. Pero Ahsoka parecía estar mucho más preocupada por Callista que por los droides de batalla.

Echó una mirada a las imágenes que estaban siendo enviadas por el dron, a medida que flotaba por encima de una compañía de droides. O el aparato era demasiado pequeño para ser detectado, o a los droides no les importaba el hecho de que estuvieran siendo rastreados.

—No eres lo que yo hubiera esperado —dijo finalmente Ahsoka. Su voz era un susurro. Se enfocó nuevamente sobre el camino. Todavía no llegaban a distinguirse los droides, sino tan sólo se percibía aquel horrible sonido inexorable de sus pies golpeando el pavimento al compás de una perfecta sincronización.

Callista decidió echar una mirada a lo que Ahsoka se había quedado observando.

—¿Qué, un Sith?

—Ahora quieres tomarme el pelo.

—Me estás mirando como si yo tuviera dos cabezas. Sé que no debería permitir que aquello me ofendiese, pero tú consigues hacerlo.

—Podrían evitarlo, y lo sabes. Tú y Geith podrían ser sólo amigos.

Ahsoka era tan sólo una chiquilla. Probablemente pensaba que la vida realmente era así de simple. Callista decidió hacer el esfuerzo por explicárselo.

—Nuestra secta está compuesta por familias. No se trata de amistades.

—Podría parecer que está bien en este momento —dijo Ahsoka empecinadamente—, pero las decisiones que tomes, a la larga no serán las más adecuadas. Terminarán por nublar tu capacidad de juicio. Y te conducirán hacia el camino de la oscuridad.

—¿Están intentando salvarme?

—Sí.

Ahsoka continuaba con la mirada fija sobre el camino, pero se sentía atemorizada. Y no tenía nada que ver con el hecho de que estuvieran en mitad de una invasión.

—Por favor —continuó—. Sé que eres una persona sincera. Puedo sentirlo.

—¿Crees que Ki-Adi-Mundi necesite ser salvado? Él tiene esposas y tiene hijos.

—Él es un cereano —Ahsoka definitivamente se sintió vacilar por un segundo—. Eso es algo diferente. Ellos necesitan incrementar su población.

—¿Por qué? ¿Acaso el Lado Oscuro les ha otorgado una excepción? Entonces, no es completamente oscuro, ya que les permite hacer excepciones en casos especiales.

—Él no está comprometido con ellos. Así que aquella situación no es dañina.

¿Tenía alguna idea Ahsoka de cuán aberrante —y tonto— sonaba lo que acababa de decir? Callista descubrió que una amarga réplica empezaba a formarse en sus labios, pero decidió contenerse. No podía culpar a aquella chiquilla simplemente por haberse tragado el cuento de algo que Callista consideraba como una doctrina intolerante. Ella probablemente nunca había conocido ninguna otra forma de vida diferente a la de la Orden Jedi. Callista se había convertido en Jedi después de ser adulta, consciente por completo de las opciones que se presentaban frente a ella, y escogió aquel camino por ser el mejor para ella, ya que el Maestro Altis le había hecho ver el mundo de manera diferente; él le había mostrado la forma en que su raro don podía ser utilizado para lograr muchas más cosas.

—No voy a discutir contigo, Ahsoka —dijo Callista—. No voy a decirte que estás equivocada. Tan sólo debo hacerte notar que los Jedi no son los únicos iniciados en el Lado Luminoso de la Fuerza, y que otros hacen las cosas de manera diferente, sin que ello implique que se estén convirtiendo al Lado Oscuro.

—¿Qué otros son esos?

—Habla con el Maestro Altis. Él será capaz de revelártelo.

Ahsoka no permitió que su mirada —que permanecía fija sobre el camino—, se desviara, pero Callista percibió un pequeño remezón en la Fuerza, como si la togruta estuviera luchando contra alguna cosa. Callista siempre había estado temerosa de esa reacción: al señalar en la dirección del mundo real que la rodeaba, por todas partes podían verse los evidentes beneficios de amor, y tenía la esperanza de que una ideóloga, cuya vida entera había sido consumida por un dogma del todo-o-nada, supiera apreciar las evidencias, y de improviso estuviera de acuerdo en que ella tenía un buen punto.

«El estar en lo correcto no es lo más importante. Debo ser más tolerante. A menos que la corriente principal de los Jedi la hubiera lastimado, le hubiera producido un daño activo, entonces ella no tendría la obligación ni tampoco el derecho para discutir u oponerse a ellos».

Sin embargo Geith, sentía que en aquel momento, todos ellos ya estaban siendo lastimados.

Bajó la mirada para observar las imágenes enviadas por el dron a su datapad. Una pared de metal en movimiento, toda conformada de un color marrón claro, implacable en su marcha y en la uniformidad de su aspecto, continuaba avanzando.

—Allí están llegando —dijo Ahsoka. Encendió su sable de luz, transformándose de una chiquilla en una guerrera en cuestión de segundos—. No tenemos más de diez minutos.

Callista activó su comlink.

—¿Rex? —el aparato casi se le cae—. Los droides de batalla, Diez minutos, como máximo. Dense prisa.

—Un buen empuje explosivo de la Fuerza podría derribar las dos filas delanteras —dijo Ahsoka. De improviso, se encontraba en completo dominio de la situación, confiada en derrotar a toda una compañía de droides de batalla—. Si copan la calle, se bloquearán

a sí mismos, los unos a los otros. Y si te acercas lo suficiente como para utilizar tu sable de luz, podrás segar sus cabezas bastante fácilmente.

—Gracias —Callista comprendió que no conocía nada del mundo de Ahsoka, de la misma manera en que ella no entendía nada del mundo de donde provenía ella—. Nunca me había enfrentado con ellos antes.

—Somos Jedi —le respondió Ahsoka—. Podemos encargarnos de un manojo de latosos[24] bajo cualquier circunstancia. Ya sabes, ésa es la forma en que los llama Rex. Latosos.

—Entonces, *latosos* serán —respondió Callista.

El sostenido chunk-chunk-chunk de los pies fabricados en duracero, estaba haciéndose cada vez más cercano con cada segundo que pasaba.

A UNA CUADRA DE LA LOCALIZACIÓN DE HALLENA DEVIS, AL SUR DE ATHAR

Djinn Altis tomó el sable de luz de su cinturón, y presionó los controles con el pulgar. La hoja de energía de color ámbar, representaba su línea divisoria personal, el límite entre lo que había intentado ser tan duramente a través de los años, y aquello en lo que inevitablemente terminaría en convertirse.

«Y ahora estoy aquí, preparándome para segar una vida».

«Y si tanto deseo que todo esto se desarrolle de otra manera, ¿por qué no lo hago de forma diferente?».

Sintió que los soldados clones estaban tan tensos como la hoja que acababa de encender; aquellos nuevos clones, seres en crudo y tan jóvenes que, a través de la Fuerza, podía percibirlos como si fueran niños. Su comandante, Rex, obviamente había llegado a ver emplear los sables de luz en forma decidida muchas veces. Pero para los más jóvenes ésta tenía que ser la primera vez.

—De acuerdo, Joc, Ince, y Ross, se encargarán de cubrir la salida —Rex hizo un gesto rápido—. El resto de ustedes, conmigo. Escalaremos la pared, y nos introduciremos a través de la claraboya. ¿De acuerdo? El ejercicio habitual.

Se volvió hacia Altis.

—Usted conoce la forma en que hacemos esto, ¿no es verdad? Nos introducimos y disparamos contra cualquiera que no sea un rehén. Usted podría quedarse aquí, y contener a los latosos.

[24] Tinnies: latosos, que suenan a lata. N. del T.

Rex le estaba proporcionando una salida decorosa. Era un trabajo demasiado sucio como para que un Jedi se ensuciase las manos. Pero Altis no podía echarse para atrás en aquel momento.

—Sólo hay otras tres personas, además de Hallena Davis, en ese piso. Podría resultar que semejante fuerza no fuera necesaria.

—Fuerza con «f» minúscula.

—Así es.

—El objetivo, es la total inhabilitación de los captores de los rehenes, antes de que tengan oportunidad de disparar a los prisioneros, o de detonar cualquier dispositivo, y sacar a los nuestros tan rápido como sea posible. Eso significa que debo tener las fuerzas adecuadas, o incluso más. Ésa es la razón por la que estoy llevando seis hombres conmigo, y no menos; y es por ello que no los dejo aquí para luchar contra los droides.

—Permíteme entrar en primer lugar. Por el hecho de que soy más viejo que los Jedi a los cuales ustedes acostumbran a acompañar, no significa que sea incapaz de defenderme a mí mismo.

«Aun si permanezco afuera, sigo siendo cómplice de todo esto, y el enemigo también terminará estando muerto. Así que me encargaré de esto. Y quizás, a raíz de lo que está ocurriendo, ahora puedo comprender un poco mejor la inclinación de Yoda hacia la militarización de toda esta situación».

—De acuerdo, pero tenemos que hacerlo de inmediato.

—Pienso atraer su atención hacia la puerta —dijo Altis, apagando su sable de luz, y escondiéndolo en su manga, presto para la acción—. Seré tan sólo un viejo buscando a su hija perdida en medio del caos de una guerra civil. ¿Entendido?

Rex le hizo una señal de pulgares arriba.

—Asegúrese de mantener su comlink transmitiendo, de tal manera que podamos escuchar lo que esté sucediendo. Aguarde a mi señal.

Vere disparó un garfio sobre el borde del tejado, y tiró de la cuerda para asegurarse que podría resistir el peso de un hombre. Una vez hecho, escalaron la pared uno a uno, y desaparecieron sobre el parapeto. Geith se asomó por el borde, y asintió. Entonces, los tres soldados clon que cubrían la salida, le indicaron a Altis que ingresara.

—Adelante.

Se trataba de un desvencijado edificio antiguo, y la única forma de subir, era a través de diferentes tramos de escaleras. El turbo-ascensor se encontraba fuera de servicio; no había energía eléctrica en el edificio. Altis decidió anticiparse a una posible reacción de pánico y de disparos fáciles como recepción, si es que los captores se sentían tomados por sorpresa, así que asumió el papel de una persona mayor completamente desconcertada.

Empezó a subir lentamente las escaleras, haciéndolas crujir; luego hizo una pausa en el primer rellano, para darles tiempo suficiente para que pudieran detectarlo, y además para distraer su atención de los ruidos que probablemente pudieran escuchar, provenientes del tejado.

—¿Hay alguien aquí? ¿Linnie? ¿Te encuentras allí?

Llegó al tercer rellano, y se dirigió hacia la puerta de la oficina, sintiendo a través de la Fuerza, de manera más intensa que nunca, a Hallena Devis. En el momento en que alcanzó la puerta, la cual se encontraba ligeramente entreabierta, salió una mujer con un bláster, bloqueándole la pasada.

—Estoy buscando a mi niña —dijo Altis, preguntándose si algo del poder de influir en las mentes, podría acelerar en alguna medida las cosas. Pero aquella mujer no parecía ser de las del tipo sugestionable—. No la he visto desde que empezó el conflicto. ¿La ha visto usted? Ella es…

En ese momento, la puerta se abrió completamente, y un hombre se hizo presente. Rápidamente, Altis se dio cuenta de que en el interior, una mujer alta, de piel oscura, estaba siendo levantada del piso para ser puesta de pie. Era Hallena. Sí, era ella.

—¿Quién es, Merish?

—Tan sólo un viejo buscando a su hija —ella parecía estar distraída por el comlink que sostenía en una mano, como si quisiera regresar a una conversación que había sido interrumpida—. Mira, no hemos visto a tu hija. Y estamos pensando en largarnos de aquí, así que…

Bang.

La explosión del transpariacero y del permacreto por encima de su cabeza, representó una auténtica conmoción. Unas botas golpearon el piso a su costado. Los escombros volaban por todas partes.

Por reflejo, intentó encender su sable de luz; todo lo que podía ver, era que el bláster de la mujer empezaba a elevarse para dispararle a él —¿o a uno de los clones que súbitamente acababa de aterrizar junto a él?—, y simplemente lanzó la hoja del sable en una trayectoria diagonal, realizando una maniobra defensiva. El sable cortó limpiamente el brazo de la mujer, y se deslizó por debajo de su mentón. No tenía idea de hacia dónde había ido a volar el bláster, pero el hombre que estaba detrás de la mujer empezó a gritar:

—¡Merish! ¡No, Merish!

Alguien más intentó dar un portazo para cerrarles el acceso a la habitación. Pero Rex y dos de sus hombres atravesaron la puerta disparando, y Altis los siguió.

La ráfaga de disparos de bláster se detuvo casi tan rápidamente como había empezado. Al segundo —no más de un segundo—, que le había tomado entrar en la habitación, Rex mantenía su bláster apuntado sobre la cabeza de un hombre mayor; a su vez, el sujeto mantenía el cuello de Hallena Devis sujeto con una llave estranguladora, y con un bláster presionado contra una de sus sienes.

Se produjo un intervalo momentáneo.

—Es agradable ver que la República finalmente muestra su cara —dijo el hombre. Hallena se encontraba completamente quieta, con las manos atadas, y con el rostro impasible, exudando esa tensión que revelaba que andaba buscando la forma de deshacerse de aquel hombre—. ¿Qué es lo que desean hacer? ¿Acaso desean negociar, la vida de su espía por la mía?

Rex no dijo nada, y simplemente oprimió el gatillo.

Todo fue muy rápido. Altis no esperaba en absoluto que Rex lo hubiera hecho.

La descarga del bláster lanzó al viejo hombre hacia atrás, pero ya estaba muerto antes de que se deslizara hacia abajo, siguiendo la superficie de la pared. También Hallena cayó. Rex, completamente calmado, la levantó para ponerla de pie nuevamente, y sacó un vibro-cuchillo de su guantelete para cortar las amarras que sujetaban sus muñecas.

—Es hora de irnos, agente Devis —le dijo. En las afueras, el atronador sonido de los pies de los droides estaba haciéndose cada vez más cercano—. Un ejército de droides viene por usted.

Rex intentó empujarla hacia la salida, pero ella se detuvo para rebuscar al más joven de los hombres, el cual estaba desparramado sobre el piso con una enorme quemadura de bláster que le llegaba desde la boca hasta el pecho.

—No está muerto…

—No es problema nuestro. Vámonos.

—Pero, mira, al menos déjame recuperar mi comlink, ¿de acuerdo?

Apenas empezaba a rebuscar en el abrigo del hombre, cuando Rex la levantó por completo y casi la lanzó a los brazos de Hil, el cual ignoró sus protestas, y se precipitó al primer rellano de las escaleras. Altis salió detrás de ellos. Se trataba de una escalinata estrecha, y necesitaban salir rápidamente. Geith —sin hacer preguntas, ni esperando ninguna orden—, saltó por el agujero que había en medio de las escaleras, levantando los brazos. Hil lanzó a Hallena hacia donde él estaba; ella soltó un grito. Fue como si hubieran sido entrenados para hacer aquello toda su vida, aunque Geith nunca había visto a ningún soldado hasta el día de hoy, y el soldado no podía tener ni idea de cuánto peso podría recibir con seguridad un Jedi, si el objeto era lanzado sobre él. De improviso, ya no había nadie en el piso de abajo, y el sonido de las pisadas de los droides era ensordecedor, por lo que Altis comprendió que iban a quedarse atrapados dentro del edificio, junto con Rex, Vere, y Boro.

—¡Señor! Salgan, nosotros los cubriremos —la voz de Ince era audible a través de la señal abierta del comlink—. ¡Muévanse!

Rex aferró el brazo de Altis.

—Buen trabajo, Maestro. Ahora debe salir corriendo. No podemos hacer que Coric nos espere.

En el momento en que los cuatro llegaron a la entrada del edificio, empezó el fuego. Altis no llegó a ver a Callista o a Ahsoka; tenía que salir de allí. Rex hizo un gesto de que esperaran, y apuntó su rifle.

—Ince, ¿tienes el camino despejado? ¿Devis se encuentra bien?

La voz del soldado sonaba sin aliento. Estaba corriendo.

—Sí, en camino hacia la lanzadera; ella está corriendo, aunque tuve que colocar una de mis botas sobre su trasero…

Rex hizo una pequeña rabieta, una reacción extrañamente delicada frente a todo el alboroto que estaba desatándose por los alrededores.

—De acuerdo, alcancen a Coric y salgan disparados tan pronto como sea necesario. No esperen a nadie, excepto a los Jedi.

Altis intervino.

—No. Nosotros correremos los mismos riesgos que ustedes.

Rex pareció ignorarlo, realizó una inspiración profunda, y salió en estampida hacia la calle, directo hacia un mar de droides de combate.

CAPÍTULO VII



Un día, si eso satisface la conveniencia personal de algún Maestro Jedi, el Concejo abandonará completamente la regla del no compromiso, y les permitirán tener familias. En ese momento, conformarán poderosas dinastías. En su debido momento, los fines justifican los medios. Como lo es para nosotros; pero al menos, nosotros lo admitimos, ¿no es verdad?

—El Conde Dooku, a Asajj Ventress

ATHAR, EN CAMINO HACIA EL PUNTO DE EXTRACCIÓN

Hallena se sentía tan impregnada por la adrenalina, que no lograba percibir el dolor de su cabeza mientras seguía corriendo.

Sin embargo, sus pulmones le gritaban que se detuviese. Sentía la energía fluyendo a través de ella, pero simplemente parecía que no podía aspirar la suficiente cantidad de aire desde su garganta. Pero también comprendía que no había ningún lugar tan seguro a la mano, como el estar en compañía de aquel soldado clon, y por ello intentaba mantenerle el paso.

Pero había logrado recuperar su comlink. Los datos que contenía, eran demasiado valiosos como para dejarlos caer en manos del enemigo. Lo había programado en la función de transmisión de localización, tan sólo por si acaso, de tal manera que los de Control supieran el lugar preciso en el que se encontraba.

Por detrás de ella, se escuchaban los disparos. También podía oír las órdenes ladradas a través del sistema de audio del que disponían los clones.

—No podemos abandonarlos —resopló.

—Continúe corriendo *ma'am* —Ince la tomó por el brazo. Ella había empezado a detenerse—. Coric está con los motores encendidos.

—No vamos a largarnos hasta que el resto de los muchachos nos alcancen, ¿entendido?

—*Ma'am*, las órdenes fueron que la rescatemos, y eso es justamente lo que estamos haciendo.

Ella tenía una larga lista de preguntas acumuladas en la parte posterior de su cerebro, como si se tratara de una enfadada turba requiriendo respuestas. Pero su cuerpo le decía que ellas bien podrían esperar su turno, y que debía largarse de allí tan rápido como

pudiera. Pero todavía estaba el asunto de Shil, quien quizás todavía no estuviera muerto, y a ella le preocupaba lo que pudiera ocurrirle; y allí estaban estos completos extraños arriesgando sus vidas para rescatarla, y ella no poseía ninguna información valiosa, ninguna en absoluto, que hiciera imperativa la necesidad de rescatarla.

—Para eso es que tenemos nuestras cápsulas con toxina —terminó diciendo—. De tal manera que no necesitemos ser rescatados.

—Entonces no se trata de un mito…

El sonido de los motores de una cañonera, hizo que necesitaran buscar cobertura. Uno de los otros soldados, uno cuyo nombre no podía recordar en aquel momento, la atrajo hacia el refugio de la entrada de un sótano, hasta que la nave hubiera pasado por encima de sus cabezas.

—Aquí Ince, señor.

Hallena podía escucharlo con toda claridad. Sus cascos tenían altavoces externos.

—Cañonera separatista a cinco minutos de ustedes, en dirección noroeste, probablemente se pase de largo, pero sería mejor que estén alerta.

Se levantó de la posición en cuclillas, y les hizo un gesto con la mano, para que descendieran por la calle.

—Pegados a las paredes, muchachos. El capitán va a matarnos si la arruinamos en nuestra primera misión de campo.

El corto reposo le había dado a Hallena un segundo aliento. Corrió tan fuertemente como podía. Al momento de rodear la esquina detrás de Ince, logró apreciar la abandonada fábrica, y pudo percibir el leve retumbar de los motores de una lanzadera, que aguardaba en modo de espera.

—Somos nosotros, sargento —gritó Ince—. La tenemos. Abre la compuerta.

El civil que estaba con ellos —aquel a quien ella había sido lanzada como un rollo de alfombra—, la ayudó a subir a la bahía de tripulantes. Ella se desplomó contra uno de los asientos de los mamparos, y trató de recuperar el aliento mientras revisaba la herida de su cabeza.

El piloto se giró en su asiento. No tenía puesto el casco, tan sólo unos auriculares de comunicación. Se trataba de un hombre joven que parecía ser bastante serio, con el negro cabello cortado de una manera amenazadoramente corta, y Hallena de inmediato comprendió que estaba mirando el mismo rostro que tenía todo un ejército completo… un ejército compuesto de clones.

—La posición del capitán ha sido copada —les informó él—. ¿Han estado atentos a sus comunicadores?

Los tres soldados se conectaron de inmediato.

—Logro ver la imagen transmitida por su HUD, sargento…

—Sí, correcto. ¿Regresamos y vamos a ayudarlos, o qué?

—No podemos quedarnos sentados aquí.

—Sí que pueden —restalló el sargento—. Y lo harán. De otra forma, podríamos terminar perdiendo todo el destacamento completo. Denle algunos minutos. Yo estoy

recibiendo la imagen del dron, y si ustedes se detuvieran a pensar por un segundo, también podrían recibirla.

Hallena no tenía la menor idea de lo que estaba ocurriendo… una vez más. Para aquel momento, durante más de un día, había estado sorda y cegada de manera completa. Y ahora no podía ver ni oír nada aparte de lo que los mismos clones estaban percibiendo, tan sólo los fragmentos de sus conversaciones que le permitían oír, y ella no estaba acostumbrada a ser dejada tan al margen de los acontecimientos. Los segundos empezaban a arrastrarse como si fueran horas.

—Tú —interpeló al civil—. ¿Eres de los de Inteligencia?

—Soy un Jedi —le respondió— Soy el Caballero Jedi Geith Eris. No creo que ni siquiera un soldado entrenado podría haberte atrapado desde la altura en que caíste, sin romperse algún hueso.

—¿Le has mandado algún mensaje al *Leveler* para hacerle saber a Pellaeon que ella se encuentra bien? —le preguntó Ince al piloto—. Va a estar trepándose por las paredes, si es que no llega a averiguar nada, en medio de todo este infierno de comunicaciones interceptadas.

—Sí, ya lo he hecho, soldado.

La mención del nombre de Gil —y de su nave—, fue como un rayo partiendo a Hallena justo por la mitad. Una parte de ella sentía un cierto y tonto sentimiento de júbilo, pero el resto se encontraba mortificado por la razón de que su romance ahora fuera claramente de dominio público, incluso entre los efectivos de grados inferiores.

—¿Cómo se las está apañando la nave? —preguntó otro de los clones—. No tendría sentido salir corriendo de aquí si es que no tenemos una vía de escape asegurada para llegar a casa.

—Los sensores estás alineados, los motores se encuentran en buen estado, pero la mira de los misiles de concusión, no parece estar tan fina —le respondió Coric—. Tal vez podríamos intentar llegar hasta el astillero de Kemla en esta cafetera, si es que ocurriese lo peor.

—Nuestro alcance está limitado por la capacidad de oxígeno de esta lanzadera, ¿recuerdas? Nah, tenemos que regresar a bordo de la nave.

Era claro que estaban hablando acerca de una nave de guerra.

—¿Acaso piensan transferirme a alguna otra nave?

—Al *Leveler*, *ma'am*. ¿A dónde más?

Gil estaba loco. ¿Había recorrido todo este camino —desde donde fuera que estuviese, haciendo quién sabe qué cosas—, y arriesgado a su nave tan sólo porque ella se encontraba en problemas, y porque de alguna manera, aquella llamada de emergencia había llegado hasta donde él? Se sintió sobrecogida por una enorme sensación de culpa. No se suponía que los *espectros* necesitaran ser rescatados. Se suponía que eran ellos los que realizaban los rescates. Todo había terminado ocurriendo de aquella manera, pero definitivamente no se sentía a gusto con la situación.

—Loco —dijo para sí misma—. ¿Qué es lo que está ocurriendo con sus hombres, allí atrás?

El sargento —él tenía que ser al que llamaban Coric—, sostenía su receptor un poco más cerca de sus labios.

—Wow. Hey, verifiquen sus HUDs. ¿Acaso están ciegos o algo así? Vean, esa es la razón por la cual siempre deben ser acompañados por un Jedi, o por tres.

Hallena ya no podía soportarlo más.

—Hazme ver —le dijo a Ince—. Muéstrame lo que logras ver.

El soldado aferró su cinturón, y extrajo un datapad. La pequeña pantalla mostraba un cuadro caótico distorsionado por múltiples sacudidas, como si se tratara de una secuencia de persecución en algún holo-video, pero obviamente se trataba de lo que el casco de uno de los soldados clon estaba registrando. Una masa de droides llenaba la calle delante de él. Lo que a primera vista parecía ser una barricada hecha de escombros, resultó estar compuesta por partes cortadas procedentes de los droides, y algunos metros por detrás de la barrera, dos humanos y una niña —sí, una niña togruta—, permanecían de pie con los sables de luz encendidos, y con sus manos libres extendidas. El fuego de los blásters rebotaba para caer nuevamente sobre las filas de los droides.

Un par de figuras vestidas con blancas armaduras, hizo su aparición por un momento, a medida que la cámara iba girando. Cuando la cámara del casco se inclinó —debido a que el soldado clon estaba mirando algo hacia abajo—, ella logró apreciar a otro soldado tirado sobre el suelo, con la armadura destrozada, mientras que el primero lo arrastraba, intentando ponerlo a salvo.

«Todo esto es por culpa mía. No se trataba de datos que fueran vitales para las labores de inteligencia. No poseo ninguno, al menos por ahora».

«Esto nunca va a poder valer todas esas vidas. Yo no valgo el desperdicio de todas esas vidas».

Hallena tomó el brazo de Ince para llamar su atención, y tuvo que sacudirlo ligeramente. Él se encontraba observando a sus camaradas en problemas, sintiéndose dividido entre las órdenes que había recibido, y lo que sentía que debía hacer.

—Sáquenlos de allí —ordenó Hallena—. Ahora.

LÍNEA DE BATALLA FRENTE A LOS DROIDES, ATHAR

El ícono del POV de Vere, todavía permanecía activo en el margen izquierdo del HUD de Rex, y no lograba apagarlo.

Estaba seguro de que Vere no podía haberse quedado contemplando el nublado cielo, de la forma en que parecía estarlo observando.

—No va más, señor —dijo Boro.

Él todavía estaba tratando de conseguir un acceso venoso en el brazo de Vere, habiendo apartado las placas de plastoide, y arremangado el negro traje que estaba por debajo.

—No tiene pulso, nada.

Cada segundo que Boro desperdiciaba tratando de reanimar a Vere, ponía en riesgo su propia existencia. Al tiempo que Rex realizaba otra descarga sobre las líneas de los droides, y se ponía a cubierto para recargar, empezaba a luchar con una oleada cada vez mayor de ira incoherente por un muchacho cuyo servicio activo había durado tan sólo ocho días, desde el instante en que fue embarcado para salir de Kamino, hasta el momento en que la granada de un droide destrozó su última línea de defensa, su armadura.

Ocho días no son suficientes para nadie.

A las únicas cosas a las cuales podría cobrarles venganza por tal hecho, se encontraban formando una enorme masa delante de él. Correcto. Aun tomando en cuenta los pocos meses que había durado esta guerra, ya había perdido tantos hombres, que no parecía importarle si se les unía más pronto o más tarde. Si ocurría en aquel preciso instante, entonces no tendría necesidad de pasar un segundo más sintiéndose como si les hubiera fallado, y preguntándose a cuántos más iría a perder el día de mañana.

—Boro, déjalo —dijo, aferrando el brazo del joven clon—. Se ha ido, Y tú serás el próximo si no coges ese DC y empiezas a disparar.

—Señor, he completado todo el adiestramiento médico, y sé que puedo…

Boro se detuvo abruptamente, se asentó sobre sus tobillos por un momento, y apuntó con su rifle una vez más. Rex logró escuchar el clic que revelaba que había desconectado el audio, así que asumió que, o estaba maldiciendo en voz alta, o estaba moqueando, o cualquier cosa que necesitase para poder afrontar la pérdida de su amigo. Pero tendría que reponerse. Se encontraban bajo fuego, y tan sólo alguien que estuviera dentro de su casco, podría saber lo que le estaba ocurriendo.

—¡Rex! ¡Rex! —Ahsoka se había separado de Altis y de Callista, quienes se encontraban luchando para mantener a raya a las primeras filas de los droides—. Llévate a Vere y márchense.

En aquel momento, la masa de metal estaba empezando a volverse seriamente amenazadora. Si los latosos alguna vez pudieran pensar en hacer las cosas de manera inteligente, seguramente desplegarían algunos pelotones de retaguardia, e intentarían tomar otra ruta para flanquearlos, pero las imágenes que le llegaban a Rex desde el dron, le aseguraban que no habían considerado dicha opción. Además, los caminos colaterales se encontraban bloqueados por las barricadas que habían sido levantadas por la turba.

«A ver, tenemos un equipo de demolición listo para abrir una brecha en medio de aquella masa, y salir corriendo a través de ella. Los latosos no piensan».

—Está muerto —dijo Rex, y abrió fuego nuevamente.

—Oh.

—No vamos a poder aguantar mucho tiempo. Dame un par de minutos para acomodar algunas cargas a través de la calle, y luego salimos disparados.

—Voy a mantenerlos ocupados lo suficiente para que todos ustedes puedan salir corriendo.

Rex acopló un lanzador de granadas a su rifle. Se suponía que los DC-15 no tenían esa clase de aditamentos, pero el suyo había sido bien adaptado, y funcionaba de la mejor manera. Fijó la mira en un punto justo por detrás de las filas delanteras, y disparó. La granada describió una elevada trayectoria en forma de arco, y cayó silbando sobre el blanco.

—Ésa es una noble intención de tu parte —le respondió—. Pero completamente fuera de lugar, ya que no puedo arriesgarme a perder a ninguno de los Jedi que se encuentran bajo mi custodia.

—Nosotros podemos correr tan rápido como cualquiera de los demás. Sabes que es así.

—Es mi escuadrón —dijo él, preguntándose la razón por la cual no podía sentir pánico justo en ese momento, sino tan sólo aquella ira asfixiante. Verificó la cantidad de granadas de las que disponía, e intentó calcular cuánta mecha de alto rendimiento podría contener el carrete de detonita del que disponía—. Y es mi decisión. Mantén la línea, mientras yo coloco las cargas.

—Vas a hacer que te maten.

—Y también voy a conseguir que la mayor cantidad de nosotros logren escapar. Ya sabes lo que dicen tus jefes acerca del compromiso, *pequeñita*. No deberías aferrarte demasiado a mí.

Ahsoka parpadeó por un momento, luego corrió de regreso a las líneas del frente, con el sable de luz esgrimido para rechazar el fuego de los blásters como si se tratase de un reflejo tardío.

—Los capitanes experimentados son más valiosos que nosotros, «*las latas de carne*» —intervino Boro—. ¿Por qué no yo…?

—De acuerdo, el límite para los sacrificios sin sentido de algunos cabezas cuadradas, termina aquí —dijo Rex, con cierta irritación—. Saca tu turno, y volveremos a ocuparnos de tu petición tan pronto como podamos.

—Lo lamento, señor.

—No, esto es culpa mía. Lo lamento. Tan pronto como tengamos esto preparado, alístate para tomar a Ahsoka, y sácala de aquí.

—¿Habríamos hecho todo esto, si no se tratara de rescatar a la enamorada de Pellaeon, señor?

—Claro que sí. Por que esto mismo es lo que querríamos que alguien hiciera también por nosotros.

El suelo que estaba por debajo de sus botas empezó a sacudirse. En un primer momento, pensó que se trataría de la artillería, machacando algún lugar a lo lejos, pero luego logró apreciar las grietas que comenzaban a formarse sobre el pavimento. Parecían

ser las rayas del pelo serpenteando a través del permacreto, las cuales poco a poco empezaron a separarse para dibujar fisuras más grandes.

—¿Maestro Altis? —gritó Rex—. ¿Qué es lo que está sucediendo?

Altis miró hacia abajo. Todavía tenía la mano levantada como su estuviera empujando alguna puerta invisible frente a la cual no hubiese sido invitado. Callista y Ahsoka se habían quedado congeladas en la misma posición.

—Oh, nuevamente se trata de eso —le respondió. El sudor empezaba a perlar su frente—. Estamos generando tanta presión, que se está produciendo un hundimiento.

La mampostería empezaba a caer derribada desde la altura de los edificios que se encontraban a ambos lados del camino. Algunos de los escombros cayeron sobre las filas de los droides, aplastándolos. Y lo que había parecido un pueblo fantasma, súbitamente erupcionó bajo la forma de seres desesperados, a medida que la gente salía disparada de los portales: se trataba de la población local que había permanecido escondida, esperando a que la refriega hubiese terminado. En aquel momento, estaban emergiendo de sus escondites, ante la amenaza del colapso de los edificios.

—Creo que debería dejar de hacer eso, y salir corriendo —dijo Rex.

—Buena idea —dijo Altis—. O terminaré matando más no-combatientes que el enemigo.

El Maestro Jedi aferró el hombro de Callista, como si quisiera sacarla de un trance, haciendo que girase violentamente su cabeza.

A continuación, volvió a dirigirse a Rex.

—Tu soldado ya no está con nosotros. Lo lamento.

—También yo —dijo Rex—. ¿Coric?

Le envió una señal a la lanzadera con su comlink.

—Coric, estamos replegándonos en este momento. Mantente preparado —le hizo un gesto a Altis—. Inicie la cuenta regresiva, señor.

—En tres… dos… ¡ahora!

«Bueno, una cuenta regresiva de tres segundos es mejor que nada».

Tan pronto como los Jedi dejaron de aplicar la contención por medio de la Fuerza, el edificio que se encontraba a la derecha de la línea de los droides, colapsó de manera inmediata, provocando un polvoriento penacho retumbante que recorrió toda la calle, como si se tratase de una erupción volcánica.

Boro miró hacia atrás algunas pocas veces, antes de decidirse a empezar a correr. Todavía sostenía una de las piezas de la armadura de Vere entre sus manos, la placa del hombro, pero Altis corrió hasta donde estaba, e hizo lo que era necesario, antes de que Rex tuviera que intervenir. El viejo Jedi colocó su mano sobre la espalda del soldado, y musitó unas cuantas palabras. Lo que fuese, hizo que Boro empezara a moverse. Rex se lanzó a correr por las callejuelas colaterales, esperando lo peor.

—Señor, permanezcan en la posición en donde se encuentran —se escuchó la voz de Coric, sonado en su auricular—. Estamos viniendo por ustedes. Vamos a aterrizar al final de la calle. ¿Logran distinguir los raíles metálicos en la intersección?

Rex dio media vuelta, y a todos les hizo una señal de que se detuvieran. En aquel momento no se veían droides a sus espaldas —probablemente todavía estaba intentando sobrepasar los escombros, ya que aquellas kriffing y estúpidas cosas, no había sido diseñadas para poder escalarlos—, pero eso no significaba que no pudieran llamar la atención de algún otro dispositivo aero-transportado.

—Los veo —dijo Rex—. Pero se te había ordenado que mantuvieras la posición.

—La agente Devis me ordenó que viniera por ustedes, señor.

La voz de Coric sonaba como si estuviera haciendo un esfuerzo extraordinario por aclarar las cosas.

—Y la señora de un oficial, siempre está por encima de él mismo, así que ella es como un comodoro. Y en este mismo momento, está frente a mí.

—De acuerdo, danos algo de tiempo para llegar hasta allí.

Empezaron a correr nuevamente, lanzándose en determinados intervalos bien espaciados entre ellos, tan sólo en caso de que alguno de los locales estuviera armado y se sintiera lo suficientemente agraviado como para intentar golpear un poco a los agentes de una República que no había hecho nada por ellos.

«El viejo y bueno de Coric. ¿Cómo es que un hombre puede llegar a saber cuando uno realmente, pero realmente, desea que desobedezca la orden que se le ha dado?».

Pero había sido demasiado tarde para Vere. Nuevamente, Rex se encontró a sí mismo queriendo apartar su ira hacia un costado, tratando de mantenerla bajo control para asegurarse que sería el combustible que le permitiera enfocarse en el trabajo que todavía tenía entre manos. Dejaría que se desvaneciera posteriormente, cuando nadie estuviese alrededor suyo, como para que ninguna persona lo observase, mientras se sentaba para dejarse consumir por ella.

El familiar sonido claqueteante del motor de la lanzadera ya empezaba a ser audible, aunque todavía se oía amortiguado por la presencia de los edificios, hasta que llegó frente a la abierta calle con un repentino estallido de ruido. Estaba sobrevolando a un metro por encima del pavimento; sus toberas inferiores despedían chorros del agua contenida en los charcos. Ross e Ince saltaron hacia los costados para asumir posiciones defensivas, y luego la nave se asentó sobre sus amortiguadores, en medio de lo que todavía parecía ser un almohadón hecho de neblina.

—Boro —gritó Rex—. Larguémonos de aquí.

Aferró el hombro de Boro para empujarlo hacia adelante, sorprendiéndose de que su primera reacción en aquel momento, no hubiese sido el cuidar de Ahsoka, sino el preocuparse por sus hombres. Lanzó a los otros corriendo hacia la lanzadera, uno a la vez, y luego hizo subir a los dos soldados que estaban vigilando el perímetro. Ni siquiera tuvo tiempo para cerrar la escotilla tras él, antes de que Coric despegara.

—Buena sincronización —le dijo a Coric. Rex todavía estaba colgado de las barandillas de seguridad, y se encontraba mirando hacia abajo—. El ejército de latas de conservas acaba de llegar.

Por debajo de ellos, marchando sonoramente en filas ordenadas, como si ningún evento adverso hubiese tenido lugar, los droides de batalla se desplazaban hacia el lugar en donde la nave había estado asentada tan sólo unos momentos antes. Había una pequeña cantidad de ellos; se trataba de aquellos ligeramente más listos, o de los que al azar, habían sido más afortunados para ingeniárselas en sobrepasar torpemente los desechos. Llevaban sus blásters en alto, con la precisión de una guardia de honor ceremonial concurrente a un funeral de estado, con el blanco fijo, y empezaron a disparar… y fallaron. Los disparos de sus blásters pasaron debajo del casco de la lanzadera describiendo líneas rojizas.

Rex comprendió que todo lo que sabía acerca de los funerales —de cualquiera de ellos—, estaba moldeado por lo que había visto en la HNE. Hizo que la escotilla se cerrara, y se sentó en una de las bancas posteriores, permaneciendo con los ojos cerrados durante algunos instantes. Cuando volvió a abrirlos, Hallena Devis se encontraba de pie frente a él, observándolo con atención.

Por supuesto, en aquel momento, ella no podría afirmar si Rex la estaba mirando o no. Todo lo que ella podía distinguir, era un casco cerrado con un visor en forma de T, completamente igual al de los demás clones.

Decidiendo que debía comportarse de una manera diplomática, Rex se retiró el casco, y le permitió hacer contacto visual.

—Gracias por salvar mi vida —le dijo ella. Rex podía distinguir un tremendo chichón en su línea del pelo. Algún droide médico tendría que revisarlo—. Y lamento que haya costado la vida de uno de sus hombres.

—Así es el trabajo, *ma'am*.

Rex realmente deseaba decir algo más, como que no había sido culpa suya, y que Vere había sido uno de los que se había ofrecido como voluntario para la misión.

—Usted puede entenderlo tan bien como todos nosotros.

Después de un instante, Hallena musitó:

—Nunca permitas que te tomen prisionero, ni tampoco los tomes nunca. Eso es lo que dicen los irmenu.

Rex entendió que en algún momento, debían tener aquella conversación, pero no sentía que fuera el hombre adecuado para sostenerla. Notó que Ince, Boro, Joc, Hil, y Ross se habían quedado sumidos en el silencio, el silencio absoluto no natural de los hombres que habían bloqueado sus comunicadores. Todos ellos estaban utilizando su frecuencia privada. Rex decidió que no debía interferir. Seguramente debían estar requiriendo desesperadamente de su propia privacidad para lo que sea que estuviesen compartiendo; era uno de esos puntos de la etiqueta que él respetaba de manera estricta. Si ellos pensaban que él era un idiota, si estaban maldiciéndolo, o si tan sólo estaban atravesando las primeras agonías del dolor, ése era problema suyo, y él tan sólo decidiría inmiscuirse en aquel círculo en caso de presentarse alguna emergencia.

«Ésta es la primera vez que tienen a un amigo muerto entre ellos. A veces, resulta fácil olvidarlo».

De cualquier modo, Altis, que estaba apoyado contra Boro en uno de los asientos, parecía ser capaz de poder escuchar algo de la conversación. El Maestro Jedi, simplemente colocó su mano sobre el antebrazo de Boro, sin decir nada.

«En verdad, ése es un hombre delicado».

—De cualquier modo, logramos solucionar todo esto tan rápido, que podremos estar de vuelta a bordo, antes de que el General Skywalker logre alcanzarnos —dijo Rex—. Todos hicieron un buen trabajo.

La lanzadera enfiló hacia la parte superior de la atmósfera, elevándose por encima de la cobertura de nubes que producía sombras de color azulado, luego de color violeta, y finalmente, de color negro. Todo lo que tenían que hacer, era atracar en el *Leveler* tan pronto como pudieran, y dejar atrás a JanFathal.

Por el momento, se encontraba perdido para la República.

«Por el día de hoy, lo peor ya ha quedado atrás» —pensó Rex; pero acto seguido, se maldijo a sí mismo por andar tentando al destino.

CAZA TORRENT ECO-97 DE LA REPÚBLICA, ENTRANDO AL SISTEMA DE FATH, Y EN RUMBO HACIA JANFATHAL

Anakin estaba preguntándose si finalmente la Fuerza no estaría dándole una lección por desafiar las reglas de sus Maestros.

«Me desaparezco, y mis hombres terminan metiéndose en problemas».

«No debería haberme escabullido para ver a mi esposa».

«De acuerdo, ésa era la excusa. Es verdad, pero no lo justifica».

—Skywalker al *Leveler*.

Podía observar el ícono inmóvil del transpondedor de la nave de guerra en la pantalla de su carlinga.

—He estado recibiendo algunas comunicaciones alarmantes por parte del comlink de Rex. ¿Qué es lo que ocurre?

Anakin no estaba al habla con el oficial de comunicaciones habitual. Pellaeon respondió la llamada personalmente.

—Se encuentra en camino, de regreso desde JanFathal.

—He estado saltando hacia dentro y fuera del hiperespacio todo el camino desde Coruscant, intentando localizarlo. ¿Cómo fue que terminó allí?

A Pellaeon se le escuchaba extrañamente cohibido. Él siempre había sido un hombre extremadamente confiado en sí mismo, excepcionalmente caradura incluso en la cara de cualquier almirante enfadado, pero había algo allí que hacía que no se sintiera confortable. Anakin podía percibirlo de manera intensa.

—Estábamos ocupados en rescatar a una agente de inteligencia de la República, en el momento en que se produjo la invasión —le respondió Pellaeon—. Por cierto, la dama es una conocida mía.

Anakin dejó que aquella aseveración tocara fondo. El tono de voz de Pellaeon se había encargado de decirlo todo.

«Bueno… No hay mucho por lo que pudieran reclamarme, ¿no es verdad? Incluso si hubiera alguna queja pendiente que pudiera salir a flote en este momento».

—Entendido, capitán. ¿Cuáles son las condiciones de seguridad?

—Nos estamos manteniendo a cierta distancia, porque todavía algunos de nuestros sistemas no se encuentran completamente operativos. Si llegamos a notar que Rex está metido en problemas tratando de huir de los seps, entonces recién nos decidiríamos a intervenir.

—Puedo encargarme de escoltarlos —dijo Anakin—. ¿Qué tipo de nave se supone que debo buscar?

—Una lanzadera de reabastecimiento. Puede que aún esté transmitiendo un código falso de transpondedor, así que sea precavido.

«De acuerdo. Con seguridad voy a poder percibir si se trata o no de Rex, pero el que me diga eso, hace que la gente se ponga algo nerviosa».

—Lo confirmaré de manera visual antes de abrir fuego, capitán.

—Bueno, él se encuentra en compañía Jedi, así que probablemente usted no tendrá mayores problemas para ubicarlos con su radar de la Fuerza, o con lo que sea que hacen todos ustedes.

—Entonces, asumo que Ahsoka insistió en ser parte de la misión.

Pellaeon inhaló muy lentamente, como si estuviera llevando a cabo una negociación muy penosa.

—Sí, junto con el Maestro Altis y dos de sus discípulos.

No, Anakin no había estado esperando nada como aquello.

Altis.

Anakin reconocía vagamente aquel nombre, pero se quedó observando el campo de estrellas que rodeaba su caza torrent para permitir que el recuerdo llegase hasta él, aunque no podía precisar la razón. Le tomó algunos momentos el poder recordarlo todo.

Qui-Gon Jinn, su Maestro —el Maestro que nunca había llegado a serlo—, el hombre que quería que él terminase convertido en un Jedi, a pesar de la negativa de todo el Concejo Jedi para que lo entrenara, alguna vez le había mencionado a Altis. También le había mencionado a Dooku, como su antiguo Maestro. Definitivamente, Qui-Gon había tenido tratos con los más desafiantes y poco ortodoxos de los Jedi —los pensadores, los polemistas, los iconoclastas—, y ultimadamente, hasta con los traidores.

Anakin no podía recordar con precisión, qué clase de disidente había sido Altis. Pero aquello no importaba. Ahora tendría la oportunidad de revivir felices recuerdos de su viejo mentor. Realmente sentía que extrañaba a Qui-Gon.

La voz de Pellaeon lo sacó de su estado de meditación.

—General, ¿sigue allí?

—Lo siento, capitán. Tan sólo estaba tratando de recordar el nombre.

Anakin cerró sus ojos por un momento, y se enfocó en sí mismo, permitiendo que el flujo y el reflujo de la Fuerza, lo empaparan por completo. Sí, podía percibir un conjunto de fuertes presencias. Era difícil de distinguirlas claramente en aquellos días, con todo el marco de violencia y miedo que enturbiaban los mares de la Fuerza, pero ahora tenía la seguridad que ninguna computadora de navegación de ninguna nave, podría otorgarle.

—Eso nos dará algo de qué hablar en su nuevo y brillante salón de oficiales.

Nuevamente, Pellaeon decidió hacer una pausa. Fue tan sólo una fracción de segundo, menos que un parpadeo, pero Anakin logró escucharlo.

—Sin duda, su padawan tendrá muchas cosas que contarle.

Realmente, Ahsoka debía haber estado llevando la paciencia de Pellaeon hasta sus límites. Su tono de voz lo decía todo.

—¿Y qué hay con respecto a JanFathal? —Anakin decidió que era necesario cambiar de tema—. No he estado recibiendo comunicaciones a ese respecto. ¿El Maestro Yoda ha enviado fuerzas para repeler la invasión?

—Tengo entendido, a partir de los reportes de inteligencia, que ha votado en contra de ello, dado el gran apoyo popular que tiene la posibilidad del cambio de régimen. Hemos estado combatiendo en dos frentes.

—Necesitamos escoger mejor a nuestros aliados…

—Eso es cierto. En este momento, ya hemos restablecido la comunicación con la lanzadera de Rex, así que voy a advertirle que usted se encuentra en camino, General. Cambio y fuera.

Anakin calculó el tiempo que le tomaría llegar al planeta desde su posición actual en el borde del sistema de Fath, y decidió que lo mejor sería dar un salto en el hiperespacio. Sería cuestión de pocos segundos, y gastaría una buena cantidad de combustible, pero si Rex andaba necesitando una escolta, era que la necesitaba justo en aquel momento, y no media hora después.

Anakin oprimió el control de salto, y observó mientras las estrellas se estrechaban y distorsionaban a medida que el caza llegaba casi de manera instantánea, al corazón del sistema. Los saltos cortos eran las maniobras más peligrosas de todas. El más pequeño de los errores, un lapso momentáneo, y su caza terminaría saliendo del hiperespacio en medio del manto incandescente de una estrella.

Lo cual no ocurrió, por supuesto. Él estaba orgulloso de sus habilidades como piloto, no sólo por sus habilidades preternaturales en la Fuerza, sino también por su disciplina básica y las largas horas de entrenamiento que eran comunes para todos los pilotos Jedi, y por igual, para todos los pilotos mundanos en general.

«He trabajado duro para lograr ser tan bueno. Se trata de algo más que de una simple cuestión de suerte. Pero también, más que mis habilidades de la Fuerza».

El torrent salió hacia el espacio real, casi tan rápido como había saltado. Su ventanal, ahora estaba lleno casi por completo, por el disco de color verde y blanco mármol que componía el planeta de JanFathal.

—Skywalker a Rex, cambio…

Los sensores de Anakin estaban mostrando una gran cantidad de naves separatistas cercanas al planeta.

—Skywalker a Rex…

La voz de Coric se hizo presente.

—Lo recibimos, General. Todavía no logramos tener contacto visual con usted.

—¿Todavía continúan empleando una ID fraudulenta?

—Sí, señor. Tuvimos que salir disparados de allí, y creímos que podríamos tener compañía.

—Los recibo en mi pantalla. ¿Pueden confirmarme si están transmitiendo como si fueran un transporte de la flota de la Federación de Comercio?

—Confirmado.

—Además de la breve excitación que tuvieron en JanFathal, ¿todos se encuentran bien?

—Me temo que no, señor. Hemos perdido al soldado Vere.

¿Vere? Anakin ni siquiera había llegado a conocerlo. Ahora, nunca podría hacerlo. Él acababa de ser asignado a la Legión 501 tan sólo hacía algunos días. Entonces, con seguridad, Rex no iba a estar con el mejor de los ánimos; el hombre era bueno para mantener una imagen estoica, pero los sentidos de la Fuerza de Anakin podían ver más allá de aquel barniz, y sabía cuán apasionadamente se tomaba interiormente esas cosas el bueno de Rex.

—Lo lamento. Yo debería haber estado allí, con ustedes. Dile a Rex que…

—Stang —musitó Coric—. Mis disculpas, General, pero ¿está usted recibiendo algo que se mueve rápidamente, en curso directo hacia la posición del *Leveler*?

En la pantalla de sensores del torrent, el ícono amarillo de un enemigo parecía estarse separando del resto de la flotilla de los separatistas, empezando a dirigirse hacia la nave de Pellaeon. Una nave de guerra que no quisiera ser detectada, y que pudiera minimizar sus huellas en medio del espacio circundante, constituiría un blanco muy pequeño en medio de toda aquella inmensidad. La gente depositaba mucho de su fe en los sensores, pero era todo lo que poseía la gran mayoría de ellos.

—Sí, es una nave de los seps —le respondió Anakin—. Han conseguido localizar al *Leveler*.

—Han adivinado que necesitamos atracar en un blanco mucho más grande, el cual debería estar por las cercanías.

Anakin abrió la línea de comunicación con la nave de guerra.

—*Leveler,* aquí Skywalker; tienen una nave separatista en rumbo hacia ustedes a gran velocidad, coordenadas siete-siete-nueve-cinco. Estoy en camino.

—Recibido, General.

—¿Cuál es su estatus operacional?

—La mira de los misiles de concusión no está operativa, pero tenemos cañones láser y torpedos.

—De acuerdo, me doy por enterado —dijo Anakin.

Lo más simple, hubiera sido que el *Leveler* saltara hacia el hiperespacio. A medida que Anakin se dirigía en un curso de intercepción hacia la nave de los separatistas, reflexionaba acerca del hecho que los enemigos a través de toda la República, hicieran cosas como aquellas. La nave de Pellaeon jamás abandonaría a los suyos para atacar, dejándolos solos para enfrentar una muerte solitaria, mientras intentaban llegar a la base más cercana con el oxígeno menguante.

Un capitán de los decentes, esperaría hasta que la lanzadera hubiera ingresado al hangar, incluso con una nave de guerra enemiga a punto de caerle encima.

Los seps contaban con ello.

Y Anakin contaba con que los seps desearan apoderarse del *Leveler* —repotenciado, contando con lo último, lleno de tecnología y de información clasificada— en una sola pieza.

CAPÍTULO VIII



Soy un corelliano. Y como dice el dicho, nunca podremos ser manipulados.

—Gilad Pellaeon

NAVE DE ASALTO DE LA REPÚBLICA *LEVELER*, JUSTO EN LAS AFUERAS DEL ESPACIO DE JANFATHAL

—Salvaguarda, salvaguarda, salvaguarda. Todos a sus estaciones de combate.

El *Leveler* se encontraba en una situación real de combate en aquel momento; el reacondicionamiento, parecía haberse estado realizando hacía toda una vida. Pellaeon permanecía de pie sobre el sombrío puente, con las manos apoyadas sobre su consola de mando, y observando fijamente hacia el vacío, el cual probablemente no revelaría nada, hasta que fuera demasiado tarde. Los datos de inteligencia confirmaban que la nave separatista, era el crucero ligero *Discord*, pero en esos momentos, Pellaeon se preguntaba si acaso podría confiar en los de Inteligencia de la República, hasta para que le dijeran en qué fecha estaban en aquel día.

—Contacto enemigo localizado, coordenadas uno-tres-seis-cien, trayectoria fijada, en seguimiento… —el oficial principal a cargo de las maniobras bélicas, Derel, era un clon, y si le preguntaran a Pellaeon, él cubriría todos los puestos vacantes de maniobras bélicas también con clones—. Se encuentra a nuestro alcance, señor.

—¿Qué crees que pretendan nuestros compinches separatistas, Derel?

—Dado que estamos al alcance de fuego del *Discord*, señor, yo diría que desean capturarnos en una pieza.

Normalmente, habría sido tarea del PWO[25], el decidir fijar un blanco. Pero esta vez, Pellaeon decidió conducir las maniobras de la nave de manera personal, teniendo la esperanza de que Derel no se sintiese ofendido.

—Soy de la misma opinión —dijo Pellaeon—. Pero, ¿por qué el resto de su flotilla no lo está acompañando? No creo que estén tan ocupados con todo ese asunto de JanFathal. El planeta no tiene una armada espacial, de otra forma, no necesitarían de la ayuda de la República.

[25] PWO: Peewo. Principal Weapons Officer. Oficial Principal de Armamento. N del. T.

—Quizás piensen que no necesitan de mayor ayuda para enfrentarse con nosotros. Quieren aprovechar la oportunidad.

—¿Meriones? Teniente, proyecte una carta de navegación en tiempo real en la pantalla grande —le dio un golpecito en la nuca para llamar su atención.

Las estaciones de operaciones tácticas, se encontraban al alcance de sus manos, si es que se decidía a dar un simple paso hacia la izquierda o hacia la derecha.

—Vamos, póngase a trabajar en ello —continuó Pellaeon.

—Está listo, señor.

Pellaeon friccionó su bigote con el dedo índice, mientras su mente recorría los diferentes escenarios posibles. Aquí no se trataba de ganar una batalla. Aquí se trataba de salvar a la nave y a la lanzadera, o en el peor de los casos, de impedir que el enemigo tuviera posibilidades de apoderarse del *Leveler*. Quizás no se tratase de una de las joyas de la Flota de la República, pero poseía armamento de una tecnología avanzada, y el comportamiento de los separatistas, le hacía pensar en la posibilidad de que ellos lo supieran. Ciertamente, la República debía tener algunos agentes infiltrados por parte de la CIS en unos cuantos de sus astilleros, ¿pero también en Kemla?

«Los seps han llegado a saberlo de alguna manera».

«Bien podrían disparar sobre nosotros a esta distancia. Y también nosotros podríamos hacerlo».

«¿Por qué enviar tan sólo una nave en contra nuestra, si disponen de una flotilla completa? Si lograron detectar la lanzadera, entonces, ¿por qué no la han atacado?».

«Porque saben que nosotros no tendríamos razón para quedarnos husmeando por aquí después de que destruyeran la lanzadera. Y lo que quieren, es *esta nave*».

Pellaeon decidió darle vuelta al problema en su cabeza. La nave de los separatistas estaba asumiendo un riesgo al desviarse del grueso de sus fuerzas, en esta dirección. Sin embargo, si decidía enfrentarla, terminaría haciéndole frente a todos ellos, y el *Leveler* probablemente sería derrotado, incluso si se encontrase contando con el cien por ciento de sus capacidades operacionales. Las fuerzas de los seps —al menos en el espacio—, estaban conformadas por un montón de droides idiotas, y por algunos seres orgánicos poco inspirados, pero en aquel escenario, los números jugaban a favor de ellos.

Los puntos luminosos suspendidos en la holocarta que estaba frente a él, cambiaron de posición ligeramente, llamando su atención.

—Señor, dos de las naves de los separatistas han roto la formación, y parecen estar dirigiéndose también en dirección hacia nosotros —Derel hizo una pausa para verificar los datos en otra pantalla—. Los misiles de concusión todavía están fuera de línea, pero los estabilizadores de los motores se encuentran en buenas condiciones como para llevarnos a cualquier parte.

Pellaeon tuvo la sensación de que podía lograr por completo, una visión de los trecientos sesenta grados alrededor del puente. Existían, y lo sabía bien, mil racionales y sólidas razones por las que él solía estar híper-alerta durante las situaciones de combate. Y muchas de ellas, eran indicadores casi subliminales procedentes de la nave, que

llegaban hasta el puente, y que le indicaban lo que su tripulación podía estar sintiendo. Él podía escuchar los pequeños clics y los sonidos húmedos que no lograban ser reprimidos por las expresiones faciales de sus tripulantes… palabras formadas, pero mantenidas bajo control, incluso antes de ser pronunciadas, respiraciones contenidas.

—Rumahn —se dirigió a su primer teniente—, ¿qué es lo que haría usted en esta situación?

Pellaeon pudo percibir su incomodidad. Rumahn era un sólido segundo al mando, la clase de hombre que siempre se las ingeniaba para encontrar el punto exacto entre su preocupación por los tripulantes de la nave, y lo que debería hacerse bajo cualquier circunstancia. Aplicaba las regulaciones de la Flota, pero de manera delicada. Y nunca se le había encontrado comportándose de mala manera luego de beber demasiado después de una cena de la Flota, ni tampoco llevando serenata a una hermosa mujer debajo del balcón de su departamento, hasta que el marido hubiese salido afuera, indicándole que se largara de inmediato. De cualquier modo, prácticamente ésa era la esencia de la pregunta.

Derel golpeteaba los controles en su pantalla de sensores. Por un momento, el puente se encontraba tan silencioso, que Pellaeon casi podía escuchar el golpe de las uñas de sus dedos sobre el plastoide.

—Yo trataría de cerrar la brecha que hay entre nosotros y la lanzadera, señor —dijo Rumahn—, y lanzaría una barrera de disparos de láser para defender a esa nave, mientras subimos a bordo a nuestros hombres.

—¿Y si la agente Devis no se encontrara a bordo?

Rumahn ni siquiera parpadeó.

—Daría el salto para alejarnos de este sector de inmediato, señor. Puede que no nos encontremos en las condiciones más adecuadas para un combate, y tener que enfrentar uno, no es la mejor manera de evaluar las capacidades operativas en las que se encuentra nuestra nave.

Se trataba de una declaración brutal pero honesta. Era el procedimiento adecuado de acuerdo a las regulaciones de la Flota de la República, ya que unos dos mil tripulantes y una nave de guerra, estaban en juego allí. Pero también… estaba mal.

—En el momento en que no hagamos nuestro mayor esfuerzo para salvar hasta al último de los miembros de la tripulación, al más insignificante de los soldados, será el momento en que esta Armada, y el Gran Ejército, y todo, empezará a desmoronarse —declaró solemnemente Pellaeon—. Los separatistas no toman prisioneros, ni tienen campos de concentración, hasta donde tengo conocimiento. Y ésa sería la opción que tendrían que enfrentar los tripulantes de la lanzadera. Así que, comandante Rumahn, vamos a cerrar esa brecha, tal como usted había sugerido. Timonel, acércanos. Rex, General Skywalker, ¿están preparados? Atraquen rápidamente en nuestra bahía, y luego daremos el salto. Sólo defiéndanse si es absolutamente necesario. Nuestra nave puede correr más rápido que el *Discord,* y estimo que tendremos algunos buenos minutos de ventaja con respecto a las otras dos naves.

—Aguarde un momento, señor. Ellos tienen localizada nuestra posición, así que bien podríamos emplear los escáneres activos —Derel los enfocó sobre el *Discord* en lugar de aceptar las lecturas pasivas de los escáneres. Aquellos le confirmaron la trayectoria del *Leveler*, y la velocidad con que se dirigía al encuentro del enemigo, pero todo ello parecía un simple ejercicio académico en aquel momento—. Tan sólo, quizás deberíamos estar seguros de a quién nos estamos enfrentando…

Pellaeon se inclinó sobre la consola para observar la escena. Interpretar de manera precisa las lecturas que arrojaba, era trabajo para un operador bien entrenado, pero logró formarse una buena percepción de lo que estaba observando.

—Ése no es un crucero ligero —los sensores activos estaban detectando la armadura de algo mucho más grande, de una nave mucho mejor armada—. Así que, a menos que los de inteligencia se hayan confundido una más…

—Quizás no, señor —dijo Derel—. Parece que ellos también saben jugar al juego de los transpondedores fraudulentos. Se trata de un destructor. Quizás uno dotado de unos cuarenta turbo-láseres.

«Stang. Con mayor poder de fuego que el *Discord*, y mucho más rápido también».

—Disparen —dijo Pellaeon calladamente.

Se volvió hacia su oficial de comunicaciones, y con un gesto de cortar de lado a lado a través de su garganta, le indicó que deseaba que todas las comunicaciones externas fueran interrumpidas de inmediato.

El oficial de comunicaciones se limitó a asentir.

LANZADERA DE REABASTECIMIENTO, EN CAMINO HACIA EL *LEVELER*

—Así que no tendremos a la caballería para que nos rescate, con excepción del General —musitó Coric—. El *Leveler* se ha quedado librado a su suerte, al igual que nosotros. Queda bastante claro. Tendremos que asumirlo.

—Al menos el HQ[26] no nos ha ordenado luchar hasta el último hombre —Ince se inclinó sobre el respaldo del asiento del copiloto para observar los sensores. Podría haberlo hecho desde su HUD, pero Rex comprendía la necesidad humana básica de verificarlo en persona—. Tendremos que enfrentarnos con él, sin importar si se trata de un crucero o de un destructor, ¿no es verdad, sargento?

Coric dejó escapar un gruñido evasivo.

—Esto se pone tan bueno, que todavía tenemos un largo camino.

—¿Ya has fijado rumbo hacia el *Leveler*? —le preguntó Rex.

[26] HQ: Headquarters. Cuartel General. N. del T.

—Si se refiere a si estoy apuntando a las puertas de la bahía de atraque, pues claro que sí, señor.

Coric estaba desplegando el mayor esfuerzo que podía con sus habilidades básicas de piloto, en una nave bastante básica. Definitivamente, el sargento no calificaría como un as de combate.

—Pero si es que el comandante de los seps no está pensando en vaporizarnos, pues no logro imaginarme cuál será su próxima maniobra.

—Va a intentar que quedemos deshabilitados —dijo Rex—. Primero los motores, luego el armamento. Es más fácil decirlo que llevarlo a cabo.

—¿Qué fue de aquellos viejos tiempos en que uno tan sólo disparaba a todos lados, hasta que uno de los contendientes salía corriendo cuando se quedaba sin naves de guerra a su disposición?

—Eso fue hace mucho tiempo… el mes pasado.

«Tiene una forma de pensar limitada con respecto a la situación».

Eso era lo que no le agradaba a Rex con respecto a la Armada espacial. A él le agradaba tener sus botas asentadas sobre el suelo, ser capaz de echar una mirada hacia todos lados, con un poquito de ayuda de los sistemas de su casco… o incluso, soltar la hebilla del mismo, y utilizar sus propios ojos, oídos y percibir los sabores.

De cualquier modo, decidió quitarse su casco. En una situación como aquella, debería haberlo mantenido puesto, en caso de que el casco de la nave fuese perforado. Pero pensaba que tener una hora de gracia, antes de que el inmisericorde vacío se hiciera cargo de él, era un punto de vista bastante discutible.

A través del limitado campo de visión del ventanal, no había nada más que ver que un estrecho rectángulo de negro espacio exterior salpicado de estrellas. No había forma de observar nada, a menos que se encontrara directamente delante de él, en el ángulo correcto como para captar la luz de la estrella de Fath, e incluso contando con ello, el espacio frente a la nave, era extremadamente grande.

Y los sensores solían fallar en su cometido.

—Al menos Skywalker va a poder encontrarnos —dijo Rex—. Son huesos duros de roer, los Jedi.

Miró por encima de su hombro.

—Sin ofender.

—El poder ser útiles es una virtud —dijo Altis—. No nos sentimos ofendidos.

Coric bajó la voz.

—Incluso el general no podría obrar milagros, señor.

—Bueno, él va a cubrirnos, y eso es suficiente para mí.

Rex giró para mirar la bahía de tripulantes nuevamente. Hallena Devis no se veía demasiado resplandeciente en aquel momento; ese golpe en la cabeza, estaba empezando a pasarle la factura.

«No te vayas a morir ahora que estás entre nosotros, no después de todo lo que hemos pasado».

La duda empezó a corroerlo con respecto a la posibilidad de que estuviera desarrollando un hematoma subdural, y que terminase en un coma de inicio tardío, y en todas las cosas que podrían salir mal.

«¿En dónde estará Skywalker?».

—Vamos, acorta esa brecha.

—Whoa… —Coric se quedó observando la pantalla por un momento—. ¿A dónde se ha ido?

—¿Qué ocurre?

—No quisiera preocuparlo, señor, pero el *Leveler* acaba de saltar.

—Acabas de hacer un trabajo perfecto con respecto a despejar todas nuestras preocupaciones. Déjame echar una mirada.

Rex no podía creerlo. Se inclinó sobre el hombro de Coric para verificar la pantalla por sí mismo, y sí, el ícono del *Leveler* y su trayectoria que había estado siendo rastreada, se habían desvanecido del gráfico.

—Probablemente haya apagado su transpondedor para intentar engañarlos.

«No puedo ver. No puedo tomar decisiones si no logro apreciar el panorama completo. Detesto todo esto».

—Pellaeon nunca saldría corriendo, al menos no sin avisarnos antes. Quizás se trate de algún otro problema técnico.

Se produjo un silencio incómodo. Rex miró a Hallena, justo a tiempo como para ver que la expresión de su rostro se hacía neutral. Pero con ello no lograría engañar a un clon, no a alguien que confiaba en los más pequeños tics y gestos para identificar a los individuos en un mar de rostros idénticos.

«Sí, está pensando que no es el hombre que creía que era… y está buscando algunas razones para demostrar que se encuentra equivocada».

—De acuerdo, sargento, apague todos los sistemas que no sean esenciales.

Rex dio un paso atrás, hacia la bahía de tripulantes, y le dio un golpecito a Boro en la parte superior de su casco. La cabeza de su subordinado se encontraba gacha, como si estuviera mirando su datapad, el cual estaba en el centro del campo de visión del ícono de su HUD. Pero lo que él realmente necesitaba, era ser distraído de aquello que pasaba por su mente. Todos ellos necesitaban hacerlo.

—Calcula cuánto oxígeno nos queda, soldado, y si podríamos llegar hasta los astilleros de Kemla.

Todos ellos sabían que sus posibilidades de poder llegar hasta Kemla sin que les disparasen, eran bastante remotas en aquel momento, ya sea que tuvieran o no el oxígeno necesario. Pero Rex decidió asumir que no sería él quien, entre todos los pasajeros de esta nave, se rindiese y muriese de manera tan fácil. Ahsoka lo miró de frente a los ojos. Altis y sus dos Jedi parecían estar sombríamente resignados.

A Boro no le tomó demasiado tiempo. Ni siquiera levantó la mirada de su datapad.

—Tenemos doce pares de pulmones, y el suficiente oxígeno como para llegar hasta mitad de camino, quizás un poco más allá si logramos reducir nuestro consumo de oxígeno, tanto como podamos.

«Bueno, todos sabemos eso. Al menos tengo la suerte de no estar con un grupo de sujetos asustadizos».

—De acuerdo —Rex se abrazó con ambas manos a una de las vigas que recorría toda la longitud de la cabina, mirando todo el ancho de la bahía de tripulantes—. Es momento de tomar decisiones difíciles.

«¿Cuándo había llegado a ser de otra manera? Siempre ocurría lo mismo. Una y otra, y otra vez…».

—*Mantengan la esperanza, disminuyan la cantidad de pulmones de la manera que sea necesario, o encuentren la fuente sostenible de oxígeno más cercana, la cual probablemente sea un planeta hostil debajo de ustedes* —recitó.

Hallena lo miró de frente.

—He sido entrenada para disminuir mi consumo de oxígeno. Y ya que como todo esto es por culpa mía, me presento como voluntaria… con la condición de que no permitan que sea tomada prisionera.

Dio unos pasos hacia atrás, pero su mirada no abandonaba la de Rex.

—Yo tampoco estaba planeando morir tan tranquilo —dijo Rex—. No disfruté mucho del cautiverio la última vez.

Altis se inclinó hacia adelante, con los codos apoyados sobre las rodillas.

—Nosotros, los Jedi, podemos ponernos en un trance lo suficientemente profundo como para bloquear nuestro consumo de oxígeno, aunque sin embargo, no creo que sea suficiente como para que les sirva a todo el resto de ustedes. Estamos a favor de regresar y pelear por nuestra supervivencia —giró para observar a Callista y a Geith, y ambos asintieron—. ¿Lo ves?

—Yo también estoy de acuerdo —dijo Ahsoka.

Rex miró a sus hombres. Casi hubiera esperado que estuvieran en desacuerdo, que hubieran discutido, o algo, pero ellos habían sido entrenados para obedecer sin replicar desde el mismo día en que empezaron a poder caminar; sólo sabían seguir órdenes. Pero todos pertenecían a la 501, así que asumieron la postura más correcta.

—Si voy a morir antes de lo planeado —dijo Hil—, entonces me gustaría llevarme a algunos latosos más junto conmigo, señor.

Rex podría haber apostado con seguridad a que lo haría.

—Eso no va a conseguir salvar a JanFathal, pero al menos nos hará sentir algo mejor, ¿no es verdad?

—Sí, señor —dijo Boro—. Por mí está bien.

—Y mientras estemos allí abajo, quizás se nos ocurran algunas ideas como para salir eventualmente de aquella roca.

Coric hizo girar la lanzadera casi ciento ochenta grados por completo, apagó todos los sistemas excepto los de propulsión y los de soporte vital, y se encaminó de regreso hacia la superficie del planeta.

—Nos encontramos en el modo más sigiloso que se puede lograr, señor. ¿Hacia dónde?

—Hacia Athar.

Rex abrió su comlink y le mandó un breve mensaje codificado a Skywalker. Mientras menos tiempo pasaran empleando los canales de comunicaciones normales, menos posibilidades tendrían de ser localizados.

—Es mejor enfrentarse con los problemas que uno ya conoce, que con aquellos que no conocemos.

V-19 TORRENT ECO-97, ESPACIO DE JANFATHAL

Anakin enfiló hacia la trayectoria del Destructor, y supo que algo había salido terriblemente mal.

Era demasiado tarde como para mantener el sigilo. Podía percibir la enorme presencia de la nave como una perturbación en la Fuerza, pero todo lo que podía ver en sus sensores, era un blanco enorme, y un parche de espacio completamente sin estrellas, justo en el lugar en el que el navío andaba merodeando en medio de la oscuridad. Fue sólo cuando giró en redondo, que el cegador brillo del sol logró revelar la presencia de la nave enemiga, lo que le produjo un considerable alivio.

Pero el *Leveler* ya no estaba. Había saltado al hiperespacio.

—¿Rex?

Anakin decidió verificar los canales de comunicaciones una vez más. Tan sólo había un código simple: 0065, *regreso a las últimas coordenadas conocidas*. Probablemente no habría tenido mayor significado para cualquiera que pudiera interceptarlo y decodificarlo. Podría tratarse de cualquier cosa, desde una orden hasta un «recibido». Y sólo quien lo recibiese, podría saber a qué coordenadas se refería.

La última localización desde la que el comlink de Rex le había enviado una señal, había sido la de Athar.

—De acuerdo, Rex, la última vez dije que regresaría por ustedes, y no lo hice —Anakin no podía detectar en absoluto la lanzadera en sus instrumentos, pero ciertamente podía percibir la presencia de los Jedi—. Esta vez será diferente.

El destructor de los separatistas probablemente podría detectar el torrent incluso a aquella distancia, pero Anakin percibió que su comandante no estaba interesado en un caza solitario. Probablemente estaba reconsiderando su misión, ahora que el *Leveler* había terminado por desvanecerse.

«Ésa no es la forma de actuar de Gilad Pellaeon».

Incluso un droide de batalla podría haberlo sabido. Pero Anakin no alcanzaba a imaginar cuál sería su plan, ni tampoco la razón por la que había saltado en completo silencio. Se dirigió hacia el planeta, navegando con la clase de trayectoria que ningún sensor podría diseñar, es decir, siguiendo el rastro distintivo de los Jedi.

«Un par de ellos se sentían muy poderosos en la Fuerza, completamente distintos a Ahsoka. Su presencia casi era opacada por la de ellos».

«Altis. Sí, Qui-Gon debe haber tenido algunos amigos bastante mal considerados, que podrían resultar ser interesantes».

—Eres lo suficientemente listo como para adivinar lo que haré, ¿no es verdad, Rex? —musitó Anakin como para sí mismo—. No estarás pensando en abrir fuego directo, si es que algún objeto no identificado de rápidos movimientos es detectado por tus sensores, justo en tu cola…

Anakin cerró sus ojos por un instante, y siguió el tirón que lo impulsaba hacia la Fuerza, como una sensación alrededor de la nariz que se aliviaba cuando uno terminaba por alinearse con su fuente. Para el momento en que levantó la mirada una vez más, viajando a cientos de kilómetros por hora, el disco del planeta llenaba la mayoría del campo de visión de su carlinga. Y dibujada contra el mar de verdor y de nubes blancas, se encontraba la diminuta lanzadera.

Cualquier nave separatista habría podido captar el rastro térmico del caza para aquel momento; de algún modo, si es que todavía permanecían estando interesados en ello. Pero quizás estuvieran más preocupados por descubrir si el *Leveler* pudiera hacer una nueva aparición.

A menos que tuviera algún problema operacional mayor, por supuesto. No le agradaba el que Pellaeon se hubiera refugiado en un silencio total…

Anakin se colocó por encima de la lanzadera, y se inclinó sobre un costado, de manera que la forma distintiva de tres alas del torrent, fuera completamente identificable para el piloto. Balanceó el torrent de lado a lado para indicarle que él se encargaría de dirigir el ingreso de la lanzadera hacia el planeta. El silencio de las comunicaciones, permanecía siendo la mejor opción por el momento. Mantuvo contacto visual con la lanzadera, la cual permanecía reflejada en el campo de la cabina del torrent, antes de que golpease la parte superior de la atmósfera, y entonces, todo se desvaneciera en medio de una re-entrada en medio de una neblina compuesta por gas caliente.

Llegó a una altura de quince mil metros sobre la superficie, antes de que su comlink volviera a la vida, y la voz de Rex le dijera:

—¿Sabe hacia dónde nos estamos dirigiendo, señor, o podríamos recomendarle algún lugar más pintoresco?

—Se veía muchísimo mejor desde allá arriba.

—Usted sabe que no hay mucho más que pueda hacer por nosotros, ¿no es verdad? Debería retirarse mientras pueda.

—Permaneceré con ustedes hasta que llegue nuestro transporte.

Se produjo una breve pausa.

—Gracias, señor.

—¿Tienen un mapa local?

—Rompa hacia la derecha, y dese una vuelta por detrás de nosotros. Nosotros conocemos los mejores edificios abandonados —dijo Rex.

—¿Recibieron alguna comunicación del *Leveler* antes de que hubiera saltado? —le preguntó Anakin.

—Nada, señor —Rex hizo una pequeña pausa—. Sin embargo, Pellaeon debe tener algún plan. Siempre lo tiene.

Se trataba de una conversación muy casual; no se percibía ninguna urgencia, no había un estricto procedimiento de voz, nada parecía indicar que las dos naves hubieran tenido que volar de regreso a lo que ahora era considerado como territorio enemigo en todo el sentido de la palabra, ni que no tuvieran escape de una confrontación ni de una flota perseguidora. Anakin no creía que Rex fuese de la clase de los tipos que se resignaban frente al destino, ni mucho menos en compañía de un grupo de Jedi.

—De acuerdo. Comprendido.

—Contamos con cinco Jedi, una agente de inteligencia de la República, y cinco soldados de la Legión 501 —dijo Anakin—. Empleándolos de manera inteligente, eso nos convierte en todo un ejército.

El truco estaba en observar la situación desde la perspectiva correcta. Tenían al frente fuerzas enemigas abrumadoras, o un medio ambiente pletórico de objetivos militares; estaban en un territorio enemigo, o tenían una veta muy rica de armamento y de posibles transportes.

—Eso me hace sentir mucho mejor, señor —dijo Rex.

CAPÍTULO IX



Hemos perdido al Leveler *por completo, señor. ¿Desea que mantengamos la posición en case de que se trate de una estratagema? Si permitimos que los otros hostiles aterricen en el planeta, al menos podríamos tomarlos de rehenes.*

—Destructor *Reaper* de la CIS, al comando de la Federación de Comercio

NAVE DE ASALTO DE LA REPÚBLICA *LEVELER*, EN ALGÚN LUGAR DEL BORDE EXTERIOR

El sistema de Fath no se encontraba allí, ni siquiera en la lejanía.

—Disparen —dijo Pellaeon.

Derel y el oficial de cubierta —Baradis—, se encontraban cabeza con cabeza sobre un conglomerado de pantallas, haciendo los cálculos de manera manual con una stylus y un datapad. En el preciso momento en que el *Leveler* salió del hiperespacio, les quedó claro que no se encontraban en donde el navegante había planeado llegar. Todos los miembros del equipo de monitoreo del puente, tenían la misma expresión, sin importar la especie a la que perteneciesen: estaban preocupados.

—De acuerdo, ¿por qué no estamos en el lugar en el que se supone que deberíamos estar? —les exigió Pellaeon—. Porque si no podemos realizar los saltos con precisión, estamos en serios problemas. A velocidad subluz, es un largo camino a casa.

«Y también Rex está en problemas. Puede que se me haya pasado la mano en esta ocasión».

—Creo que todo se trata del mismo problema, señor —dijo Baradis—. El sensor de rastreo, la computadora de navegación, el software de posicionamiento galáctico, ninguno de ellos están alineados con nuestros sistemas, o al menos, no les están proporcionando una información consistente o actualizada.

Ni siquiera podían comunicarse con el HQ de la Flota. Para Pellaeon resultaba claro que, ahora que su canal de encriptación había sido comprometido, que los separatistas conocían no sólo el tipo de armamento que había sido instalado en el Leveler como parte de su reacondicionamiento, sino también cuáles de sus sistemas no se encontraban operativos. En aquel momento, la nave realmente se encontraba lanzada a su suerte.

—¿Dónde está Benb? —Pellaeon golpeó el control que bloqueaba las comunicaciones internas de la nave. Necesitaba al técnico sullustano—. Supervisor Benb, diríjase al puente de inmediato, por favor.

El puente se encontraba a oscuras para hacer más fáciles de leer las pantallas para los operadores que las controlaban; en las estaciones de combate, la concentración era intensa, y los miembros de la tripulación podían permanecer durante horas frente a una consola en caso de ser necesario. Sin embargo, ocasionalmente, la oscuridad le daba la impresión a Pellaeon de que se encontraba sobre un escenario, mirando hacia las luces del montaje, incapaz de apreciar los rostros de la audiencia, pero sabiendo que tendría que realizar la mejor actuación de su vida.

«No estoy pensando en Hallena todo el tiempo. ¿Acaso soy bueno, malo, o sólo soy un monstruo?».

Estaba haciendo lo que tenía que hacer, por su nave y por aquellos que habían sido dejados atrás en el espacio de JanFathal. Las decisiones se volvían meridianamente claras en el momento en que debía tomarlas.

«Allí está su compromiso, Maestro Altis. Es un dilema para todos nosotros, no sólo para los Jedi. Y todos nos amoldamos a la situación de manera diferente».

—Baradis, ¿ya tienes nuestra posición?

—Señor, nos encontramos en el sistema Poressi.

—Entonces, estamos muy lejos.

Pellaeon desplegó la holocarta a un máximo de amplificación. Unos pocos segundos de diferencia a velocidades por encima de la luz, los habían desviado a una gran distancia. Se había tratado de un salto rápido, una táctica simple para salir del área y regresar tan sólo unos pocos minutos después, con una posición diferente para montar una emboscada.

«Pero necesitamos saberlo, ¿es ésta una falla consistente, o ha sido producida al azar? Pudimos saltar desde Kemla sin ningún problema».

Benb apareció trotando sobre el puente, con los cables de prueba colgando de los bolsillos de su sobretodo, como si fueran las serpentinas de un festival.

—Lo sé, lo sé —dijo de manera irritada—. Estamos trabajando en ello.

En aquel momento, Pellaeon mantenía un absoluto silencio sobre el puente. De cualquier modo, se trataba de un equipo pequeño, menos de veinte personas, pero con los comunicadores apagados, parecía misteriosamente tranquilo.

—Tan sólo dígame de qué se trata.

—Para ponerlo en palabras simples —dijo Benb—, el software central del chrono, que le dice a los sistemas de la nave qué hora es, de tal manera que puedan mantenerse actualizados y compartiendo una información precisa, exactamente cuando es necesario, está completamente arruinado. Eso es lo que ha provocado que nuestras pantallas de sensores hayan dejado de funcionar. Y las miras de las armas. Y es por ello que hemos saltado hacia algún lugar que no esperábamos.

La navegación dependía largamente de la sincronización. Las balizas de navegación se basaban en señales de tiempo precisas; las naves controlaban sus posiciones en gran medida calculando la velocidad alcanzada en un determinado periodo de tiempo. En aquel momento, todo eso era llevado a cabo por las computadoras de navegación, pero los principios básicos empleados, eran los mismos que cuando Pellaeon montaba en su yate para navegar en mar abierto.

—¿Pueden repararlo? Y de ser así, ¿cuánto tiempo les tomará?

—Tendremos que apagar por completo todos los sistemas. Realizar una purga y reiniciarlos, y luego verificar que funcionen. Unas seis horas estándar.

Pellaeon desvió la mirada, para fijarla sobre Baradis y Derel.

—¿Pueden hacerse los cálculos de manera manual, o al menos sin necesidad de tener un chrono en funcionamiento?

—Sí —dijo Baradis, aunque no sonaba muy confiado—. Pero son bastante complejos, por lo que no podríamos dedicarnos a hacer ninguna otra cosa.

—¿Pueden llevar a esta nave al lugar correcto, en el momento preciso, más rápido de lo que al equipo de Benb le tomaría reiniciar todos los sistemas?

—Sí, si es que comprometemos a la tripulación y a toda la energía de la computadora para realizar los cálculos, y los ingenieros logran arrancar el motor a mi señal, y mantienen una velocidad constante —declaró Baradis, haciendo chasquear sus dedos como para afirmarlo—. Comenzar, colocar nuestras botas sobre la superficie metálica, y detenernos. Es la técnica básica de detención —siguiendo la dirección programada en una carta— sincronizándola con el chrono, que emplean los sumergibles.

—Háganlo —los autorizó Pellaeon—. Quiero que nos lleven de regreso a la órbita de JanFathal tan pronto como sea posible. Derel, quiero que encuentres alguna solución manual al problema de los cañones y de los turbo-láseres.

—Bueno, ¿entonces quiere usted que me ponga a trabajar en el sistema, o no? —le preguntó Benb, observando la faltriquera de su chrono en su bolsillo del pecho.

—No, a menos que pueda hacerlo sin tener que apagar todos nuestros sistemas.

—No puedo hacerlo —fue la respuesta—. Tan sólo voy a encargarme de deshabilitar el chrono, de tal manera que ustedes tengan control manual.

Los civiles no solían ser famosos por portar la etiqueta de una vida de servicio, y lo sabían. Un contratista civil le diría a un capitán, que su plan apestaba, sin el menor temor a las consecuencias.

—Pero si es que les toma cuatro horas el calcular el salto, y éste no funciona, entonces habrá que añadirle otras seis horas para reiniciar el sistema por completo, tomando en cuenta dicha demora, recuérdenlo…

Pellaeon se preguntaba si en ese momento, algo que demorase más de algunos minutos haría la diferencia. Pero todo lo que podía hacer, era intentar saltar los obstáculos, y hacerlo lo más rápido que pudiesen.

—Lo recordaremos —le respondió.

Envuelto en medio del mundo relativamente pequeño del puente de una nave de guerra, algunos oficiales al mando olvidaban que aquello se trataba del equivalente de una pequeña ciudad alrededor de ellos, llena de seres que tenían sus propias dudas y preguntas. Pellaeon nunca lo olvidaba. Ésa era la razón por la cual él solía bajar a las cubiertas inferiores tan a menudo, el porqué tenía que verlo todo con sus propios ojos, y el motivo por el que se rehusaba aceptar los aislados privilegios del rango, como el tener su propio salón de comidas, y su chef particular.

—Rumahn, asegúrese de que las cabezas de cada sección mantengan informado a su personal acerca de la razón por la que nos encontramos con los pulgares ociosos en medio de la nada en este momento. En el instante en que sea necesario, voy a encargarme de dirigirme a toda la tripulación de la nave de manera personal.

El nivel del ruido de fondo en el puente, empezó a elevarse nuevamente, al tiempo que los oficiales empezaban a moverse y a hablar calladamente entre ellos. Con seguridad, estaban pensando que la situación se encontraba bajo control. Sí, esto era como un teatro, y al proyectar confianza, despertaba a su vez la confianza de sus subordinados.

—Derel, ¿cuántas de las armas podemos apuntarlas con eficacia contra el enemigo, si tan sólo empleamos miras manuales?

Se trataba del período de espera más largo de la vida de Pellaeon. Meriones empezaba a aparecerse a determinados intervalos con café y bocadillos para la tripulación del puente, forzando al capitán a revisar su punto de vista acerca de que el muchacho era como un roedor desprovisto de mentón que había tenido suerte en la elección de su padrino. Eventualmente, todos llegaban a encontrar su nicho en medio de esta guerra, e incluso los tipos como Meriones podían llegar a apuntarse algunos puntos en ciertas ocasiones.

Mientras Pellaeon observaba a Derel —quien estaba sobreponiendo las diversas imágenes procedentes de las diferentes cámaras sobre sus monitores—, se preguntaba lo que le hubiera sucedido a la República si convenientemente, no hubiera encontrado un ejército remarcablemente bien entrenado, bien equipado, y listo para la acción, así como una Flota que lo transportara. El conflicto más serio en el que Pellaeon había estado involucrado antes de esta guerra que comprometía a toda la galaxia, habían sido las misiones de interdicción: patrullaje en contra de los piratas. No podía decirse que hubiera existido un solo oficial de la República que se hubiese encontrado preparado para esta clase de guerra. Después de tan sólo algunos meses de este casi inmisericorde aprendizaje inclusivo en medio del trabajo, una sorprendente e importante cantidad de los mismos, todavía no lo estaban. Sin la presencia del ejército de los clones —y de la Armada Clon—, los separatistas hubieran arrasado con la inexperta Flota de la República, la cual era carente por completo de toda política de actuación bajo aquellas circunstancias.

«Se trató de algo muy conveniente el haber tenido a disposición a todos aquellos clones».

«Alguien había sabido que terminaríamos por necesitarlos. Sin embargo, ¿cuándo habían empezado a planificarlo? Y ¿por qué?».

Era la clase de pregunta que cualquiera se habría hecho, si es que tuviese algún tipo de experiencia con respecto a la paquidérmica presteza de la política de aprovisionamiento de la República. Pellaeon no estaba obsesionado por encontrar una respuesta en aquel preciso momento, pero había tenido que considerarla en su mente más de una vez en los últimos meses transcurridos. Creía que al final tendría que enfrentarse con algún sucio juego de la política en el fondo de todo aquello. ¿Acaso podría ser de otra manera?

—No se preocupe, señor, todo va a ir bien —dijo Baradis, levantando la mirada de los cuatro datapads que estaban frente a él, desplegados sobre la consola. De tiempo en tiempo, su comlink chirriaba, y alguien le leía una secuencia de números—. Tendremos solucionado todo esto en un par de horas.

Pellaeon se dio cuenta de que había estado tamborileando con los dedos sobre la consola. Baradis lo había interpretado más como una señal de impaciencia, que de ansiedad. Sí, aquello era algo inevitable, pero Pellaeon en aquella circunstancia, se encontraba sobrecogido por un fenómeno mucho más raro… las dudas sobre sí mismo.

«¿En realidad he hecho todo esto porque tenía la tarea de rescatar a una agente? ¿A cualquier agente? ¿Puedo afirmar que eso es verdad?».

«¿Qué mis motivaciones personales no han jugado ningún papel aquí?».

«¿O será que ellos tienen razón acerca de mi persona? ¿Que carezco de la materia prima necesaria, ya que no puedo resistirme a una cara bonita? ¿Qué he puesto en peligro mi nave y mi tripulación por motivos personales?».

No había nada más que pudiera hacer, excepto esperar. La próxima vez que el *Leveler* saltase, tendría que hacerlo de la manera correcta… bueno, con tal de que evitasen emerger del hiperespacio demasiado cerca de una estrella, sería suficiente. Derel se inclinó hacia él, y le señaló los monitores.

—Allí lo tiene, señor —hizo retraer uno de los asientos para que Pellaeon pudiera acomodarse—. Hemos diseñado un puente informático que limita la participación de las computadoras. Podemos apuntar y acomodar las armas de manera manual con las miras de los láseres, podemos verificarlo todo de manera visual con las holocámaras externas, y podemos disparar desde aquí mismo. Sólo se requieren habilidades básicas de artillería. Todos nosotros hemos sido entrenados para poder lograrlo.

«Ustedes nos llaman mongrels[27], ¿no es verdad? Yo llego a enterarme de los rumores que corren a través de la nave. Los seres humanos *regulares* se refieren a ustedes como subhumanos, artificiales, y ustedes nos devuelven el golpe llamándonos meros accidentes —producidos al azar— de la existencia».

---

[27] Mongrel: término en jerga empleado por los soldados clon del Gran Ejército de la República (GAR) para designar a un humano no clónico que ostentaba un liderazgo durante las Guerras Clon. Un mongrel usualmente dirigía en persona a una escuadra, a diferencia de los Jedi, los cuales típicamente le daban sus órdenes al comandante clon para que éste las transmitiera a sus tropas. N. del T.

—Buen trabajo, Derel —dijo Pellaeon—. Te dejo para que selecciones a tu equipo de artilleros. Nuevamente, debo reflexionar acerca de cuán suertudos hemos sido al heredar una fuerza de combate tan preparada como ustedes.

Derel hizo como que estuviera ocupado verificando el panel de calibración de los láseres.

—Antes de que usted lo pregunte, señor, tampoco conozco mucho acerca del proceso de puesta en pie de nuestros efectivos. Según he oído, los Jedi pagaron por adelantado para tenernos disponibles.

—Una situación bastante decente por parte de ellos —dijo Pellaeon—. ¿Cómo vamos, comandante?

Baradis friccionó su frente con el talón de una de sus manos, con los ojos inyectados en sangre. Meriones apareció de la nada con más café.

«Ah, está perdiendo la vocación. Se ha transformado en un camarero».

—En eso estamos, señor.

Pellaeon abrió su comlink y lo conectó al sistema de altavoces de la nave. Una palabra de reconocimiento del viejo, siempre producía maravillas en la tripulación; no había nada peor que ser mantenido a ciegas en medio de un ingenio espacial, o en un compartimento completamente aislado, sin tener posibilidad de saber qué stang estaba ocurriendo.

—Por favor, todos presten atención —dijo, Siempre solía atenerse al procedimiento—. Aquí el capitán. Vamos a saltar de regreso hacia el espacio de JanFathal en algún momento durante las dos próximas horas, según estamos estimando, ya que los cálculos de navegación están siendo realizados de manera manual, así que no tenemos más que…

Fue interrumpido por uno de los operadores de los sensores.

—Contacto confirmado, se encuentra en un rango de trescientos klicks, coordenadas cero-cero-cinco por fuera de proa, elevación cuarenta y dos. Nave saliendo del hiperespacio. —Todo el puente quedó sumido en el silencio—. Confirmado, señor, se trata del *Wookiee Gunner*.

—Establezcan un canal de comunicación, por favor —Pellaeon tuvo que advertirle al carguero de los Jedi, que para aquel momento, los códigos de encriptación ya habían sido cambiados—. *Wookiee Gunner*, tengan en cuenta que nos encontramos en una frecuencia abierta.

Una voz femenina llegó a través del comlink.

—Comprendido —se produjo una pausa—. Se lo haremos saber a la Flota, de tal manera que puedan hacer los ajustes necesarios. Aguarden un momento.

—Demonios, señor, se están volviendo muy formales —musitó Baradis.

Pellaeon se encontraba impresionado de que hubieran podido localizar al *Leveler*. En algunas ocasiones, los sentidos de los Jedi parecían ser capaces de superar a los mejores escáneres.

—Recuérdame que nunca me queje acerca de la imprecisión de los sentidos místicos nuevamente —les dijo.

Le pareció que la espera estaba prolongándose demasiado. Pellaeon contaba los minutos y segundos transcurridos en el chrono del mamparo, el dispositivo análogo que no estaba conectado a la computadora de navegación.

Finalmente, el *Wookiee Gunner* volvió a establecer contacto a través de la red de comunicaciones.

—Aquí la Jedi Ash Jarvee. Los de Comunicaciones de la Flota dicen que ya han cambiado las claves de los códigos, y que nuestras frecuencias son seguras nuevamente. Podemos establecer contacto sin preocupaciones.

Bueno, al menos Pellaeon ahora podría explicarles la magnitud del problema, incluso tomando en cuenta que la Flota no estaría en condiciones de hacer nada por ellos en aquel marco de tiempo, excepto hacerles llegar expresiones de simpatía. Pero también podría intentar establecer contacto con Rex y Skywalker.

—Gracias —le dijo—. Pensé que ustedes ya estarían dirigiéndose a Yarille, a estas alturas.

—Y nosotros pensamos que quizás ustedes necesitarían una mano. ¿Podemos ayudarlos de alguna manera?

—Las computadoras de navegación están más allá del alcance de la Fuerza, pero gracias por la ayuda para restablecer las comunicaciones.

—Oh, les sorprendería saber todas las cosas que podemos hacer —Ash sonaba divertida—. Callista es la más hábil con las computadoras, pero el Maestro Altis nos ha enseñado a todos algunas útiles técnicas de la Fuerza que logró descubrir en sus viajes. ¿Me concede permiso para subir a bordo?

Baradis levantó una de sus cejas. Pellaeon decidió que aquel momento era el más adecuado para abandonar la perspectiva racional del manejo de la información. Si los Jedi habían sido lo suficientemente listos como para ordenar con anterioridad un ejército de varios millones de clones, y una flota complementaria, quizás conocieran más acerca de las fuerzas armadas de la República y de sus sistemas, de lo que dejaban ver.

La razón por la que hacían todo aquello, no era importante en aquel momento.

—Permiso concedido —dijo Pellaeon.

CIUDAD OCUPADA DE ATHAR, EN JANFATHAL

—Uno pensaría que habrían desplegado a los droides buitre.

Coric dirigió la lanzadera hacia el medio de una columna de humo formada en la parte superior de la atmósfera, y siguió su trayectoria hacia abajo, hacia la superficie. Parecía estar volando confiado en los sensores, pero Altis aun mantenía la vigilancia a través de la Fuerza, en previsión de riesgos inesperados.

—Ellos no habrían derribado en un instante, ¿no es verdad?

—Somos un material más valioso como fuente colateral de información y de interrogatorio, que como una barbacoa —dijo Rex—. Además, el dispararnos para derribarnos, significaría que para ellos representamos una amenaza. Y no creo que ellos jamás lleguen a comprender cuánto daño puede ocasionarles un puñado de *húmedos*.

—¿*Húmedos*? —preguntó Callista.

—Orgánicos —Rex hizo un gesto—. Los seres como tú y yo.

Coric giró hacia la izquierda, y de improviso, la lanzadera se encontraba volando en medio de una atmósfera transparente, cincuenta metros por encima de un laberinto ensombrecido de calles aglomeradas en los médanos del lado norte del río, el lado que daba hacia el centro de la ciudad del puente que había estado en disputa. Altis pudo echarle una mirada por encima del hombro del sargento, a medida que la lanzadera se sumergía por detrás de la cobertura de las últimas torres que todavía permanecían en pie. Parecía estarse dirigiendo a los enormes arcos de un viaducto.

Y siguiéndole el paso, estaba el caza torrent de Anakin Skywalker.

Altis ni siquiera necesitaba observar la pantalla de sensores para saberlo. La presencia de Skywalker en la Fuerza, no podía ser ignorada. Era como ser arrastrado por un remolino, una ligera pero definitiva sensación de estar en el borde de algo que podía absorber todo lo que tocaba.

Iba a ser interesante el poder conocerlo cara a cara. No era la más adecuada de las circunstancias, pero… no, esto era algo ideal; la catadura de un hombre se dejaba ver en las situaciones extremas, en el preludio de la muerte, no en medio de una discusión alturada.

—Así que, ¿cuál es el plan? —preguntó Ince. La lanzadera atravesó las profundas sombras, y se asentó sobre sus amortiguadores. Tan pronto como Coric apagó los motores, Altis pudo escuchar el martilleo esporádico de los cañones láser impactando sobre sus blancos—. Estoy a favor de cualquier cosa que haga que nos cobremos la revancha por lo que le sucedió a Vere, señor.

No tenían tiempo para sumirse en el duelo por la muerte de su compañero. Quizás eso fuera lo mejor.

—Veamos cuáles son los planes que tiene el General Skywalker —dijo Rex—. Personalmente, a mí me agrada la idea de apoderarnos de algunos cuantos tanques de asalto de los separatistas, y ver cuánto daño podemos ocasionarles antes de que nos detengan.

—Y luego salir corriendo —dijo Geith.

—Eso también tiene su atractivo, tengo que admitirlo.

Altis empuñó su sable de luz antes de dar un paso hacia afuera de la lanzadera, listo para desviar los disparos que pudieran estar llegando, pero la atención de los separatistas estaba enfocada en alguna otra parte. Ahsoka y Callista saltaron hacia la superficie del suelo, en un intento por cubrir sus flancos.

—Con cuidado, señor —le dijo Rex.

—Siempre me sorprende esto —Altis inhaló el humo en el aire—. En el medio de las batallas, siempre hay algunos pequeños bolsones de tranquilidad. El límite entre la vida y la muerte, es demasiado estrecho.

En la ribera sur del río, los civiles ya estaban aventurándose hacia afuera de los edificios, y permanecían juntos, formando grupos de gente perpleja. Altis deseaba dirigirse hacia ellos y poder localizar a los heridos, intentar ayudarlos, pero tenía que tomar una decisión: todo lo que podría hacer en aquel lugar, era tan sólo ayudar a unos pocos.

«Pero sería algo importante para ellos».

Su gran defecto era el ser indeciso, y él lo sabía. La avidez por encontrar soluciones que hicieran felices a todos. Su prioridad debían ser los Jedi, y los soldados que se encontraban junto con él. No existía ninguna virtud inherente mayor en salvar a unos completos extraños, por mucho que la idea hubiera sido elevada y considerada como algo mucho más encomiable, una curiosa percepción acerca de que el acto de desprendimiento por sí mismo, de alguna manera hacía que las vidas salvadas fueran más valiosas.

Todo quedaba reducido a la percepción del dador, mas no a la del receptor de la dádiva.

—Aquí llega el General —dijo Rex, acuclillándose detrás de la cobertura del arco de un puente—. Y entonces, ¿usted ha estado con anterioridad en situaciones de combate, señor?

—En pequeñas escaramuzas —dijo Altis.

Skywalker-quien en ese momento estaba viniendo detrás de él, justo a su izquierda, se sentía como si fuera el calor irradiado de un horno, cuando sus puertas eran abiertas.

—Pequeñas guerras que han escapado a la atención de la República —continuó—. Yo solía llamarlas *maniobras de mantenimiento de la paz*, pero odio ese eufemismo. Sí, luché en ellas.

Altis se volteó. Anakin Skywalker, con un sable de luz de color azul en la mano, corrió agachado de un arco al otro del acueducto para unirse a todos ellos.

«Así que éste es el Elegido».

—Maestro Skywalker —dijo Altis—. Conocí a Qui-Gon Jinn. Era un buen hombre.

Skywalker le dirigió un asentimiento cortés. Altis llegó hasta él, y colocó una mano sobre el hombro del muchacho. Se trataba de un gesto tanto de curiosidad, como de saludo; y lo que pudo percibir, le produjo tal remezón, que sintió que lograba empezar a entender muchas cosas más, y que a la vez, tenía miles de nuevas preguntas.

El tiempo empezó a ralentizarse. Se trataba de un segundo para todos los que se encontraban alrededor de él, pero para Altis había constituido una eternidad.

Sentía a Skywalker como si éste estuviera hirviendo por dentro, no con ira, no con nada claramente negativo como aquello… no, se trataba de una extraña mezcla de miedo, amor desesperado, y sensación de culpa. Altis casi podía saborearlo. Se preguntó si los otros Jedi habían podido detectarlo, aquella obsesiva, aquella aterrorizada pasión por algo o por alguien que el muchacho parecía pensar que se trataba de su última oportunidad, la

última cosa que él podría tolerar perder después de que todo lo que le había importado antes, se hubiera ido. Se trataba de algo más que amor. Había llegado mucho más allá de eso, hasta transformarse en una responsabilidad y a la vez en un lastre, algo que podía ser empleado para derribarlo al suelo como una cadena de choque para un akk[28]. Y no se trataba de codicia o de ambición: estaba enfocado sobre otro ser viviente.

«¿Algún amor no correspondido?».

No, Altis no lograba percibir que se tratara de eso, no había un anhelo confuso por saber qué palabras o acciones podrían lograr el objetivo, y asegurar una segunda mirada por parte del ser amado. Skywalker exudaba seguridad a ese respecto. Pero ciertamente se trataría de algún amor prohibido, cualesquiera que fuesen las circunstancias, ya que Yoda jamás permitiría que se materializase la manifestación de lo que Skywalker sentía en su interior.

O ellos no podían percibirlo en él, o se rehusaban a aceptar lo que era, o simplemente no eran capaces de reconocer lo que es un amor apasionado.

Altis había podido reconocer aquella clase de amor apenas lo percibió, ya que su comunidad estaba embebida en medio de ella.

Sin embargo, el Maestro aun tenía aquel sentimiento inevitable de que debía ayudarlo, ya que había algo más acechándolo, algo que no le reportaba felicidad, pero era algo demasiado vago como para poder identificarlo por completo. Aquella confusa tormenta de emociones arremolinadas por completo, era algo que nunca solía presentarse en su propia y relajada comunidad. Pero Skywalker parecía haber encontrado algo de paz en medio de todo ello. El simple hecho de ignorarlo y pretender llevar todos esos sentimientos bajo tierra, tan sólo conduciría a que todo aquello se convirtiese en algo tóxico, peligroso, un campo maduro para la distorsión.

«Yoda no se va a tomar a bien el que yo empiece a hurgar en el interior de este Jedi suyo, incluso aunque sea por accidente. Debo encontrar otra manera de ayudar a este muchacho».

—Siempre estaré complacido de conocer nuevos amigos de Qui-Gon Jinn, Maestro —dijo Skywalker. Repentinamente, el presente regresó a la normalidad, aunque tan sólo había transcurrido un segundo—. Sin embargo, de preferencia, en un contexto más amigable. ¿Quizás podríamos conseguir un mejor medio de transporte, y salir de este planeta?

Orientó el pulgar en dirección hacia donde estaba desarrollándose la confrontación, con los ojos fijos sobre las señales de una batalla que estaba arreciando a uno o dos kilómetros en dirección hacia el este, la cual estaba señalada por las columnas de humo, y por el martilleante castañeteo de los disparos de bláster.

---

[28] Los perros akk eran unos grandes repto-mamíferos nativos de Haruun Kal, sensibles a la Fuerza. Tenían dientes triangulares unidos a unas mandíbulas lo suficientemente fuertes como para aplastar el duracero, además de grandes lenguas negras y una piel escamosa inmune al ataque de los sables de luz. Sus musculosas colas estaban bien protegidas por escamas, y eran tan largas como su cuerpo, lo que hacía que sus cuerpos fueran tan largos como aerodeslizadores. Sus cabezas tenían seis cuernos vestigiales dispuestos en un patrón triangular, ojos sin párpados y fosas olfativas junto a la nariz. N. del T.

—Todavía continúan con el desembarco de droides de batalla y seres orgánicos, Eso significa que tienen transportes de tropas tocando el suelo. Y yo he logrado distinguir al menos tres CR-veinte.

Aquello pareció significar algo para Rex y para los otros. Altis pudo sentir cómo se elevaba el estado de ánimo en general.

—Podríamos hacer un pedido de esas naves a los corellianos —dijo Coric—. Pero sería mejor que las probásemos antes de comprarlas.

—Una *prueba de manejo* sellaría el trato, claro que sí —Skywalker sonrió como si estuviera tratando de encontrar un equilibrio entre el ser optimista, y el reconocer que acababan de perder a un camarada—. Busquemos una nave con la pintura bien retocada, tal como nos agrada. Y díganme sus nombres, ya que no nos hemos presentado antes, ¿no es verdad? ¿Y tienen a disposición algunos drones como para realizar un reconocimiento rápido?

—Éste es el último, señor —dijo Ince. Le alcanzó la pequeña holocámara auto-propulsable a su General—. Soy el soldado Ince.

—De acuerdo, Ince, ¿y tú?

—Boro, señor.

—Boro, tú e Ince localicen un CR-veinte para nosotros, y nosotros tendremos que planificar un asalto en dos frentes para apoderarnos de él —Skywalker se volvió hacia los otros—. La agente Devis, supongo. ¿Y…?

—Soy la Jedi Callista Masana —dijo Callista—, y éste es mi novio, Geith Eris.

«Oh… cielos».

La expresión de Skywalker no traicionó la enorme conmoción que Altis sintió que empezaba a producirse dentro de él. Sólo los clones podrían no haberse dada cuenta de lo mucho que lo había impactado en su interior semejante revelación.

«Desearía no saber que tengo la razón justo en este momento».

Pero Rex parecía comprenderlo perfectamente, incluso sin ayuda de los sentidos de la Fuerza. Altis observó que la pieza del mentón de su casco descendía por una fracción de segundo, como si hubiese cerrado sus ojos y asentido.

Skywalker se limitó a inclinar su cabeza de manera educada, desplazándose a lo largo del grupo que había corrido a refugiarse debajo del arco.

—Ahsoka —se le oyó decir—. ¿Y ustedes, soldados, quiénes son?

—Soy Hil, señor. Él es Ross; aquel es Joc. Vere no lo logró.

—Entonces, hagamos esto por Vere. Hagamos que su sacrificio haya significado algo.

El grupo cayó en silencio mientras Ince lanzaba el dron hacia el aire con un capirotazo de su muñeca, como si poseyera un don natural para jugar al wick-ball. El aparato se elevó a gran altura sobre el suelo, una esfera diminuta y casi invisible si tratasen de detectarla contra el telón de humo y caos imperante, y luego de algunos momentos, ya estaba transmitiendo las imágenes del frente de batalla localizado a una corta distancia de su posición actual. Altis estaba observándolo todo en su datapad. Una

irregular variedad de transportes descargaba droides y tropas orgánicas, y luego volvía a retirarse.

—Son los CR-veinte… —dijo Ince, mientras aparentemente levantaba la mirada para observar de frente hacia adelante. En aquel momento, Altis intentaba descifrar el revoltijo de imágenes superpuestas, textos, y símbolos que los jóvenes clones estaban observando en sus HUD—. Veamos hacia dónde se dirigen.

Altis percibió algo a una gran distancia de JanFathal, una fuente lejana pero distintiva de algo que era poderosamente intenso en la Fuerza, y se distrajo por un momento. Su comlink chirrió. Se apresuró a silenciarlo, a pesar de que el sonido de los disparos de bláster podría haber enmascarado cualquier cosa, exceptuando quizás a una banda municipal de gungans.

Se trataba de Ash Jarvee.

—Hemos localizado al *Leveler*, Maestro —le dijo ella—. Esperamos poder llevarlo hasta donde están ustedes dentro de poco.

—¿Qué fue lo que sucedió?

—Un problema técnico. Debo irme, en caso de que logremos arreglarlo…

—Nosotros vamos a intentar apoderarnos de un transporte, y haremos un intento por escapar del planeta.

—No se arriesguen demasiado, Maestro. Ash fuera.

El comlink estaba muerto una vez más. Rex echó una mirada a los alrededores.

—Mi gente ha logrado localizar al *Leveler* —dijo Altis. Todos ellos necesitaban aquella infusión de aliento, especialmente Hallena Devis.

«Él jamás te dejaría abandonada, querida. ¿Acaso no sabes la clase de hombre que es? Él no dejaría abandonado a nadie».

—Y ya está en camino.

—De acuerdo, eso limita la cantidad de tiempo que tenemos para arruinarles el día a los separatistas, pero hagamos lo que podamos —Skywalker se incorporó, pareciendo aliviado por algo más que la simple perspectiva del rescate—. Soldados, ábranse paso hasta llegar a alguna posición sobre aquel puente del camino.

Extrajo su datapad para indicarles una sección elevada del camino, la cual estaba por encima de un campo deportivo en donde un cierto número de transportes de tropas habían aterrizado.

—Nosotros nos abriremos camino desde aquella otra dirección, para converger sobre el campo mismo; ustedes distraerán o desviarán la atención de los seps, y nosotros nos apoderaremos de la nave. Ustedes nos proporcionarán fuego de cobertura hasta que hayamos despegado, y entonces, volaremos a ras del suelo hasta llegar al puente, en donde ustedes embarcarán. ¿Entendido?

Rex asintió. Altis intervino.

—Creo que al menos uno de nosotros debería ir junto con los soldados —dijo—. Callista, ¿te importaría hacer esto por mí? Hallena, tú vienes con nosotros. ¿Te sientes suficientemente bien como para hacer esto?

—Tan sólo tengo un poco de dolor de cabeza —blandió un rifle DC-15—. Y puedo emplear esto bastante bien. Es mejor que quedarme aquí sentada a esperar, ¿no es verdad?

Todos los planes sonaban sencillos. Y luego eran confrontados contra la realidad. Altis lo sabía bastante bien, y no deseaba tener más bajas, si es que podía evitarlo. Callista simplemente le dedicó un asentimiento, y salió disparada junto con Rex y sus hombres, manteniéndose pegados a la línea de árboles y arbustos que corrían a lo largo de la rivera.

Ahsoka se abalanzó al lado de Skywalker, como si estuviera buscando refugio. Hasta el momento, no había pronunciado ninguna palabra. Se quedó observando a Geith, un poco menos recelosa esta vez, pero con seguridad debería estar sintiendo algo de la incomodidad de su Maestro. Él todavía se encontraba conmocionado, y Altis podía percibirlo.

—De acuerdo, ¿Snips[29]? —preguntó Skywalker—. Nunca te había visto tan tranquila antes.

—Me encuentro bien, Maestro.

—Hablaremos acerca de ello más tarde —le respondió. Era bastante claro de lo que se trataba—. Primero lo primero.

—De cualquier modo, ¿qué es lo que hace tan especiales a esos CR-veinte? —preguntó Altis, mientras los seguía de cerca. Hallena mantenía el paso a su lado—. Supongo que son los híper-impulsores.

—Correcto —dijo Skywalker—. Y además que, a diferencia de los otros transportes multitropas de los separatistas, está diseñado para contener tripulación orgánica, así que podremos disponer de oxígeno, y de aquellos otros pequeños lujos del soporte vital de los que no disponen otros transportes de droides.

—¿De qué manera vamos a coordinar todo esto con el *Leveler*? Esa nave va a saltar de regreso hasta aquí. Podría ser que estuviéramos haciendo que regrese por gusto hacia JanFathal, si es que nosotros podemos saltar en el CR-veinte.

—Veré si logramos comunicarnos con Pellaeon una vez que hayamos despegado. Pero primero, necesitamos salir de este planeta. Vamos a atraer una gran cantidad de disparos por parte del enemigo. Así que si el *Leveler* regresa, probablemente vayamos a necesitar de su ayuda.

«Nunca está de más el pensar más allá del próximo paso imposible que estás a punto de dar» —pensó Altis.

«Robar un transporte de los separatistas. Evitar el fuego de los cañones. Salir del planeta. Hacer el salto. Tener la esperanza de que las fuerzas de la República pregunten antes de disparar. Oh, y por supuesto, esperar que el *Leveler* no hiciese un salto en vano, tan sólo para encontrar que ellos ya se habían ido, y que se encuentre rodeado por unas poco amigables naves de los separatistas. Así es esta guerra; se trata de sortear un obstáculo insalvable después del otro, y aquello nunca termina».

[29] Snips: Sabihonda. Apodo dado a Ahsoka por su Maestro Anakin Skywalker. N. del T.

—Todos ellos se encuentran en los sótanos —dijo Hallena, como si estuviera hablándose a sí misma.

—¿Quiénes son ellos?

—Los civiles. Todos aquellos que no estaban involucrados en el levantamiento. Manteniendo baja la cabeza, y esperando a que todo termine pronto.

Las calles se encontraban desiertas. Eso hacía que fuera más difícil el movilizarse: los Jedi eran notorios por el simple hecho de estar en las calles, y no tanto por que su indumentaria revelase que se trataba de Jedi. Sólo Skywalker se encontraba vistiendo el tradicional atuendo de color marrón, aunque se las ingeniaba para disimularlo, envolviéndolo y sujetándolo con su cinturón.

Se trataba de los sables de luz; eso era lo que hacía que se produjera la involuntaria revelación.

Llegaron hasta el final de una hilera de edificaciones, y se enfrentaron con el espacio abierto de una autopista entre ellos y su siguiente refugio, una hilera de tiendas y oficinas. Un par de deslizadores destrozados y quemados —posiblemente patrullas de la policía, a juzgar por los remanentes de la pintura—, todavía estaban humeando en medio del camino.

—No puedo percibir ningún peligro —dijo Geith.

Skywalker lanzó una mirada por los alrededores.

—¿Corremos, o vamos dando pequeños saltos? —preguntó.

Hallena dejó escapar un pequeño bufido.

—Yo estoy de acuerdo con correr, General…

—De acuerdo. Uno a la vez… ¡ahora!

Altis corrió hacia uno de los destrozados deslizadores, y se agazapó detrás de él. Al momento de levantar la mirada para observar por encima del borde superior de la puerta, para verificar si el camino estaba despejado, se encontró cara-a-cara con un cuerpo carbonizado, con las extremidades contraídas, como si estuviera buscando calor. La conmoción hizo que se quedara sin aliento. Decidió sacudirse del breve instante de horror, contó hasta tres, y corrió hacia los edificios. Geith, Ahsoka, y Skywalker ya se encontraban bastante adelantados, cerca del final de la calle, pero Hallena permanecía estando a su lado.

—Así que los poderes Jedi no le proporcionan a uno, una instantánea buena condición física cardiovascular —le dijo ella—. Bienvenido al mundo de los simples mortales como nosotros.

—Así es, pero no olvides que la apariencia añosa, también puede jugar a favor nuestro.

Sin embargo, ella tenía razón: él necesitaba ponerse en forma, estar mejor físicamente, ahora que ya había decidido involucrarse en esta guerra.

—Deberías observarme hacer algo que a un Jedi joven y en forma, le tomaría todo un conglomerado de trucos mentales el poder realizarlo…

Lograron reunirse con Skywalker en una terminal de buses deslizadores que se encontraba al lado opuesto al campo deportivo. El techo de la terminal había colapsado, y los vehículos se veían acomodados en hileras bien definidas, calcinados justo en el mismo lugar en donde había sido estacionados. Incluso desde aquel lugar, Altis podía apreciar baches y cráteres de tierra fresca en la extensión de césped que se abría frente a ellos.

Las buenas noticias, eran que también podía ver los transportes de tropas.

—Son CR-veinte —dijo Skywalker—. Esas cosas de color gris apagado que parecen unas limpiadoras de alfombras gigantes con motores.

—Parece que vamos a necesitar algo de persuasión para abordarlos.

Altis podía ver, tanto como sentir, a algunos seres orgánicos en medio de los droides de batalla. Se trataba de neimoidianos, y un par de ellos usaban visores con proyección de datos incorporada. Eran los pilotos. Altis continuó:

—Aquí es donde la vejez y la perfidia, triunfan sobre la juventud y la experiencia, mi joven General. ¿Ahsoka? Ven aquí, pequeña.

—Me sentiría más tranquilo si me explicase en qué consiste su plan —le respondió Skywalker.

Altis se puso de cuclillas para observar a Ahsoka. Los ojos de ella se encontraban dilatados y recelosos, y dio un paso atrás cuando Altis tomó la bufanda de su cuello, e intentó colocarla sobre la cabeza de la padawan de Skywalker.

—Vamos a cubrir las colas de tu cabeza, para que no seas tan evidentemente togruta, y entonces, tú y yo, unos despojos inofensivos compuestos por una niña y un viejo tonto y senil, nos abriremos paso hasta donde están los neimoidianos y les pediremos su ayuda, ya que acabas de ser herida durante el bombardeo.

Ella permitió que le colocara la bufanda sobre la cabeza.

—¿Y?

—Entonces, corromperemos sus cerebros un poco, a la vieja usanza de los Jedi, nos encargaremos de los droides centinelas, y nos apoderaremos de la nave —Altis miró a los demás—. Para ese momento, espero que puedan brindarnos su apoyo por completo.

—Por mí está bien —exclamó Skywalker—. Primero, asegurémonos de que Rex y su escuadrón se encuentran en posición.

Le dio un golpecito a su oreja.

—Recuerden estar atentos a sus comlinks.

—¿No debería ser yo la encargada de hacer esto? —intervino Hallena—. Ya he tenido bastante de niños arriesgando sus vidas por mí. Y muriendo.

«Así que ésa es la forma en que ella ve a los soldados clon. Acaba de destruir mi confortable estereotipo acerca de los agentes de inteligencia, como seres amorales y de sangre fría, que hacen uso de cualquiera que les sea útil con tal de completar su misión».

Altis se las ingenió para sonreír de manera delicada, con el fin de apaciguar el potencial enfrentamiento. Hallena, incluso con un chichón en la cabeza, un ojo hinchado, y con la expresión decaída producto de la fatiga, se veía como una seria amenaza.

Ahsoka, quien era igualmente capaz de matar, envuelta en su sucio uniforme y con su improvisada bufanda, se veía tan sólo como una pequeña niña abandonada.

Y también era una *peso ligero*.

—Rex se encuentra preparado, Maestro —dijo Skywalker.

«Aquí vamos».

—Estoy seguro de que usted es una formidable luchadora, agente Devis —dijo Altis—. Pero aún delgada como está, yo no voy a poder cargar su peso muerto, y hacer que el enemigo se pregunte porqué este viejo hombre está llevando a esta grande y fuerte muchacha entre sus brazos.

Levantó a Ahsoka del suelo sin previo aviso.

—Pero mi nieta que ha perdido la conciencia, es un anzuelo que ellos van a poder tragarse. Al menos, el tiempo suficiente como para permitirme sacar mi sable de luz…

—Pero… —chilló Ahsoka.

—Silencio, padawan —le dijo— Tú has perdido la conciencia.

Altis se concentró por un momento, poniendo cara de desesperado, y luego de angustiado, y luego corrió hacia los separatistas como si estuviera dando traspiés con sus últimos latidos para salvar una vida.

ÁREA DE PRUEBAS DE LOS SEPARATISTAS, ATHAR

Anakin estaba contento por encontrarse en medio de una refriega. Aquello hacía que su cerebro se disipara de los peligrosos pensamientos heterodoxos que andaban rondando por su mente.

«Jedi. Jedi a los que se les permite casarse. Jedi que no se han visto convertidos al Lado Oscuro por tener compromisos».

Él había escuchado algunas vagas historias acerca de los Jedi disidentes que se aferraban a las viejas y caóticas formas. Nunca había llegado a conocer a ninguno. Y ahora estaban aquí, y la simple realidad se presentaba frente a él, cara a cara, dejándolo sin aliento y sumido en miles de preguntas.

Parte de él, su mente calculadora y agudamente consciente, observaba a Altis mientras éste se abría camino a través del campo deportivo en ruinas, una figura patética que caminaba dando traspiés, con una niña en brazos. La otra parte de él… aquella se sentía resentida y traicionada, sentía como si le hubieran mentido, se sentía como un niño desilusionado que no pudiera confiar más en las personas mayores.

«Enfócate».

Los droides hicieron una pausa, y se quedaron observando, con sus estúpidas cabezas de lata en forma de pájaro, balanceándose y sacudiéndose, con los blásters apoyados contra sus cuerpos, en un estado que no era de completa alerta en absoluto. Los pilotos

neimoidianos permanecieron en sus lugares, y permitieron que Altis se abriera camino hasta donde estaban ellos. Él empezó a cojear, como si estuviera al borde del colapso.

—¡Mi pequeña! —sollozó. Anakin podía escucharlo desde donde se encontraba—. ¡Ayúdenla! ¡Ayúdenla!

«Es todo un actor. Pero él no podría actuar de aquella manera sin ser tocado por el Lado Oscuro. Esto es algo real. Puedo percibirlo. Callista y Geith, también. ¿Por qué nos dicen todas aquellas cosas acerca del compromiso, cuando claramente no son ciertas?».

Anakin no logró escuchar lo que decían los pilotos neimoidianos, pero ellos iban a ser los que terminaran necesitando ayuda.

—Estén alerta —susurró Anakin—. ¿Rex?

—Nos haremos cargo de los neimies, si es que logramos obtener una línea de tiro clara.

En aquel momento, Altis estaba deshaciéndose en gemidos de desesperación.

—¡Ustedes tienen que ayudarla! —les rogaba. En aquel momento, empezaba a producirse una nueva influencia sobre sus mentes. Pero luego, Altis pareció desencadenar otra influencia adicional, diferente a todo lo que le había sido enseñado a Anakin—. Ustedes quieren darle una mirada más cercana a sus heridas…

Dejó a Ahsoka recostada sobre el pasto. Los droides se habían reunido alrededor para mirar, y los dos neimoidianos se inclinaron ligeramente hacia adelante para observarla mejor. Ella tenía una de sus manos enterrada en los pliegues de su traje. Anakin sintió que los dos Jedi se ponían tensos, justo al borde de un estallido de violencia explosiva.

—Geith, Hallena, muévanse, ahora.

Anakin corrió agachado en dirección hacia el CR-20, rodeando la nave por detrás, para llegar hasta la rampa por debajo de la misma. Hallena y Geith se posicionaron en cada uno de los lados de la puerta, con las armas preparadas.

Altis se inclinó sobre el acurrucado cuerpo de Ahsoka, estallando en llanto.

—¡Mi pequeña niña! ¡Está muerta!

Entonces, ambos saltaron como cables rompiendo la tensión que los tenía contenidos, con los sables de luz relampagueando, y los neimoidianos terminaron por sucumbir. Los disparos de color azul de los blásters de los clones que estaban por encima del camino, llovieron como una cortina de cobertura, para impedir que más droides pudieran llegar corriendo para asistir a sus camaradas. Para ese momento, Ahsoka ya estaba segando a los droides centinelas, y Altis estaba acabando con los rezagados. Anakin miró hacia los costados. Si no eran atrapados en medio de un fuego cruzado…

«Concéntrate».

—Tenemos compañía adentro de la nave —dijo Geith, mientras la rampa empezaba a cerrarse.

—Entonces, entremos y saquémoslos de allí.

Hallena miró las cerraduras que permitían abrir las escotillas.

—Tan sólo recuerda que al final tendremos que cerrar de nuevo esta *caja de zapatos*, que para poder volar, debe estar completamente sellada al vacío.

—Tranquila —dijo Anakin, colocando su mano sobre el mecanismo de cierre.

«Tan sólo un pequeño empuje de la Fuerza, el toque más sutil para hacer vibrar el seguro en alguna frecuencia determinada, un poco de impulso de energía, también cortesía de la Fuerza…».

Anakin visualizó en su mente, el mecanismo interno de cierre, y liberó la secuencia de impulsos, hasta que encontró la que era correcta. El aire fue absorbido desde las cerraduras de la rampa, a medida que la bahía quedaba libre para que ingresaran. Tan sólo les había tomado algunos segundos. Sin embargo, había sido suficiente para que Altis y Ahsoka pudieran correr hasta la nave bajo el fuego de cobertura de Rex.

—Tres o cuatro seres orgánicos, y posiblemente, montones de droides —dijo Altis, como dibujando un esquema. Se puso de cuclillas a la izquierda de la rampa, a medida que ésta iba descendiendo—. Puedo percibir una gran cantidad de actividad eléctrica a bordo de la nave.

—Uno no puede percibir a los droides por medio de la Fuerza…

Pero Anakin supo, apenas había acabado de decirlo, que el Maestro Altis podía hacer un enorme montón de cosas que se suponía que no era posible hacer.

—Lo que usted está sintiendo, es una perturbación.

—Puedo percibir un campo eléctrico y las variaciones que se dan en su interior. Es una habilidad útil que deberías practicar.

El fuego de los blásters, procedente del puente que se encontraba por encima del campo deportivo, continuaba cayendo sobre las filas de los droides que avanzaban a través de la extensión del pasto. Los hombres de Rex y Callista, se encontraban en una situación comprometida, y sólo les tomaría algunos minutos a las fuerzas separatistas, el presentarse con una fuerza abrumadora, contraatacando probablemente desde el aire. Anakin levantó su mano.

—¡Tres-dos-ahora!

No era la forma de tomar por asalto una nave grande, pero no tenían tiempo para hacerlo de la manera correcta, abriendo brechas desde dos o más posiciones en forma simultánea. Tan sólo se abalanzaron sobre la rampa, desatando una tormenta de disparos de bláster, repeliendo los rayos de energía, y desviándolos hacia cualquier cosa que se interpusiera en su camino. Hallena, quien no tenía una armadura, y tan sólo dependía de su velocidad y de su rifle, no tenía mayor opción que colocarse detrás de los Jedi para usarlos como cobertura. Anakin la empujaba hacia atrás cada vez que ella intentaba pasar al frente. Las únicas posibles coberturas, eran los puntales que sostenían la cubierta, y que corrían a lo largo de toda la extensión de la bahía, hasta llegar a la rampa.

—Allí arriba —le dijo él, señalando el portal que estaba al final de la bahía de carga—. ¿Puedes llegar a los controles de emergencia? ¿El panel de anulación con los botones amarillos y negros? ¿Podrías cerrar las puertas de la bahía por detrás de nosotros?

—Tan sólo obsérvame —le respondió Hallena—. Será mejor que… mejor no.

La adrenalina era algo mágico. Hallena pareció encontrar una energía renovada mientras salía disparada hacia la escalera, hasta llegar al portal… un semicírculo de planchas de dura-acero con peldaños que corrían a lo largo de todo su diámetro. Mientras empezaba a escalar, Altis y Ahsoka se lanzaron en persecución de tres droides que escapaban a través de un pasadizo para alejarse de la bahía. Anakin escuchó el pesado cierre de una escotilla, seguido por el zumbido y el ronroneo de los disparos de bláster, siendo empleados con mano pesada. Estaban intentando cortar la compuerta para evitar que se cerrara.

Anakin no pudo seguir prestando atención, ya que se encontró demasiado ocupado lidiando con un quarren enfundado en un traje de vuelo que había aparecido desde el costado de estribor. Salió de detrás del puntal que corría a lo largo de la rampa, para atraer los disparos del quarren, y alejarlos de Hallena.

Una vez que la rampa estuviera levantada y asegurada, recién la nave podría despegar. Si todavía había a bordo algunos pocos separatistas que eliminar, pues bien. La prioridad era despegar, recoger a Rex y a los demás, y salir corriendo.

A medida que corría en dirección hacia el quarren, y le daba una estocada con su sable de luz, la bahía empezó a oscurecerse. Logró escuchar el agudo chirrido de los engranajes. La rampa estaba elevándose al doble de su velocidad; Hallena había logrado alcanzar los controles de emergencia. Los ojos del quarren —como si fueran esferas de vidrio vistas desde aquel ángulo—, brillaron reflejando el destello de la hoja de color azul. Anakin elevó el sable de luz, atravesando de abajo hacia arriba todo su pecho.

Podría haberse tratado de una hembra. Anakin nunca estaba seguro con los quarrens, a menos que estos hablaran. Éste no había tenido la menor oportunidad, no había dicho nada, excepto un gruñido estrangulado.

En aquel momento, nada se interponía entre Anakin y la cabina del piloto. El casco de la nave retumbaba bajo el impacto de los disparos de bláster procedentes del exterior. Con seguridad, Rex debía estar enfrentando un asalto bastante consistente. En el mismo momento en que Anakin irrumpía en la cabina, Altis y Ahsoka hicieron su aparición a través de una escotilla que comunicaba con la cubierta inferior.

—Nunca he volado uno de estos —confesó Anakin, jugueteando con los conmutadores de energía para encender la nave. Los motores gimotearon, mientras volvían a la vida—. ¿Qué tan difícil podría ser?

—El despegar es la parte fácil —Altis se dejó caer en el asiento del copiloto—. Mantenerlo estable mientras bajas la escotilla para que Rex y sus hombres suban, ésa va a ser la parte más difícil.

De repente, todo parecía hacerse mucho más fácil, estando con Altis. Anakin sentía como si lo hubiera conocido toda su vida. Había una chispa en común entre ellos, quizás y de alguna manera, algo de la influencia de Qui-Gon. En realidad, no importaba. Todo lo que a Anakin le importaba en aquel momento, era activar la horquilla de la cabina para elevar la nariz de la nave, en el menor tiempo posible. El CR-20 empezó a separarse del suelo. Una granizada de disparos de bláster de color rojo, empezaron a impactar sobre el

ventanal. Y en ese mismo momento, la nave se elevó a gran altura de manera vertical. Antes de que se dieran cuenta, ya se encontraban a cien metros por encima de la superficie, y Ahsoka estaba siendo arrojada hacia los costados mientras intentaba aferrarse al respaldo de su asiento.

Inclinó la nave hacia estribor. Por debajo de él, en la sección elevada de una autopista, un pequeño grupo de armaduras blancas junto con una pequeña figura envuelta en un traje de vuelo, estaban intercambiando disparos de bláster con los droides sobre la superficie, desde la cobertura que les brindaba una barrera compuesta por algunos deslizadores completamente calcinados. Uno de los soldados estaba caído sobre el suelo.

Tenía algo de sentido el aterrizar en la autopista que se encontraba detrás de ellos. Pero aquello dejaría expuesto al equipo de Rex, todos los cuales se verían forzados a dar la espalda cuando finalmente decidieran replegarse corriendo para ser rescatados.

Anakin decidió caer sobre la línea frontal de fuego de los droides, formando una barrera defensiva que protegiera a sus hombres, mientras hacía descender la rampa.

—Somos Jedi —le dijo él—. Si nosotros no podemos hacer bajar una rampa por encima de un puente, mientras permanecemos estáticos sobrevolando en el aire, pues entonces, ¿quién podría hacerlo?

CAPÍTULO X



El compromiso es una habitación cerrada. Puede ser un santuario, o una prisión; ambos tienen las puertas cerradas. La delgada línea entre ambas, la hace la persona que sostiene la llave, y en qué dirección está dispuesta a hacerla girar.

—Maestro Djinn Altis, en conversaciones con sus estudiantes

AUTOPISTA REAL DE CADAMAN, ATHAR

—Son droides buitre —dijo Joc, levantando la mirada.

Tan sólo era cuestión de tiempo. Eventualmente, incluso los comandantes droides descubrirían qué era lo que tenían que hacer, aquellos tontos *barbas* latosos.

Rex mantenía un ojo sobre el CR-20, mientras éste empezaba a detenerse, y giraba su cola ciento ochenta grados hacia el ángulo derecho del camino. La cobertura provisional que habían conseguido —al desplazarse hasta llegar a los deslizadores terrestres abandonados precipitadamente contra uno de los pilares que soportaban la suspendida sección de la autopista—, no iba a poder protegerlos para siempre.

—¿Cómo está Ince?

—Lo tengo echado por aquí —Hil presionaba fuertemente un tapón de gasa sobre la ingle de Ince, intentando detener el sangrado que corría por su muslo, mientras mantenía la presión sobre la arteria femoral—. En el mejor de los casos, dentro de poco podremos moverlo…

—Deja que me haga cargo —dijo Callista—. Yo también puedo emplear la Fuerza como parte de administrar primeros auxilios.

Por encima del CR-20, un droide buitre se le abalanzó disparando sus ametralladoras. La nave se estremeció después de recibir el inesperado embate. Luego de ello, el buitre se separó para zambullirse hacia la posición de los clones, escupiendo disparos de láser, haciendo que se abrieran múltiples grietas en el pavimento que se encontraba detrás de ellos, y esparciendo los escombros como si se tratara de alguien que hubiese abierto una cremallera, arrojando por todos lados grandes pedazos de permacreto. Rex se agachó al mismo tiempo que Callista levantaba su mano para desviar los escombros, lanzándolos dando tumbos por encima del borde de la autopista, como si se tratara de una pequeña avalancha en miniatura. Después de la arremetida del droide, ella apartó el rifle de Ince —se había tratado de un disparo muy preciso, notó Rex—, y se acercó al soldado que yacía herido.

—De acuerdo, Hil, tan rápido como puedas… ¡ahora!

Ella deslizó su puño, con los nudillos mirando hacia abajo, sobre el paquete de gasas al tiempo que Hil retiraba su mano. Ince dejó escapar un ruido que sonaba como si estuviera queriendo hacer presente una protesta.

—No tienes por qué sentirte avergonzado, Ince. Prácticamente soy una mujer casada. Vamos. Háblame. Tienes que permanecer despierto.

Ince murmuró algo ininteligible. En aquel momento, Rex no le quitaba la mirada de encima al buitre, y mantenía constante una barrera de fuego de bláster sobre el droide, hasta que fue ensombrecido por el CR-20 que iba descendiendo sobre la autopista en un ángulo tal, que la rampa quedaba alineada con uno de los extremos abiertos de la improvisada barrera de los restos de los vehículos. Diez metros lo separaban del borde del camino, lo cual significaba seis o siete segundos de carrera entre ellos y la abierta bahía de la nave. Ince tendría que ir en primer lugar. Rex empezó a planificarlo todo en el interior de su mente.

«Callista podría hacer alguna cosa de la Fuerza para contener el sangrado mientras lo arrastramos con su cincha. Ellos son capaces de hacerlo. He visto a algunos Jedi hacer cosas bastante raras. Unos pocos segundos de presión mantenida por la Fuerza, debe ser algo fácil de lograr para ella».

La cola del CR-20 giró nuevamente dando la espalda al camino, destrozando la barrera de desechos, lanzando sus restos rebotando sobre el permacreto. Se movió hacia adelante unos pocos metros, y lo intentó de nuevo, y finalmente la sección que daba acceso a la rampa rasguñó la superficie del permacreto, provocando chispas antes de que se detuviera completamente de manera ruidosa, mientras el resto de la nave levitaba a poca altura en el aire, a unos cuarenta grados con respecto a la barrera, y con los motores gimiendo. Rex les indicó a sus soldados que estuvieran preparados.

La voz de Skywalker irrumpió en su circuito de comunicaciones.

—Rex, la rampa va a descender en este momento.

—Copiado, señor. Ince está herido, así que vamos a hacerlo entrar primero, mientras Ross y yo mantenemos ocupado a ese buitre.

Las rondas de disparos de láser impactaban por encima de la barricada de vehículos, y restos de metralla al rojo vivo, golpearon el visor de Rex. La puerta de la rampa quedó abierta. Segundos, tan sólo algunos segundos, y todos estarían fuera de allí.

—Tan sólo prométame que va a llevar a Ince a algún lugar seguro, señor.

Skywalker titubeó por un momento.

—Lo haré, Rex.

Nunca antes, Rex nunca le había hecho una petición como aquella. Se sintió brevemente desconcertado. Pero en aquel momento, Ince empezó a importarle más que cualquier otra cosa.

«¿Y por qué me siento así? ¿Acaso creo que todo me va a salir mejor si él sigue vivo algunas semanas o meses, o incluso más tiempo en el frente de batalla, antes de que alguien le haga algunos agujeros?».

—De acuerdo, Ross, mantén el fuego de cobertura junto conmigo. Todos los demás, encárguense de cargar a Ince y salgan corriendo a mi señal.

Callista se las ingenió para mantener su puño presionado contra la arteria de Ince mientras los demás lo levantaban, manteniéndolo suspendido de sus cinchas, con las piernas más altas que su cabeza para ayudar a que su corazón pudiera trabajar mejor con el reducido volumen sanguíneo producto de la hemorragia. Rex decidió esperar algunos segundos más. La rampa no estaba completamente abierta todavía, pero la abertura ya empezaba a ser lo suficientemente amplia como para que pudieran subir a bordo a Ince.

—¡Ahora, ahora, ahora!

Los droides a nivel del suelo no tenían una línea de tiro clara, ya que el CR-20 bloqueaba su campo de visión, pero el buitre era más difícil de evadir. Aquella cosa podía aterrizar y caminar después del rotar sus alas para convertirlas en piernas. Rex, rápidamente había aprendido a temer a los buitres, incluso más que a los SBDs[30], los voluminosos droides de batalla que hacían que los droides regulares se vieran como meros juguetes. Un buitre era listo, persistente, y podía desempeñarse bastante bien ya sea en tierra, aire, o en el espacio. Rex se preguntó por un momento si aquellas malditas máquinas también podrían nadar. Si se hubiese encontrado cerca del río, le habría gustado probar su teoría y sacar sus conclusiones personalmente.

Y este buitre era tan ágil y persistente como todos los de su clase. Aterrizó, con sus extremidades de duracero rasguñando la superficie del camino, y empezó a claquetear en dirección hacia los vehículos destrozados, con el cañón apuntado. Podría haberlos convertido a todos en restos carbonizados en ese mismo momento. Pero simplemente estaba aproximándoseles con paso majestuoso.

«¿Por qué? ¿Por qué quiere capturarnos y no destruirnos?».

—Ross —dijo Rex—, lárgate, ¡ahora!

—Señor…

Rex podía observar la parte superior del buitre moviéndose en dirección hacia ellos. Ahora se encontraba a un par de metros; en ese momento, ya podía escuchar el leve siseo y el chirrido de sus servo-motores a medida que iba reduciendo la distancia que los separaba, acechándolos. Ahora se encontraba a su altura, un extraño mirándolo desde el otro lado de una pared de metal.

Como cualquier otra cosa provista de armas, el droide podía ser capaz de emplear su cañón, o sus alas con bordes cortantes. Rex nunca había deseado estar tan cerca para sostener un encuentro personal con un buitre, pero el hecho era que incluso podía percibir el olor ligeramente grasoso de su aceite lubricante, por lo que se preguntó si realmente valía la pena tener semejante acercamiento.

«Un acercamiento tan personal».

Le hizo un gesto a Ross.

«Empieza a moverte, lentamente».

---

[30] SBDs: B2 Super Battle Droids. Súper Droides de Batalla B2. N. del T.

La expresión de rostro de Ross, detrás de su visor, tan sólo podía ser adivinada, pero Rex pudo escuchar la ralentización de sus respiraciones. Ross se agachó para mantener su cabeza por debajo del nivel de la barrera, y empezó a moverse de manera gradual hacia el extremo abierto de la misma, el cual estaba casi en línea con la rampa del CR-20.

—Rex, ¿qué es lo que los tiene retenidos? —la voz de Skywalker resonó en su casco—. Estamos recibiendo una gran cantidad de disparos.

—Tenemos compañía —le respondió muy despacio—. Un buitre, que ha aterrizado, y está aproximándose. Deme algunos momentos más.

Nuevamente, le hizo un gesto a Ross. Podía ver al buitre mientras éste se desplazaba hacia adelante y hacia atrás para sobrepasar las hendiduras y los agujeros que dejaba entrever uno de los deslizadores destrozados.

«Podríamos saltar por encima de él».

—Ross, a mi señal…

—¿De qué se trata, señor?

—Vas a hacer de señuelo. Cuando te diga que te muevas, sal por fuera del borde.

La fe de Ross en su capitán, estaba siendo puesta a prueba.

—Puedo hacer de señuelo, señor.

—De acuerdo… ¡ahora!

Ross hizo que los escombros crujieran un poco, mientras se arrastraba para llegar al extremo de la barrera, con el rifle sostenido entre sus manos a la altura de sus hombros. El buitre se quedó congelado por un segundo, zumbando muy despacio, y luego se escuchó el tap-tap-tap de las puntas de sus alas, mientras cambiaba de dirección hacia la fuente del sonido.

Rex tomó su cuerda de escalar en una mano, y su arma en la otra.

Tap-tap-tap.

En el momento en que vio que hacía volar la estrecha grieta en la pared de los escombros, para ampliarla, rodó sobre la parte superior del deslizador, disparó el garfio a quemarropa entre sus piernas, y presionó el control del cabestrante en su cinturón. El buitre se dio vuelta, ya enredado en medio de la cuerda. Rex fue arrastrado por encima de la barrera de tan mala manera por el motor en miniatura, que se golpeó de frente contra la cubierta del droide, y cayó rodando hacia un costado. Pero todavía lo mantenía sujetado por el garfio y la cuerda.

«¿Acaso estuvo demasiado cerca, amigo? Veamos quién parpadea primero».

Rex se aferró al droide como si se tratara de su vida, asegurando una de sus patas, mientras la máquina giraba para tratar de deshacerse de él, haciendo que la cuerda se enredara más a su alrededor. El buitre no podía emplear sus láseres sobre un blanco que estaba pegado a sus propias extremidades, y ahora ni siquiera podía volar. Intentó rodar, se sacudió y giró. Rex lo mantenía sujetado fuertemente. El mundo alrededor suyo titiló y destelló a través de la imagen de su HUD, y su cabeza golpeó el suelo de manera tan fuerte, que sacudió toda su dentadura, a pesar del casco. Lo mejor que podía hacer, era

aferrarse con ambas piernas y un brazo, mientras que con su mano derecha, posicionaba su bláster por debajo… del mentón de aquella cosa.

Él pensaba en la cosa esa, como si sólo fuera un mentón. Luego abrió fuego, y continuó disparando. El tiro pareció desviarse un poco, luego de que el arma rebotara producto del impacto. La siguiente cosa que llegó a saber, era que el buitre había dejado de moverse; se tambaleó, y cayó sobre un costado, golpeándolo también a él contra el suelo.

«No estoy muerto».

El campo de visión de su casco cambiaba constantemente y aparentemente al azar, pero estaba consciente y respirando. El alivio le duró poco. Logró distinguir el bdapp-bdapp de las continuas descargas de los blásters, y el ocasional boom de un cañón que estaba bastante cerca.

Alguien aferró su muñeca, e hizo que se incorporara, todavía envuelto en la cuerda de escalar. De repente, el visor de Ross estaba justo delante del suyo.

—Debemos continuar moviéndonos, señor.

Ross cortó la cuerda, y terminó de liberar a Rex.

—¿Lo ve? Las piernas de estos droides se desprenden más rápido de lo que yo pensaba.

Rex miró hacia atrás por un momento, mientras corría hacia la abierta rampa del CR-20. No le sorprendió que el buitre se hubiera desplomado. Mientras él había estado encargándose de la cabeza del droide con su arma, Ross debía haberle disparado a una de las articulaciones de sus alas. En aquel momento, ya no iba a poder ir a ningún lado. Los láseres no son de mucha utilidad cuando tu atacante no está en frente de ti, y tú no puedes moverte.

«Para que te disparase, lo que uno tendría que hacer, sería correr hacia sus brazos».

Pensó que aquello era cierto también para todos los otros droides.

La rampa empezó a cerrarse apenas sus botas tocaron el metal. Rex se retiró el casco, frustrado por la pantalla cuyas imágenes giraban de manera lunática, y oprimió el botón de reinicio que había adentro. Se agarró a la baranda de seguridad más cercana, al tiempo que el CR-20 despegaba y dejaba escapar algunos chirridos que producían un eco por todo el casco de la nave, mientras la cola de ésta raspaba el camino algunos metros antes de levantar el vuelo. Tenía la esperanza de que los aterradores sonidos que hacían temblar la nave, tan sólo fueran la reverberación de los cañones que desperdiciaban sus disparos en medio de las líneas de los *latosos* que habían dejado atrás. Cuando levantó la mirada después de inspeccionar su casco, Ross estaba dirigiéndose hacia la escalera más cercana. Hallena estaba esperándolos en la parte superior, observando hacia abajo desde el portal.

—Eso fue algo inusitadamente valiente, capitán —Hallena deseaba expresarle su admiración.

—Ésa era la única opción que me quedaba —le respondió Rex—. ¿Y cómo está Ince?

NAVE DE ASALTO DE LA REPÚBLICA *LEVELER*, SISTEMA PORESSI

—¿Usted desea continuar con esto? —le preguntó Ash Jarvee.

Pellaeon estaba preparado para intentar cualquier cosa en aquel momento.

—¿Va a explicarme cómo es que realmente funciona lo que pretende hacer?

—Podría intentarlo, pero… es más como una sensación.

«Sí, incluso él está preparado para intentar hacer navegar su nave confiando sólo en algunas sensaciones».

—¿Cómo así?

—Nosotros podemos ejercer alguna influencia sobre los objetos inanimados —máquinas, computadoras— a través de la telequinesis, pero además también podemos detectar en qué lugares no está presente la Fuerza en medio de todo el universo, de tal modo que podemos saber lo que se siente ser una máquina. Podemos desplazarnos a un estado de co-existencia con ellas.

Pellaeon pareció masticar todo aquello durante un momento.

—No puedo pretender entenderlo —se escuchó decir a sí mismo—. Pero imagino que significa que ustedes pueden rellenar las brechas entre los átomos y re-direccionar la energía. Para mí suena como algo peligroso, pero si…

—Justo en medio de las más pequeñas variaciones detectables en los circuitos y cristales de sus computadoras. Sus términos son bastante imprecisos, pero… nosotros podemos saber una vez que hemos logrado arreglarlos. Es una habilidad bastante rara, incluso entre los Jedi.

Pellaeon inspeccionó nuevamente el chrono que registraba el Tiempo Galáctico Estándar, incapaz de impedir que el nudillo de su dedo índice alisase su bigote, desde la nariz hasta el labio. Hallena, Rex, y todos los demás que estaban junto con ellos, no podían permitirse el lujo de que estuviera desperdiciando el tiempo.

—¿Señor? —uno de los Jedi jóvenes levantó un dedo nervioso, como si estuviera pidiendo permiso para hablar—. Quizás usted debería pensar en nosotros, los Jedi, como un equivalente de darle un golpecito a un holo-receptor para poder arreglarlo. Excepto porque nosotros tenemos mucha, mucha suerte al golpearlo, y siempre logramos que se reciba una buena imagen al final.

Pellaeon asintió.

«Yo mismo he hecho cosas más locas en la guerra contra los piratas».

—Pues entonces, denle un golpecito. Recuérdenme jamás ponerme en contra de ustedes, amigos.

El grupo de excéntricos Jedi juntaron sus manos formando un círculo sobre su puente, como si se tratara de niños jugando a algo.

«Tan sólo se trata de otro tipo de tecnología, algo fuera de lo común. Esta guerra ha cambiado la definición de normal, hasta hacerla irreconocible».

«En fin, hidro-llaves de tuercas, desmagnetizadores… Jedi».

—Propulsión, navegación, estén preparados —Pellaeon hizo un asentimiento en dirección a Baradis—. Derel ¿están preparados todos los equipos encargados de los cañones?

—Sí, señor.

Si Pellaeon no se encontraba completamente convencido de que el *Leveler* podría saltar de regreso a la posición que esperaba, al menos saldría del hiperespacio con todos los cañones y los turbo-láseres preparados para la acción. Miró a Ash y asintió. Luego, se inclinó hacia adelante y presionó la bocina de emergencia, haciendo correr la alerta a lo largo de toda la nave. Las luces se encendieron en su consola de mando.

—Empiecen la secuencia manual de salto —pronunció.

Baradis no despegaba sus ojos de la pantalla.

—Propulsión, motores enganchados.

Los Jedi cerraron sus ojos, y algunos de ellos bajaron un poco sus mentones. El más viejo de todos ellos, aparentaba tener unos veinte años. Aquello no molestaba en verdad a Pellaeon, como sí la completa falta de cualquier cosa tangible parecida a algo de ingeniería, lo cual era ligeramente enervante para un hombre responsable por una nave de guerra con varios cientos de manos a bordo.

Los motores del *Leveler* dejaron escapar una nota apagada, que iba en aumento, la cual estaba justo al límite de sus capacidades auditivas. Entonces, por un segundo que se sintió como si simplemente no hubiera sido registrado en el chrono, las estrellas que eran visibles a través del ventanal, se estrecharon formando unos haces de luz blanquecina. El *Leveler* se encontraba al borde de su potencial destrucción. El quejido de los motores alcanzó su pico máximo, y…

Shhbb-unnk.

La nave completó el salto.

Tan sólo era cuestión de algunos minutos. Pellaeon no tenía la intención de saltar más allá del espacio de JanFathal, sino tan sólo lo justo para regresar al mismo lugar y poder volver a saltar, pero a aquellas velocidades, algunos segundos podrían representar el haber sobrepasado a todo un sistema estelar. Baradis observó el chrono del mamparo, comparándolo con el suyo propio, a medida que éste proyectaba las fracciones de segundos en un confuso borrón de símbolos. Sin la intervención inadvertida de la computadora de navegación, que controlaba millones de operaciones de cálculos de manera simultánea, él tenía que escoger el momento preciso para desacelerar, y salir del hiperespacio. En ese instante, Pellaeon no podía sentir envidia por él. Baradis tendría que tomar la decisión de salir sin contar con las coordenadas precisas que le impidieran cometer un error.

«Como estrellarse contra el planeta».

Los Jedi todavía se veían sumidos en aquel trance, comulgando de alguna forma con la computadora de navegación, y con el mundo físico del espacio real. Pellaeon se sentía

como un pasajero nervioso que estaba intentando contar los edificios para distraerse del salvaje viaje que estaba padeciendo.

Antes de la guerra, él sólo había conocido a los Jedi como pasajeros guardianes de las leyes locales, como agentes de la República, o como sombrías figuras monásticas que aparecían ocasionalmente como respaldo y protección del Canciller o de algún senador. El Templo Jedi era un punto destacado de la geografía de Coruscant, pero era un templo cerrado a casi toda la mayoría del resto de la población, y cada vez que él volaba sobrepasando las cuatro torres que había en sus esquinas, se preguntaba qué sería lo que estaría sucediendo en ese momento en medio de sus antiguas e inflexibles paredes.

Pues estos Jedi de Altis tampoco lo sabían. ¿Acaso aquello no era algo extraordinario? ¿Cuántos otros tipos de usuarios de la Fuerza no ortodoxos existirían? Estaban los excéntricos, los oportunistas, los libre-pensadores, aquellos que eran aficionados a un conocimiento mucho más arcano, y estaban los que tenían familias. Pero éstos que estaban en su nave, eran los más radicalmente diferentes de los ascéticos de la Orden del Maestro Yoda, y en cada uno de sus más pequeños detalles, según podía apreciar. Ellos podían ser catalogados como la tía excéntrica que todo el mundo preferiría evitar en las reuniones familiares, después de que ésta hubiera bebido algunas copas de más de ginebra sullustana. A él, estos Jedi tampoco le agradaban mucho.

Benb, el técnico, permanecía de pie en las cercanías del puente, con ambas manos aferradas a una baranda de seguridad, con la mirada perdida en la distancia, y ocasionalmente, fijándose en el chrono. Parecía ser un tiempo angustiosamente prolongado, para tratarse de tan sólo algunos minutos. Pellaeon se encontró con su mirada.

—No pienso insistir haciéndole una demanda sindical —musitó el técnico.

—Un minuto estándar —declaró Baradis—. Propulsión, preparados.

«Y quizás terminemos a tan sólo unos pocos años luz de distancia del Núcleo Estelar».

—Treinta segundos.

«Sin embargo, me siento contento de que haya sido el *Leveler* el que recibiera la llamada de auxilio de Hallena».

—Veinte…

«Debería estar completamente fuera de mí con tantas preocupaciones, pero no lo estoy. ¿Acaso no tengo ya suficientes problemas?».

—Diez…

«El preocuparse no ayuda. El resolver los problemas, sí. Enfócate. Evalúa las cosas desde la perspectiva correcta. Ésa es la única manera».

—Cinco…

«¿Y es que nadie ha pensado en enviar una nave para apoyarnos?».

—Cuatro.

«Suele pasar. Nunca estuvimos preparados para afrontar esta guerra».

—Tres.

«Excepto por el ejército de los clones, por supuesto».

—Dos.

«Sucios políticos. ¿O quizás los Jedi se anticiparon a lo que veían venir, y decidieron estar preparados? ¿Pero en beneficio de quién?».

—¡Desenganchen los motores!

Las especulaciones de Pellaeon finalizaron de manera abrupta cuando el panorama de las estrellas volvió a mostrar sus normales puntos brillantes de luz, y los pelos de su nuca empezaron a escocerle. El espacio normal. El espacio real. ¿Pero en dónde estaban?

El arremolinado disco de color verde de JanFathal empezó a llenar la sección derecha más lejana del ventanal de su puente. Ash se balanceaba de arriba hacia abajo, como una adolescente excitada por la emoción del momento, sonriendo de oreja a oreja. Realmente, *era* una adolescente excitada. Además, estaba en medio de una guerra. Pellaeon apenas tuvo tiempo para hacerle la señal de los pulgares hacia arriba, y luego conectó el sistema de comunicaciones de la nave con el canal con el que había estado al habla con Skywalker y Rex. Derel le hizo mención de que habían llegado exactamente al punto desde el que habían saltado con anterioridad.

—Enemigo avistado, en un rango de cuatrocientos klicks, cerca de JanFathal, dos naves persiguiendo a un CR-veinte, cuatro naves separatistas más cambiando de curso —el oficial clon para asuntos de guerra, hizo una pausa para verificar los monitores, mientras el equipo del puente se preparaba para apuntar las baterías de turbo-láseres—. Turbo-láseres uno, tres, cinco…

*****

—*Leveler*, somos nosotros —se escuchó la voz de Skywalker a través del comlink—. El CR-veinte. Tenemos a dos seps en nuestra cola, y un herido de gravedad a bordo. Ignoren sus códigos de transpondedor. Repito, ignoren sus códigos de transpondedor.

—General, estamos trabajando con procedimientos básicos —respondió Pellaeon—. Miras manuales. Gracias por avisarnos. ¿Pueden escapar de ellos? ¿Pueden saltar?

—Saltar, sí. Escapar de ellos, quizás. Pero esta nave les pertenece, y todas se encuentran conectadas entre sí, a través del sistema de mando de los droides. Ellos lograrían detectar hacia qué dirección hemos saltado.

—¿Cree que pueda hacerla aterrizar en la cubierta de hangares?

—Si nos hacen espacio…

Pellaeon dirigió un gesto hacia Rumahn.

—Despejen la cubierta de hangares, Número Uno. General, van a tener que seguir nuestras instrucciones. Vamos a aproximarnos a ustedes para cerrar la brecha, pero ustedes van a tener que hacer algunas maniobras evasivas para salir de la línea de fuego, mientras nos encargamos de deshacernos de las dos naves que los están persiguiendo.

—Copiado, capitán. Tan sólo asegúrense de que las puertas de la bahía se encuentren abiertas por completo, y nosotros nos encargaremos del resto.

Los Jedi eran pilotos muy confiables. Algunas veces, Pellaeon se preguntaba si acaso algunos de ellos tenían delirios de inmortalidad. Hizo que la pregunta con respecto a quién podría ser el herido de gravedad, quedara almacenada en la parte posterior de su cerebro, ya que era la única forma de despejar el camino de lo que necesitaba hacer en aquel momento. La nave se encontraba de nuevo en manos de los simples mortales compuestos de carne y sangre, de una tripulación que conocía sus tareas, y la forma en que debía llevarlas a cabo, incluso con los sistemas esenciales poco funcionales, pero definitivamente era algo útil el tener a algunos Jedi para ayudar con la computadora de navegación; también necesitarían de dicha ayuda muy pronto, cuando necesitasen saltar para escapar del sistema.

—Grupos de control de daños, equipo médico de emergencia, permanezcan alertas en la cubierta de hangares —los nudillos de Rumahn estaban poniéndose de color blanco mientras mantenía el comlink cerca de su boca. Si una nave tan grande golpeaba la cubierta de manera equivocada, entonces el daño podría ser catastrófico—. Tripulación de cubierta, preparados para un aterrizaje de emergencia…

—Baradis —dijo Pellaeon—, por favor, llévenos hasta allí. Derel, puede entablar combate con el enemigo en el momento en que lo considere necesario. Jedi Jarvee, equipo de propulsión, permanezcan alertas para sacarnos de aquí tan pronto como el transporte esté a bordo, y la bahía haya sido asegurada.

El *Leveler* empezó a desplegar su acometida para iniciar el ataque. No era la forma que indicaba el libro de texto en que se debería montar un rescate, y Pellaeon además sabía que podría haberle dado inicio con sus misiles de concusión en aquel momento. A como iba presentándose la curva de aprendizaje, esto iba a ser como una escalada vertical sobre una de las montañas de Hoth, pero sin contar con el ropaje adecuado.

Pellaeon permanecía indeciso con respecto a decir algo inspirador y que estuviera a la altura de las circunstancias como «vamos por ellos», pero no estaba convencido de que fuese lo más adecuado en aquel momento. No había gloria inherente en hacerse matar sin motivo. Pero sí tenía bastante sentido el hacer que sobreviviese una nave en mal funcionamiento como para pelear otro día.

«Lástima que los misiles de concusión no se encuentren operativos».

En las pantallas de los sensores —con problemas técnicos o no—, él podía apreciar a las más distantes de las naves de los seps, encaminándose en su dirección. El *Leveler* se abalanzó sobre las otras dos naves que estaban a la caza del CR-20, devorando la distancia de manera tan rápida, que el resplandor de los disparos de los cañones, ahora era visible con el ojo desnudo, sobre el telón ensombrecido del planeta. O los separatistas carecían de una gran habilidad en la práctica de artillería, o Skywalker era un piloto prodigioso cuando se trataba de realizar maniobras de evasión. Pellaeon sospechaba que se trataba de esto último.

—Ha recorrido un largo camino desde Geonosis —musitó Pellaeon, casi para sí mismo, y luego recordó que ninguno de los Jedi que permanecían en su puente, había entrado en combate durante los primeros días en que se desató el conflicto.

¿Acaso habían llegado a sentir que, llegados a aquel punto, ahora sí se trataba de *su* guerra? Decidió que nunca más volvería a ver a la Orden Jedi como un conjunto homogéneo y ordenado bajo las órdenes de Yoda. Se trataba simplemente, de la cara pública de algo mucho más complejo de lo que él podía llegar a entender… el ala paramilitar, quizás la facción más organizada de algo que agrupaba a toda una variedad de grupos disidentes, y que él jamás hubiera sospechado que pudieran existir. Incluso había escuchado el rumor de que existían Jedi que se oponían a la República, y que pensaban que era su deber el traerla abajo, y que se negaban identificados como los ejecutores de sus políticas.

Ellos constituían un manojo de personas bastante extraño, y tenía el presentimiento de que iban a desempeñar un papel mucho más importante en su vida a partir de aquel momento, y que no siempre se trataría de algo demasiado agradable.

—Su amada va a estar bien —dijo el simpático joven que le había explicado el asunto de la computadora de manera tan vívida. Había podido percibir la inquietud de Pellaeon, pero la había interpretado de una manera completamente diferente—. Puedo sentirlo a ciencia cierta, a través de la Fuerza.

—¿Qué más puedes sentir a través de la Fuerza? —le preguntó Pellaeon.

El joven sonrió.

—Que vamos a patearles el trasero, capitán.

CUBIERTA DE MANDO, TRANSPORTE DE TROPAS CR-20, EN RUMBO HACIA EL *LEVELER*

Otra ronda de cañonazos estremeció el transporte de tropas, haciendo que su casco se sacudiese y vibrase.

Joc y Hallena estaban intentando mantener estable a Ince, mientras Callista y Hil trabajaban sobre su pierna lastimada. Era difícil de hacer, ya que al mismo tiempo mantenían sus piernas levantadas para ayudar a su circulación. Había perdido mucha sangre; su corazón debía estar luchando para mantenerse bombeándola, y el mantener su cabeza debajo del nivel de sus piernas, hacía que tuviera una mejor oportunidad.

—¿Está suficientemente abrigado? —Coric continuaba inmiscuyéndose con sus sugerencias. Según parecía, todos ellos habían sido entrenados en la administración de los primeros auxilios, y el no ser capaces de brindarlos, parecía estarlos volviendo locos a todos—. El shock hipovolémico. Debemos mantenerlo abrigado.

Los otros clones andaban dando vueltas por ahí, visiblemente frustrados, con los cascos fuera de sus cabezas, y sosteniéndolos con una sola mano. El conjunto de todos ellos le recordaba a Hallena a un equipo de smashball, todos demasiado jóvenes,

formalitos, y en forma. Incluso Coric le parecía demasiado joven. De improviso, todos volvieron a colocarse sus cascos, y parecían estar como esperando algo.

«Están hablando entre ellos. Eso están haciendo, hablando a través de su circuito privado de comunicaciones».

Hallena no podía sentirse muy a gusto después de haber sido excluida de la conversación. No dejaba de sentirse culpable.

—Joc, ¿acaso escuché correctamente? —le dijo en voz baja—. ¿Que ustedes acaban de salir del entrenamiento básico?

—Así es —él ni siquiera levantó la mirada. Estaba completamente concentrado en Ince—. Ni siquiera tenemos dos semanas completas.

Ella no sabía qué más podría decirles. Pero no estaba segura de poder contar con otra oportunidad posteriormente.

—Busquen algo más de algodón —dijo Callista, sin dirigirse a nadie en particular—. Algo que esté limpio, y sea absorbente.

A bordo no había nada parecido a ningún tipo de implemento médico, ya que los droides no los necesitaban, ni tampoco ninguna clase de analgésico. Si los pilotos neimoidianos habían traído algún botiquín de primeros auxilios para seres orgánicos, pues Hallena había sido incapaz de encontrarlo.

Boom. El CR-20 fue sacudido nuevamente. Ince había llegado a perder el conocimiento. Al menos, eso resolvía el problema de tenerlo sedado con los analgésicos.

—Me parecer que han abandonado sus intenciones de capturarnos con vida —dijo Ahsoka.

Obviamente, a ella no le agradaba el estar dando vueltas por ahí, sin nada que hacer, en medio de una crisis… incluso cuando estar parada por allí, era la última cosa que hasta un Jedi podría ser capaz de hacer, con el transporte de tropas dando bandazos y zigzagueando para evadir los disparos del enemigo.

—Maestros, si no les importa, ¿podría hacerme cargo del otro cañón? Rex es incapaz de cubrir todos los ángulos.

Hallena hizo una pausa y levantó la mirada. Lograba ver a Altis con las manos sobre los controles, con los hombros encorvados, pero —en el reflejo del ventanal—, con ambos ojos fuertemente cerrados. Realmente no estaba deseando observar a Skywalker, en caso de que él también tuviera sus ojos cerrados. Sería más de lo que podría soportar.

«No logro comprender lo que hacen cuando están sumidos en ese asunto del trance. Cuando menos, espero que eso sea lo que el viejo está haciendo…».

—Hazte humo, Snips —dijo Skywalker.

Ahsoka se revolvió para salir disparada a través de una compuerta, y pocos momentos después, el sonido de las bombardeantes descargas del cañón en uno de los dos lados de la nave, empezó a emparejarse con la del otro lado. Una niña estaba liberando los Nueve Infiernos Corellianos sobre las dos naves de guerra enemigas. Y esa niña era de mayor edad que el soldado enfundado en uniforme de batalla que realizaba sus disparos desde la otra torreta.

«Y esto representa tan sólo un pequeño retrato de toda esta guerra. ¿Qué es lo que está sucediendo aquí?».

El estárselo preguntando no iba a ayudar a Ince. Hallena vació los contenidos de los med-packs de los clones sobre la cubierta, y rebuscó entre las diversas bolsas selladas de plastifino, en busca de cualquier cosa estéril que pudiera colocar sobre la herida. Ince había perdido un pedazo de carne del muslo del tamaño de un puño, justo por encima de la rodilla, y toda el área circundante lucía desgarrada.

—La artillería no fue parte de mi entrenamiento básico de combate —le dijo ella a Callista.

—Ni del mío tampoco.

Callista parecía ser muy aficionada al hecho de proporcionar primeros auxilios, y no parecía inmutarse por la sangre que estaba siendo absorbida a través de las mangas de su vestimenta. Levantó la mirada tan sólo unos pocos instantes antes de que Geith apareciera en medio de la compuerta, incluso antes de que Hallena pudiera escuchar el sonido de sus botas golpeando sobre la cubierta metálica, como si hubiera podido sentir que estaba acercándose a donde estaban ellas, incluso antes de verlo.

—¿Encontraste algo?

Geith le extendió un manojo de harapos de color crema, que podrían haber sido el resto de alguna polvorienta sábana de alguna clase.

—No está estéril, pero podremos encargarnos de cualquier tipo de infección más tarde.

—Él no tendrá que preocuparse por los microbios si es que no logramos detener este sangrado.

—¿No puedes hacer alguna de esas cosas de los Jedi? —le preguntó Hallena—. Ustedes pueden convertir droides en chatarra, pero ¿no pueden hacer que las partes de este muchacho se mantengan unidas?

—¿Qué crees que estoy haciendo?

Callista se veía agitada. No, Hallena nunca iba a poder llegar a comprender la realidad de los seres que podían alterar el mundo físico, sin tener que tocarlo directamente.

—Él ya ha perdido bastante sangre. Él necesita una mayor cantidad, para continuar bombeándola a través de todo su cuerpo.

—Hey, si somos de un grupo compatible, yo tengo bastante para compartir con él —dijo Hallena, descubriendo uno de sus brazos—. ¿Tienen alguna aguja de gran calibre? Podríamos improvisar una intravenosa de emergencia. He visto cómo hacerlo.

Hil asintió, con los ojos todavía fijos en lo que estaba haciendo: intentando comprimir los vasos sanguíneos más pequeños.

—Sí, pero no tenemos una venoclisis.

—Bueno, pues entonces, mientras más rápido lleguemos a abordar el *Leveler*, mejor —Hallena estaba con intenciones de querer arrancar alguna línea hidráulica, pero no

habrían tenido manera de poder dejarla limpia—. Será mejor que confiemos en que la Fuerza está con él, ¿no es verdad?

Boom. El casco de la nave fue sacudido nuevamente.

«¿Cuánto tiempo va a durar todo esto?».

Ross se acercó y se arrodilló a su lado, retirándose el casco una vez más.

—Yo me haré cargo —le dijo.

Era una insinuación educada para indicarle que se perdiera, y que le permitiera ocuparse de su amigo. Ella podía entenderlo. Pero tampoco deseaba apartarse de Ince, puesto que Vere ya se encontraba muerto gracias a ella, y no deseaba tener que afrontar que dos hombres jóvenes hubieran terminado muriendo debido a que ella no había podido completar su tarea de la manera más adecuada… la cual consistía en infiltrarse, hacer su trabajo y salir corriendo sin que toda la stang Flota tuviera que acudir a rescatarla. Ella sabía lo que todos los demás pensaban acerca de los espías espectrales; el mismo nombre lo decía todo. Espectrales, fríos, diferentes a los seres normales, indiferentes frente a la necesidad de esparcir la muerte, y cómodos practicando las más sucias de las estratagemas. No, ella no se sentía así en absoluto. No tenía problemas para matar cuando tenía necesidad de hacerlo, porque a menudo se trataba de un asunto de matar o morir, pero ello no significaba que se lo tomara a la ligera, o que hubiese perdido toda sensibilidad con respecto a lo que dejaba atrás al despertar cada mañana.

«Shil. Merish. Varti. Quién puede saber qué fue lo que habían pasado en el transcurso de sus vidas. Y yo me aparezco para ayudar a mantener a *barbas* como el Regente, en el poder. Y ahora los tres se encuentran muertos. ¿Es ésa la clase de galaxia en la que deseo vivir?».

«No, en verdad no lo es. Y ése es un pensamiento enfermizo».

Ince dejó escapar uno o dos sonidos incoherentes. Entonces, realmente no estaba inconsciente. Callista y Hil empezaron a sentirse más tranquilos, y a estar más intensamente absortos en la batalla que en salvarlo, con sus cabezas casi chocando, debido a que estaban inclinados sobre el cuerpo del soldado herido.

—Su pulso se debilita —dijo Callista.

—Stang, se está poniendo frío.

—Geith, ¿sería seguro administrarle epinefrina? Eso ayuda al volumen de eyección cardíaco, ¿no es cierto?

—No lo sé. Ni tampoco sé si eso contribuiría a empeorar su condición.

Boro decidió intervenir.

—Pero ustedes pueden sentir su… vida, ¿no es verdad? Quiero decir que los Jedi pueden sentir la fuerza vital. ¿Creen que vaya a lograrlo?

—Estoy haciendo todo lo que puedo —dijo Callista—. Geith, concéntrate en constreñir los vasos sanguíneos. Visualiza a los más pequeños empezando a cerrarse. Intenta levantar su presión sanguínea.

Era la primera vez que Hallena empezaba a comprender cómo los Jedi se las ingeniaban para enfrentarse con las diversas situaciones que se les presentaban; bueno,

quizás tan sólo la forma en que lo hacía Callista. Ella parecía ser muy práctica, no remotamente mística, tan sólo una mujer común quien veía el mundo físico de la misma forma en que lo hacía Hallena, con la excepción de que ella podía *tocarlo* con el pensamiento, e incluso *moverlo*.

—¿Lo tienes? —le preguntó Callista.

Geith mantenía los ojos cerrados.

—Creo que sí.

—El sangrado empieza a detenerse un poco —reconoció Hil.

La cubierta ahora parecía ser una sala de operaciones, cubierta con pequeñas pilas de material embebido en sangre. Ni Skywalker ni Altis voltearon una sola vez para mirar por encima del respaldo de sus asientos; ambos se encontraban enganchados con su propia lucha, dirigiendo esta nave poco familiar a través de una barrera de disparos de cañones que los perseguía, mientras que el *Leveler* se abalanzaba hacia ellos para encontrarse con ellos a medio camino. Hallena apoyó su espalda contra el mamparo que corría a todo lo ancho de la nave, y miró directamente hacia adelante.

Sí, el *Leveler* estaba abalanzándose para encontrarse con ellos.

En aquel momento, la nave de guerra era definitivamente una cabeza de flecha de luz, haciéndose más grande a cada segundo que pasaba. Estelas brillantes de disparos de láser parecían estar desparramándose para sobrepasar la posición en la cual se encontraba ella, a medida que las naves perseguidoras fallaban en sus intentos por acertarle al CR-20, y las rondas de cañonazos se iban alejando del casco de su nave.

Hallena no conocía mucho acerca de las tácticas de combate de la Flota, pero sabía algo acerca de las trayectorias curvas de los disparos, y de la forma en que debían apuntarse las mirillas de las armas. El CR-20 se encontraba casi aplastado entre las naves separatistas perseguidoras, y el *Leveler.* Si el *Leveler* se decidiera a abrir fuego…

«Gil sabe lo que está haciendo. Y también este muchacho, el tal Skywalker».

—Todo va a estar bien. No te preocupes —le dijo Altis de improviso.

Su cabeza había volteado, inclinándose sobre ella. Hallena no tenía idea de si él tan sólo estaba pronunciando palabras reconfortantes en general, o si había podido percibir su miedo, y su ansiedad. Ella hubiera preferido que se tratara de lo primero.

—Maestro, si usted pudiera concentrarse en los escudos deflectores de babor… —murmuró Skywalker.

No, ella prefería que se hubiera tratado de lo último. Altis podía ser espiritual, mágico y de otro mundo si quisiera, en tanto que pudiera hacer derrapar los disparos de los cañones del casco de la nave. Entonces, eso era lo que él había estado haciendo; entonces, ¿por qué no se proveía de un Jedi a cada nave de guerra? Eso ayudaría a solucionar una gran cantidad de problemas.

Quizás no había suficientes de ellos como para poder hacerlo.

—Skywalker.

Una voz emergió del abierto canal de comunicaciones. No se trataba de Gil.

—Skywalker, aquí el *Leveler*. Ustedes están aproximándose bastante rápido en este momento. ¿Están preparados? Cuando lleguen a la marca de los quinientos metros, zambúllanse debajo de nosotros. Tan sólo deben zambullirse, ¿de acuerdo? Cuando rodeen nuestra popa, dense la vuelta, colóquense en línea con las puertas de la bahía, y aterricen tan pronto como puedan.

«Es bastante fácil de decir. Quinientos metros. Eso es estar cara-a-cara en términos espaciales a esta velocidad».

—Y ustedes me aseguran que van a mantener su curso y su velocidad actuales.

—Así es, General.

—Perdóneme por hacérselo notar, pero me parece que ustedes están dirigiéndose en una trayectoria de colisión directa contra al menos una de las dos naves separatistas.

Se produjo una breve pausa.

—El capitán Pellaeon desea hacer llegar su cumplidos, y dice que ésa es más o menos la idea general, señor.

—Impresionante —dijo Skywalker. Su tono de voz se escuchaba como si estuviera sonriendo—. Copiado.

Gil Pellaeon, el amor de su vida, de alguna forma había terminado desvaneciéndose de la ecuación, mientras había estado observando al pobre Ince desangrando su corta vida sobre la cubierta. Ahora, él estaba de regreso: el muy formal oficial, encantador, pero a la vez absolutamente inconformista, que había aprendido su oficio combatiendo contra los piratas. Ella nunca antes lo había visto desempeñarse en un medio ambiente como éste. Era algo aterrador, y reconfortante al mismo tiempo.

«Si hay alguien que pueda concluir con éxito este alocado rescate, ése tiene que ser Gil —y también, el igualmente poco ortodoxo Skywalker».

—Resiste, Ince —se dijo Hallena a sí misma.

CAPÍTULO XI



Me encuentro grandemente preocupado con respecto a que la CIS sea capaz de hacer fracasar a nuestra Flota, y de quebrantar nuestros códigos, inflexible Director. No es suficiente que los cambiemos de una forma mensual. Debemos cambiarlos más frecuentemente.

—Canciller Palpatine, después de entregarle los códigos clave al General Grievous, Comandante Supremo de los Separatistas, en su faceta alternativa de Darth Sidious

NAVE DE ASALTO DE LA REPÚBLICA *LEVELER*, EN TRAYECTORIA DE ATAQUE

—Espero que Skywalker se encuentre a la altura de las circunstancias, señor —declaró Derel.

—Bueno, si no lo está —le respondió Pellaeon—, muy pronto vamos a tener un fascinante ornamento nuevo en esa cubierta.

Si tan sólo los misiles de concusión hubieran estado disponibles. Se trataba de pertrechos de guerra inteligentes, capaces de identificar un blanco, y de perseguirlo de manera independiente; podían girar alrededor de los obstáculos, y caer encima del objetivo —si es que *caer* significaba algo en el espacio—, en su modo de ataque desde la parte superior. Pero por ahora, el *Leveler* se encontraba limitado a apuntar sus armas con la línea-de-mirillas básica, tratando de evitar al transporte de tropas, el cual, en aquel momento, representaba un pequeño eclipse contra el enorme telón del destructor de la CIS.

Las naves de asalto se encontraban provistas de armas para atacar objetivos en tierra, no para dispararlas contra otras naves; ése era el objetivo de probar los avanzados misiles de concusión, una readaptación relativamente sencilla, si es que los *kriffing* dispositivos fueran funcionales. Pellaeon difícilmente se atrevía a considerar que llegara a ser así. La batalla ya podría haber finalizado, si es que aquellas miserables cosas hubieran estado operativas.

—*Leveler* —dijo Derel en el comlink—, no se desvíen a babor, a *nuestro* babor. Mantengan el curso.

Hizo que el micrófono de su auricular, se desplazase hasta quedar más cerca de sus labios.

—Cañones tres y cinco, ¡ahora, ahora, ahora!

Dos líneas discontinuas de un cegador resplandor blanquecino, se abrieron paso en medio de la inmensidad del espacio. Pellaeon simplemente se limitó a seguirlas mirando a través del ventanal de su puente. En cuestión de segundos, los disparos láser sobrepasaron al CR-20 por el lado de babor, e impactaron sobre el destructor, liberando una visible nube de escombros, que empezaron a desperdigarse; la nave separatista se desvió ligeramente de rumbo, pero continuó avanzando. Sin embargo, el ataque pareció ralentizarla, ya que el CR-20 de improviso apareció en una línea más cercana, completamente alineado con la proa del *Leveler*.

Y el *Leveler* además se encontraba en curso directo de colisión contra los separatistas.

—Usted ha hecho esto antes, ¿no es verdad, señor? —le preguntó Derel.

Realmente se trataba de una pregunta directa.

—Sí —murmuró Pellaeon.

Tuvo que recordarse a sí mismo que debía respirar; se encontraba conteniendo el aliento, y de improviso, empezó a preguntarse por qué estaba respirando con tanta dificultad. Se concentró en la tercera hilera de dígitos que proyectaba el chrono del mamparo, que mostraba las décimas de segundo, y se sorprendió de ver cuán claras y lentas parecían en aquel momento. Decidió continuar.

—No con una nave de este tamaño, pero sí, ya he jugado a este engaño con anterioridad.

Desde hacía mucho tiempo que no se sentía de esta manera. Y la nave que había estado en medio de la tenaza no era una nave a la que quisiera recuperar de manera intacta, pero… la maniobra continuaba siendo la misma.

—Un minuto para el impacto —dijo Baradis.

—No lo diga de esa manera, comandante.

—Cañones, preparados.

Pellaeon era consciente de que alguien estaba aproximándose hacia donde él se encontraba. Por el rabillo del ojo, logró distinguir a Ash Jarvee. No había nada que la Jedi pudiera hacer para ayudarlo en aquel momento; esto se trataba de saber maniobrar con las naves, de su habilidad como piloto, de conocer las capacidades de la nave y de su tripulación, y de una coordinación con el más alto grado de precisión.

Se trataba de saber cuándo parpadear.

—¿Ellos no van a adivinar que el transporte debe desviarse para salir del camino? —le preguntó Ash.

—Por supuesto que lo harán —le respondió Pellaeon.

Cuarenta segundos.

—Pero no saben si logrará hacerlo. No saben si nosotros vamos a desviarnos hacia babor o hacia estribor, o a movernos en un eje vertical. O si vamos a equivocarnos con la coordinación, y a estrellarnos contra el transporte. Pero hablando de prioridades, se trata de la segunda nave a la que no debemos descuidar.

«Estoy arriesgando una gran cantidad de vidas. También las vidas de los civiles. Los contratistas del astillero. Los Jedi».

Si los separatistas estaban prestándole toda su atención a la inminente colisión, pues entonces no le prestarían mucha atención al CR-20. El segundo destructor era la mayor amenaza, el que estaba a unos pocos segundos por detrás de su nave gemela, el que probablemente estaría más dispuesto a abrir fuego.

—El segundo blanco nos tiene fijados en su mira, señor —dijo Derel—. Cañones dos y cuatro, ¡fuego, fuego, fuego!

Los disparos de los láseres describieron trayectorias a treinta grados a estribor, y cinco segundos después, un leve destello de luz blanquecina, resplandeció en el extremo del borde derecho del ventanal del puente. La segunda nave de los separatistas se encontraba fuera de alcance visual por el momento, pero la señal de su transpondedor todavía permanecía siendo detectable en la pantalla de Derel. Pellaeon podía apreciarla. También podía escuchar la rápida cháchara de fondo a través del sistema de comunicaciones, el ruido de los operadores de los sensores que intentaban confirmar cuánto daño había ocasionado el impacto de los turbo-láseres.

—No ha quedado inoperativo —dijo Derel—, pero tiene suficientes problemas como para que no pueda mantener su velocidad actual, señor.

—Eso será suficiente.

Pellaeon observaba la silueta creciente que constituía el CR-20. Quinientos metros era ridículamente cerca.

—Skywalker, veinte segundos.

—*Leveler*, ya puedo verlos.

—¿Qué tan tranquilizador…?

—Aquí vamos.

Rumahn hizo uso de la única precaución posible que le quedaba. Era el procedimiento correcto. Pero también era algo enervante.

—A las abrazaderas, a las abrazaderas, a las abrazaderas; colisión, colisión; a las abrazaderas, a las abrazaderas, a las abrazaderas.

Pellaeon pensó que el último problema acerca del que tendría que preocuparse, era que sus espinillas o que sus rodillas recibieran un golpe si aquel kriffing transporte no realizaba el giro a tiempo. Aquella nave parecía estar abarcando toda la longitud de la cubierta del *Leveler,* y luego desapareció.

El destructor separatista que iba a la cabeza había tomado su lugar. Ahora, las dos naves se encontraban frente a frente. El segundo destructor había quedado relegado a una cierta distancia.

—De acuerdo, amiguito —dijo Pellaeon—. Es tiempo que abandones *mi* cielo.

Quizás los separatistas en el otro puente, estaban contemplando al *Leveler*, y estaban diciendo lo mismo.

Pero una cosa sí era cierta: Pellaeon no se desviaría hasta que llegase al punto exacto antes de la colisión. Y eso era…

«Menos de un minuto».

Derel golpeteó su pantalla de sensores, como si quisiera atraer su atención.

—Si dos naves de los separatistas nos disparan desde sus posiciones, van a poner en peligro nuestro farol.

—El crucero ya está fuera de la línea de fuego —dijo Baradis. Su cara estaba tan cerca de la pantalla de sensores, que ésta arrojaba haces de luz visible que se reflejaban sobre su rostro. En aquel momento, una luz pulsátil de color rojizo, atravesaba su mentón—. Acercándose… alineándose…

—Mantengan el curso hasta que esté aparcado en la cubierta.

Si el *Leveler* se desviaba en aquel momento, Skywalker no podría ingresar en la bahía —en el mejor de los casos—, y en el peor, terminaría por estrellarse.

—Aguarden…

El destructor de los separatistas no se veía como que fuera a pestañear primero. Su silueta copaba todo el ventanal.

—¿Cañones, preparados?

—Preparados, señor.

El rango de seguridad también era cuestión de segundos. No tenía sentido hacer explotar una nave justo debajo de tus narices, para terminar siendo impactado por los escombros.

—¿Está Skywalker a bordo?

—No, señor…

Se trataba de una decisión de medio segundo. Seguir adelante para terminar colisionando, ser atrapado por la onda expansiva de la explosión de la otra nave, perder el transporte de tropas… Pellaeon, confiando en sus instintos —como seguramente lo haría cualquier Jedi—, debía tomarla.

—Fuego.

Derel ni siquiera tuvo tiempo para replicar la orden de ataque. Corrientes de luz brillante de color azulado, llenaron el ventanal, a medida que los turbo-láseres impactaban sobre el destructor de los separatistas. Las primeras descargas golpearon el casco del destructor justo por debajo de proa, pero Pellaeon no logró apreciar muchos mayores detalles después de eso. La cegadora luminosidad, compuesta por retorcidas llamas de corta duración, y los escombros al rojo vivo desprendidos de la nave enemiga, no le permitieron hacerse una idea de lo que había sucedido, más allá de saber que había golpeado duramente a la nave separatista, la cual había empezado a partirse en dos.

Y entonces, se produjo una tremenda sacudida, que se sentía como su tuviera su cabeza martillando sobre su espina dorsal, por lo que Pellaeon no atinó a hacer nada más que a activar la alarma de colisión. La golpeó con toda la palma de su mano. Las luces parpadearon; la nave de los separatistas estaba girando salvajemente, como si estuviera tratando de virar ciento ochenta grados, despidiendo llamaradas y plasma, y claramente fuera de control.

Pero todavía se las ingenió para lanzar por su parte, algunas rondas de disparos. Era eso, o el hecho de que alguno de los cruceros separatistas había abierto fuego. En aquel momento, era difícil decir qué era lo que los había golpeado. Incapaz de ver nada más

que el destructor herido de muerte desde el ventanal, Pellaeon se inclinó sobre la posición de Derel para verificar su pantalla.

De improviso, la batalla había comenzado a discurrir en cámara lenta.

—Estamos perdiendo maniobrabilidad, compensen los propulsores de babor —dijo Baradis.

—Reporte de daños —gritó Rumahn por encima de todo el tumulto—. Brecha del casco en la sección seis de ingeniería, propulsores de babor dañados, uno de los bancos de generadores de potencia de los motores, fuera de línea.

Pellaeon contempló la pantalla. Los cruceros separatistas parecían estarse tomando su tiempo.

—Pues como que no parece que estén viniendo a la carrera —exclamó—. Parece que todo se trataba de eso, de hacer que quedáramos inhabilitados. Todavía desean capturarnos en una sola pieza.

«¿Realmente habrían estado los separatistas planificando sacrificar una de sus naves de guerra para mantener ocupado al *Leveler,* mientras otra de ellas lo ponía fuera de servicio?».

«Pero si yo también estuve a punto de sacrificar mi nave para rescatar a una mujer. Y así es como quedará registrado en los libros de historia, por supuesto, evitando considerar los sentimentalismos personales».

Quizás los separatistas estaban tomándoselo con calma, ya que pensaban que el *Leveler* podría estar considerando auto-destruirse, antes que ser capturado. Ciertamente, no pensaban que los misiles de concusión fueran a representar un pertrecho significativo. No había nada adicional que tuviera el *Leveler*, que las otras naves de asalto de la República ya no poseyeran.

—Número Uno, ¿ya está e CR-veinte en el hangar?

—Lo está, señor.

—¿Podemos saltar? ¿Comandante?

—No estamos ahogados en el agua —dijo Baradis—, pero va a tomarnos de diez a quince minutos el poder volver a almacenar la cantidad suficiente de energía para realizar otro salto. Necesitamos redireccionar los relés.

En aquel momento, Pellaeon se encontraba siendo atravesado por un reflejo inconsciente. En el pasado, ello siempre había terminado por conducirlo a un lugar seguro. Había una delgada línea entre el jugar a las adivinanzas y el trabajar tan duro que uno terminaba por volverse tan decididamente perspicaz, que literalmente no requería de elaborar pensamientos conscientes. Pero sin la capacidad de apuntar a los blancos enemigos por medio de la computadora, con una computadora de navegación no confiable, y ahora con problemas en los híper-impulsores, estaba empezando a quedarse sin ideas.

—¿Tenemos la potencia suficiente como para mantener la configuración de los escudos?

Los escudos eran sistemas inagotablemente hambrientos de energía. Todo siempre se trataba de una especie de competencia entre el armamento y los escudos.

—Necesitamos ganar algo de tiempo.

—Encontraré una forma, señor…

—Buen hombre. Hágalo.

El *Leveler* no estaba acabado todavía. Pellaeon estaba seguro de ello.

Pero él continuaba pensando un paso más allá de lo impensable, en lo que haría si sus siguientes pasos fracasaban. Sabía cuáles eran sus órdenes.

Empezó a preguntarse si el secreto de los misiles, realmente valdría la vida de cientos de seres, teniendo en cuenta que dicho secreto probablemente sería vendido en la próxima gran subasta del siguiente año.

Decidió lanzar una mirada sobre el grupo de los Jedi, los cuales permanecían completamente en silencio. Ash Jarvee lo observaba como si estuviera a la espera de sus órdenes.

—¿Desde cuándo tengo la capacidad de hacer milagros? —le preguntó.

CUBIERTA DE HANGARES, *LEVELER*

El CR-20 patinó a lo largo de la cubierta, dando pequeños saltos como si fuera un guijarro rebotando sobre las aguas. Los chirridos metálicos pusieron a rechinar a su vez, a los dientes de Callista.

Ella había considerado que Skywalker sería un mejor piloto de lo que acababa de demostrar. Se encontraba demasiado ocupada manteniendo estable a Ince, como para levantar la mirada, pero logró escuchar que Skywalker estaba murmurando algo de manera airada, y pudo percibir el resplandor de las luces de peligro, las cuales empezaban a reflejarse en los mamparos interiores, hasta que el transporte se detuvo ruidosamente con un estremecimiento. Cuando comprendió que el CR-20 ya estaba fijo en su sitio, le tomó un momento entender que era el *Leveler* el que estaba sacudiéndose, y no el transporte de tropas, y que las luces de emergencia que estaban parpadeando, eran las que se encontraban en la cubierta de hangares. Rex y tres de los soldados ya estaban acarreando a Ince para bajarlo por la rampa, cuando la tripulación, enfundada en trajes contra incendios, corrió para encontrarse con ellos a medio camino.

—Nos han dado —dijo uno de ellos—. Tal vez podrían querer salir corriendo, y ver hasta dónde pueden llegar por su cuenta. Quizás podrían llegar hasta Kemla.

Skywalker saltó para salir del portal, como si hubiera tratado de tomar un atajo.

—No, este hombre está herido de muy mala manera. Necesitamos ingresarlo en una bahía médica en este mismo instante.

—Como usted ordene, señor.

—¿Qué tan mal está la nave?

—Estamos apuntando las armas de manera manual, los misiles de concusión no están operativos, y están intentando restaurar los generadores de los híper-impulsores. Hemos estado confiando en los escudos, y trabajando con los turbo-láseres de manera manual por aproximadamente quince minutos.

—¿Qué ocurre con los misiles de concusión?

—Están fuera de línea. Tenemos un problema con la computadora de blancos. Todo se trata de problemas con las computadoras.

Altis se abrió camino a través de una escalera que había en el portal, y desempolvó sus manos.

—Buenos, quizás nosotros podríamos serles de ayuda con eso… ¿Callista?

—Puedo hacerlo —respondió Callista. La nave, que al abordarla le había parecido una bestia viviente, ahora empezaba a atraerla—. Déjenme intentar. Muéstrenme la computadora de blancos.

—¿Va a necesitar tocarla?

—Sí.

El tripulante se quedó en su sitio, con el dedo presionado contra su oído, como si estuviera hablando con alguien a través de un comlink. Callista no podía ver su expresión bajo la capucha resistente al fuego, ni tampoco podía oírlo. Mientras estaba aguardando, Ince empezó a ser retirado sobre la superficie de un repulsor, y la nave se sacudió algunas veces, como si estuvieran recibiendo pesadas descargas de fuego.

—El capitán dice que continúe, y que el teniente Derel se encontrará con usted al final del pasadizo siete-ocho-alfa, en esta misma cubierta —señaló hacia las puertas voladas que se veían en el extremo opuesto del hangar—. ¿Quiere que la acerquemos hasta allí? Tenemos carritos deslizadores.

—Puedo correr más rápido que cualquiera de ellos, gracias.

Ni siquiera miró hacia atrás; simplemente salió disparada hacia las puertas, casi forzándolas a abrirse —producto de la frustración—, cuando éstas no se abrieron con la suficiente rapidez, y luego corrió a toda velocidad por el pasadizo, haciendo a un lado a los miembros de la tripulación y a los contratistas civiles. De improviso, se dio cuenta de que tenía a Ahsoka pegada a sus talones.

—¿Para qué estás viniendo? —jadeó Callista.

—Podrían necesitar una mano —dijo Ahsoka.

—Tú no puedes sentir a las máquinas. Yo sí puedo hacerlo.

—De cualquier modo, voy contigo.

«Al menos, ya no piensa que soy una enloquecida iniciada en el Lado Oscuro. Algo es algo. Nada como una epifanía tardía, ¿no es verdad?».

El pasadizo era mucho más largo de lo que se había imaginado. El *Leveler* no era una nave de asalto de tamaño capital, pero era lo suficientemente grande como para dejar a Callista jadeando sin aliento, para el momento en que llegó hasta el turbo-ascensor que llevaba desde el puente a aquella cubierta. Derel estaba esperándola. Pudo verlo desde el momento en que dio el último giro del pasadizo, con las manos sujetadas detrás de su

espalda, apoyando su peso de una pierna a la otra, con la cabeza gacha, y ocasionalmente levantando la mirada; se trataba de otro clon casi exactamente igual a Ince en su apariencia, pero proyectando una impresión en la Fuerza que era completamente diferente.

Parecía estar notoriamente relajado. Después de todo, no había nada que él pudiera hacer para que Callista consiguiera correr más rápido.

Ella patinó al interior del turbo-ascensor con Ahsoka detrás de ella. Derel presionó los controles, y la cabina cayó como una piedra.

—Aquel es un sistema independiente —les dijo—. Los misiles están separados de los sistemas principales de armamento, porque sólo se trata de un aditamento en período de prueba. ¿Necesita saber cómo es que funcionan?

—Bueno, sí…

Los diferentes niveles de las cubiertas del puente, resplandecían a través del ventanal del turbo-ascensor.

—¿Qué clase de detalles?

—Tan sólo dígame los detalles generales, como si se tratara de un animal. Necesito introducir mi pensamiento dentro de la computadora. No necesito los detalles técnicos para hacerlo.

—De acuerdo —Derel parpadeó un par de veces—. Los misiles de concusión tienen en su interior, computadoras que les permiten seguir un rastro. Pero necesitan abandonar la nave junto con toda clase de informaciones acerca del blanco que están persiguiendo, de tal manera que no terminen por impactar sobre la presa equivocada. Como sobre una nave amiga, por ejemplo. La computadora de los misiles necesita decirle a cada uno de ellos, cómo es que se ve la presa, y en dónde es que necesita que haga explosión, y con qué intensidad, para poder derribarla. Pero el problema parece ser que los misiles no la escuchan. ¿Lo que acaba de decir tiene algún sentido?

«Es una analogía perfecta».

—Sí. Usted ha hecho un excelente resumen, teniente.

Las puertas del turbo-ascensor se abrieron. Derel condujo a Callista y a Ahsoka bajando por una escalera, y tecleó sobre un panel que dejó abierto un compartimento. Tan pronto como Callista puso sus manos sobre el mamparo, sintió que la nave empezaba a responderle como si fuera un tsaelke[31]. Casi podía sentir sus latidos. Cada una de las naves de guerra tenían sus propios sonidos y vibraciones únicas, que les decían a aquellos que vivían en ellas, que todo estaba bien, o si algo estaba fuera de calibración, y en ese momento, lo comprendió por completo. La computadora de misiles resultó ser una modesta caja de duracero, aproximadamente del tamaño del motor de un deslizador. Los únicos signos visibles de actividad, eran unas luces de color verde y azul, que se encendían en el interior de una pequeña pantalla de auto-diagnóstico empotrada sobre el metal.

[31] Los tsaelke eran una especie de graciosos cetáceos de largo cuello de Chad. Callista Ming diseñó su mango de sable de luz con incrustaciones de bronce de estas criaturas para recordarle su mundo natal. N. del T.

—¿De dónde consigue su información acerca de los blancos? —preguntó. Colocó las palmas de sus manos completamente extendidas sobre su parte superior. Podía sentir su mente aguda, su insaciable necesidad de aprender—. ¿Cuáles de los sistemas entran en comunicación con ella?

—Está provista de una base de datos de los perfiles de las naves conocidas, proporcionada por los de Inteligencia de la República, la cual hemos enriquecido con las lecturas de los sensores durante las misiones que hemos realizado. Debería ser capaz de *identificar* a las naves de los separatistas, como blancos confirmados.

Callista asintió.

—Puedo hacerlo.

Podía sentirlo; podía sentir a la computadora de blancos sumiéndose una y otra vez en la búsqueda de algo, y tropezando constantemente con… una puerta, una puerta cerrada, algo que simplemente no le permitía avanzar más allá.

—De acuerdo, cuando los sistemas logran hablar unos con otros, entonces ¿los misiles pueden ser lanzados?

—Si el botón de lanzamiento es presionado…

—Presiónalo.

Cualquiera que fuese el significado de la orden, no podía cumplirla desde allí abajo. Derel tomó el micrófono de sus audífonos para acercarlo más a sus labios, y dijo algo. Para entonces, ella ya estaba perdiéndose en medio de los cristales y los circuitos de la nave, sintiendo el ir y venir, y el hormigueo de los diminutos impulsos eléctricos, observando en primer lugar, un maravillosamente intrincado panorama de líneas, luces y metal brillante. Había una sensación de movimiento, de cosas sucediendo a una velocidad capaz de romperle el cuello a cualquiera, y de otras congeladas, inamovibles. Y entonces se sintió sobrecogida por la más tenue de las vibraciones, la cual comenzaba a emerger de su propio vientre. Aquella sensación empezaba a llenar la médula de sus huesos, y luego viajaba hasta llegar a su piel. En ese momento, había comenzado a adoptar una forma muy diferente de existencia. Mientras que antes había sido consciente, todo el tiempo, de existir como un punto fijo, —la perfecta intersección de una línea que corría de oreja a oreja, y de otra que pasaba a través del punto coronal de su cabeza hasta llegar a la parte media de su lengua—, ahora ella se veía a sí misma como si estuviera en un plano liso. Todo lo que había conocido con anterioridad acerca de la existencia física, en aquella circunstancia, ya no podía ser aplicado.

Ella era la máquina… ella era toda la nave. Ella podía sentir la barrera que impedía que la computadora pudiera alcanzar sus objetivos. Además, era una masa de sentidos que estaban más allá de la carne y la sangre humanas, los conglomerados de sensores de la nave; ella era el corazón palpitante de sus generadores. Lograba mirar, sin tener ojos, de un lado al otro del infinito plano, observaba las barreras, y logró abrirlas con un aliento. Sintió como si estuviera inhalando un aire fresco y limpio después de haber estado atrapada en una asfixiante jaula.

La sensación de haber podido escapar, era maravillosa. De alguna manera, sentía que estaba como volando. No se parecía a nada que hubiera podido conocer antes.

El mundo dentro de sus ojos —no delante de ellos, sino *dentro* de ellos—, ahora era de un color negro aterciopelado e infinito. Estaba volando a una velocidad increíble y sin mayor esfuerzo, consumida por el hambre de algo, en plena cacería de ese algo. Se encontró a sí misma lanzándose hacia el interior de algo tan complejo y tan vital, como su propia existencia, pero ambos no podían existir al mismo tiempo en el mismo mundo —en aquel momento, ella lo sabía más que nada, con una completa seguridad—, y uno de los dos tendría que morir. El negro aterciopelado cambió instantáneamente a una persistente e hiriente luz blanquecina. Ella pensó que se trataba del final de todo aquello, pero logró realizar el mismo recorrido una y otra vez, cada vez con mayor precisión y certeza.

Se trataba de la felicidad. De una libertad inimaginable. Se trataba…

Se sintió sacudida, para terminar siendo expulsada de aquel silente idilio. Sintió que empezaba a caer por una pronunciada pendiente. De improviso, el mundo alrededor de ella empezó a ser confuso, imperfecto, sucio, ruidoso. Y ella estaba… compuesta de carne y sangre nuevamente. Una cabeza, cuatro extremidades, un ser lento y abatido.

Y ya desde ese preciso instante, empezó a extrañar la sensación de volar en aquella perfecta infinidad.

—¡Wow! —su propia voz sonaba distante—. ¡Nunca he visto nada como esto en toda mi vida!

—Hey, ¿te encuentras bien? ¡Lo hiciste! ¡Lo hiciste! —escuchaba las voces a su alrededor.

En aquel momento, ya casi estaba segura de que seguía siendo Callista, y pensó que se encontraba en una granja de algas. Quizás ésa era la razón por la cual las voces se escuchaban distorsionadas; estaba debajo del agua. No, estaba siendo observada por dos rostros… uno, el de un humano joven, y el otro, el de una cara no humana vívidamente marcada.

—Eso fue… raro —dijo una voz femenina. No era la suya—. Pensé que nunca irías a salir de ese trance. Te ves terrible.

Se trataba de Ahsoka. Sí, aquella era Ahsoka, y el hombre era Derel, y ella era Callista Masana.

—¿En dónde está Geith? —preguntó.

¡Geith! ¿Cómo podría haber deseado volar sola, cuando Geith todavía se encontraba allí?

—¿Podemos salir de este lugar?

—No hay prisa —dijo Derel, mientras le daba algunas palmadas sobre su espalda de manera entusiasta—. Derribaste siete naves separatistas. Aunque las dos últimas dos no eran tan grandes como para poder destruirnos, incluso con la mitad de nuestros sistemas inoperativos. Buen trabajo, *ma'am*.

Pero ella todavía no lograba reponerse, al menos no por completo. Todavía podía sentir la presencia de la nave en su interior, se sentía un ser totalmente diferente en forma y en tamaño.

Algo había cambiado; sentía como si tuviera agua en sus orejas, como si sus sentidos delicadamente afinados, hubieran sido embotados en cierta medida. No estaba segura de lo que se trataba, pero sabía que, de alguna manera, ella era diferente.

Ahsoka le puso un brazo sobre los hombros, con los ojos muy abiertos, y con una gran ansiedad.

—¿Te encuentras bien?

—Tan sólo me encuentro un poco mareada.

Callista fue ayudada para empezar a caminar. Ahora sabía exactamente de qué se trataba el problema. Casi no podía sentir nada por medio de la Fuerza. Incluso Ahsoka, que permanecía parada justo a su lado, se sentía tan lejanamente apagada, que Callista tenía que concentrarse de manera muy intensa para poder percibir su presencia como la de una Jedi. Era como si hubiese sido ensordecida por una explosión.

—¿Acaso fui golpeada por algo?

Ahsoka tomó su brazo.

—No. Tan sólo te quedaste en blanco. Estabas justo allí, dentro de la computadora de blancos. Yo pude verlo. No conozco a ningún Jedi que pueda hacer eso con una máquina. A nadie.

Lo decía como si se tratara de un arte oscuro que hacía que se estremeciera. En aquel momento, Callista no poseía ningún recuerdo de la fusión, a no ser por una maravillosa claridad, una respuesta para todo lo que andaba buscando, las imágenes más nítidamente detalladas de las estrellas, así como de las naves que habían estado delante de ella, hasta llegar a reconocer sus líneas de óxido, y los agujeros y las superficies descascaradas producto de los más diminutos meteoritos. Esa intensa claridad, había terminado por esfumarse en aquel momento, dejándola presa de un inquietante desconcierto. Quizás se trataba de todo eso. Ella se había desplazado de regreso desde tener la perspectiva de una máquina, hasta la fallida perspectiva propia de un ser humano, y el contraste era simplemente la razón por la que se sentía como si hubiera perdido sus sentidos de la Fuerza.

Como el estar leyendo una holo-revista con las letras del texto agrandadas, y luego volver de regreso a una página regular. Por un momento, todo se vería borroso. Definitivamente, se trataba de eso.

«¿No es cierto?».

Si aquello había estremecido a Ahsoka, pues había terminado por aterrorizarla a ella. Intentó descubrir si había algo por lo que debiera estar preocupada.

—¿Se encuentran bien todos? —preguntó, aun sin estar segura de a quienes se refería con la palabra «todos»—. Alguien fue herido.

—Ince —le respondió Ahsoka—. Vamos, demos una vuelta por la bahía médica para saber cómo se encuentra.

Callista tan sólo había estado en unas pocas áreas de esta enorme nave, pero de alguna manera conocía qué camino debía tomar, sin siquiera echar una mirada a los números dibujados que identificaban las cubiertas y las secciones. Se encaminó hacia la bahía médica. Incluso si alguien le hubiera dicho en dónde quedaba, ella no hubiera podido seguir el rumbo de manera tan inequívoca, como lo estaba haciendo mientras sentía algo en el interior de su cerebro.

«Así que ha quedado algo de la nave dentro de mí».

No era la primera vez. Ella se había sumergido en el interior de otras máquinas con anterioridad, pero no habían sido ni tan complejas ni tan intensas como ésta. Pero siempre se había sentido ligeramente alterada después de hacerlo, de una forma que encontraba difícil de definir.

«Si intentase entender a un droide a este nivel… si me fusionase con un droide…».

Callista siempre había sido curiosa, nunca había temido confrontar sus propios límites, o desafiar las creencias en las que siempre había confiado. Pero difícilmente se atrevía a pensar en lo que podría ocurrir si viera la galaxia desde la perspectiva de un droide.

«Sí. Yo era la computadora. Yo era la nave. Yo era cada uno de los misiles de concusión. Si yo pudiera saber lo que significa ser un droide, ¿podría continuar luchando esta guerra?».

Sabía que siempre tendría que evitar el tratar de averiguarlo. Ya era bastante difícil el digerir una guerra que *confeccionaba* hombres vivientes como si fueran máquinas en una línea de producción: los soldados clon; sabía que tenía razón al sentir indignación y simpatía por todos ellos. No había ninguna otra forma de verlos, que no fuera como seres humanos. Pero si había algo intrínseco en sentir como un droide, algo que tendría que llegar a entender; entonces el destruirlos se convertiría en toda una agonía.

Ella no podría afrontarlo. Se vio forzada a cerrar sus ojos ante semejante perspectiva.

Se trataba de una comprensión poco agradable. Tenía que tomar una decisión allí y en aquel momento, para no permitirse jamás experimentar lo que significaba ser un droide de batalla. Ella sabía lo que *pensaban*, si es que dicha palabra pudiera ser aplicada a aquella situación. Pero no deseaba saber si es que podían *sentir*.

«Conoces la respuesta, ¿no es verdad?».

«Sabes que la vida puede tomar más formas de las que jamás podríamos imaginar. Pero aquí está el punto desde donde uno no se atrevería a mirar más allá».

—Conveniencia —exclamó, dirigiéndose inequívocamente hacia el ambiente de emergencias de la bahía médica—. Al final, es en lo que todos terminamos refugiándonos.

PUENTE DE LA NAVE DE ASALTO DE LA REPÚBLICA *LEVELER*

Pellaeon contemplaba los escombros que iban derivando lentamente, los restos de lo que había sido una pequeña flota de naves de guerra de los separatistas, esperando las malas noticias, pero ninguna de ellas parecía tener prisa por llegar hasta el puente.

Baradis continuaba recorriendo de arriba abajo las distancias que separaban las estaciones de armas y las de los operadores de los sensores, con un brazo replegado sobre su pecho, con la mano sosteniendo su codo, y golpeteando un pulgar contra sus dientes. También estaba aguardando las malas noticias. Habían ocurrido demasiadas cosas que parecían estar mucho más allá de lo que podía ser factible —y de lo creíble—, como para que pudieran tener la seguridad de que se encontraban libres de problemas.

—Dos naves de los separatistas están retirándose, señor —declaró—. Y vamos a estar listos para poder saltar en un máximo de cinco minutos.

Ya había pasado mucho más tiempo que el estimado anterior de quince minutos, pero ahora eso ya no importaba. El combate había finalizado. Los sobrevivientes simplemente estaban recuperando el aliento, y permanecían cautelosos, preparándose batirse en retirada. No había ganadores.

—¿Saben ellos que nos hemos quedado sin misiles de concusión? —Pellaeon siempre se caracterizaba por ir más allá del sensible punto de quiebre, pero en aquel momento, no tenía ningún sentido el intentar perseguir a los rezagados, ni tampoco había nada que pudiera hacer el *Leveler* por su cuenta con respecto a la situación de JanFathal, incluso si hubiera estado completamente operativo—. Bueno, al menos esos misiles lo hicieron bastante bien. Incluso necesitando a una Jedi para patearlos y hacerlos arrancar.

Benb observaba de manera impasible, con los brazos pegados al cuerpo como si fueran raíles de la línea de un tren. Para un civil que se había enrolado en un trabajo en el que no esperaba hacer nada más riesgoso que ajustar algunos pernos, parecía haberse tomado la inminente posibilidad de muerte bastante bien.

—¿Cómo está tu equipo, Benb? —le preguntó Pellaeon. Quizás el resto de ellos no estuviera tan optimista.

—Nunca hemos estado mejor —dijo el sullustano de manera casual—. Hemos hecho el triple de horas extras. El subsidio financiero por complicaciones inesperadas, corre desde el momento en que empiezan los disparos.

En verdad se trataba de otro universo, el de los civiles que vivían en los astilleros.

Ash golpeó ligeramente el hombro de Pellaeon.

—Señor, hemos identificado un punto de reunión seguro llegando a Kemla, en donde podríamos reunirnos con el *Wookiee Gunner* para hacer la transferencia de nuestros Jedi.

—Demonios, no —en aquel momento, se sentía inundado por un enorme sentimiento de culpabilidad—. Hemos interrumpido vuestra misión, los hemos puesto en riesgo, y hemos tenido que apoyarnos en ustedes para salvar nuestros pellejos. Lo menos que podríamos hacer, sería dejar que ustedes siguieran su propio camino sin más demoras.

—Ustedes todavía no están en condiciones de realizar un salto preciso sin la ayuda de un Jedi, señor.

Acababa de señalarle un buen punto.

—Mencionaré su ayuda en los informes —le dijo—. Si tan sólo ustedes pudieran ver la expresión en el rostro del Maestro Yoda cuando sepa que son los heréticos anarquistas los que vinieron al rescate…

Ash empezaba a verse ligeramente incómoda. Quizás el regodearse no era una de las cosas que los Jedi solían hacer.

—La agente Devis está en la bahía médica —dijo de manera enigmática, y empezó a alejarse, antes de que Pellaeon tuviera la oportunidad de preguntarle cómo era que lo sabía.

No podía retrasarlo por más tiempo. No deseaba hacerlo. Pero hubiera podido parecer que se trataba de una prisa indecente, cuando su nave estaba desplazándose con grandes dificultades al astillero, dañada y con un conteo de bajas registradas.

—Vaya, señor —dijo Baradis en voz baja, con los ojos todavía fijos en la pantalla de los sensores de navegación—. Yo puedo encargarme de todo por aquí fácilmente, sin necesidad de que usted esté inquieto y preocupado…

Con o sin el permiso de su navegante, Pellaeon intentó aparentar que no estaba apurado.

*****

La bahía médica se encontraba abarrotada. Los droides estaban encargándose de una variedad de heridas menores —fracturas y laceraciones, producto de que los tripulantes hubieran sido lanzados hacia un costado por los impactos, y algunas quemaduras—, pero también había algunos de ellos que estaban heridos de gravedad, los de la sección de los generadores, quienes habían recibido un impacto directo.

—¿Bajas fatales? —le preguntó al comandante médico.

—Diez, señor. Bajo las circunstancias, creo que hemos logrado salir de ésta, bastante indemnes.

—Deme la relación de los parientes más cercanos, comandante. Me encargaré de enviarles la correspondiente notificación personalmente.

—Ocho de ellos son clones, señor. Sólo hay dos notificaciones que escribir.

Aquella realidad nunca le había sentado demasiado bien a Pellaeon. Se sentía como si hubiera hecho una enmendadura. Ellos no tenían familias. Así que tendría que encontrar a quienes habían sido sus amigos entre la tripulación, a quienes eran los que más los extrañarían, y tendría que hablar con ellos durante algunos momentos. Si no lo hacía, entonces bien podría pasar por un neimoidiano con una tripulación de droides que no significaban nada para él. Un hombre no podía dirigir una nave de guerra de esa manera.

—Y —añadió el comandante—, ella está por allí.

El comandante no necesitaba decir quién era ella. La vida privada de Pellaeon, ya no seguía siendo privada. Se preguntó si es que alguna vez lo había sido, pero en la actualidad, ya era completamente del dominio público; al menos, ya no sería blanco de miradas maliciosas en el salón de oficiales.

La voz de Hallena flotaba en el aire, proviniendo desde un cubículo aislado. Cuando deslizó la mampara, e ingresó en el área de tratamiento, la encontró atiborrada de gente… allí estaba un droide médico, un clon echado sobre una mesa de diagnóstico, y una pequeña multitud de mirones. Hallena había estado sosteniendo la mano que le quedaba libre al clon. Rex observaba todo de manera sombría, con los brazos cruzados, con la mirada saltando de Ince a la pantalla de monitores vitales que había en la pared.

—Ince, vas a estar bien —estaba diciendo Hallena—. ¿Ince? ¿Alguna vez has ido al distrito de entretenimiento en Coruscant? Apuesto a que no. Pues bueno, yo voy a llevarte para que comas el más grande bistec de nerf que jamás hayas visto.

Pellaeon sospechaba que Ince no podía escucharla, pero incluso la gente que está en coma, algunas veces puede escuchar ciertas cosas. El droide médico estaba verificando el catéter que bombeaba el líquido al interior de su cuerpo a través de la vena yugular. Rex se desplazó lentamente por el borde de la bahía de tratamiento, ocasionalmente pasando su mano sobre sus mejillas, como si recién estuviera dándose cuenta de que tenía la barba crecida. Coric y Ahsoka no estaban por ninguna parte. Parecía como si Rex estuviera diciéndole que se llevara a Hallena hacia otro lado por un rato. No había signos de Skywalker.

Pellaeon no dijo nada, tan sólo colocó su mano sobre el hombro de Hallena. Ella miró hacia atrás, como si no se hubiera dado cuenta de que él se encontraba allí, y levantó la mirada para observarlo con una expresión que él jamás había visto con anterioridad: el arrepentimiento.

—Te he metido en un montón de problemas —le dijo en voz baja.

Era la primera vez que se veían en semanas. No se trataba de algo inusual, debido a la naturaleza de sus trabajos, pero ésta no era la romántica reunión que él había estado planificando.

—¿Cómo está? —le preguntó Pellaeon.

No estaba seguro de quién iría a responderle. Se produjo un silencioso intervalo, mientras el resto de los clones o miraban a Rex, o no levantaban la vista en absoluto.

—Sus riñones están fallando —contestó Rex—. Eso hace que cualquier daño cerebral producto de la hipoxia, sea poco importante en este momento. Ha perdida mucha sangre.

Pellaeon empezaba a preguntarse si no sería mejor que se llevase a Hallena a alguna otra parte. Le estrujó el hombro.

—Dale a sus amigos la oportunidad de estar con él —le dijo con bastante tacto, señalando la salida—. Aquí adentro no hay mucho espacio para moverse.

Se quedaron afuera, en el recibidor por un momento, intentando mantenerse fuera del camino de los apurados droides médicos y de las camillas repulsoras. Altis aguardaba junto con Callista y con Geith a una distancia prudente, hablando entre susurros. Pellaeon notó que Callista lo estaba observando, y levantó su pulgar en señal de aprobación por el ataque con los misiles, pero entonces todos los Jedi voltearon sus cabezas al unísono, todos con la vista fija en el cubículo de tratamiento. Pellaeon comprendió que algo había llamado su atención. Y no se trataba de él.

Por supuesto, él no podía escuchar o ver de qué se trataba. Pero ellos sí podían.

—Oh, stang —dijo.

Rex salió del cubículo, con la expresión del rostro pálida, como si estuviera espantado o furioso, pero la contractura de su quijada decía que debía tratarse de lo último. Tenía que rodear a Pellaeon para abandonar la bahía médica. Desató el casco que estaba amarrado a la parte posterior de su cinturón, y se lo colocó por encima de la cabeza, como diciendo que no deseaba sostener ninguna conversación con nadie.

—Eso hace que sean dos los soldados a los que tengo que conseguir reemplazo —dijo, y se alejó rápidamente dando grandes zancadas.

Hallena cerró sus ojos por un momento, y dejó que su mentón se hundiera.

—Deberías haberme dejado —exclamó—. Mira todo esto. ¿En qué estaría pensando, cuando lancé esa llamada de rescate? No tenía ninguna información de inteligencia que valiera la pena rescatar. ¿Qué les voy a decir a esos soldados? ¿Que todo es parte del trabajo?

Se giró como si pensara regresar al cubículo, pero Altis se dirigió hacia ella, y le bloqueó el camino con una callada persistencia.

—Yo dejaría que tuvieran un tiempo a solas —le dijo—. Además de secuestrarlos, agente Devis, no hay nada que usted pueda hacer para evitar que esto les vaya ocurrir de nuevo.

Hallena le dirigió a Altis una mirada extraña, y luego contempló a Pellaeon. Él se preguntó si acaso el viejo Jedi había estado intentando ejercer algo de su influencia mental sobre ella, pero había escuchado que aquello sólo funcionaba sobre los seres susceptibles, y ella podía ser cualquier cosa, menos eso.

—Estaré en el salón de oficiales —declaró ella—. Cuando me las ingenie para poder encontrarlo.

Altis inclinó ligeramente su cabeza hacia Pellaeon.

—Permita que un inofensivo hombre viejo hable con ella, capitán. En esta situación, yo me sentiría exactamente como se está sintiendo ella. Culpable.

«Pero ella es mi amada. La mujer con la que deseo casarme. Yo debería ser quien la conforte en una crisis».

Pero Altis tenía un buen punto. El sentirse responsable por todo este lío, era algo típico de Hallena. Ella siempre sentía que podía manejar todas las cosas, y si algo salía mal, solía pensar que era debido a un error, y no a la mala suerte. Quizás tenía razón. Cuando uno trabaja solo, tiende a obviar los millones de formas de problemas en las que un grupo interconectado de seres puede meterse, sin que un único error identificable pueda ser responsable por la manera en que terminaron desarrollándose los acontecimientos.

—Dígale que voy a reunirme con ella más tarde.

Pellaeon podía percibir la frecuencia mayor de una vibración reveladora, a medida que el *Leveler* empezaba a prepararse para dar el salto. Eso, al menos, iba de acuerdo al

plan. En unas pocas horas, estarían de regreso en Kemla, para empezar con todo una vez más. Continuó diciendo:

—Una pena que este viaje haya sido tan breve. Habría disfrutado de cenar con usted, Maestro Altis.

—Estoy seguro de que tendremos la oportunidad en alguna otra ocasión —le respondió el Jedi, alejándose junto con Geith y Callista.

El *Leveler* completó el salto, asistido por los Jedi.

Al menos esa parte de la penosa experiencia, había terminado.

COMEDOR PRINCIPAL DE LOS OFICIALES, *LEVELER*, EN CURSO DE REUNIÓN EN KEMLA, CON EL *WOOKIEE GUNNER*

—¿Rex?

El aludido levantó la mirada sin elevar su cabeza, ya que estaba con el mentón descansando sobre sus manos cruzadas.

Ni siquiera había sentido que Ahsoka estuviera aproximándose. Sabía que los Jedi podían hacer esa cosa del sigilo, pero por un momento se preocupó de que pudiera estar perdiendo su toque. La pequeña togruta se encontraba vistiendo un pequeño atuendo naval de color gris, junto con los respectivos pantalones. No tenía idea de en dónde podría haber conseguido un uniforme que le sentara bien, pero ella era tan apasionadamente conmovedora, tan dedicada a lograr que las cosas se hicieran bien, y a encajar en ellas, que casi resultaba molesta para cualquiera.

—Eres demasiado joven para tomar un trago aquí —le dijo.

—Y tú eres más joven que yo, *desde cierto punto de vista*.

Ella siempre lograba hacerlo reír, no importaba cuán mal estuviera sintiéndose. Siendo una Jedi, no necesitaba explicarle cómo estaba sintiéndose. Ella podía saberlo. Y él sabía que ella lo sabía.

Se sentó a su lado en la mesa, y se inclinó para acercarse a él, como si tuviera algún gracioso chascarrillo que deseara compartir. Él empezaba a preguntarse cómo haría para corresponder a sus bien intencionados intentos por alegrarlo.

—¿Alguna vez has tenido días —le preguntó ella—, en donde todo lo que pensabas que dabas por seguro se ha ido, ha cambiado, y uno no sabe en absoluto por dónde debe empezar de nuevo para hacer que todo tenga sentido?

Así que ella no estaba allí para levantarle la moral. Por un momento había pensado que ella estaba describiendo los líos que él tenía metidos en la cabeza. Luego comprendió que ella estaba describiendo los suyos propios.

—Puedes apostarlo, *pequeñita* —le respondió en voz baja.

—¿Cómo haces para lidiar con ellos?

—Buena pregunta.

—¿Te las arreglas?

—Todavía sigo en pie…

—Te contaré cómo lo hago yo, si tú me cuentas cómo lo haces tú.

—De acuerdo —dijo Rex—. Soy un soldado. Es todo lo que soy. No conozco mucho acerca del mundo exterior, pero estoy completamente seguro de que otros soldados tienen sus familias y una vida fuera del combate. Nosotros no. Es por eso que me siento tan mal cuando muchachos como Vere e Ince son muertos apenas salidos del entrenamiento.

—Y es que nadie debería morir tan joven.

—Pero regimientos completos de nosotros van a morir, más tarde o más temprano. Quizás todos nosotros. Somos hombres jóvenes. Y lo sabemos. Pero no entiendo porqué esto me hace sentir como si hubiéramos sido engañados.

Ahsoka aferró su mano, como si de improviso se hubiera sentido aterrada por algo. Rex había logrado ver algo de lo que los pequeños clones hacían cuando recibían su primer bautizo de fuego. Los kaminoanos jamás lo aprobarían; se suponía que los clones nunca debían demostrar miedo, ni siquiera siendo tan jóvenes como niños.

Pero la mano de Ahsoka era algo que el jamás había sentido, no porque los togrutas tuvieran una piel que se sentía extrañamente fría, sino porque había podido sentir una conexión semejante con algo que no comprendía, algo conectado a un universo demasiado vasto como para ser entendido. En aquel momento, era él quien se sentía asustado.

—Rex, ¿es verdad lo que dice Geith? ¿Que todos nosotros somos culpables por usarlos a ustedes?

Ella se encontraba muy perturbada. Él podía sentir la rabia salvaje acechando por debajo en su tono de su voz.

—¿Que todos nosotros nos limitamos a seguir las órdenes de manera ciega, y sin hacer preguntas?

Rex sintió que su mundo empezaba a desmoronarse. Si permitía que Ahsoka llegara demasiado lejos por aquella senda… no, si permitía que él mismo recorriera aquel sendero, entonces no sería capaz de realizar su trabajo, y si no cumplía con realizar este trabajo, entonces no tenía idea de qué es lo que podría hacer con su vida. Si dejaba que aquella duda se anidara en su ser, no sería capaz de ver a los ojos a Skywalker una vez más, ni tampoco sería capaz de poder liderar a sus hombres. Y debía liderarlos porque todos ellos dependían de él. Su existencia completa dependía de creer en lo que estaba haciendo.

La pequeña voz persistente que había estado tratando de ignorar, realmente estaba siendo más incisiva en esta ocasión.

«*Ni siquiera te atrevas a pensarlo* —le decía la voz—, *ya que no está dentro de tus capacidades el poder cambiar nada. ¿Y así fuera verdad? ¿A dónde vas a parar? ¿Qué más podrías hacer? ¿Y qué ocurriría con tus hombres?*».

«Algunas cosas son tan abrumadoras, y están tan fuera de tu control, que el simple hecho de darte cuenta de ellas, terminaría por destruirte».

Rex decidió que debía acallarla. Sabía que uno podía acallar cualquier cosa, si se empeñaba en lograrlo.

—No lo sé —dijo finalmente.

—Dijiste que las órdenes tienen su razón de ser. Que son lo que nos mantiene con vida.

—Eso es verdad.

—Los Jedi también tienen sus órdenes. Como la de *no compromisos*. Y… bueno, ya has visto a Callista y Geith. El Maestro Altis permite que todos sus Jedi puedan casarse si es que lo desean. Pero aun así, ellos no han sido consumidos por el Lado Oscuro, así que ¿cuál de ambas situaciones no es real en verdad?

Lo mejor que podía hacer Rex, era tratar de confortarla sin aseverar nada. No podía afirmar cuál de las dos versiones era la correcta. Pero también estaba el hecho de que los separatistas estaban tratando de matarlos a todos. ¿Acaso importaba el resto?

«Retira un ladrillo de la pared, y el edificio entero empezará a desplomarse. Para nosotros dos».

—¿Recuerdas cuando dije que uno no siempre logra observar el panorama completo, y que recibe órdenes porque alguien que está más arriba en la cadena de mando, posee información de la que uno no dispone, aunque no necesariamente parezca tener sentido? Quizás nuestras órdenes sean algo similar.

No se trataba de una mentira. Quizás no era exactamente lo que Rex quería decir —«no sé qué es lo que está pasando; no me agrada lo que está pasando, algo anda mal»—, pero si él terminaba revelando sus pensamientos, entonces también se sentiría como si estuviera yendo a la deriva, y eso no ayudaría a que ninguno de ellos permaneciera con vida.

—Y quizás los Jedi terminen estando en los lugares en los que deben estar —tal vez los que pueden manejar correctamente sus compromisos, puedan encontrar el camino para llegar a donde el Maestro Altis, y los que no pueden hacerlo…

Bueno, quizás eso no era lo más inteligente que podía ser dicho. La expresión agitada de Ahsoka —con las colas de su cabeza más intensamente coloreadas, con el mentón bajo—, le hizo preguntarse si acaso ella estaría interesada en alguien, y si por primera vez tenía que confrontar la dura realidad de las órdenes. Pero es que había que ser más que complaciente para simplemente decir que sí a todo; era algo raro que Yoda y todos los Maestros Jedi, le hubieran dicho a Ahsoka, algo que parecía… no ser tan cierto.

«Tan sólo hazle frente. Eso es lo mejor que se le podría desear a cualquiera. Hazle frente a la vida».

—El mundo está repleto de compromisos —dijo Ahsoka—. Tan sólo es que no puedo entender por qué está mal para los Jedi el poder asumirlos.

—¿Acaso piensas que los dos últimos días habrían sido más sencillos si todos hubieran decidido que tan sólo se trataba de una mujer atrapada en Athar, y que el rescatarla hubiera puesto en riesgo una gran cantidad de vidas?

—Sí, pero ésa no habría sido la decisión más correcta.

—¿Por qué? Ya ves, ésa es la clase de decisiones que un comandante tiene que tomar todo el tiempo; llegará el momento en que tendrás que detenerte, ya que serán más las vidas que estás perdiendo, que las que estás salvando. ¿Recuerdas que hablamos acerca de ello?

Ahsoka no respondió. Se quedó con la mirada perdida en la distancia, y mordió su labio inferior. Todavía estaba manteniendo un feroz agarre sobre su mano; incluso, él había estado esperando que desenvainara las garras.

—Sí, lo recuerdo —dijo ella—. Y también lo discutí con mi Maestro, pero él me hizo la salvedad de que jamás deberíamos abandonar a nadie.

—Bueno, pues el General Yoda debe enfrentar los mismos dilemas. Quizás los Jedi descubrieron hace tiempo atrás, que era más fácil tomar decisiones difíciles si uno no estaba involucrado sentimentalmente. La distancia termina por enfriarlo todo. Hace más fácil tomar las decisiones, y hace más fácil el vivir con ello después de haberlas tomado. Así es el estar en posiciones de mando.

En aquel momento, Rex empezaba a sentirse mejor. Estaba asentado de regreso sobre las sólidas verdades, y no sólo intentando de amasijar algunas mentiras. Él y Ahsoka —y todos los clones y todos los Jedi—, estaban en medio de una situación que no habían elegido, y todos trataban de hacer su mejor esfuerzo. Todo lo que podían hacer él y Ahsoka, era tratar de cumplir con su deber todo el tiempo, elegir opciones con las que pudieran vivir, y aceptar que no les correspondía tomar las decisiones al más alto nivel.

—¿Comprendes todo lo que implica el Lado Oscuro? —le preguntó Ahsoka.

—En realidad, no.

—Ni yo tampoco.

—Explícame algo *pequeñita* —le dijo Rex. Quizás él podría haberle hecho a Skywalker aquella misma pregunta, pero algo en su interior le decía que no se trataba de una muy buena idea—. ¿Cuál es la diferencia entre los Jedi que son seducidos por el Lado Oscuro, y hacen todo lo que hacen los iniciados en el Lado Oscuro, y los Jedi que simplemente dejan que las cosas malas ocurran en presencia suya?

Realmente deseaba saberlo.

—Todavía estoy pensando en ello —le respondió ella—. Pero voy a tratar de no permitir que las cosas malas ocurran en mi presencia.

Rex no estaba seguro si la conversación había ayudado de alguna manera a Ahsoka, pero ciertamente le había ayudado a él; la política, la ideología, y los argumentos morales estaban más allá de su capacidad de influencia, y en lo que él debería enfocarse —en lo que tenía que enfocarse—, era en el día a día, en el acto de velar hora-a-hora por sus hermanos de armas, y en asegurarse de abatir al enemigo antes de resultar siendo abatido por él. Ése era el fundamento de su vida, la esencia de su existencia.

El resto, como diría el Maestro Altis, era algo sin la mayor importancia.

CABINA DEL CAPITÁN, *LEVELER*

—Pensé que irías al salón de oficiales —dijo Pellaeon.

Hallena se encontraba sentada sobre la única concesión que se permitía recibir gracias a sus privilegios del rango, y que era un confortable y descaradamente acolchado, sillón de Boruga[32]. Incluso uno de los ingenieros de mantenimiento del *Leveler*, le había instalado algunos pernos retráctiles, de tal manera que pudiera ser asegurado a la cubierta cuando fuera necesario.

—Pensé que tendrías una dura silla de madera con púas adicionales —le dijo ella—. Tú en realidad te tomas en serio todo eso de *todos-somos-iguales-en-esta-compañía*, ¿no es cierto?

—Sí, ni siquiera me permito tener un chef privado.

La mayoría de oficiales al mando de las naves de guerra, tenían un menú diario exclusivo, preparado por un cocinero personal, y recibían su comida en su propia cabina de alimentos. Pellaeon siempre había pensado que aquello constituía un insulto para el resto de su tripulación.

—Yo como lo que mi tripulación come. Y también junto con todos ellos. Nada socava tanto la entrega y la disciplina, como el decirles a tus navegantes que tú consideras que eres una forma de vida superior a la suya.

—Tú y Altis, un correcto par de alborotadores, tratando de revertir el orden natural de las sociedades…

Hallena parecía estar completamente relajada… sin embargo, no estaba contenta, tan sólo se la veía resignada. Pellaeon lanzó una mirada discreta al dispensador del syspirit[33] que estaba colocado sobre la mesa del costado, tan sólo para verificar si es que había estado bebiendo. El sello de seguridad permanecía en su lugar. Quizás tan sólo se tratara del cansancio. Ella había estado metida en una misión particularmente ruda.

—Realmente deberías hacerte revisar ese chichón —se le acercó para acariciar su cabello. Ella se estremeció—. ¿Te sientes bien?

—Me siento muchísimo mejor que el soldado Ince. O que Vere —sus piernas cruzadas empezaron a separarse, como si intentara ponerse de pie—. O que Shil, o que Merish. Verás, ésa es mi utilidad real en esta vida. Encontrar a los seres a los que el sistema ha estado oprimiendo, y asegurarme de que en verdad sean eliminados. ¿Cuántos infiernos tienen ustedes los corellianos, Gil? ¿Nueve? Añade un décimo. Necesito uno propio para mí.

---

[32] Boruga: Mundo localizado entre los planetas del Núcleo. N. del T.
[33] Syspirit: Bebida alcohólica de color oscuro, similar al barniz de tarwood (una especie de pino silvestre). N. del T.

Él nunca la había visto de esa manera. Pero hasta entonces nunca se habían enfrentado con anterioridad de manera tan brutal contra la realidad de sus respectivos trabajos, con cada uno de ellos contemplando exactamente lo que el otro era obligado a hacer.

—No es la primera vez que se te ha encargado un trabajo sucio.

Ella estaba jugueteando con algo que había en su bolsillo.

—No, pero ésta será la última.

—Tan sólo dime qué es lo que terminó por inclinar la balanza.

—Quizás sea el que tuviera que asegurarme de que aquellas víctimas de tortura, fueran definitivamente eliminadas. O puede haber sido el tener que ver cómo dos niños eran asesinados en su primera misión. Es difícil de decir.

Después, él tendría que asegurarse de hacerle una mayor cantidad de preguntas acerca de esas víctimas de la tortura, a las que se estaba refiriendo. Pero podía entender su reacción con respecto a lo de los niños. Nadie que se preciara de tener conciencia, podía haber visto a aquellos soldados clones, y no sentirse incómodo por tener que utilizarlos. Ellos ni siquiera eran reclutas. Eran un implemento de guerra de una clase completamente nueva para la República.

—Gil, ¿es que todos se han vuelto estúpidos de la noche a la mañana?

Hallena tomó lo que sea que fuera que la estuviese poniendo nerviosa en su bolsillo, y lo extrajo, para quedarse contemplándolo por un momento. Se trataba de un diminuto dispensador de duracero, como todos los que estaban hechos para contener aquel abrasador rapé alderaaniano.

—Sé que todavía estamos tambaleándonos producto del sacudón de esta guerra, y que las cosas toman tiempo para poder llegar a un equilibrio, ¿pero es que acaso soy la única persona con la suficiente cantidad de células cerebrales en funcionamiento como para preguntarme de dónde es que vienen todos estos soldados? ¿Y por qué? No hay nada, incluso en los archivos de los de Inteligencia de la República, acerca de ellos. Nada como un ejército completo de millones de individuos, con su correspondiente equipamiento y sus naves; es algo que los de Inteligencia de la República jamás podrían olvidarse de registrar. ¿Qué stang está ocurriendo aquí? ¿Y por qué los Jedi están metidos en el medio de todo esto?

Pellaeon se sentó sobre la litera, y empezó a quitarse las botas. Podría haberse servido un vaso de syrspirit en aquel momento, pero estaba cansado, y el alcohol mezclado con la fatiga, era su receta personal para que todo terminara convirtiéndose en un desastre.

—Mientras mayor sea la anomalía —le respondió—, menos probable será que la gente se fije en ella. ¿Quieres que piensen que se trata de una mentira? Pues entonces escoge la anomalía más grande que puedas, y lánzala sin contemplaciones.

—Así que entonces, tú piensas que todo esto se trata de una gran mentira. De un modo u otro.

—Creo que es algo inexplicable, sí, pero no tengo idea de qué hacer con respecto a lo que representa.

Hallena abrió la botella, retiró la tapa, e hizo un gesto con ella.

—Si yo estuviera investigando a los de Inteligencia de la República, ésa sería la primera tarea de mi lista. ¿Quién fue la persona que pagó por el Gran Ejército? ¿Y por qué pensaba que tendríamos que necesitar uno?

Levantó un dedo, anticipándose perfectamente a la reacción de Pellaeon, y continuó:

—Y no me vengas con ese cuento de que los listillos de los Jedi podían anticiparse a las cosas que estaban llegando por medio de la Fuerza. Ellos no vieron llegar la carnicería de Geonosis más de lo que nosotros lo hicimos. Altis, en este momento, es un hombre que habla las cosas claras. Sin mumbo-jumbo y todas esas tonterías místicas. Apuesto que él también se pregunta de dónde llegó todo este ejército. Creo que necesito pasar algo más de tiempo hablando con él.

Pellaeon miró al chrono que estaba en el mamparo, y realizó algunos simples cálculos mentales para convertir el GST[34] al tiempo local en Kemla.

—¿Piensas que sería adecuado hacerlo?

—¿Adecuado? ¿No piensas que podría ser lo correcto?

—¿Y qué piensas hacer cuando finalmente logres averiguar la verdad?

Se trataba de una buena pregunta. Todo el mundo estaba de acuerdo en que querían tener la verdad en sus vidas, pero en realidad, no muchos lograban obtenerla, y aun muchos menos sabían qué hacer con ella cuando se la encontraban de frente. Civilizaciones enteras se habían basado en aquel principio. La República ciertamente también lo hacía. Pellaeon no se hacía muchas ilusiones. Había acortado su horizonte, de tal manera que tan sólo lograba ver lo que realmente le importaba… mantener su nave y a su tripulación con vida. De la misma manera que Rex.

«Nos entendemos bien el uno al otro».

Pero en aquel momento, todo lo que él ansiaba era retener a Hallena, pero ella estaba completamente absorbida por su rabia.

Ella volteó la parte inferior del contenedor de rapé, y unas pocas tabletas se deslizaron sobre su palma.

—Sin prisioneros —dijo ella—. Tú sabes qué son estas cosas, ¿no es verdad Gil? Un seguro. En caso de que yo realmente esté atrapada sin posibilidades de escape. Una salida rápida, antes de comprometer a la República, y haga que más gente termine siendo asesinada. De cualquier modo, ésa es la idea. En lugar de ello, yo llamé para pedir ayuda, y de cualquier modo, hice que más gente terminara muerta. Así que la próxima vez —si es que llega a haber una próxima vez—, no volveré a cometer ese error una vez más.

—Y nosotros…

—¿Qué hay acerca de nosotros?

—Ahora es de dominio público. ¿Vamos a casarnos?

—Tú no eres de los del tipo que contraen matrimonio, Gil.

—Por ti, podría serlo.

---

[34] GST: tiempo galáctico estándar. N. del T.

No estaba bromeando; estaba completamente enamorado de ella, no sólo porque era sobresaliente, no sólo porque inteligente, sino porque era tan apasionada por la vida —por el hecho de vivirla, sí, pero además por el hecho de reconocer sus cosas buenas y sus cosas malas—, que a él le parecía ser algo extraño para una mujer que se desempeñaba como una agente espectral. Pero el horario de trabajo era terrible, y la paga era mediocre; ¿por qué alguien más se animaría a hacerlo? Tan sólo se trataba de un espejismo —de la creencia juvenil en lo excitante que era, y en el glamour que implicaba, ideas que inevitablemente eran aplastadas con la primera misión lúgubre—, o con el deseo de hacer las cosas de manera correcta, en una forma vagamente patriótica e incuestionable.

«Como yo, en realidad. ¿Por qué tuve que mentir con respecto a mi edad cuando decidí unirme a la Armada?».

Por supuesto, los espías raramente llegaban a averiguar si alguna vez habían hecho las cosas de la manera correcta. Hallena era una de las pocas fastidiosas a las que les gustaba quedarse por allí, y ver cómo terminaban por resolverse las cosas.

—Me casaría contigo en un instante —le respondió Hallena finalmente—. Pero necesito aclarar mi situación primero.

Pellaeon se encontraba completamente devastado. Había estado seguro de que ella le diría que sí.

—¿Es ésa una forma delicada de despreciarme?

—No, pero ésa es la forma en que me siento en este momento.

Colocó las tabletas de regreso en su contenedor, y lo deslizó nuevamente de regreso al interior de su chaqueta. Pellaeon mantenía la esperanza de que la toxina no dejara algún residuo entre sus manos. Hallena continuó delicadamente:

—Nunca me he corrido de nada con anterioridad, pero quince años en este mismo negocio, ya es tiempo más que suficiente. Hay incluso algunos Jedi que piensan que la República necesita ser desmantelada. Yo no creo que mi gobierno sea completamente inocente, pero realmente me preocupa cuando ya no llego a distinguir si tan sólo se trata del menor de dos males.

—¿Así que qué estás planeando hacer?

—Me largo. Realmente me voy. Esto no se trató tan sólo de *un-trabajo-más-para-nosotros*.

—Ya veo. Tan sólo debes entregarle una reluciente hoja de plastifino blanco firmada por ti, al Jefe de los Espectros.

Los de Inteligencia —como todos los jefes de los espías—, realmente nunca dejaban marchar a sus agentes. Siempre había un pequeño encargo para ser ejecutado, incluso después del retiro. Y si llegaban a pensar que alguno de ellos estaba volviéndose demasiado listo…

Pellaeon continuó:

—No te arriesgues a hacer que tu fiesta de despedida sea demasiado definitiva, ¿de acuerdo?

—Claro. Yo sé que ellos simplemente no se limitan a verte marchar, para abrir una cantina, sin esperar a que uno ya no esté al pendiente de su voluntad y de su llamado. Ésa es la razón por la cual, habiendo decidido marcharme, debo desaparecer realmente.

Él no estaba muy seguro de haber entendido correctamente lo que le estaba señalando.

—¿Qué es lo que estás diciendo?

Él había estado deseando llamarla *querida, corazoncito*, pero sabía que ello terminaría por hacer que todo se fuera al tacho.

—No vayas a hacer nada tonto. Tú no.

Se refería a la toxina. Pero aquello era tan poco probable que fuera hecho por Hallena, que no tenía la menor idea del porqué dicho pensamiento había cruzado su mente, pero se trataba de su miedo más inmediato. En algunas ocasiones, la única forma de evadir a los de Inteligencia de la República, era ser algo drástico.

—Voy a tomarme un receso —dijo ella—. En algún lugar en donde ellos no puedan hallarme.

—Eso es incluso… demasiado tajante.

«Está escapando de mí. Ya la he perdido».

—Ellos no suelen tomar estas cosas de muy buena manera.

—Lo sé.

Le había llegado el turno para preguntar a su vez.

—¿Volveré a verte alguna vez?

—Sí. Siempre podrás encontrarme. Pero ellos no.

—¿Cómo?

—Te lo haré saber cuando lleguemos a Kemla —ella lanzó una mirada al chrono del mamparo—. Todavía tenemos una hora completa. ¿Se te ocurre algo que podríamos hacer en una hora?

No era el momento de celebrar; no podía serlo. Era más una triste aceptación del tipo de vida que habían elegido, sin un final aparente a la vista, ni tampoco con la posibilidad de un prospecto de normalidad doméstica para ambos. Era más por pasarla bien que por cualquier otra cosa.

—Quizás se me podría ocurrir algo —le dijo él.

CAPÍTULO XII



Al igual que con la fe, algunos mensajes básicos se vuelven distorsionados con el pasar del tiempo. ¿Por qué el compromiso tendría que conducir al Lado Oscuro? El compromiso amoroso es la piedra angular de la civilización, de la sociedad, y es lo que une a todas las criaturas vivas. ¿Cómo podría tratarse de algo equivocado? Yo puedo aseverar que es más su impropia fijación-obsesión lo que conduce a la oscuridad y a la maldad. Esa obcecación ciega puede corromper cualquier área de nuestras vidas. Podemos hacer cosas terribles cuando estamos obsesionados con el amor, con la riqueza, con el poder… o incluso con un conjunto de creencias inflexibles que han venido a hacerse más importantes que el bienestar de los propios seres vivientes. ¿Logra captar el punto, Maestro Yoda?

—Maestro Djinn Altis, en un raro intercambio de correspondencia con el Maestro Yoda, algunos años antes del estallido de la guerra

CUBIERTA DE HANGARES, *LEVELER*, MEDIA HORA ANTES DE LLEGAR A KEMLA

Anakin lo había estado posponiendo tanto como podía, pero ahora no le quedaba más que enfrentarse a ello.

Trepó al interior del CR-20, tomando notas en su datapad, e imaginando la forma en que dicha nave podría ser adaptada para servir a los intereses del Gran Ejército. Una flota compuesta por estas naves sería de mucha utilidad; más grandes que los LAAT/i, capaces de albergar híper-impulsores, bien armadas. Justo del tamaño para infiltrar tropas cuando un Acclamator[35] revelase ser demasiado grande, o para cuando una larty[36] fuese demasiado pequeña, o el alcance y la distancia a cubrir, fueran demasiado largos. Quizás sería una muy buena opción para las fuerzas especiales. Su interés era realmente auténtico, pero tenía que admitir que dicha evaluación era una distracción para evitar pensar en aquello que estaba consumiendo su interior.

Altis.

---

[35] Acclamator: La nave de asalto de clase Acclamator I, era una nave estelar creada para la República Galáctica por parte de la Ingeniería Pesada Rothan. Fue el predecesor de la línea de los Destructores Estelares. N. del T.
[36] Larty: Cañonera del tipo LAAT/i (Low Altitude Assault Transport/infantry). N. del T.

Sintió que el hombre estaba aproximándose. Él producía una impresión en el aura de la Fuerza como ningún otro Maestro Jedi que Anakin hubiera conocido, excepto quizás por aquel sentimiento de curiosidad incómoda que empezaba a hacerse cada vez más familiar.

Anakin esperó hasta escuchar las botas de Altis resonando sobre la rampa de metal, antes de volverse.

—Lamento lo ocurrido con sus hombres, General —le dijo Altis.

—Sí, ya hemos perdido demasiados de ellos —Anakin apartó el datapad. No tenía sentido el tratar de engañar a Altis para que pensara que no se encontraba desconcertado por sus excéntricas costumbres, y por una de ellas en particular—. Sé que Rex se encuentra especialmente afectado. Tendré que hablarle luego —él prefiere contar con algo de espacio en ocasiones como ésta.

—En momentos como éste, no me cabe la menor duda de que usted valora la sabiduría de evitar el compromiso. Volverse demasiado afín a una determinada persona, es una ruta cierta para que uno de ustedes dos empiece a sufrir.

«¿Acaso él había logrado averiguarlo?».

Ése fue el primer pensamiento que vino a la mente de Anakin. Casi entró en pánico.

Altis no era como los otros Jedi; había sido capaz de percibir toda la clase de cosas que incluso ni Obi-Wan ni Yoda había llegado a detectar. Sus discípulos podían hacer cosas que ningún otro Jedi parecía ser capaz de hacer —la afinidad con las máquinas, con las computadoras—. Anakin era un mecánico privilegiado, pero Callista podía *vivir* lo que sentía la máquina. Eso era algo casi alarmante.

«No es ni la mitad de alarmante como sería el pensar que Altis pudiera saber sobre Padmé» —pensó.

—Rex contempla con pesar la brevedad de sus vidas, de la misma manera en que lo hago yo.

En aquel momento, Altis se veía un poco más juvenil. Había cambiado su postura de manera sutil, ya no mantenía sus manos cruzadas sobre su barriga, sino que las tenía pegadas a sus caderas. De alguna manera, se había transformado de ser un hombre sabihondo, en un soldado veterano. Anakin sabía que no estaba tratando con un *peso ligero*.

—General Skywalker: yo conocí a Qui-Gon Jinn. Se trataba de un hombre extraordinario.

—Ciertamente, él dejó una gran impresión en mi persona.

—Puedo sentir qué es lo que lo está acongojando.

—Oh.

«¿Qué es lo que podría contarle? Por supuesto, él nunca se lo revelaría a nadie. Puedo sentirlo».

—Se trata de toda una lista completa de cosas.

—No está mal el tener desencuentros con el Concejo Jedi. Qui-Gon tenía sus diferencias con ellos, de la misma manera en que las tengo yo. Eso, no necesariamente es algo malo.

—Maestro… ¿a cuántos alumnos ha formado usted?

Los hombros de Altis se encogieron, y desvió la mirada hacia un costado, como su estuviera realizando algunos cálculos.

—Posiblemente a cientos. Soy un tradicionalista, no me hago problemas. No tiene ningún sentido el que uno se vuelva más complejo de lo que es necesario. Así que yo les enseño que deben ser buenos, que deben hacer cosas buenas, y que tienen que hacer buenas preguntas. En realidad, de eso se trata todo.

Anakin casi se atoró. Se sintió estúpido por empezar a sentirse tan conmocionado, pero es que no había tenido la menor idea de cuántos seguidores podría tener Altis. Ahora lo sabía. Aquella no era una insignificante secta de lunáticos.

Altis sonrió. No estaba frente a alguien presumido, sino a un hombre que se sentía como si estuviera arrepentido. Como si hubiera llegado demasiado tarde para algo.

—¿No vas a preguntarme lo que realmente deseas saber, jovencito?

Era la única oportunidad que tendría Anakin. Sabía que era muy poco probable que pudiera volver a encontrarse con Altis nuevamente, si es que alguna vez llegaba a verlo. Altis también parecía saberlo. Parecía estar queriendo darle un consejo de despedida. Y no parecía ser la clase de hombre que lo hiciera todo el tiempo.

—¿Y usted me daría la respuesta, si yo lo hiciera?

—Por supuesto.

—¿Es usted casado?

Altis inclinó ligeramente la cabeza hacia un costado.

—Perdí a mi esposa hace algunos años. La extraño terriblemente. Además, gracias a su influencia, yo solía ser un mejor Jedi de lo que soy.

—Claramente, el compromiso no ha hecho que usted se convierta al Lado Oscuro. Ni tampoco ninguno de sus discípulos.

—Pues bueno, ahora podríamos enfocarnos en tu pregunta real.

Anakin casi se sintió quebrantado. Sentía tal compasión, tal honestidad y humildad en Altis, que empezaba a preguntarse si podría confiar con seguridad en su persona. Sin embargo, no era el miedo de exponerle a Altis el secreto de su matrimonio lo que lo hacía dudar. Estaba aterrado por el hecho de que una vez de que hablara de ello abiertamente, entonces ya nunca podría ser capaz de conciliar nuevamente la situación con el hecho de ser un Jedi… con esta clase de Jedi, con la clase de Jedi que hubiera querido Obi-Wan. Y no tenía idea de a dónde podría conducirlo todo esto.

—No estoy muy seguro de tener alguna pregunta —dijo Anakin.

—Bueno, si es que yo te doy una respuesta, entonces no tendrías la necesidad de sentir que estás traicionando a tus Maestros por el hecho de haberme hecho una pregunta —Altis se sentó sobre una de las barandas de seguridad del mamparo—. No entiendo la razón por la que el Maestro Yoda o cualquiera de los otros miembros del Consejo Jedi,

raramente preparan a sus discípulos para encarar el hecho de que nosotros existimos, y el que no hayamos caído presas del Lado Oscuro. Eso es cierto para muchos seres. Iniciados en la Fuerza, o no. Pero su problema no es el compromiso. Su problema es la obsesión.

Altis hizo una pausa momentánea. Anakin sintió que de alguna forma, estaba siendo esculcado, y que sus pensamientos estaban siendo sometidos a una prueba.

—Así que antes de que te diga si el compromiso es lo correcto para ti, pues deberías preguntarte a ti mismo si es que podrías manejarlo, siendo un Jedi o no.

En aquel momento Anakin se encontraba preparado para golpear el activador de la rampa, si es que veía a alguien dando vueltas por allí, o con intenciones de interrumpir esta conversación. Tenía que averiguar más de todo aquello. Tenía que llegar a ser capaz de comprenderlo todo por completo, de tal manera que no tuviese necesidad de regresar a Coruscant abrumado por la necesidad de confrontar a Yoda.

—¿Cómo haría para saber si soy capaz de manejarlo, Maestro?

Altis se encogió de hombros.

—¿Podrías dejar ir a alguien, si es que la hubieses amado? ¿Podrías permitir que se alejase? ¿Podrías ser capaz de vivir sin esa persona? ¿Hasta dónde serías capaz de llegar para impedir que se fuera? ¿Qué harías para salvarla? Hazte estas preguntas a ti mismo, y si alguna de las respuestas te hace sentir temeroso… entonces el compromiso podría estar aparejado con la miseria, para ti y para todos los que te rodean.

Se trataba de algo simple; Altis le había dicho que a él le gustaba hacer que las cosas no se volvieran complicadas. Y, como todas las cosas simples, era difícil de hacer. Anakin todavía no podía afirmar si es que Altis sabía algo acerca de Padmé, pero ciertamente sabía acerca del compromiso, y le dio la impresión de que sabía que Anakin estaba luchando contra ello. Quizás también sabría que había fracasado al intentar salvar a aquellos que eran los seres más queridos para él.

Pues bien, Anakin deseaba llegar a la verdad. Estaba preparado para someterse al escrutinio.

—Usted realmente es un buen profesor, Maestro Altis.

—No en realidad —le respondió—. Tan sólo sé cómo hacer las preguntas correctas. Mis discípulos son los que me dan las respuestas, Así que de hecho, yo también soy… un estudiante. Siempre lo seré. El padawan más viejo del pueblo. Ahora, ¿podría hacerte una pregunta?

—Ciertamente.

—Eres llamado el Elegido. ¿Te sientes elegido?

—No en realidad.

Altis siempre tenía una forma de desarmarlo. No estaba seguro de haberle dicho a nadie lo mismo, con excepción de Padmé.

—Me siento… diferente. No encajo completamente en ningún lado. Lo intento. Quizás inicié mi camino siendo demasiado viejo.

—Callista era mayor que tú en este momento, cuando decidió convertirse en mi padawan. Creo que el tener algunas experiencias de vida, pueden hacer que uno sea un

mejor Jedi. Pero no me agradaría que tú —o que el Maestro Yoda—, pensaran que te estoy tendiendo un anzuelo para que te unieras a nuestra pequeña comunidad. Yo no ando en busca de reclutar gente.

Altis se veía mortalmente serio en aquel momento. Anakin sabía exactamente a lo que se estaba refiriendo, ponderando sus palabras tan cuidadosamente como cualquier hombre podía hacerlo. Altis continuó:

—Pero si alguna vez eres expulsado del Templo, recuerda, siempre podrás encontrarnos. Nosotros no cerramos nunca.

Se levantó, dejó escapar algunos gruñidos de dolor, y colocó las palmas de sus manos sobre la zona lumbar de su espalda.

—Puedo sentir que tu padawan está aproximándose —le dijo—. Ha recibido una ligera conmoción cultural al saber de nuestra existencia. Lamento si ello te llega a ocasionar problemas. Tan sólo dile que nosotros somos unos inofensivos lunáticos, si es que la situación empieza a ponerse problemática.

—¿Cómo hace alguien para encontrarlos a ustedes? —le preguntó Anakin. Sentía que debía preguntarlo, aunque ya le había sido dicho de manera indirecta—. Yo nunca oí hablar de su comunidad, aunque Qui-Gon lo mencionó a usted por su nombre.

Altis se llevó dos de sus dedos a su frente, en un simulacro de saludo.

—Tan sólo busca en los lugares en donde hay gente sufriendo, y en donde nadie más se fija —le respondió—. Allí nos encontrarás, haciendo lo que podemos.

Empezó a descender por la rampa, todavía frotándose la espalda de manera triste. A modo de despedida, añadió:

—No olvide hacerse esas preguntas a sí mismo, General.

*****

Anakin se había quedado contemplando la abierta puerta de la bahía, bastante tiempo después de que Altis se hubiera esfumado. Quizás allí estaría la solución, después, de todo. El viejo Maestro parecía tener más respuestas de las que se veía obligado a admitir.

«¿Podría yo vivir sin ella?».

«¿Podría dejarla ir?».

Anakin empezó a sentir cierto desasosiego, como si estuviera contemplando hacia abajo a un pozo con las manos firmemente sujetas a los costados, pero empezando a deslizarse en su interior producto de una sensación de desmayo frente a algo que estuviera emergiendo de las profundidades. Se echó para atrás. Quizás éste no era el momento para hacerse esa clase de preguntas, no ahora, que tenía que afrontar las secuelas de la batalla. Tendría que hacerlo a un lado, hasta que tuviera un momento tranquilo para meditar. Esa sensación de no querer mirar era… engañosa. Tenía que serlo.

Después de todo, Altis no podía tener la razón en todo.

Anakin decidió que la primera cosa que haría una vez que el *Leveler* hubiera salido del hiperespacio, sería comunicarse con Padmé, y contarle todo lo sucedido.

De cualquier modo, ella nunca querría abandonarlo, de la misma manera que él tampoco querría hacerlo. Las preguntas de Altis, realmente no podían ser aplicadas en este caso.

¿O sí?

BAHÍA DE TRANSFERENCIA, ASTILLEROS DE KEMLA

Todavía había bastante trabajo por hacer. Callista se sentó junto con Ash, sin decir nada, pero pensando en una infinidad de cosas, mientras observaba a Geith boxeando de manera amena con uno de los ryn[37] que ocasionalmente viajaban con ellos.

—Uno no creería que acaba de salir de una batalla —le dijo Ash.

El *Wookiee Gunner* se deslizó por encima de uno de los muelles de atraque en la bahía de transferencia de Kemla, un insecto en comparación con el tamaño del *Leveler*. El daño infligido a la nave de asalto, era ahora dolorosamente visible a la luz de la intensa iluminación que bañaba la bahía orbital con un severo resplandor de color blanco azulado. Tenía una gran cantidad de marcas chamuscadas, placas sobrepuestas, y largueros faltantes. Los trabajadores de la cubierta ya se encontraban trabajando para colocar las señales correspondientes en las zonas dañadas, y así poder orientar a las diminutas naves pilotadas a las zonas de trabajo alrededor del *Leveler*.

Callista asintió en dirección hacia la nave de guerra. El deteriorado casco ocupaba la mayor parte de los ventanales de aquel costado de su nave.

—Oh, creo que…

—¿Qué fue lo que sentiste cuando te fusionaste con el sistema de misiles? —le preguntó Ash.

En aquel momento, Callista tan sólo podía recordar unas breves pero vívidas imágenes instantáneas del evento. Sin embargo, los momentos de claridad al ver las cosas como lo hacía una máquina, perduraban en su interior. Estaba segura que ésa era la causa de que sus sentidos de la Fuerza, en comparación e incluso en aquel mismo instante, no fueran tan meridianamente claros como lo habían sido con anterioridad.

—Hubo un punto en el que pensé que nunca llegaría a separarme de él —le respondió—. Por un momento, me sentí completamente satisfecha de ser una máquina.

«Pero no sería lo mismo si es que tuviera que ser un droide de batalla. Eso sería dar un paso demasiado atrevido».

Pensó en Rex, y se preguntó si sería capaz de ir a comprobar que Joc, Boro, Hil, y Ross, se encontraban bien. La rapidez con que la gente establecía lazos durante el

[37] Ryn: especie humanoide inteligente, con cabello blanco, narices en forma de pico, dedos largos y colas prensiles. Se sabía que eran itinerantes, y eran conocidos por su musicalidad y diligente transparencia; rara vez se los veía en los Mundos del Núcleo. N. del T.

combate, todavía seguía sorprendiéndola, aun cuando sabía que siempre ocurría de esa misma manera.

—¿Crees —preguntó—, que el estar en combate, hace que nos sintamos más estrechamente unidos que con los amigos del día a día, ya que se trata de un mecanismo de defensa? ¿Qué hemos evolucionado para permanecer junto con los seres con quienes sentimos que es más probable que podamos defendernos?

—Ése es un punto de vista… demasiado similar al de una máquina.

—Te estás burlando de mí.

—No en absoluto. Pero a mí más me agrada pensar que nos unimos más fuertemente en la adversidad, porque vemos a los demás como en realidad son: gente que está preparada para morir con tal de salvarnos, antes que pensar en salir corriendo.

«No todos».

«Tan sólo los que son buenos».

—Eso es suficiente para mí —declaró Callista.

Yarille era su siguiente parada. Se trataba de un mundo por el que nadie se preocupaba demasiado; incluso la lucha por su posesión había sido bastante breve, y se había mudado hacia otros lugares, ya que se trataba de un lugar que ni siquiera valía la pena conquistar. El Servicio de Información Meteorológica de la República, decía que Yen Bachask —el lugar que había sido golpeado más duramente—, confrontaba la posibilidad de un rudo invierno, y que la temporada de nieve acababa de empezar.

El Maestro Altis daba vueltas alrededor de ellas, sin demostrar ningún signo de impaciencia, mientras aguardaban por la lanzadera de traslado. Geith renunció a continuar con su simulacro de combate de boxeo con el muchacho ryn —incluso un Jedi tenía que esforzarse para lograr alojar un impacto que sobrepasara su guardia—, y se dejó caer sobre el asiento que estaba al lado de ella.

—Espero que no hayamos trastornado demasiado al General y a su padawan —le dijo Callista.

—Oh, un pequeño desafío a nuestras creencias cada día, es un paseo vigorizante para el intelecto y para el alma —Altis contemplaba el *Leveler*—. Y ciertamente, debo confesar que he recibido algunos de tales desafíos en estos últimos días.

—Me refiero a que no me agradaría que toda la Orden Jedi cayera de repente encima de nuestras cabezas, Maestro.

—Dudo que eso vaya a ocurrir, querida. Después de todo, hemos mantenido nuestro acuerdo por un buen tiempo.

—¿Pero qué clase de acuerdo podríamos mantener con ellos, si es que nosotros pensamos que están equivocados con respecto a esta guerra? —Callista se incorporó, como si le estuviera ofreciendo su asiento—. No podemos ignorar todas estas cosas.

Altis sacudió su cabeza de manera educada, y señaló la parte inferior de su espalda, indicando que había empezado a molestarle nuevamente.

—Sería un mentiroso si dijera que no albergo sentimiento negativos contra el Maestro Yoda en algunas ocasiones —le respondió—. Por ello es que me pregunto a mí mismo la

razón, y debo reconocer que tiene que ver con mis propias inseguridades y prejuicios. Pero cuando logro quitarlos de en medio, entonces logro ver todo aquello que en verdad le preocupa a Geith, y entonces consigo distinguir razones más objetivas que empiezan a preocuparme.

—Y entonces, ¿qué debemos hacer con respecto a ello?

—Debemos enfrentarnos con todo lo que la guerra nos presenta en este momento, como si no estuvieran los Jedi conduciendo las fuerzas de la República. No se trata de estar de su lado o no. Nosotros estamos del lado de los que nos necesitas más.

—Entonces, quizás vayamos a terminar luchando por los intereses de la República.

—Y también habrá días en los que no —Altis levantó su dedo índice, distraído por un momento, como si se hubiera interrumpido el hilo de sus pensamientos—. Corrección. Ya sea que yo lo haga o no. Porque no pienso poner regulaciones con respecto a los temas de conciencia para todo el resto de ustedes.

—¿No cabría la posibilidad de hablar con el Maestro Yoda? Él podría llegar a ver el sentido de todo esto.

—En este momento, él cree en lo que está haciendo, y también creo que le ve el sentido a todo esto, pero ambos diferimos en que lo vemos desde distintos ángulos. ¿Acaso piensan que yo podría ser capaz de persuadirlo? Ésa es una pregunta auténtica.

—No lo conozco.

—A lo que más debo temer, es a mi propia negatividad. Pero dejando de lado mis emociones, entonces lo dejaría simplemente en una pregunta: si es que un ser que ha vivido muchos siglos, posiblemente pueda entender lo que es mejor para la mayoría de seres cuyo tiempo es mucho, mucho más corto.

—Maestro, las emociones no son inherentemente malas —replicó Geith—. ¿Por qué debemos ponerlas de lado en esta ocasión?

—Porque yo necesito estar seguro de que me opongo a la posición de Yoda por las razones correctas, y frente a qué es a lo que me opongo en realidad. ¿A apoyar a la República, cuando sé que ésta tiene defectos? ¿Al empleo de los clones como soldados? Si pongo de lado mis emociones, en realidad, ¿qué es lo que me queda?

—Las emociones son parte de nuestra programación, son las reacciones que nos ayudan a mantenernos con vida, y que nos ayudan a entender lo que está bien y lo que no lo está. Si me quedo trastornado cuando veo que alguien me trata como si yo no tuviera derechos ni valor, entonces, ¿no es ésa la misma manera en que nadie debería tratar a los soldados clon, ni a ningún sirviente, ni a ninguna otra persona? Si hay algo que me ofende, entonces probablemente lo mismo también será ofensivo para los demás.

—Buen punto, Geith, pero ten en cuenta que estás asumiendo que todos los seres reaccionarían de la misma forma en que lo harías tú.

—Maestro, gustosamente yo ofrecería mi vida por usted, pero no puedo aceptar el argumento que establece que los demás no son como nosotros, que podemos tratarlos de manera diferente. Ésa es la excusa perfecta para la explotación. Ése es el camino que conduce hacia el Lado Oscuro.

—Yo no estaba sugiriendo tal cosa. Tan sólo que el poder apreciar y comprender las motivaciones de los otros, y ser capaz de ver el mundo como lo hacen ellos, es la clave para la compasión… y para el éxito en cualquier batalla —Altis revolvió el cabello de Geith—. Y mientras yo cuente con tu devoción, me gustaría saber que vives una larga vida feliz, influenciando a los otros con su ejemplo, y criando niños a los que les enseñes a hacer lo mismo. Tú también, jovencita…

Acarició la cabeza de Callista.

—Bueno, ya es suficiente de tantas tendencias al auto-sacrificio. Un poco de egoísmo los mantendrá vivos para hacer más cosas buenas para los demás, ¿de acuerdo?

La lanzadera de transporte se hizo visible, y se pegó a su nave, acoplando su anillo de anclaje contra el mamparo. Se cerró el sello de aire, las luces de advertencia se encendieron, y las puertas internas se separaron. Era tiempo de partir.

—Ustedes vayan primero —dijo Altis.

Ante sus dudas, les ordenó que se adelantasen, al tiempo que afirmaba:

—Yo estoy esperando a alguien.

—Si usted no aborda esta lanzadera, la siguiente vuelta será dentro de otra media hora.

Altis se encogió de hombros.

—¿Acaso pretenden esperarme?

—Maestro… ¿a dónde podríamos ir sin usted?

—Yo no soy la comunidad. Ustedes lo son. Un día, la comunidad tendrá que continuar con su camino, dejándome atrás.

—Jamás.

—Jamás es demasiado tiempo. Así que si ustedes deciden enviar mis restos mortales, a un taxidermista, para exhibirlos en algún lugar de la nave —dijo Altis severamente—, voy a regresar como un fantasma, y arruinaré todos las partidas de sabacc que quieran jugar.

Les dedicó una sonrisa.

—Yo voy a esperar aquí.

Callista decidió permanecer a su lado hasta el último instante, pero en ese momento, el piloto droide encendió la luz de advertencia para que embarcaran, y Ash la empujó para que abordara junto con los todos los demás.

—Se trata de alguien importante —le dijo.

—Todos son importantes para el Maestro —le respondió Callista.

Se quedó contemplando el ventanal mientras la lanzadera se alejaba en su corto trayecto hacia su encuentro con el *Wookiee Gunner*, hasta que Altis se convirtió en un pequeño guijarro de carbón gris en medio de la burbuja brillantemente iluminada, compuesta de transpariacero y plastoide, dentro del área de tránsito.

«Sí, todos son importantes. Y también, cada una de las decisiones que toman».

CABINA DEL CAPITÁN, *LEVELER*, BAHÍA ORBITAL, ASTILLEROS DE KEMLA

Gil se encontraba muy ocupado con el supervisor del astillero, y Hallena nunca había sido buena para las despedidas.

Él había logrado entenderlo. No sería para siempre. Pero era el momento de separarse.

Ella no solía portar equipaje; aquello no importaba. El adjunto de Gil, y uno de los clones que se desempeñaba como oficial de suministros, habían logrado improvisar algunas cosas —overoles de la Flota de color gris, ropa interior de hombre que luego ella podría encargarse de acondicionar, implementos de aseo—, todo lo cual había sido metido por ella en una pequeña bolsa de tela. También portaba una tarjeta de crédito inrastreable, que podría convertir en efectivo si llegase a necesitarlo. Ésa era la mejor parte de ser una espía: los de Inteligencia de la República, la habían entrenado para poder desvanecerse, sin dejar rastro, y le habían dado los medios para sobrevivir de manera anónima en el campo. En aquel momento, ella planeaba hacer justo lo que le habían enseñado. Sin embargo, tendría que hacer efectivos los créditos de una sola vez, ya que si empezaba a gastarlos de a poco, cargándolos a su supuesta cuenta inrastreable, acabaría por llamar su atención, y ellos terminarían por cerrarla.

«Realmente no necesito de una gran cantidad. Soy una sobreviviente».

Al tiempo que se miraba en el espejo colgado del mamparo de la cabina de Gil, se preguntaba si el chichón en su cabeza, de alguna manera estaría conectado con su decisión de entrar en la clandestinidad. Después de todo, no se trataba de su estilo; ella siempre se había imaginado entrando como un huracán en la oficina de Isard, gritándoles a todos que no valían más que el trasero de un hutt, y diciéndole qué es lo que podría hacer el excelso Director de Inteligencia, con su trabajo. Sin embargo, aquel día no había llegado a hacerse realidad, ni siquiera en sus mejores fantasías. Había llegado a aceptar —con menor disposición, y con mayor dificultad con cada día que pasaba—, que empezaba a desagradarle su trabajo, y que no le era fácil conciliar el sueño después de tener que llevar a cabo, algunas de las implicancias del mismo, pero era algo que debía ser hecho. Su trabajo era llegar hasta los más oscuros rincones en donde nadie más podía llegar.

El problema era que había encontrado que el más oscuro rincón estaba dentro de sí misma. Y no era un lugar en el que ella pudiera vivir por más tiempo.

En aquel momento, no había nadie con ella con el que pudiera disculparse; no había nada que pudiera hacer, para realizar una especie de expiación. Pero levantó la mirada hacia el techo de la cabina, ya que le pareció que era la única dirección apropiada.

—Lo lamento, Vere. Lo lamento, Ince. Lo lamento, Shil. Lo lamento por todos los que murieron para que yo tuviese una segunda oportunidad. No voy a desperdiciarla. Lo prometo.

También debería haberse disculpado con Gil, pero lo suyo era una relación más complicada, y siempre lo sería. Terminó de escribir la carta —en plastifino verdadero, una carta adecuada para un caballero que se preocupaba también por aquellas pequeñas cosas—, y la selló cuidadosamente, antes de besarla y dejarla debajo del dispensador de syrspirit.

Él tendría que hallarla.

Él sería el único que podría leerla y entender su significado.

Y entonces, él llegaría a averiguar en dónde podría encontrarla.

Si no partía en aquel momento, nunca lograría hacerlo, y los de Inteligencia de la República, estarían al tanto por completo, de su última localización conocida. Lo decente, era evitar por completo que Gil se viera comprometido en el hecho de su desaparición.

Sin prisioneros. Sin rehenes.

Y ya que él la amaba, tendría que dejarla ir… ya que por las circunstancias actuales, ella se veía obligada a hacerlo.

CAPÍTULO XIII



Nosotros los Jedi, nos hemos visto manchados por nuestras conexiones con la República. Muchos nos identifican como sus ejecutores. Estamos del lado equivocado. Deberíamos estar ayudando a derribarla, de una vez y para siempre.

—Caballero Jedi Sora Bulq

YARILLE, BORDE EXTERIOR

No se trataba tan sólo de otra región devastada, de otro fragmento de la enorme guerra, y de más vidas destrozadas.

Altis permanecía de pie sobre la rampa de carga del *Wookiee Gunner,* contemplando la devastación con un corazón encogido que no se correspondía con el que debería tener un Maestro Jedi.

—Podemos hacernos cargo de esto. Realmente podemos hacerlo.

Una ciudad completamente nueva había surgido sobre la tundra, una ciudad compuesta de tiendas de campaña. Al lado de ella, como un jarrón destrozado, yacía en ruinas la capital regional de Yen Bachask. El área parecía haber sido tan implacablemente arrasada hasta sus cimientos, que Altis casi estaba seguro de que podía divisar otro pueblo bombardeado en la lejanía.

«Quizás se trate de un espejismo. ¿Puede haber espejismos en los climas frígidos?».

Geith colocó su mano sobre el hombro de su Maestro. Ninguno de los dos hombres dijo nada, mientras unas pequeñas formas oscuras emergían de las tiendas para buscar algo, mirando fijamente hacia el suelo: se trataba de los refugiados que habían sido desplazados por el conflicto que había golpeado su mundo, y que ahora continuaban vagabundeando por las inmediaciones.

—Hagámoslo —dijo Geith. Observó el horizonte, con las manos sobre las caderas—. Ni siquiera un árbol. Qué lugar tan miserable.

Callista, Ash, y los otros que se desempeñaban como líderes de sección, salieron de la nave para caer sobre la ligera capa de nieve, y empezaron a caminar lentamente, de manera deliberada, con mucho cuidado (*«estamos aquí para ayudar»*), en dirección hacia la ciudad hecha de tiendas, para hacer contacto con sus pobladores. Siempre se trataba de una buena idea, el enviar primero a las mujeres. Altis había conocido tantas mujeres violentas y letales, que no estaba muy seguro de la razón por la que su presencia confortaba a los asustados y a los sufrientes; pero los refugiados reaccionaban mejor

cuando la primera mano que se les tendía, era la de una mujer. Quizás porque los soldados tendían a ser varones, a lo largo y ancho de toda la galaxia.

Decidió aguardar hasta que algunos pocos de los locales, envueltos en gruesos abrigos para protegerse del encarnizado ventarrón, se atrevieran a dar algunos pasos para intercambiar apretones de manos con Callista y Ash.

—Ella es una buena chica —dijo Altis, más para sí mismo que para Geith.

—Lo sé —le respondió Geith—. Ella siempre logra estar de regreso. Aquello que pasó con la computadora realmente terminó por aterrarla. Pero ahora ya parece estar mejor.

Altis no había estado refiriéndose a ello. Pero Callista había cambiado sutilmente, y decidió hacer una nota mental para vigilar tal situación. Decidió que realizaran un largo rodeo alrededor del improvisado campo, para observar lo que podría ser rescatado y aprovechado del pueblo destruido. A medida que se acercaban a las paredes del poblado, se encontró a sí mismo caminando en medio de una creciente cantidad de escombros, algunos oscuros y otros de color blanco, hechos de metal y de plastoide.

Eran los restos de los droides y de los soldados clon.

«Ince. Vere. Aquellos jóvenes hombres a los que no se les permitió conocer nada más».

No era la comprensión acerca de sobre lo que estaba caminando, lo que lo detuvo en su búsqueda, e hizo que su estómago se contrajera, sino que era algo que sentía en aquel momento. La Fuerza lo tenía tomado por el cuello, sacudiéndolo, obligándolo a mirar.

«Observa lo que han hecho los de tu clase, Altis. Siente el dolor y la miseria que engendra una piedad vacía».

A él no le quedaba más opción que la de escucharla.

—Yoda, tonto de ti, tonto de ti.

No se atrevió a continuar avanzando. Sabía que vería más cadáveres, y sentía que de alguna manera, los cuerpos de los soldados lo perturbarían aun más que los de los civiles. Tendría que ponerse a reflexionar acerca de ello.

«¿Y tú te preguntabas porqué el Lado Oscuro había estado haciéndose más poderoso todos estos años? Porque nosotros hemos permitido que fuera arrastrándonos, un paso a la vez».

Geith tomó su brazo.

—¿Maestro?

—Me encuentro bien, Geith —Altis colocó su mano sobre la de Geith, y la acarició en lugar de intentar retirarla. A él no solía agradarle el que lo tocaran. Se sentía indigno de ser el objeto de cualquier compasión o simpatía—. Tan sólo se trata de que a veces tengo algunos momentos de claridad que me atraviesan hasta los huesos.

De cualquier modo, continuó caminando, y sí, había una mayor cantidad de cadáveres. Tendría que encargarse de cremarlos. Intentaría notificar a los familiares. Los soldados clon no tenían ninguno, pero seguramente alguien —sí, alguien—, tendría los registros de su existencia individual, y de sus andanzas. A Rex le importaban. Por ello, si

nadie más mantenía el luto por ellos, al menos, un hermano clon querría y tendría la necesidad de saber de su destino.

No había pasión en ello, tan sólo serenidad.

—Basura —escupió Altis—. Basura. ¿En dónde está la pasión por la justicia? ¿En dónde está la pasión por la paz? ¿La pasión por los derechos? ¡Necesitamos de la pasión! ¡Aquí no hay pasión, sólo complacencia! Hemos olvidado para lo que fuimos puestos en este lugar.

Geith, como el resto de sus discípulos, estaba acostumbrado a aquellos enfadados debates de Altis-contra-Altis. Continuó caminando al lado de su Maestro, de manera paciente.

—Todos podemos sentir llegando a la Oscuridad, Maestro.

—¡No se trata de un hecho separado!

En aquel momento, todo estaba claro; la Fuerza estaba sacudiéndolo, y demandaba ser escuchada.

—¡No se trata de una entidad separada! ¡No se trata de otro ser! Se trata de nosotros, es parte de nosotros. Se trata de nuestra propia ceguera, que hace que pensemos en nuestro pequeño identichip, que el decir que somos los chicos buenos, nos exonera de mirar nuestra propia aceptación de la maldad. Es mucho más fácil señalar a Dooku y culparlo por todo. ¿No es verdad? Dooku era un hombre bueno, cuando yo lo conocí. Un hombre de principios, un hombre de pasiones honestas. Somos nosotros los que hemos llevado a hombres como ése, a llevar a cabo acciones extremas, cuando nos rehusamos a ver lo que ocurre en su interior, y los problemas que confrontan. Nosotros conformamos el Lado Oscuro, todos nosotros. No se trata tan sólo de lo que hacemos, o lo que dejamos de hacer.

Geith era un hombre bueno, como lo había sido Dooku alguna vez. Tenía una sensibilidad refinada; él nunca aceptaba la autoridad —porque sentía que lo aplastaba como si fuera un puño—, o una mirada desaprobatoria. Era inquebrantable al momento de examinar sus propias deficiencias. Pero no era suficiente el examinarlas y reflexionar. Todos los seres tenían que pasar a la acción. Las buenas intenciones no eran suficientes.

El tener buenas intenciones, y los ojos cerrados, era algo que se había convertido en una realidad molestamente persistente, y era lo que había matado al soldado que yacía estrujado unos pocos metros más allá, bajo la protección de un portal. Él podría haberse encontrado dormido, acurrucado contra el cortante viento, a no ser por el hecho de que le faltaba una gran parte de su cuerpo.

«¿Quién fue el que planeó semejante ejército? ¿Y cómo es que sabía lo que estaba por llegar?».

—Pienso que el momento en que todo ese problema podría haber sido resuelto, fue mucho antes de que usted incluso hubiera nacido, Maestro —le dijo Geith—. Así que antes de que se culpe por todo esto, por separarse del tipo de vida y de la vertiente principal de los Jedi, sería mejor que lo reconsiderase.

—Ésa —dijo Altis severamente—, es la negación de las responsabilidades personales. Cada uno de nosotros puede hacer la diferencia.

—Maestro, si un solo hombre pudiera cambiar la galaxia, entonces usted ya se las habría ingeniado para poder hacerlo.

Altis se armó de valor para ponerse en cuclillas, y darle la vuelta al cadáver. Estaba rígido, no producto del rigor mortis, sino del frío. Tenía la intención de quitarle el casco, pero supo que no podría soportar el verle la cara. Ya había logrado meterse dentro de la mirada de Rex demasiado a menudo. Geith colocó su mano debajo de su codo, y lo ayudó a incorporarse.

Su espalda le dolía. Habían sido pocos días, pero muy duros, y él estaba volviéndose cada vez más viejo.

—Hemos intentado mantenernos alejados de los asuntos de la República —declaró—. Pero es ella quien no quiere mantenerse alejada de nosotros.

—Maestro —dijo Geith delicadamente—, eso no significa que nosotros nos veamos comprometidos.

—Debemos detener esta guerra.

—Usted vio cómo intenté mantenerme alejado, y la forma en que fallé, Maestro. El apartarnos de Rex y de sus hombres, no hace que nuestras manos queden limpias. Ellos siguen muriendo. Y nosotros no hacemos nada; y usted sabe, las cosas buenas nunca pueden llegar de quedarnos sin hacer nada.

—Me siento atemorizado cuando comprendo que Sora Bulq quizás podría tener razón. Que la República podría necesitar ser derribada.

—Tampoco pienso que nosotros podamos hacerlo.

—Todo lo que podemos hacer, es asumir nuestras responsabilidades, y ayudar a las víctimas de esta guerra.

Altis miró de vuelta a la nave. Ahora había una cadena continua de Jedi y de sus equipos de apoyo entregando suplementos a los refugiados.

—Como a esas personas desgraciadas.

—Y a aquellas —Geith señaló al soldado muerto—. Ellos también son las víctimas.

—Hagamos que nuestra presencia sea útil —dijo Altis. Necesitaba recomponerse antes de encargarse de los cadáveres, y un trabajo pequeño pero honesto, incluso con una espalda lastimada, era una buena forma de lograrlo—. El tan sólo hacer que los generadores empiecen a funcionar, salvará muchas vidas. ¿Son mis años, o este lugar está tan frío como una luna muerta?

—Está haciendo frío, Maestro.

*****

Caminaron de regreso hacia el campamento. El corazón de Altis estaba destrozado; no sólo se trataba de las heridas que observaba entre los civiles, sino del miedo en sus miradas, lo que terminó de desgarrarlo. Era algo desconcertante.

«¿Por qué a nosotros? ¿Por qué esta guerra llegó hasta donde ellos?».

Una mujer con un niño pequeño aferrado a sus piernas, le extendió una taza, con abundante vapor desbordando por encima, y comprendió que no le estaba pidiendo que la llenara, sino que le estaba ofreciendo una bebida caliente. Para ella, él probablemente representaba un hombre viejo, con la cara arrugada por el viento, y necesitando algo de calor. Francamente, ella era delgada y poco agraciada, revestida de pobreza; pero nunca había visto tanta belleza y resplandor emanando de un único ser en toda su vida. Se trataba de algo que había alcanzado la perfección: un simple acto de amor y generosidad, en su estado más puro y natural.

«La serenidad, al diablo. Pasión. Pasión, y enojo, y amor. Eso es lo que necesita esta galaxia, no necesita serenidad. Pasión por el cambio. Enojo frente a esta brutalidad. Amor —montones de amor para todos, amor entre padres e hijos, entre esposos, entre hermanos y hermanas—. Necesitamos *más compromiso,* no menos. El compromiso puede evitar que nos desgarremos a nosotros mismos».

Altis tenía un don. De la forma en que estas cosas trabajasen, pues a él le habían sido otorgadas algunas raras habilidades por parte de la galaxia, y era su obligación el emplearlas de la mejor manera. Era simplemente que a veces, no escogía la mejor forma de aplicarlas.

Altis recibió la taza, bebió, y abrazó a la emaciada mujer. Encontró algunos caramelos en su bolsillo, y se los entregó al niño. Una de sus discípulas no-Jedi, Gali, trotó hasta llegar a donde él, con un amasijo de frazadas.

—Pensamos que los habíamos perdido, Maestro —le dijo ella. Lo que él pensaba que era una frazada en la parte superior de la pila, resultó ser un abrigo, que ella se encargó de entregarle—. Por todos los cielos, colóquese esto.

Altis se puso el abrigo alrededor de su cintura para gastarle una broma. No había ninguna regla en contra de que un Maestro Jedi les enseñase a aquellos que no tenía poderes de la Fuerza. Y si la hubiera, pues bah, simplemente ignoraría tal despropósito. Los hombres y mujeres ordinarios de su comunidad, le enseñaban más cosas a él en el transcurso de un día, de lo que él podría enseñarles en el transcurso de toda una vida. Como su querida y última esposa siempre repetía: *«los que no son sensibles a la Fuerza en absoluto, están más predispuestos a emplear tu sable de luz cuando deben cortar las ramas obstinadas; y en ello revelan más sabiduría que en mover una mesa con el poder de tu mente»*.

«Sí, Margani. Puedo escucharte. Todavía puedo escucharte».

Geith hizo una pausa entre las tiendas para tomar algunos apuntes en su datapad. Todos en la comunidad, conocían sus funciones en situaciones de emergencia. Geith estaba anotando cuántos refugiados necesitaban atención médica; los más delicados ya estaban siendo tratados por los proveedores de primeros auxilios, pero había otros que necesitarían otros medicamentos y una atención especial para cuando terminaran de hacer el primer recorrido.

—¿Debo permitir que mi orgullo doctrinal se interponga en mi camino, Geith? —le preguntó Altis. Levantó a un niño pequeño que se tambaleaba en dirección hacia él, y examinó sus acuosos ojos. Una mujer llegó corriendo, como si estuviera buscando al niño, y Altis se lo entregó—. Dímelo sin rodeos. ¿Es acaso, esta vana ideología de mi parte, algún tipo de idiota cisma sin sentido en contra de Yoda?

Altis deseaba que así fuera. Realmente lo deseaba. Dos viejos discutiendo acerca de sus teorías, como parte de una vanidad académica. Era mucho más fácil de digerir que el sentir de que podría haber evitado todo este desastre si tan sólo hubiera argumentado de manera más apasionada.

—No, Maestro —dijo Geith—. Me gustaría que lo fuera. Se trata de practicar lo que uno predica. Creo que el gobierno se ha decantado por nuestros hermanos ascéticos. Y gobernar, usualmente se trata de poder ejercer el poder.

«Ah, la pequeña marca de fuego revolucionaria; Geith nunca ha confiado en el poder. Ni siquiera disfruta empleando el suyo. Eso hace de él un hombre admirable».

—Y si el gobierno hubiera venido a nosotros buscando ayuda, en lugar de hacerlo con Yoda, ¿nos habríamos rehusado? Nunca lo sabremos.

—Eso habría terminado como un desastre para todos nosotros; ¿usted lo sabe, no es verdad?

Altis sintió un nudo en su estómago. Geith siempre era el que llegaba a pensar cosas que no se le podrían ocurrir a nadie más. Siempre pensaba en lo impensable. Alguien tenía que hacerlo.

—Entonces, debemos hacer el máximo bien que podamos mientras nos quede un único soplo de aliento en nuestros cuerpos —le respondió.

Altis escuchó el crujir de unas botas detrás de él. Alguien estaba manejando una plataforma repulsora, mientras silbaba desentonadamente. Hallena Devis parecía estar mucho más en paz consigo misma, que cuando la había conocido por primera vez. ¿Había sido tan sólo una cuestión de pocos días?

Algunos dirían que de ninguna manera podía estarlo, que la vida de un espía era tan glamorosa como hacían pensar los holo-videos, y además él dudaba que alguna vez ella hubiera tenido que instalar sanitarios provisionales con anterioridad. Pero parecía estar completamente feliz de desempeñar semejante tarea.

«Es una mujer inteligente. Hay que tener agallas para decidir escapar de la República. Sin embargo, espero que ella recuerde que le tomará bastante tiempo el volver a encontrarse con su valiente capitán. Mientras tanto… va a estar segura con nosotros».

—Maestro, ¿en dónde quiere que instale esto? —le preguntó. La plataforma repulsora estaba llena de cubos, de tubos de drenaje, y de contenedores de desinfectante hechos de duraplástico—. Vamos a instalarlos fuera del campamento, ¿no es verdad?

—Mejor colócalos a unos treinta metros del perímetro —le dijo Altis—. Callista va a estar a cargo de todo, el día de hoy. Quizás podamos reorientar el suministro de agua desde el poblado.

Hallena asintió, y empezó a alejarse junto con la plataforma. Altis cerró los ojos por un momento, y recordó las intensas pasiones que había sentido en el interior de Anakin Skywalker; deseaba mantener la esperanza de que alguien fuera capaz de tener el suficiente sentido común como para canalizar dichas pasiones, en lugar de reprimirlas. Tenía… un presentimiento. Alguien con semejante cantidad de poder innato en la Fuerza, necesitaba ser orientado cuidadosamente, no necesitaba que le colocaran unos arneses.

Skywalker iba a tener un futuro poco feliz. Altis podía sentirlo. Era claro que ya tenía un pasado triste. Lo que ello pudiera significar para la galaxia… pero desde luego, un único hombre no podría cambiar una galaxia.

«Así lo espero. Ni siquiera yo podría hacerlo».

No había árboles, tal como había dicho Geith. Así que no podrían disponer de madera; las piras funerarias quedaban fuera de toda discusión. Los muertos tendrían que ser enterrados, no sólo para controlar las posibles enfermedades, sino porque Djinn Altis creía que todos tenían el derecho de finalizar sus días con dignidad… incluso si durante toda la previa duración de sus vidas, ésta les hubiera sido denegada.

—Por favor, alcánzame una pala, Geith —dijo Altis—. Tengo trabajo que hacer.

ACERCA DE LA AUTORA

La novelista, guionista y escritora de cómics KAREN TRAVISS es la autora de cinco novelas *Star Wars*: Comando de la República, *Contacto hostil*, *Triple cero*, *Las verdaderas intenciones*, *Order 66* e *Imperial Commando: 501st*; tres novelas de *Star Wars*: El legado de la Fuerza, *Linajes* , *Sacrificio* y *Revelación* ; dos novelas de *Star Wars*: The Clone Wars, *The Clone Wars* y *Sin prisioneros*; dos novelas de Gears of War, *Aspho Fields* y *Jacinto's Remnant*; su galardonada serie Wess'har Wars, *City of Pearl*, *Crossing the Line*, *The World Before*, *Matriarch*, *Ally* y *Judge*; y una novela de Halo, *Human Weakness*. También es la principal escritora en el tercer juego de Gears of War. Traviss, ex corresponsal de defensa y periodista de televisión y periódicos, vive en Wiltshire, Inglaterra.